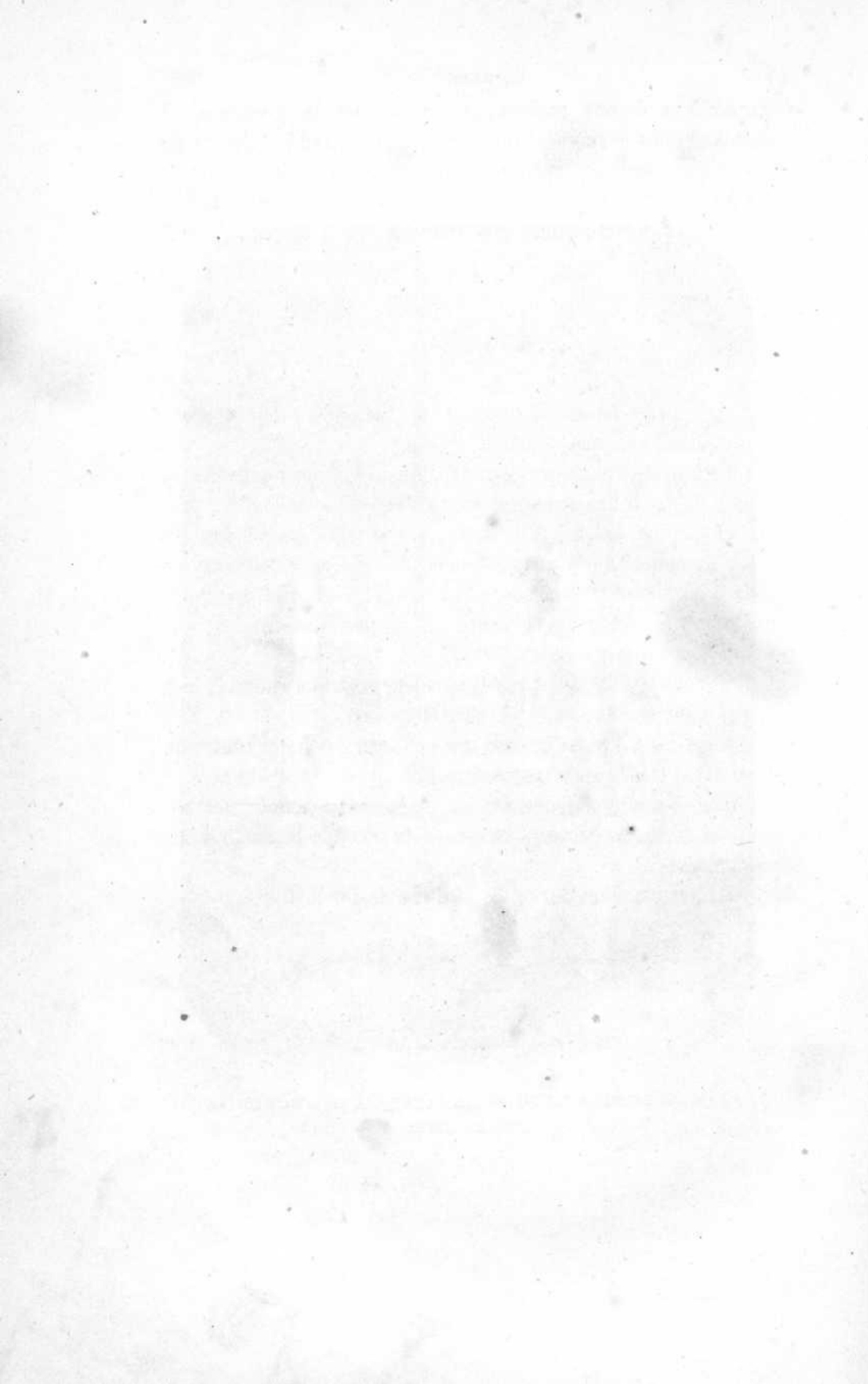




Y EL DESGRACIADO SE ABRAZABA A LAS RODILLAS
DEL DOCTOR.



Shariar, que de una manera no menos horrible observaba los efectos del envenenamiento de Cristophano. Ved los efectos de ese tósigo: seguros, terribles: no temais que deje de matar: ved ya Cristophano, pretende hablar de una manera inútil: ved, sus brazos aflojando mis rodillas: se desploma... ¡ved! ¡muerto!

XVI.

Cristophano habia caido sobre la alfombra y habia espirado en medio de una violenta convulsion.

—Estoy satisfecho de vos, dijo Aben-Shariar tendiendo la mano á Tieppolo: me habeis respondido á lo que os he preguntado, y me habeis demostrado que sabeis y podeis dar un pronto cumplimiento á una sentencia del Estado: mañana os enviaré un hombre con una carta mia: haced que ese hombre muera á vuestros piés, como ha muerto ese otro. Ahora, acompañadme: voy á salir.

Tieppolo Albano se dirigió en silencio á una puerta, por la que salió seguido de Aben-Shariar.

El cadáver de Cristophano quedó horrible, en el centro de aquel salon tan bello y tan perfumado.

Aben-Shariar salió entre tanto de la casa, saludó afectuosamente al doctor Albano, y entró en la góndola diciendo á sus conductores:

—Al palacio Sforzia, en los jardines de Dorso Duro.

CAPITULO III.

La sultana Sayda Mirian convertida en dona Maria de Souza.—La ambicion de Gabriel de Espinosa.

I.

La góndola en que iba Aben-Shariar, recorrió algunos canales, en medio de la actividad de Venecia en un dia de trabajo.

Por todas partes se cruzaban con las góndolas, barcas cargadas de mercancías; por los bordes, á derecha é izquierda de los canales, discurría una multitud de gentes de todas clases, paises y condiciones; armenios, griegos, judíos, moros, cristianos; hombres de todas las naciones de Europa, á quienes atraía el gran comercio de la hermosa reina del Adriático: nadie á no conocer á Venecia, hubiera supuesto bajo aquella alegre actividad, tras aquella inmensa variedad de trajes, tipos y lenguas; en medio de aquellas lujosas tiendas, á donde acudian saliendo de sus góndolas, tantas hermosas damas; nadie entre todo esto, repetimos, hubiera supuesto el sombrío canal de los suspiros, los Pozos, las prisiones, los horrores de la inquisicion del Estado.

Venecia, aquel dia, como siempre, ocultaba su sombrío semblante y su terrible Consejo de los Diez, bajo la alegre máscara de su eterno carnaval.

II.

Aben-Shariar iba al parecer tranquilo é indiferente, tendió sobre los almohadones forrados de paño negro en la litera de la góndola.

Todos los horrores que le habia referido el doctor Albano, la repugnante catástrofe del negro que habia sido á sangre fria sentenciado, á sangre fria envenenado, y visto morir con una tranquilidad horrorosa, no habian sido bastantes para alterar en lo más leve su ánimo.

Aben-Shariar era siempre el terrible y severo pirata tunecino, acostumbrado al horror y á la sangre, para el cual la muerte de un hombre era un suceso completamente indiferente.

III.

Mientras la góndola llega al palacio Sforzia, digamos algo acerca de la extraña situacion en que encontramos colocado á nuestro pirata, diez y siete años despues del dia en que le dejamos poniendo á salvo del poder y de la venganza del sultan de Marruecos Sydi Ahtmed, á Mirian y á Gabriel de Espinosa, ó don Sebastian, que nosotros no hemos podido averiguar, por más que lo hemos procurado, si Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian, ó un impostor que más tarde se prevaleió de su perfecto parecido con aquel desgraciado rey de Portugal.

Aben-Shariar, lo sabiamos ya anteriormente, era el pirata más apropósito del mundo para hacer fortuna en los mares de Levante.

Su padre habia sido previsor, y le habia educado convenientemente.

Sabemos que Aben-Shariar hablaba perfectamente el italiano, en sus diferentes dialectos, el francés, el español y el portugués, además del árabe, su lengua nativa: conocia tambien

de una manera completa las costumbres de los países cuya lengua hablaba, y tan pronto aparecía en los puertos europeos del Mediterráneo, como francés, como genovés, como veneciano, ó como español; pero siempre como mercader y sacando partido de sus conocimientos.

Su padre, antes que él, había servido á la República de Venecia: había sido uno de aquellos piratas moros, á los que la egoísta inmoralidad de la República de San Márkos daba salvo conducto contra las galeras del Estado: estos piratas en cambio, servían á la República, haciendo traición á sus compatriotas, avisándola de las expediciones piráticas que amenazaban su litoral, y obediéndola tan ciegamente como si hubieran sido venecianos.

IV.

Aben-Shariar había heredado completamente á su padre, y había servido con mucha más actividad y mucha más inteligencia que él á Venecia.

Esto producía á Aben-Shariar una completa seguridad.

Gran marino, valiente y fiero, sumamente rico, dueño de la Leona, de la terrible galeota espanto del Mediterráneo, los buques mercantes, por más que fueran reunidos en convoy, caían en sus manos, y sus cargamentos apresados iban á llenar sus almacenes, y los numerosos cautivos á ser vendidos á Argel, Trípoli, ó Túnez.

Cuando una galera de rey, cristiana, ya francesa, ya italiana, ya española, se ponía en caza de la Leona, que le parecía un buque sospechoso, que por su construcción, por su forma, por su aparejo, decía á voces que era pirata, se encontraban con que al primer cañonazo de aviso, aquel buque contestaba cortesmente izando la bandera de San Márkos, y en su popa, de donde habían desaparecido por un hábil mecanismo las grandes letras rojas que decían la Leona, aparecían otras doradas ó blancas, que decían San Antonio, ó La Concepción, ó María, y con que el buque que habían creído pirata, no era otra cosa que una magnífica galera corsaria de

dos bandas, cuyo capitán mostraba de la manera más complaciente del mundo, una patente veneciana, legalmente librada, que no dejaba lugar á la menor duda.

Cierto es, que la tripulación y el mismo capitán vestían el traje levantisco, y llevaban las armas de los piratas tunecinos; pero Aben-Shariar hablaba admirablemente el veneciano, parecía un disfraz su traje, y por otra parte, eran muchas las galeras corsarias de Venecia que iban tripuladas por marineros negros africanos, que á más de ser excelentes hombres de mar, servían para engañar con su aspecto á los piratas á quienes daban caza.

Además, la Leona no llevaba al remo en sus bandas cautivos cristianos, sino remeros tunecinos; y como los papeles autorizados por la República de Venecia, protegían á Aben-Shariar, las visitas de las galeras de rey eran inútiles, puesto que en vez de encontrar un pirata, encontraban una galera de guerra de Venecia.

V.

Quando era un buque pirata del dey de Argel, ó del bey de Túnez, ó del emperador de Marruecos, el que reconocía á la Leona, estaban mantenidas en su popa las rojas letras de su título, y Aben-Shariar mostraba la patente árabe de corso que poseía librada por el bey de Túnez.

De modo, que la Leona, el terror del mar, contaba siempre con la impunidad, y estaba siempre libre para hacer presa segura de los buques mercantes.

VI.

Y no era esto solo, ni era sola la Leona, el buque que montaba Aben-Shariar: muchas veces una hermosa y grande urca genovesa con seis grandes cañones á proa, y con patente de corso por la República de Génova, fondeaba en este ó en el otro puerto del litoral cristiano del Mediterráneo, y Aben-

Shariar se llamaba Pietro Mastta, mercader genovés, y su tripulación era genovesa, excepto algunos hombres que aunque con el traje de marineros genoveses, y con el carácter de tales, oían á media legua á moros.

Aben-Shariar prestaba grandes, inmensos servicios á la República: él la avisaba de las expediciones turcas ó africanas que contra su litoral se dirigian: otras veces, convertido en mercader genovés, iba á los puertos del Mediterráneo, y servia en ellos de espía á la República: él, en fin, muchas veces dejaba la mar y llegaba hasta esta ó la otra córte de Europa, donde con un nombre supuesto, servia fielmente al Consejo de los Diez.

Tanto, por último, extremó su lealtad y sus servicios, que la República le declaró ciudadano de Venecia, patricio, le nombró senador y uno de los Diez del supremo Consejo del Estado.

Hé aquí de donde procedia la gran autoridad que Aben-Shariar habia dejado conocer aquella noche al esbirro Nicolino Razzi y despues al doctor Tieppolo Albano.

VII.

Conocido el misterio de la manera de ser y de obrar del pirata Aben-Shariar en Venecia, sigamos á la góndola que le conducia al palacio Sforzia.

La góndola, despues de media hora de marcha por diferentes canales, llegó al palacio.

Era este un pequeño edificio blanco, bello y alegre, situado entre hermosos jardines.

Aben-Shariar, saltó en tierra, pagó al gondolero, le despidió, y acercándose á la verja que corria delante de un ancho jardin, en el cual se alzaba el palacio, atravesó en silencio una calle de árboles, y luego el vestíbulo del palacio, á tiempo que salia de él una dama, de cuyo sombrero se desprendia un velo tupido.

Al ver la dama á Aben-Shariar, se detuvo.

—Iba á buscarte á tu buque, dijo.

—Yo vengo á buscarte á tu casa, hermana, contestó el pirata, ó más bien, venia á buscarle á él.

—¡El no está! dijo la dama de una manera seca y vibrante: hace veinte y cuatro horas que salió de casa y que no ha vuelto.

—¿Y sabes dónde está?

—Lo ignoro: yo no me rebajo hasta el punto de seguirle, ni de hacer que le sigan.

—Cuando se está colocado en la situación en que tú lo estás, todo es lícito y necesario, dijo Aben-Shariar.

—Siempre me queda un recurso.

—¿Cuál?

—La venganza.

—Entremos, hermana, entremos: vamos á tu aposento.

La dama se volvió, subió por unas magníficas escaleras de mármol, que habia á la derecha del vestibulo, pasó por entre una multitud de criados que se inclinaron respetuosamente, y entró atravesando una antecámara, en un gabinete redondo.

VIII.

En aquel gabinete habia cuanto podia pedirse al refinamiento del lujo, de la belleza, de la riqueza.

Era el verdadero templo de una deidad veneciana.

Muebles, espejos, decoracion, caprichosos adornos que tendian á lo más rico, á lo más hermoso, á lo más artístico.

La dama, dueña de aquel aposento, dejó ver que era más hermosa que él, al levantarse el velo y quitarse el sombrero que arrojó sobre un sillón.

Era alta, esbelta, blanca; cabellos, cejas, pestañas y ojos negros; pálida y nerviosa, á pesar de que su hermosura tenia la gravedad de la mujer completamente formada, que ha pasado ya de los treinta años, que es esposa, que es madre, y que sin embargo, conserva todo el brillo, todo el encanto de una gran belleza y de una fuerte juventud.

Aquella dama, completamente vestida de negro con un riquísimo traje de terciopelo, no tenia sobre sí ni una sola joya.

Su hermosura era tal, que sin joyas, aquella dama resplandecía.

No necesitamos describirla, porque ya la hemos descrito: aquella dama era la sultana Sayda Mirian, la hija del tremendo xerife Sydi Juzef, la moradora en Africa del santo morabito de Ain-Al-Mokazen.

Pero habia cambiado de nombre, de aspecto y condicion.

Se llamaba doña María de Souza.

Esto es, se habia convertido y era cristiana.

El apellido Souza se lo habia dado su padrino: este padrino lo fué un hidalgo portugués, capitan de un barco de rey de Portugal, pariente lejano del almirante Souza, el que mandó la escuadra que llevó á perecer á Africa al rey don Sebastian.

Este Souza capitan del barco de rey llamado *Terror de los mares*, á pesar de su terrible titulo habia sido encontrado en medio del canal á la altura de Trípoli, por la galeota corsaria la *Leona*, y aunque el *Terror de los mares* se defendió tenazmente, porque los portugueses en sus buenos tiempos han sido los mejores marinos, y los más intrépidos del mundo, como se las habia con un buque pirata como la *Leona*, fué apresado, y conducidos el hidalgo don Guillen de Souza y sus marineros, á las prisiones de Aben-Shariar en Túnez, y encerrados en ellas como cautivos.

Sucedió un dia, que aquel misterioso personaje que se daba á sí mismo el nombre de Gabriel de Espinosa, pasó por los jardines en ocasion en que el nobilísimo Souza estaba regando las flores, ni más ni menos que otro cautivo cualquiera.

Ver Souza al que se nombraba Gabriel de Espinosa, arrojar la regadera, correr hácia él y echarse á sus piés, fué cosa de un momento.

—¿Qué hace este hombre? dijo Gabriel de Espinosa fijando una profunda mirada en el cautivo portugués, mientras Mirian y Aben-Shariar que le acompañaban, se detenian: ¿por qué te arrodillas á mis piés?

—¡Ah! ¡señor! exclamó Souza, ¿con qué no habeis muerto? ¿con que Portugal tiene aún á su noble rey don Sebastian?

—¡Tú estás loco! dijo Gabriel de Espinosa: levántate y sígueme.

Mirian y Aben-Shariar no se atrevieron á decir una sola palabra: hacia mucho tiempo, que Gabriel de Espinosa que habia

aprendido bastante el árabe para hacerse entender de Mirian, que aún no había acabado de aprender el portugués, hacia mucho tiempo, repetimos, que ni la sultana ni el corsario se atrevían á decir una sola palabra acerca de su origen á Gabriel de Espinosa: cuando le llamaban rey se irritaba de una manera terrible, y había adquirido tal predominio sobre Mirian y sobre Aben-Shariar, que estos no se atrevían á contrariarle.

IX.

Siguieron adelante, y detrás de ellos el cautivo Souza: cuando llegaron á uno de los edificios que había en los extensos jardines de Aben-Shariar, Gabriel rogó á Mirian y al corsario que no pasasen de allí, y se entró con Souza en una sala, y de aquella en otra donde se encerró con él.

—¡Mirame bien! dijo Gabriel de Espinosa á Souza: ¿crees tú que yo soy el rey don Sebastian?

Habia algo de terrible, algo de incomprendible en la intencion del acento de Gabriel.

—Yo juro á Dios como cristiano, y á mi honra como hidalgo portugués, que vuestra magestad es el rey don Sebastian.

—¡Pues mientes por Dios y por mi honra! dijo sombríamente ceñudo Gabriel: yo no soy el rey don Sebastian, ¿lo entiendes?

Aquellas palabras más que una afirmacion eran un mandato. Souza tembló.

—¡Señor! dijo: ¡señor! vuestro reino ha sido unido á la España: el rey don Felipe se ha apoderado de Portugal: los portugueses sufren la tiranía de los españoles: los portugueses se acuerdan, con las lágrimas en los ojos, de su rey don Sebastian.

—¡Para maldecirle por imprudente, por loco y por temerario! exclamó con voz terrible, poderosa y opaca Gabriel de Espinosa.

—Para llorar por su suerte misteriosa, para desear su vuelta.

—¡Los muertos no vuelven! exclamó Gabriel: ¡el rey don Sebastian murió!

—Los portugueses dudaron: los portugueses...

—¡Les engaña el deseo!

—Se ha dicho que el rey don Sebastian no murió en la batalla.

—Su cadáver fué entregado por el sultan de Marruecos á los enviados del rey de España.

—Cuando los portugueses vieron el cadáver no reconocieron en él al rey don Sebastian.

Gabriel de Espinosa estaba densamente pálido: sus grandes ojos azules de pupilas negras devoraban ardientes al portugués que temblaba.

—No podian reconocerle, dijo Gabriel: el cadáver del rey pasó un mes en Africa durante los grandes calores: según se nos ha dicho, cuando le recogieron los enviados del rey de España, estaba algo desfigurado: pero el sultan Sydi Ahtmed le vió cuando aún podia reconocérsele perfectamente: caballeros portugueses que conocian bastante al rey, que con él habian asistido, como asistí yo, llevando una bandera de la infantería portuguesa, declararon por su honor, que aquel era el cadáver del rey don Sebastian.

—Eran traidores y miserables, que se vendieron á las promesas y al oro del rey de España.

—Te engañas, dijo Gabriel: si tú hubieras oido hablar alguna vez al rey don Sebastian.

—¿No os acordáis, señor, del capitan de una nao á quien os dignásteis dar órdenes cuando estábais embarcado ya, esperando el embarque del ejército?

—Mi voz es más ronca que lo era la voz del rey: en esto solo nos diferenciábamos: á mí se me llamaba en el ejército el retrato vivo del rey, y el rey por ello me estimaba y me llevaba cerca de él: yo soy español, no portugués: yo he nacido en Toledo, he vivido en la villa de Madrigal, soy hijo de padres humildes, aunque honrados: yo soy en fin, el alférez Gabriel de Espinosa, no el rey don Sebastian.

—¿Me mandais, señor, que oculte vuestra existencia, que calle...

—Te mando que no mientas, por más inocente y disculpable que sea tu mentira: te mando que creas mis palabras: que cuando recobres la libertad, que la recobrarás muy pron-

to, no digas que has visto al rey don Sebastian, porque mentirias y darias ocasion en el reino de Portugal á turbulencias que yo no quiero, que no puedo permitir que sobrevengan: desde hoy estarás á mi lado hasta que seas libre: considérame, pues, como el español Gabriel de Espinosa y no hablemos más de esto.

X. Tanto se intimidó el capitán Guillen de Souza con las advertencias de Gabriel, ó, más bien, por la manera con que aquellas advertencias le fueron hechas, que cuando salió, juró y perjuro, que se habia engañado, que Gabriel de Espinosa se parecia mucho al rey don Sebastian, pero que no era el rey don Sebastian.

Declaraba esto sin embargo con tal temor, con tal temblor, con tal palidez, que Mirian y Aben-Shariar se afirmaron más en su firme creencia de que Gabriel de Espinosa no era Gabriel, sino Sebastian; no español, sino portugués; no vasallo, sino rey.

XI. Guillen de Souza vivió desde entonces al lado de Gabriel, con el cual pasaba horas enteras encerrado sin que nadie supiese lo que hablaban.

Llegó al fin un día, en que estando ya Mirian bastante instruida en los misterios de la religion cristiana y el lenguaje portugués, y aún en el español, el misionero que la habia instruido en la parte religiosa, declaró que ya podia dignamente bautizarse.

En efecto, en secreto, en presencia únicamente de Aben-Shariar y de otro misionero, y apadrinada por el capitán de mar Guillen de Souza, Mirian fué bautizada tomando el nombre de la Virgen, y el apellido de su padrino.

Hé aquí por qué Mirian se llamaba doña Maria de Souza,

XII.

Amantes desde mucho tiempo antes Mirian y Gabriel, sus amores habian dado fruto: un hermoso niño de tres años, alegraba el alma de Mirian, y la consolaba de la conducta de Gabriel.

Gabriel la amaba: la magnífica, la grande hermosura de Mirian le fascinaba; pero era el suyo un amor de momentos lúcidos, por decirlo así: brillaba ardiente, inmenso, voraz, por un instante, y luego se apagaba: la expresion de un cansancio penoso, de un hastío desconsolador para Mirian, aparecía en el semblante, en la mirada, en la palabra, en todas las manifestaciones, en fin, de la vida de Gabriel: se comprendia que no era el amor de Mirian el que le retenia en Africa, el que le hacia que volviese de sus expediciones marítimas: habia otra causa más grave, otra causa misteriosa que le traia de vuelta de cada expedicion, al palacio de Aben-Shariar en Túnez, donde moraba Mirian con su madre y con sus dos hermanas.

Jamás permanecia sin hacerse á la mar más de dos ó tres semanas, ó cuando más, el tiempo necesario para la reparacion de las averías de su buque corsario, que con mucha frecuencia volvia mal parado por el mar ó por el combate.

El tiempo que Gabriel permanecia al lado de Mirian, estaba generalmente taciturno, mal humorado, sombrío.

Cuando dorma, se agitaba violentamente: pronunciaba entre el sueño palabras incoherentes, pero que revelaban que en su sueño veia una vida desemejante de la que tenia: la palabra de mando, las órdenes altivas, los gritos de combate, salian de su boca: se agitaba, gemia: su sueño, más que un descanso, era un tormento.

Buscaba la soledad, y se irritaba cuando en la soledad iban á buscarle, aunque quien le buscase fuese Mirian, siempre hermosísima, siempre enamorada, siempre dulce, siempre humilde, llevando á su hermoso y pequeño hijo de la mano.

—Dejadme solo, decia: nunca me encuentro mejor que du-

rante la noche, sobre el castillo de mi galeota, en medio de los desiertos del mar: dejadme solo, porque soy muy desgraciado y la soledad me consuela.

Mirian lloraba, pero lloraba á solas, por no irritar á Gabriel, por no lastimar á Aben-Shariar.

Aquella dama completamente vestida de negro con un magnífico traje de terciopelo; lloraba porque comprendia que su amor y su sacrificio no bastaban para llenar el alma de aquel rey sin nombre y sin trono, porque para Mirian, Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian: lloraba porque creia que la vida de Gabriel se gastaba combatida por un sufrimiento horrible y constante; porque solo habian transcurrido cuatro años desde que Gabriel habia llegado á Africa, y ya se notaba en su semblante una vejez prematura, á pesar de que solo contaba veinte y seis años: ni el ambiente marino, ni la fatiga, ni los combates, podian haber producido aquel envejecimiento, que le hacia parecer entonces un hombre de treinta y cinco años, curtido en los trabajos, cansado de la vida, acometedor y violento, taciturno y sombrío.

XIII.

Gabriel de Espinosa no la amaba.

Ni aún amaba á su hijo.

Parecia como que protestaba de una manera muda contra todo lo que habia sobrevenido para él despues de haber sido abandonado, herido, desnudo y exánime, en el sangriento campo de batalla de Alcázar-Kivir.

Por algun tiempo habia creido amor la fascinacion que habia causado en él la hermosura de Mirian: [todavía durante algunos breves períodos la enamorada Mirian alcanzaba un triunfo, no sobre el alma, sino sobre los sentidos y sobre la conciencia de Gabriel: pero aquello pasaba como un fuego fosfórico, y Mirian volvía á caer en la agonía de su amor ansioso, de su amor no comprendido, no pagado sino con un frio y forzado agra decimiento.

XIV.

Aben-Shariar habia renunciado á Mirian desde el momento que comprendió el intenso, el profundo, el insensato amor de la jóven hácia el misterioso extranjero; pero no habia dejado de amarla: su amor, es cierto habia sido modificado por las circunstancias: habia tomado por esposa á Fatimatu 'l-Noemi, hermana de Mirian, y el alma fuerte, enérgica, incontrastable del corsario, no podía dejarse arrastrar por una debilidad vergonzosa: su amor hácia Mirian, purificado por la altivez de su alma, creció; se convirtió en uno de esos amores mortales que todo lo sacrifican al sér amado, que le levantan ante sí mismos á la altura de un sentimiento divino, cuanto puede existir de divino en el alma humana: fué á un mismo tiempo su padre, su hermano, su amigo, todo para ella, menos el amante de los deseos impuros: Mirian era lo dulce, lo poético, lo bello que existia incrustado en su alma, endurecida, por decirlo así, por sus terribles hábitos de pirata; y como un amor del género del que habia sentido por Mirian es la abnegacion de las abnegaciones, amaba á Gabriel porque Mirian le amaba, y aborrecia á la par á Gabriel, porque hacia sufrir á Mirian el martirio horrible del amor sediento, de la agonía, de la soledad del alma.

XV.

Y además, nada podia reprocharse á Gabriel de Espinosa: su vida era otro martirio espantoso: una agonía lenta, fria, sin consuelo y sin esperanza.

Respetaba á Mirian, la estimaba, la amaba, no con el amor del alma, sino con el amor del agradecimiento, esto es, con el amor del deber: procuraba disimular lo que sentia, pero su semblante franco y leal, dejaba ver su alma como se vé el fondo de una fuente de aguas claras y límpidas: era para con Mirian un completo caballero, un hombre de honor; pero esto no satisfacía á Mirian, no podia satisfacerla, porque el amor solo se satisface con amor.

XVI.

Algunos dias despues de haber sido bautizada Mirian, Gabriel de Espinosa se encerró con Aben-Shariar y le dijo:

—Hermano: tú hablas como un español la lengua de los españoles: es necesario que vayas á España.

—¿Y para qué, hermano?

—Mirian es cristiana, y yó debo hacerla mi esposa.

Aben-Shariar estrechó la mano de Gabriel.

—Ella nunca te lo hubiera exigido, dijo: yo no te lo hubiera exigido tampoco: tú lo sabes, y sin embargo tú eres el que propones este casamiento: tú eres un hombre de honor: ¿pero por qué ir para eso á España?

—En España, en Castilla la Vieja, dijo Gabriel con acento frio y tranquilo, hay una villa, cerca de Valladolid, que se llama Madrigal: allí ha vivido Gabriel de Espinosa: es necesario que traigas de allí los papeles que acrediten el nacimiento de Gabriel de Espinosa.

—¿Para casarte con Mirian?

—Sí.

—¿Y por qué no casarte con tu propio nombre? dijo Aben-Shariar mirando fijamente á Gabriel.

—Mi propio nombre es Gabriel de Espinosa, dijo con impaciencia Gabriel: ya sabes que las contrariedades acerca de esto me hacen daño: todo el mundo creyó ver en mí, ó cree ver al rey don Sebastian, y esto me irrita: mi funesto parecido con aquel rey, me ha producido y me produce continuos disgustos: he dicho mil veces, que á ser yo el rey don Sebastian no existiria, que no hubiera podido sobrevivir á la vergüenza de una derrota causada por la temeridad y la soberbia del rey don Sebastian: que como me parezco á él en el cuerpo, me parezco tambien en el alma: acaso él y yo no somos más que las dos mitades de un solo sér, una de cuyas mitades ha perecido; acaso el rey don Sebastian haria lo mismo que yo hago: acaso valgo yo más que el rey don Sebastian; pero quiero que se me crea lo que digo, lo que he dicho siempre, lo que siempre diré:

yo soy Gabriel de Espinosa: y por último, si no fuera Gabriel de Espinosa, siendo lo que soy, no habría otro remedio que tenerme por Gabriel de Espinosa, español y nacido en Toledo.

—Pero no, no, dijo Aben-Shariar: si tú eres firme de voluntad, yo lo soy también: no basta decir yo soy este ó el otro, nacido aquí ó allá: no, es necesario probar lo que se dice.

—Basta la palabra de un hombre franco y honrado.

—En situaciones como la tuya, no basta la palabra: es necesaria la prueba: tu empeño en pasar por Gabriel de Espinosa te honra: eres bastante caballero para no haber vuelto entre los tuyos á sufrir la vergüenza de una derrota que ha traído sobre Portugal deshonor y estrago, y has sido también bastante religioso para no robar á Dios la potestad que él solo tiene de dar ó de quitar la vida: te has aprovechado de la extraña casualidad de que existiera un hombre completamente parecido á tí, soldado y bravo, que vino con tu ejército á Africa, que murió en la batalla, y cuyo cadáver, gracias al cambio hecho por el amor de Mirian, ha pasado para todos por el cadáver del rey portugués. ¿Pero en qué consiste que los pocos que te han visto, y que han servido al rey don Sebastian, te han tomado por él?

—En mi semejanza con don Sebastian.

—¿En qué consiste que tú no sabes el nombre del padre ni de la madre de Gabriel de Espinosa?

—¡Se me obliga á otra revelación, y quien me obliga es un hombre contra el cual nada puedo hacer, contra el cual ni aún irritarme puedo, porque me une á él el agradecimiento, la amistad, el cariño de hermano! Esto es ser cruel, Yayhe: esto es abusar de mi cariño.

—Tú quieres escaparte, tú quieres huir de mi ataque, porque es irresistible, y esto no es de hombres bravos.

—Te equivocas: tu ataque nada tiene de extraño, pero me obliga á recordar excesos y desórdenes de mi juventud, que quisiera quedasen sepultados en el olvido.

—En tu juventud, hermano, nada hay de vergonzoso: mucho sí de irreflexivo, de insensato, de tenaz...

—Tú te refieres á la juventud del rey don Sebastian, y yo me refiero á mi juventud, á la de Gabriel de Espinosa.

—¿El nombre de tu padre?

—Yo creo que mi padre se llamaba don Juan.

—Esto es: don Juan, príncipe de Portugal.

—Eso es: pero ignoro el nombre de mi madre.

—Doña Juana de Austria.

—Entonces, venimos á lo mismo: si ese era el nombre de mi madre, yo soy el rey de Portugal.

—Cabalmente.

—No.

—Sepamos cómo no siendo tú el rey de Portugal, fué tu padre el príncipe don Juan.

—Un día, por negocios públicos entre los reinos de Portugal y de España, mi padre fué á visitar en su córte á su primo el rey don Felipe II, que entonces era príncipe de Asturias, y regentaba el reino por ausencia de mi abuelo el gran emperador Cárlos V.....

—¡Ah! confiesas al fin que eres nieto del emperador.

—Nieto bastardo por su hija la infanta doña Catalina, madre de mi padre el príncipe don Juan; pero continuo, puesto que en la grave situacion de estar próximo mi casamiento con Mirian, tienes derecho á saber quien yo soy: mi padre, antes de serlo, fué á Castilla: la córte estaba en Valladolid, en Valladolid conoció mi padre á una jóven pobre y plebeya, pero hermosa, que fué desde Madrigal con su familia á ver las fiestas que el príncipe don Felipe ofrecia á su primo el príncipe don Juan: mi padre, era como yo, y como mi hermano don Sebastian, violento en sus pasiones y tenaz en sus propósitos, y obtuvo no sé por qué medios la posesion de mi madre: el príncipe don Juan murió pocos meses despues en Castilla, pero antes de morir, pensó en cubrir el honor de mi madre y en darle un nombre legitimo, y compró á un hombre para que fuese marido de mi madre, y me tuviese por su hijo.

—Estás inventando un cuento, hermano.

—Tú tienes empeño en que yo no sea lo que soy.

—¿Cómo se llamaba el hombre que vendió el nombre para tí á tu padre?

—No lo sé: no me lo han dicho.

—¿Pero no le conocias?

—No: uno de los servidores de mi padre me llevó muy pequeño á Portugal: allí me crió con el nombre de Gabriel de Espinosa, que era sin duda el apellido del marido de mi madre: no me lo reveló el caballero portugués que me crió, porque ignoraba el nombre del hombre que me habia dado su apellido: ignoraba tambien el nombre de mi madre. Yo, muy niño, huf, revelándose en mí muy pronto el amor á las aventuras, y solo llevé conmigo el nombre de Gabriel de Espinosa, y el confuso relato que sabia acerca de mi historia el duque de Vintimiglia, que fué el servidor de mi padre que me llevó desde Castilla á Portugal: yo volví á Castilla con otros jóvenes de mi edad: yo he sido todo: he estado en la marina, en las universidades, en los tercios, y...

—Y nunca has estado en Madrigal... no has sido el buen hijo que no conociendo á su madre ansía conocerla...

Pusóse vivamente encendido Gabriel, y luego pálido:

—¡Oh! ¡mi madre! ¡mi buena y digna madre! ¡cuánto habrá sufrido al saber.....

—Tu madre no ha sabido tu muerte,.. no pudo saberla... tu madre y tu abuela murieron antes de tu insensata empresa sobre el Africa.

—¡Yayhe! dijo Gabriel con aquel acento incontrastable que no daba lugar á la réplica, y que le hacia parecer un rey acostumbrado á ser obedecido ciegamente: vé á Castilla y trae la partida de bautismo de Gabriel de Espinosa: he hablado demasiado, y no quiero volver á hablar más de este asunto: seria inútil: mañana te harás á la vela: te espero dentro de un mes.

Y sin decir más palabra, Gabriel de Espinosa dejó solo á Aben-Shariar.

XVII.

El corsario se hizo á la vela al dia siguiente, pero no en su terrible galeota corsaria la *Leona*, sino en una nao mercante genovesa: llegó en pocos dias al puerto de Barcelona, y con su nombre genovés de Pietro Mastta, y acompañado de su guia, hizo su viaje á Madrigal.

Preguntó en la posada donde paró por los Espinosas, y le respondieron que de los Espinosas solo quedaba la viuda de Juan de Espinosa, pastelera, que tenia la pasteleria en la plaza.

Aben-Shariar fué inmediatamente á la pastelería y preguntó por la dueña, por la viuda de Juan de Espinosa.

Dejó el horno, donde trabájaba en sus pasteles un criado, y entró en una habitacion.

Poco despues apareció una mujer como de cuarenta y seis años, fresca y hermosa aún, y de aspecto candoroso y sencillo.

Al ver un tan gran señor, como representaba ser por su aspecto noble y altivo, y por su rico traje genovés el pirata, se sentó, y le rogó que pasase.

Poco despues, aquella mujer y Aben-Shariar se pusieron á hablar sin temor de ser escuchados.

—¿Conoceis á un tal Gabriel de Espinosa, señora? la preguntó de repente el corsario.

—¿Que si le conozco, señor? dijo la pobre mujer poniéndose pálida: ¡oh! ¡sí! ¡sí señor! ¡es mi hijo!

—¡Vuestro hijo! ¿y sabeis si vuestro hijo es muerto ó vivo insistió el pirata.

—¿Venís á traerme noticias tuyas, señor? dijo con anhelo la pastelera.

—No: vengo á preguntaros y no más que á preguntaros.

—Hace mucho tiempo que yo no sé de mi hijo, respondió ella.

—¿Desde cuándo no le habeis visto?

—¡Ah! señor, siendo muy niño se le llevaron.

—¡Que se le llevaron!

—Sí señor.

—¿Pero quién? ¿por qué?

—Se le llevaron, es todo lo que os puedo decir.

—¡Se lo llevaron á Portugal!

—No lo sé.

—Indudablemente, puesto que su padre era portugués, observó con profunda intencion Aben-Shariar.

Mari-Perez se puso encarnada hasta en lo blanco de los ojos.

—Su padre, se apresuró á decir Mari-Perez, era castellano,

tan castellano como yo, nacido en Madrigal, y algo pariente mio.

—Dicen que un gran príncipe, un poderoso señor, que vino á la córte de España, cuando la córte estaba en Valladolid, conoció en ella á una jóven hermosa, á una honrada doncella de Madrigal.

Mari-Perez se turbo mucho más y balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—Vos érais aquella mujer, afirmó Aben-Shariar.

—Hablad por Dios más bajo, señor, dijo Mari-Perez: nadie sabe eso: mis parientes codiciosos me vendieron por oro á aquel príncipe: yo era muy jóven... yo no tuve la culpa... apenas volví á Madrigal cuando me casaron con Juan de Espinosa...

—Y vuestro marido sabia...

—No, no señor.

—¿Es decir, que el bueno de Juan de Espinosa creyó hijo suyo á Gabriel?

—Sí señor.

—Dicen que Gabriel de Espinosa se parecia mucho á su padre el príncipe don Juan.

—Le parecia todo, caballero: cuando hace ocho años vino á mi casa, cuando solo tenia diez y ocho años, yo creí que el que entraba por mi puerta era el príncipe don Juan, tal como yo le habia visto diez y nueve años antes, pero vestido de soldado castellano.

—¿Cuándo perdisteis de vista por primera vez á vuestro hijo?

—Hace mucho tiempo, señor; cuando Gabriel apenas tenia dos años.

—¿Y cómo fué eso?

—Un dia vino á pedir posada á nuestra casa un caballero portugués á quien yo conocí cuando conocí al príncipe don Juan: aquel caballero era el conde de Vintimiglia: yo le miré, él me miró, pero no nos dimos á conocer hasta que estuvimos solos: yo no podia adivinar para qué habia venido á mi casa el conde, porque el príncipe don Juan habia muerto un año antes. Cuando se lo pregunté al conde, me dijo.—Vengo por tu hijo: el príncipe le reconoció secretamente antes de morir, y sus abuelos los reyes de Portugal quieren tenerle á la vista, criarle.

—Es decir, observó Aben-Shariar, que Gabriel de Espinosa es hijo de...

—De los señores reyes de Portugal viene: pero fué un loco... se le llevaron, porque yo no quise quitarle su suerte: se le llevaron sin que lo supiera mi marido, que le creía su hijo: yo misma le entregué una noche á los enviados del conde de Vintimiglia, y cuando se echó de menos en la casa á la criatura, se echó la culpa á unos gitanos que el día antes habian pasado por la villa: todos creyeron que los gitanos habrian muerto á nuestro hijo para hacer con él sus untos malditos: pero yo estaba tranquila: yo sabia que mi hijo estaba con sus parientes... con los parientes de su verdadero padre.—Pero pasó mucho tiempo y yo no recibia noticia ninguna... pasó mucho tiempo más, y nada supe... tampoco sabia escribir, ni era aquel secreto para revelárselo á nadie... ni yo lo he dicho á nadie hasta ahora, más que á vos, que me habeis hablado de mi ida á Valladolid y de mis amores con el príncipe don Juan: aunque yo soy viuda y libre, nada os hubiera dicho si vos no lo hubiérais sabido... y es menester que vos lo calleis tambien, señor: en la villa nadie sabe esa historia: todos creen que Gabriel es hijo de mi marido.

—¡Volvió al pueblo Gabriell!

—Sí señor: apenas tenia doce años, cuando se marchó de Portugal y anduvo rodando por el mundo y se hizo soldado: cuando vino ya tenia diez y ocho años: yo le reconocí por su semejanza con el príncipe don Juan, y... por tres lunares pequeños y encarnados que tiene sobre el hombro derecho.

—¡Ah! exclamó con alegría Aben-Shariar, que podemos saber si es él ó no lo es.

—¿Qué decis, señor?

—Nada, nada: ¿vuestro hijo sabia que vos érais su madre?

—Sí: como que habiendo hecho fortuna en las guerras de Flandes venia á buscarnos.

—¿Y sabia que era hijo del príncipe don Juan?

—No: le habian dicho los que le habian conocido que era hijo de Juan de Espinosa y de Mari-Perez, pasteleros de Madrigal.

—¿Vos no sabeis si el rey don Sebastian de Portugal sabia que Gabriel era su hermano bastardo?

—No, no señor, no lo sé.

—¿Cuánto tiempo estuvo Gabriel en Madrigal?

—Poco tiempo: mi marido quiso enseñarle á hacer pasteles, para que no se separase más de nosotros: pero Gabriel no había nacido para pastelero: era soberbio, iracundo, no respetaba nada, y por cualquier cosa maltrataba á los mozos de la villa: al fin tomó plaza en una bandera, y se fué: desde entonces no volvimos á saber de él, y mi marido murió con el sentimiento de que no se quedase á mi lado.—Pero ahora bien, señor: ¿vos le conocéis?

—No: respondió Aben-Shariar.

—¿Y por qué, pues, me habeis preguntado por él?

—Se necesitan su partida de bautismo, y la partida de casamiento vuestra y de vuestro marido.

—¿Y para qué, señor?

—¿Quién sabe si heredareis algo á causa de vuestro hijo? pero para ello es necesario acreditar que Gabriel es hijo vuestro y del señor Juan de Espinosa. Por el momento yo que soy genovés, tengo orden de entregaros mil ducados.

—¡Oh! buena falta me hacen, señor, porque como soy viuda y sola, todos tiran de mi hacienda más que si fuese suya, y la pastelería se va yendo: pero esto me importa menos que saber si mi hijo vive... ó si ha muerto.

—Yo no puedo deciros nada, porque nada sé; solo tengo orden de recoger esos papeles: pero cuando yo vuelva á allí de donde vengo, averiguaré lo que pudiere y os avisaré.

—¡Ah! ¡señor! me haceis mucho bien, porque yo amo mucho á mi hijo, exclamó la pobre Mari-Perez.

XIX.

Tres dias despues salió Aben-Shariar de Madrigal, dejando á Mari-Perez dos mil escudos y la promesa de averiguar lo que fuese de su hijo, y llevando consigo copias autorizadas de los papeles de familia de Gabriel de Espinosa: esto es: su partida de bautismo, las de sus padres y los abuelos, y las partidas de desposorios de estos.

Por estos papeles se probaba que Gabriel de Espinosa era hidalgo, porque sus abuelos provenian de la villa de Espinosa de los Monteros, cuyos naturales son todos nobles, é hijo legítimo de Juan de Espinosa, pastelero en Madrigal y de su mujer Mari-Perez.

Aben-Shariar apresuró su camino; llegó á Cartagena, se embarcó, y desembarcó al fin en Túnez delante de sus propios jardines.

Para él era indudable que si Gabriel no era rey de Portugal, era su hermano; y si era el rey, que el rey sabia la historia de Gabriel de Espinosa, y se la acomodaba.

Pero Aben-Shariar creia tener un medio seguro para aclarar aquel misterio: los tres lunares colorados que Gabriel debía tener sobre el hombro derecho, si no era el rey don Sebastian.

XX.

Aben-Shariar dió á Gabriel de Espinosa sus papeles de familia, y le acometió de frente.

—Hay un medio, le dijo, para saber si tú eres el rey don Sebastian, ó Gabriel de Espinosa.

—¿Cuál? dijo Gabriel.

—Si eres Gabriel de Espinosa, debes tener tres lunares encarnados sobre el hombro derecho.

—¿Quién te ha revelado eso? dijo gravemente Gabriel.

—Mari-Perez, la mujer de Juan de Espinosa....

—¿Y... me ama mi madre? dijo Gabriel con un acento tal de verdad que hizo vacilar al corsario.

—Mari-Perez desea saber si su hijo es muerto ó no: lo desea con ánsia: yo la he ofrecido avisarla: yeamos, pues, hermano, tu hombro derecho.

Gabriel se sonrió tristemente, se despojó de sus ropas, y dejó descubierto su hombro derecho.

Aben-Shariar lanzó una exclamacion especial, una exclamacion de despecho.

El hombro que Gabriel le mostraba estaba cruzado por una ancha cicatriz de herida causada por una bala.

Allí no aparecían los tres lunares; pero no se podía asegurar que no los había borrado la herida.

—Si no me crees, Yayhe, dijo Gabriel, jamás podrás asegurar quién soy: siempre seré para tí un misterio.

—En último extremo, de lo que no puede dudarse es de que si no eres el rey don Sebastian, eres su hermano bastardo.

—¡Oh! ¡quién sabe! exclamó roncamente Gabriel cubriéndose el hombro.

XXI.

El misterio crecía.

Mirian y Aben-Shariar que hasta entonces habían creído que Gabriel era el rey don Sebastian, empezaron á dudar.

Aquel personaje se hacía cada día más misterioso.

El viaje de Aben-Shariar á España, en cuyo interior había penetrado, las noticias que del carácter de los españoles había dado Aben-Shariar á Mirian, provocaban más aquellas dudas.

—Los españoles, dijo el pirata á Sayda Mirian, singularmente los que viven en el interior, son soberbios y altivos: parecen reyes destronados: no sufren contradicciones ni réplicas, y con poco que se les obligue, dejan escuchar la palabra dominadora, y dejan ver la mirada de amenaza: Gabriel de Espinosa ha podido pareceros rey sin serlo, porque para ello le basta ser español.

Y decía bien Aben-Shariar, porque en el siglo XVI, nuestros abuelos eran muy poco sufridores, y altivos y soberbios como ellos solos: como que estaban acostumbrados á triunfar y á dominar las cuatro partes del mundo.

Europa, Asia, Africa y América, tienen sobre sí la huella sangrienta de los ejércitos españoles.

España era un coloso, ante el cual todo temblaba.

Hoy mismo, que no puede compararse el poder militar de la España, con el que tenía en el siglo XVI, los españoles conservan su altivez tradicional característica.

XXII.

Segun lo que se habia averiguado, aunque Gabriel de Espinosa no fuese el rey don Sebastian, hijos ambos de un mismo padre, eran de igual manera descendientes de reyes.

En Mirian, la duda no cambió el amor: aunque hubiese sabido de seguro que Gabriel era hijo de una familia infame, le hubiera amado del mismo modo.

Le amaba porque, rey ó soldado, caballero ó mendigo, noble ó plebeyo, rico ó pobre, habia nacido para amarle.

Le amaba á pesar del desvio con que Gabriel pagaba su amor.

Acaso por esto le amaba más, porque el amor contrariado se obstina y crece tanto más cuanto la contrariedad es más fuerte.

XXIII.

Fuese lo que fuese Gabriel de Espinosa, que nosotros tampoco sabemos si fué rey ó fué soldado, era leal y caballero.

Debía la vida á Mirian, le amaba, era suya: por él habia aprendido el portugués y el castellano: por él se habia hecho cristiana: por él se llamaba doña María de Souza: sus tesoros eran de Gabriel, su alma entera suya.

Gabriel de Espinosa, pues, instó para que el casamiento se hiciese, y el casamiento se hizo; y para ello vino de Cartagena un fraile mercenario de la Redencion de esclavos, que Aben-Shariar fué á buscar solo para que celebrase el casamiento.

Los papeles de Gabriel de Espinosa estaban en regla, constaban de la misma manera la conversion y el bautismo de Mirian, y del niño Juan de Espinosa, y los amantes fueron esposos, y por su union fué legitimado su hijo.

XXIV.

Pasaron desde entonces doce años.

Durante ellos, otros tres hijos vinieron á aumentar la prole de los esposos; pero segun consta de los datos de que nos servimos, todos estos niños murieron, como si estuviese escrito que Mirian bebiese sin interrupcion la hiel de la amargura: así mismo los tesoros de Mirian se gastaban: Gabriel sostenia continuamente una magnífica galera armada, empleada únicamente en rescatar cautivos cristianos de las galeotas tunecinas berberiscas, y en enviar estos cristianos á su pátria.

Mirian, pródiga de amor y de oro, ni se quejó jamás de su desamor á Gabriel, ni le hizo una sola observacion acerca de los continuos dispendios, que cada dia eran más frecuentes y más crecidos.

XXV.

Guillen de Souza, aquel caballero portugués que habia encontrado cautivo Gabriel en los jardines de Aben-Shariar, que habia creido reconocer en Gabriel al rey de Portugal, habia llegado á ser el compañero inseparable de Gabriel.

Los dos pasaban dias enteros encerrados de tal modo que no podia saberse de qué trataban, y con mucha frecuencia Guillen de Souza hacia viages á Portugal, donde permanecia durante muchos meses.

Cuando Aben-Shariar hacia alguna pregunta acerca de esto á Gabriel, este le respondia:

—Guillen de Souza es libre, y por consecuencia, completamente dueño de sus acciones: pasa largas temporadas con su familia en Lisboa, pero es agradecido, y vuelve para pasar otra larga temporada al lado de sus amigos.

Pero se habia notado que cuando volvia Guillen de Souza de un viaje á Portugal, salia de las habitaciones en que Gabriel y Souza se encerraban, un pronunciado olor de papel quemado,

como si se hubiesen destruido escritos traidos por Souza, y que queria evitarse que fuesen vistos por nadie.

Se notó asimismo que siempre que Gabriel pedia una fuerte suma de dinero á Mirian, poco despues Guillen de Souza se hacia á la vela para Lisboa en un buque mercante, al que convoyaba la galera corsaria de Gabriel.

XXVI.

Esta conducta misteriosa de Gabriel, estas idas y venidas de Souza á Portugal, aquellos papeles quemados, aquellas fuertes sumas que eran sin duda entregadas á Souza, hicieron recaer de nuevo en Mirian y en Aben-Shariar, la creencia de que Gabriel era el rey don Sebastian, y de que por medio de Souza, lo preparaba todo para volver un dia á recobrar su trono.

Mirian y Aben-Shariar lo veian todo con placer: callaban y esperaban, y jamás se contestaba con una negativa á las peticiones de dinero de Gabriel.

Gabriel decia siempre á su mujer despues de una peticion de dinero:

—Esto es un préstamo que me haces, María, y que yo te devolveré, acaso muy pronto, con usura.

Mirian sonreia, echaba los brazos al cuello á Gabriel, y le decia:

—¿Si mi alma es tuya, cómo no ser tuyo todo lo que es mio?

Gabriel se sentia dominado por tanto amor y por tanta grandeza, y durante algunos dias era tal la conducta de Gabriel para con ella, que ella se sentia verdaderamente feliz.

XXVII.

Llegó un dia en que todos los tesoros que Sydi Juzef habia acumulado en el morabito de Ain-Al-Mokazen, y que su hija habia encontrado, desaparecieron.

Pero cuando Gabriel hizo otra nueva y fuerte petición, no se le dijo que no habia dinero: Aben-Shariar empezó á gastar sus inmensos tesoros.

Gabriel creia que aquel dinero era de Mirian.

Cada dia en vista de nuevos indicios, como el que viniesen portugueses al parecer ilustres con Souza, y el encerrarse con Gabriel, Aben-Shariar y Mirian creyeron con más fuerza, que Gabriel, ó mejor dicho, el rey de Portugal, lo preparaba todo para volver á su reino.

Y en efecto, un dia á los diez y seis años pasados desde la batalla de Alcázar-Kivir, Gabriel de Espinosa dijo á Mirian, que se preparase para un viaje á Europa, para abandonar el Africa de una manera decidida.

Mirian sintió un inexplicable impulso de alegría: Gabriel al alejarse de Africa no la abandonaba como hubiera podido hacerlo: Gabriel la amaba: amaba á la pequeña niña, á la pobre y hermosa criatura, de dos años, única prenda de amor que la muerte habia dejado á los esposos.

Cuando se embarcó el equipaje, Gabriel notó que entre aquel equipaje no iba dinero y lo manifestó á Mirian.

—Nuestro dinero hace mucho tiempo que se agotó, dijo Mirian.

—Pues entonces, ¿de quién era el oro que me has dado de algun tiempo á esta parte?

—De Yayhe, dijo Mirian.

Gabriel tendió la mano al corsario, y le dijo:

—No importa, hermano: yo te devolveré doblado ese dinero.

—Gasta el que me queda, si con él puedes llegar á tus intentos, dijo el corsario, y no pienses en si puedes devolvérmelo ó no.

XXVIII.

Hiciéronse al fin á la vela en el puerto de Túnez, á bordo de la Bella Genovesa, mandada por Aben-Shariar, con el nombre y el traje del rico genovés Pietro Mastta, y algunos dias despues, fondearon en el puerto de Venecia.

Aben-Shariar saltó solo en tierra y se fué en derechura á casa de Giacomo Barbarigo.

El anciano senador le recibió con los brazos abiertos.

—Acabo de llegar de Túnez, monseñor, dijo Aben-Shariar.

—¿Y á qué venís, mi bravo corsario? ¿se apresta alguna expedicion tunecina ó argelina ó turca contra Venecia, y venís cumpliendo con vuestro deber á darnos parte de ella?

—Por ahora, monseñor, dijo Aben-Shariar, los Barbarrojas tienen hartó en que pensar con sus asuntos propios, y el gran turco se aduerme en su haren dejándose robar por sus visires: vengo á otros asuntos importantísimos. ¿Cómo estamos con España?

—En paz, pero con cuidado: don Felipe II es ambicioso y sagaz: su embajador entre nosotros nos halaga demasiado y nos hace á cada paso tantas protestas de la buena amistad de que se siente animado hácia Venecia el rey su señor, que es necesario desconfiar: España no se satisface con la posesion directa de Nápoles y de Sicilia, ni con la indirecta del ducado de Parma: España es un mónstruo poderoso que lo quiere devorar todo: la preponderancia marítima de Venecia la desean ellos, y es necesario estar preparados: hay muchos españoles á pretexto de tráfico, en Venecia: pero la República vela, y si encuentra algo contra nosotros, peor para los que en nuestra casa nos tiendan asechanzas: allí estan siempre dispuestos el puente de los Suspiros, el canal Orfano, los Pozos y las Lagunas, que jamás cuentan los cadáveres que devoran.

—¿Pero si el Dux se vendiese?...

—La escalera de los Gigantes sentiria rodar su cabeza.

—Siempre es conveniente distraer la atencion y debilitar la fuerza de un rey poderoso que puede ser nuestro enemigo: dividamos y mandemos: esto lo dijo Maquiavelo, y Venecia lo practica: Venecia deja conspirar dentro de ella contra todo el mundo, pero nunca contra ella misma. ¿Pero á propósito de qué me habláis de esto, señor Pietro Mastta?

—Ya os he dicho otras veces, monseñor, y el Consejo de los Diez lo sabe, que con una hermana de mi esposa está casado un misterioso personaje, que mi cuñada salvó hace diez y seis años, recogién-dole casi muerto del campo de Alcázar-Kivir des-

pues de la batalla de los Xerifes: se cree que ese misterioso personaje sea el rey don Sebastian de Portugal, y si no lo fuere, es tan semejante á él, que bien pudieran creerle tal los portugueses y el mismo rey de España.

—Seguid, seguid, señor Pietro.

—Los portugueses sufren mal el yugo del rey de España, y el gobierno del duque de Alba, que como sabeis es muy riguroso, se les va haciendo insoportable: esta es la mejor ocasion para hacer correr la voz entre los portugueses, de que el rey don Sebastian no ha muerto, de que viene á su reino.

—¿Y dónde está ese hombre? dijo con interés el anciano senador.

—En el puerto, á bordo de mi nao la Bella Genovesa, en la que le he traído desde Túnez con su familia.

—Pues bien: que no salte en tierra hasta que se os avise: ya es la hora en que se reúne el Consejo, y voy á él: daré cuenta de lo que me habeis dicho, y os avisaré de lo que se haya resuelto.

Después de esto se despidieron el senador y el pirata, y este último se volvió á bordo de la Bella Genovesa.

XXIX.

Dos horas después atracó al costado de la Bella Genovesa una pequeña embarcación de la República, y el capitán que la mandaba saltó á bordo y entregó á Aben-Shariar un pliego sellado con el sello de Venecia.

Aquel pliego contenía una orden del Consejo de los Diez, para que se entregase el bello palacio de Sforzia, con sus muebles y cuanto en él existía, al soldado español Gabriel de Espinosa, para que viviese en él con su familia.

Poco tiempo después, Gabriel, Mirian, su hija, Guillen de Souza y algunos criados que habían sido cautivos, se aposentaban por cuenta del Estado, en el palacio Sforzia.

XXX.

Gabriel y Guillen de Souza tuvieron largas conferencias con Barbarigo, y el Consejo de los Diez admitió á su presencia en audiencia secreta á Gabriel.

Entretanto el Consejo habia hecho indagaciones y enviado agentes á Portugal, como ya recordamos por la relacion que habia hecho el esbirro Nicolino á Aben-Shariar en la hostería de Génova.

XXXI.

Ello es que el Consejo de los Diez se valia de Gabriel de Espinosa para distraer á Felipe II, comprometiéndole en grandes complicaciones.

Era aquella una conspiracion tenebrosa como todas las de Venecia: una conspiracion contra un extranjero poderoso que podia un dia volver sus armas contra la República.

Y no era vano este temor, porque Felipe II se apoderaba de cuanto podia, y empleaba su poder para apoderarse de aquello que se le resistia: Felipe II tenia bajo su corona de Italia el reino de Nápoles; Cerdeña era suya; Portugal estaba sometido á él; Roma, á pesar del ardiente catolicismo de Felipe II, le temia; los Países Bajos temblaban al escuchar su nombre; Francia estaba con él en continua guerra; Inglaterra le miraba con recelo, y este recelo se comunicaba á las otras naciones de Europa. Un momento de fortuna decidida para las armas de don Felipe, y era de temer una invasion española en Italia, que sabia harto de qué manera hacian los españoles la guerra.

XXXII.

Venecia, pues, acogió con ansia á aquel extranjero, que podia causar una sublevacion en Portugal, determinando con ella un grave conflicto para Felipe II.

Pero Felipe II recelaba también: sus agentes eran numerosos en Venecia, y era necesario gran reserva, mucha habilidad, para que Felipe II no fuese avisado, y encontrase un medio fácil y expedito, aunque secreto, para deshacerse del pretendiente á la corona de Portugal.

XXXIII.

Porque, debemos decirlo: ya fuese que Gabriel, siendo en efecto el rey don Sebastian, estuviese cansado de su vida oscura y aventurera; ya no siéndolo, le hubiese deslumbrado la perspectiva de un trono, Gabriel de Espinosa se habia prestado á los manejos de la República en su favor y contra Felipe II.

Venecia no le habia prometido ayudarle abiertamente por medio de la fuerza, enviándole con una fuerte armada, como hubiera podido hacerlo, porque Venecia era en aquellos tiempos la reina del mar: esto hubiera sido retar de poder á poder á Felipe II, y Venecia evitaba las guerras cuanto le era posible; pero le prometió poner en juego y los puso, cuantos medios secretos estaban á su alcance, y empezó á urdirse una vasta conspiracion, cuyo centro era Venecia, y cuyas ramificaciones llegaban á Portugal y á España.

XXXIV.

Esto era lento, pero seguro: se recomendó una gran prudencia á Gabriel, y éste fué prudente durante algun tiempo, no dejándose ver en público, ni recibiendo á nadie en su palacio.

Pero fuese que despreciaba el peligro, fuese que ansioso del trato europeo por su larga permanencia en Africa, se hubiese dejado arrastrar por los placeres de la voluptuosa Venecia, Gabriel de Espinosa empezó á salir á todas horas, y á entregarse como un jóven de veinte y seis años, como si los diez y seis que habia pasado en Africa solo hubiesen sido un largo paréntesis, á toda clase de aventuras y devaneos.

Desde que Gabriel empezó á observar esta nueva vida, fué secreta pero tenazmente vigilado por los agentes de la República, y de aquí que siguiéndole y espiándole, Aben-Shariar hubiese dado con los amoríos de Gabriel y de Estefana Barbarigo, y de aquí que, estando vigilado el palacio donde aquella moraba, Aben-Shariar hubiese encontrado con el esbirro Nicolino, y por consecuencia con Tieppolo Albano.

XXXV.

Nos hemos ocupado de estos antecedentes, porque lo hemos creído necesario antes de referir á nuestros lectores lo que hablaron en el palacio de Sforzia, Mirian y su cuñado Aben-Shariar.

XXXVI.

Mirian se habia dejado caer en un divan color de raso blanco, desalentada, pálida, anhelante.

Aben-Shariar se quedó de pié delante de ella contemplándola con una conmiseracion y un amor infinitos.

Mirian tenia la densa palidez de la irritacion, de la cólera, del despecho, de la agonía del alma.

—Ayer salió, dijo con la voz trémula, ayer salió por la mañana muy temprano, y aún no ha vuelto.

—¿Y á dónde ibas? preguntó Aben-Shariar.

—Al palacio Barbarigo, respondió con energía Mirian.

—¡Al palacio Barbarigo! dijo con admiracion el corsario: ¿y á qué?

—A matar á una mujer.

—¡Mirian!

—Sí: á matarla.

—¿Pero qué mujer es esa? dijo Aben-Shariar.

—Una miserable, una de estas corrompidas damas venecianas que han nacido para la impureza y para el escándalo: á una mujer que se llama Estefana Barbarigo. ¿Pero á qué me

preguntas, si tú lo sabes todo, si tú conoces tambien á esa mujer?

—¡Yo!

—Sí, tú, que tambien me vendes, que tambien eres traidor para mí.

—No, Mirian: yo no te hago traicion: no puedo hacértela: no te la haré nunca: yo velo por tí: yo hago cuanto puedo por tí.

—¿Y por qué no me has dicho: Mirian, Gabriel ama á una mujer, por ella te desprecia, por ella te abandona?

—¿Quién te ha dicho que Gabriel....

—¡Ah! ¿he de ser yo quien he de confesarlo á tí, cuando tú te me muestras reservado? No: dime primero cuanto sepas de esos amores: dímelo, y despues yo te diré de qué manera lo he sabido.

—Lo adivino: eres demasiado hermosa, Mirian, y con suma frecuencia te asomas á los miradores de este palacio.

—La vida de Europa es un espectáculo nuevo para mí.

—Pero al ver tú ese espectáculo, hay gentes entre las que miras, que te ven tambien. ¡Oh! el Koran es verdaderamente un libro inspirado por Dios! ¡con cuánta razon manda el Koran que las mujeres no sean vistas ni vean á otro, sino es su esposo el que ellas ven y el que las ve!

—¡Yo soy cristiana!

—En buen hora: has sido lo que has querido: todo te lo ha sacrificado el amor de los tuyos, hasta la severidad de sus creencias; pero Dios quiera que no te arrepientas un dia de haber renegado de tu religion y de tu pátria.

—Yo no he renegado, Yayhe: me he convertido.

—Por el amor de un hombre.

—Por el camino que me ha ofrecido la providencia de Dios.

—Si no hubieras conocido á ese hombre, hoy serias sultana de Marruecos.

—No me pesa el no serlo.

—Porque esperas ser reina de Portugal.

—Me bastaria el reinar sola en el corazon de Gabriel: hablemos de esto y no de otra cosa: yo sé que Gabriel me hace traicion.

—Lo sabes porque te lo ha revelado un hombre de quien has sido vista, y se ha enamorado ciegamente de tí.

Volvieron á encenderse con un vivo color las mejillas de Mirian.

—¿Y quién es ese hombre? preguntó á Aben-Shariar.

—Ese hombre se llama César Malatesta.

—¡Le conoces! dijo Mirian.

—Sigo sus pasos, es decir, le hago vigilar desde algun tiempo hace, porque ese hombre es un peligro para Gabriel.

—¡Cómo! ¿has supuesto que yo amo á ese hombre? dijo Mirian con un acento tal de inquietud y amor ofendidos, que bastaban para convencerse de que nada la unia á César Malatesta.

—No: yo sé que amas á Gabriel, que á pesar del desamor que en Gabriel encuentras, le amarás siempre: que ni la más leve mancha empañará ni tu amor, ni tu honor: que tú no puedes amar á nadie más que á Gabriel.

—¿Por qué, pues, entonces dices que haces vigilar á César Malatesta, porque es un peligro para Gabriel?

—Porque César Malatesta ha contraído un grave empeño, uno de esos empeños por los cuales un hombre lo arrostra todo, por Estefana Barbarigo.

Mirian se puso pálida de celos y de cólera al oír el nombre de Estefana.

—¡Esa mujer! dijo, ¡esa es la mujer que yo odio, que yo quiero matar!

—¿Ha sido César Malatesta quien te ha dicho el nombre de esa mujer?

—Sí.

—¿Es decir que has hablado con César Malatesta?

—No: ese hombre me hubiera hablado de amor, y yo no puedo escuchar palabras de amor de nadie más que de Gabriel: me ha escrito y he leído sus cartas.

—¿Llenas sin duda de palabras de amor?

—He pasado por cima de las palabras amorosas y he leído las noticias que acerca de Gabriel me daba.

—¿Sabrá César Malatesta que tú consientes en recibir sus cartas?

—No: las cartas de César Malatesta aparecen en mis habitaciones, sin que se sepa quién las ha puesto en ellas.

—¿Dónde están esas cartas?

—No existen.

—¿Que no existen?

—No: despues de leerlas las quemó.

—¿Y para qué?

—El criado que las pone sin duda donde yo las encuentro, sin duda tambien me observará oculto, para ver lo que yo hago, qué semblante pongo cuando leo esas cartas: yo las abro con una cólera que no necesito fingir porque la siento, las leo con desprecio y á sangre fria, por más que al revelarme traiciones de Gabriel, me destrocen el alma, y luego las quemó.

—¿Y sin embargo, sigues encontrando cartas?

—Una todos los dias.

—¿Y sabes?...

—Que Gabriel entra de noche en el aposento de una mujer, y que esa mujer se llama Estefana Barbarigo.

—¿Y crees tú que Gabriel ama á esa mujer?

—¿Dónde, pues, pasa los dias enteros y las noches, sino á su lado?

—Quien ha pasado anoche el tiempo desde la media noche hasta el amanecer en el aposento de Estefana Barbarigo, he sido yo.

—¡Tú!

—Sí: yo: yo que velo por tí.

—¿Y cómo has llegado hasta esa mujer? ¿te ama á tí tambien? dijo con desprecio Mirian.

—No: ¡yo soy amigo de Estefana!

—¡Amigo! exclamó Mirian comprendiendo el sarcasmo de la afirmacion de Aben-Shariar: ¿y desde cuándo?

—Desde hace tres dias.

—¿Y cómo te has hecho su amigo?

—Presentándome de repente en su aposento, á la media noche, cuando ella esperaba á Gabriel.

—¿Y ella ignoraba que tú...

—Ni aún me conocia.

—¿Y cómo pudiste llegar hasta ella?

—Estas tres letras, dijo Aben-Shariar abriéndose la ropilla y dejando ver en su pecho las tres iniciales del terrible Consejo de los Diez, abren todas las puertas, facilitando su entrada al lugar más reservado: estas tres letras lo pueden todo en Venecia.

—¿Y qué disculpa diste á Estefana-al presentarte á ella?

—Estas tres letras tambien.

—¡Y ella!

—¡Tembló!

—¡Tembló! pues y ¿qué puede temer, quien como ella, es hija de uno de los hombres más poderosos de la República de Venecia?

—Lo puede temer todo: el Consejo de los Diez no conoce á nadie: de la misma manera está sujeto á su autoridad el Dux, que el ciudadano más pobre y más miserable: Estefana, pues, que vió delante de sí á un miembro del Consejo, se creyó perdida, y me lo reveló todo.

—¿Y qué te reveló?

—Que ama á Gabriel, que es el único hombre á quien ha amado: que por él está dispuesta á arrostrarlo todo.

—¡Oh, Dios mio!

—Pero yo he comprendido que Estefana no ama ni puede amar á Gabriel, porque no puede amar á nadie.

—¿Y por qué entonces dice que le ama?

—Ella lo cree: ella siente por Gabriel esa fascinacion que Gabriel inspira á cuantos le ven, á cuantos hablan con él: ella siente una atraccion que la devora, que la arrastra hácia Gabriel; pero no lleva la dulce, la embriagadora conmocion del amor: ella está dominada, no enamorada: ella admira, no ama: Gabriel la asombra y no la conmueve: sin embargo, es la primera vez que ha sentido algo por un hombre, y se cree poseida de un amor infinito.

—Pero tú has debido decirle, que Gabriel la engaña, que Gabriel tiene una esposa, una hija, que Gabriel no puede ser de otra mujer mientras yo viva.

—Yo no la he dicho eso.

—¿Y por qué?

—Porque no debo decirselo.

—Esto destruiría los sueños de esa mujer.

—Eso aumentaría su empeño hacia Gabriel.

—Vería la imposibilidad del casamiento de Gabriel con ella.

—Por lo mismo, al encontrar la posibilidad, pretendería destruirla: esto es: hacer posible su casamiento con el rey de Portugal.

—¡Ah! exclamó de una manera terrible Mirian.

—En vano serían cuantas precauciones se tomasen para defenderte: Estefana encontraría medio de hacer llegar hasta tí un venenó.

—¡Oh! ¡esa mujer me tiene el mismo ódio que yo la tengo! exclamó con acento ronco y terrible Mirian.

Y sus negros ojos resplandecieron con una mirada de amenaza, en la que se transparentaba la muerte.

—¿Y ella no me conoce?

—No.

—¿Ella ignora que Gabriel es casado?

—Sí.

—¿Tú eres amigo de esa mujer? es decir... ¿tú has podido hacerla creer que eres su amigo?....

—Sí: la he dicho que la República tiene un gran interés en que el rey de Portugal recobre su trono: que por lo mismo que la República desea esto, se vigila al rey don Sebastian, no para expiarle, sino para protegerle: que por esta vigilancia, yo supe que existían amores entre ella y él, y que mi entrada en su casa, á pesar de que para ello me había valido de la autoridad secreta de que estoy investido por el Consejo de los Diez, lo había hecho solo para proteger aquellos amores, haciéndome consejero de Estefana á fin de que diesen un feliz resultado, porque convenía juntamente á la República, que un rey protegido por ella, y que debía recobrar su trono por su proteccion, fuese esposo de una patricia veneciana, hija de un hombre tal como Giacomo Barbarigo.

—¿Y ella no ha podido sospechar?....

—¡Ah! ¡no! si yo no pudiese encubrir mis afectos engañando de una manera perfecta, no gozaría de la confianza del Consejo de los Diez: Estefana me cree y se cree protegida en sus amores por la República.

—¿Y para qué esto? ¿no sería mejor matar esos amores que tan infeliz me hacen?

—No es prudente: Gabriel, si se le apartara de Estefana, buscaría el amor de otra: está ansioso de satisfacer en algo su alma ardiente: por él han pasado los años envejeciendo su cuerpo, sin amenguar en nada la juventud de su alma: es un voluntarioso jóven, en cuya cabeza, el destierro, los sufrimientos y las rudas fatigas del mar y del combate, han hecho aparecer las canas: en cuyo semblante se ven arrugas, pero cuyo corazón late con la violencia de los primeros años: es necesario dejarle ir, dejarle ir, para que no se irrite si se le contraría.

—Tú puedes decir eso muy bien: ¡pero yo! ¡yo que le he sacrificado mi patria, mi juventud! ¡ah! ¡no! ¡yo no puedo calcular con esa horrible sangre fría! ¡yo solo veo una mujer hermosa y tentadora, que le seduce, que le embriaga, que le tiende asechanzas! ¡una mujer á quien él ama!

—El no ama á nadie más que á Mirian.

—¡Oh! ¡no! ¡no digas eso! ¡tú sabes cuántos martirios he sufrido como amante y como esposa! ¡tú sabes que la mayor parte del tiempo transcurrido desde que nos vinimos, lo ha pasado alejado de mí!

—Corriendo tras el combate y tras el peligro.

—Pues bien: entonces amaba más que á mí al peligro y al combate: amaba más á su gloria; y ahora, ahora no solo es su gloria á lo que más que á mí ama: ama á esa mujer.

—Le llama la novedad de una aventura, las cualidades enérgicas de Estefana, lo misterioso de sus entrevistas; pero llegará un día, muy pronto, en que todo eso le hastie, en que comprenda que todo lo que falsamente brilla en Estefana, existe realmente en tí: tú, Mirian, eres una de esas mujeres que no deben temer las comparaciones, porque ganan al ser comparadas: tú eres y serás siempre el amor de Gabriel: has sido su primer amor, está asimilado á tí, lleno de la esencia de tu alma: embriagado por tu hermosura; pero nadie le disputa tu porvenir, y esto le hará parecer desenamorado: si él sintiera celos....

—¡Oh! jamás descenderé yo á esa villanía, exclamó Mirian:

jamás para atraerme á mi marido, haré concebir á otro hombre esperanzas.....

—¿Y quién piensa en eso? ¿quién te aconseja que hagas nacer en el alma de tu esposo sospechas que nunca se curan? ¡Ah! ¡no! pero si tú concurrieras á las fiestas, á esas magnificas fiestas venecianas; si te vieses resplandeciente de hermosura y de riqueza.....

—¡De riqueza! ¡los tesoros de mi padre no existen ya!

—Pero existen los míos... que son tuyos, Mirian: tú tienes joyas admirables, y á mí me sobra oro para que vistas las telas más ricas: sal de tu encierro, preséntate sola, rodeada únicamente por decoro de pajes y de doncellas, en los alegres y ostentosos saraos, y Gabriel verá que todos los hombres te miran con deseo, y todas las mujeres con envidia: verá que esa hermosísima Estefana á quien se tiene por la primera belleza de Venecia, palidece á tu lado, como palidece la luna cuando al levantarse en el Oriente encuentra al rojo sol que aún no ha traspuesto el Occidente.

—¡Pero la luna sale y el sol se pone! dijo con amargura Mirian.

—La luna brilla durante una noche fria, y el sol viene tras la noche llenando los cielos y la tierra de luz, de esplendor y de armonía. Mirian, tú lo puedes todo con el rey de Portugal: tú eres su destino: sin tí, don Sébastian no puede existir: tú no necesitas más que quererlo, y don Sebastian vendrá á tí.

—¡Oh! ¡no! yo no puedo nada contra él: él me domina: él me reduce al sufrimiento cobarde con su solo aspecto: yo no sé lo que tiene de grande, de terrible: algunas veces, cuando le miro paseándose grave y lento, con la frente alta y la mirada fija en un objeto invisible, en un objeto que yo no puedo adivinar qué sea, me parece ver algo luciente que resplandece en sus ojos, que se dilata: vuelve su cabeza en una aureola que me causa espanto: porque unas veces me parece ver que esa aureola es roja como la sangre, y que otras es lívida como el rostro de un cadáver. Yo sufro, yo temo, yo lloro: Gabriel ó don Sebastian, no ha nacido para amar, y ser dominado por el amor de las pobres criaturas que vivimos sobre la tierra: él ama lo que yo no puedo darle: el poder y la gloria.

Muchas veces; y Mirian cambió de tono, yo que jamás reposo de una manera completa, yo que siempre velo por él, cuando la noche y el silencio nos rodean, cuando apenas penetra por entre los pabellones de nuestro lecho un débil reflejo de la opaca lámpara que arde allá en un ángulo de nuestra cámara, yo le contemplo inclinada sobre él, y sorprendo su alma: nunca mi nombre, ni el nombre de una mujer, ni el nombre de su hijo muerto, ni el de su pequeña hija viva, ni el de mis padres, ni el de los suyos, sale por entre sus labios dormido, no; pero yo le oigo excitar roncamente á capitanes y soldados como en un dia de batalla; yo le veo estremecerse de una manera terrible; agitarse como si cabalgando en su caballo de pelea, le irritase la vista de uno y otro, y cien enemigos que caen delante de él arrollados por su esfuerzo; yo le veo sudoroso, pálido, pronunciando con voz ronca los nombres más altos de la nobleza portuguesa: «¡A mí! ¡á mí! ¡Terceira! ¡á mí, Braganza! ¡á mí, Souza, Carvalho! ¡á mí, Coimbra! ¡adelante, adelante, mi estandarte! ¡Portugal y San Dionis!» Y parece que queriendo romper el sueño, prosiguiendo con su imaginacion dormida á los enemigos fantásticos de una batalla soñada, nada vé más que la gloria que huye delante de él; nada siente más que el placer de la sangre que corre; del extrago que crece; de la muerte que le rodea por todas partes. ¡Oh, sí, sí! es un rey que no es más que rey, ó si no es rey, es un soldado cuyo cuerpo alienta un alma de rey, y sueña en una corona que le ha arrebatado la desgracia ó que le ha negado su destino. Yo le amo porque es grande; pero por lo mismo él no me ama; porque para él todo es pequeño. ¡Oh! ¡si yo hubiera podido ver claro mi destino entre las densas tinieblas del porvenir! ¡si yo hubiera podido adivinar el amor desesperado que debia hacerme sentir aquel hombre ensangrentado y desnudo; aquel hombre que arranqué de entre los cadáveres, de sobre el horrible campo de batalla de Alcázar-Kivir! ¡Oh! si yo le hubiera dejado allí sobre un lecho de sangre, del cual no se hubiera levantado más! ¡Pero yo estoy loca, Yahye! ¡yo estoy loca! yo blasfemo de mi corazon y de mi alma; yo, irritada por un dolor que ya no puedo soportar, digo lo que mi corazon no siente: porque mi única alegría, mi único consuelo, es el recuerdo del momento en que

despues de largas horas, de una espera horrible, de una duda cruel, le ví abrir los ojos, volver á la vida, mirarme entre el misterio de los silenciosos muros del morabito de Ain-Al-Mokazen: yo no puedo olvidar el momento en que le encontré inmóvil, frio, desnudo, ensangrentado, sobre su caballo muerto: yo no puedo olvidar aquella terrible sonrisa que habia quedado impresa en sus lábios lívidos: aquella sonrisa del hombre indomable que cae herido de muerte despreciando á sus enemigos. ¡Oh! yo le amo ahora, como le amé entonces, como le amaré siempre: porque yo le amé desde el momento en que le ví, de una sola vez, para entonces y para luego y para mi eternidad: yo alenté la chispa de vida que ardia en él, débil y próxima á extinguirse: para mí, es un cadáver que yo he revivido; un espíritu que yo he arrancado de lo infinito; un hombre que me pertenece: yo, sultana altiva; yo, hija de un hombre que no era sultan, porque despreciaba el trono; yo, que despues de la muerte de mi padre he podido levantar un estandarte, llevar trás mí una y otra cabila, dominar en el imperio de Occidente, inundar con mi ejército bravío el Oriente, ser la Semíramis moderna: yo, que he visto á mis piés la grandeza, la gloria y el dominio de un dilatado imperio: yo, que lo he despreciado todo por un hombre, que me he consagrado á él, que he vivido solo por él y para él, no he recibido en cambio del inmenso sacrificio, ni una sola gota de rocío, de dulzura y de amor en mi pobre corazón sediento: yo soy una esclava de quien su señor está hastiado: una esclava á quien solo tiene á su lado su señor por un lazo de agradecimiento, que cada dia se le hace más enojoso, más pesado; que alloja de dia en dia; que está próximo á desatarse; que tal vez se ha desatado ya. ¡Yayhe! exclamó con acento desesperado y terrible Mirian: mientras que solo he sentido el frio del desamor de Gabriel, he sufrido horriblemente: mi corazón comprimido, ha llorado con la amargura insoportable del desconsuelo, de la esperanza muerta: pero no amaba á nadie, no tenia yo celos: me sentia despreciada por la sed de gloria, por los sueños de grandeza de una imaginacion loca y calenturienta: pero no se me posponia á otra mujer; no se hacia el sacrificio de mi alma, de mi amor, de mi vida, á otra mujer: hoy no; hoy, el sufrimiento, la paciencia, el sem-

blante tranquilo, la sumision amante, serian una miserable cobardía: una cobardía infame, una debilidad vergonzosa, que no caben en mi corazon, que se agita terrible, pudiendo contener apenas la fuerza incontrastable de mi sangre africana, de la sangre de héroes que me alienta: ¡no! yo no soy ya la humilde esclava del amor de un hombre; yo soy la poderosa leona del desierto, que una serpiente ha mordido á traicion mientras dormia: yo me siento agitada por un furor de destruccion: yo siento con placer, con un placer del infierno, que á mi amor se va mezclando algo de ódio: ¡y ay de Gabriel el dia en que mi ódio venza á mi amor! Se me provoca al combate; los de mi sangre nunca han retrocedido ante la pelea: se me brinda á combatir, combatamos: pero como á los de mi sangre, que no se me pida ni generosidad ni compasion despues de la victoria.

Mirian se habia transfigurado: espantaba su palidez: daba miedo el fuego sombrío de sus ojos: estremecia su poderoso temblor: su hermosura resplandecia de una manera siniestra.

Aben-Shariar la habia contemplado en silencio, atento primero, excitado despues; arrastrado, envuelto por el furor de Mirian, sintiéndole, aspirándole, participando de él.

Cuando Mirian calló, Aben-Shariar permaneció contemplándola asombrado, enorgullecido; dejando ver en su mirada y en su semblante un amor insensato, en que no podia reparar Mirian, á causa del estado de excitacion febril en que se encontraba.

Pero la expresion del amor desesperado que ardía en la mirada del corsario, se apagó instantáneamente, como se apaga un relámpago en el sombrío fondo de una noche de tempestad.

Aben-Shariar se pasó la mano por la frente, como para arrancar de ella una tentacion, y asiendo por la mano á la sultana, la llevó junto á la cuna donde dormia su hija.

—¡Mira! la dijo.

Mirian volvió en sí como quien despierta de una densa y terrible pesadilla, y fijó su mirada vaga en la niña. Rápidamente, la mirada de Mirian fué perdiendo su fiereza, y al fin apareció en ella esa mirada infinita, poesia de las poesías, pureza de las purezas, amor de los amores, que las madres fijan en el rosado y tranquilo semblante de sus pequeños hijos dormidos.

—Gabriel es su padre: dijo solemnemente Aben-Shariar.

Mirian tembló.

—La leona no puede herir al padre de sus cachorros, añadió el pirata.

Los ojos de Mirian se llenaron de lágrimas.

—El amor al hijo es el amor al padre: una madre no puede herir al padre de su hijo, sin herirse en las entrañas, añadió siempre grave y solemne Aben-Shariar: una mujer que tiene tu corazón, no puede aborrecer al padre de su hijo, ni aborrecer á su hijo.

—¡Ah! ¡no! exclamó levantándose terrible Mirian, que se había arrodillado junto á la cuna de su hija; ¡pero esa mujer, esa mujer, sí, esa mujer caerá hecha pedazos delante de mí! ¡es terrible! no importa: mejor: así será la lucha más gloriosa, y la venganza más dulce: ¡que es patricia! mejor: así caerá desde más alto á mis piés: ¡que es hija de Giacomo Barbarigo, que tiene en sus manos el poder entero de la terrible República de Venecia! ¡ah! mejor, mucho mejor: así podré demostrar á Gabriel que yo también soy reina: que yo también amo el combate y la gloria: que yo también tengo voz poderosa, lo bastante para dejarse oír sobre el clamor de la batalla! ¡Yayhe, tú eres veneciano en Venecia, como eres tunecino en Túnez: tú eres aquí alto y fuerte y poderoso, como eres alto y fuerte y poderoso en Africa: tú, como eres uno de los siete emires del Moghreb, que tienen en su mano la suerte del imperio musulmán del Occidente, eres uno de esos terribles y sombríos senadores del Consejo de los Diez.

—¡Silencio! exclamó Aben-Shariar poniendo su membruda mano en la preciosa boca de María: ¡calla! ¡calla, imprudente! tus celos te vuelven loca: tus celos te hacen olvidar que las alfombras que pisamos, el techo que nos cubre, las paredes que nos rodean, tienen oídos que llevan nuestras palabras al Consejo de los Diez. ¡Calla! porque te estoy oyendo yo que me olvido por un momento de quien soy, y de lo que debo á mi juramento, pero que no puedo continuar olvidándome de ello ni un momento más.

—Sí, hablemos bajo, muy bajo; porque el esbirro escucha detrás de todos los tapices de Venecia; porque nuestro criado,

nuestra doncella, pueden ser oídos y bocas del Consejo de los Diez, que es cobarde y descarga el golpe en la sombra, por la espalda y con el puñal envenenado: sí, ya ves, he bajado tanto la voz, que solo puedes oírme tú; y tú, antes que de Argel y de Túnez, antes que de Venecia, eres mío.

Aben-Shariar tembló: una mirada que nunca había visto en los invencibles ojos de Mirian, había convertido su sangre en lava.

Mirian, empezaba á ponerse en campaña.

Su astucia de mujer empezaba á obrar.

Sabemos que Aben-Shariar amaba con toda su alma, aunque con un amor resignado, misterioso, nunca revelado, á Mirian.

Y, sin embargo, Mirian lo sabía, porque no hay medio de ocultar nuestro amor á la mujer á quien amamos.

Por efecto de la política oscura de Venecia, política friamente positivista, sin creencias y sin fe más que en la fuerza, Aben-Shariar era, hacia algunos años, miembro del formidable Consejo de los Diez. La razón que para esto había tenido el Estado de Venecia, era una razón invencible; pero que sin embargo, pesaba mucho. Aben-Shariar era un miembro de los más útiles. Argel era una continua amenaza de Venecia, y mucho más, bajo la dinastía Barbarroja; dinastía de formidables piratas, que unían á su feroz valor de tigre, una astucia infinita y unas grandes dotes de mando.

Aben-Shariar era uno de los emires más influyentes, más poderosos de las regencias de Argel y Túnez, y estaba en el secreto de la política de los Barbarrojas.

El Consejo de los Diez podía estar seguro de saber á tiempo los intentos de Argel contra Venecia, prepararse para resistirlos, y deshacerlos con facilidad.

El agente de todos estos asuntos para Venecia, era Aben-Shariar, que había hecho traición á su patria.

Mirian lo sabía esto: sabía más; que Aben-Shariar lo había hecho por ella; por procurar á Gabriel de Espinosa el poderoso apoyo de la República de Venecia.

La astuta Venecia no había sabido asegurar la fidelidad de Aben-Shariar, sino halagando su ambición y su orgullo, y dándole un lugar en el Consejo de los Diez.

De estas transacciones oscuras hay muchos ejemplos en la historia de la República de Venecia.

Esta, que habia adoptado la política fria y calculadora de Maquiavelo, no reparaba en los medios, con tal de que llevasen á un fin, ó lo que es lo mismo, reconocian en la práctica este terrible principio: *el fin justifica los medios*. Y á esta frialdad calculadora de la política de Venecia, debia Aben-Shariar su puesto en el Consejo de los Diez, á pesar de que no era veneciano, ni por consecuencia patricio, ni cristiano, ni hombre de bien, puesto que era pirata.

Pero tenia un gran poder, y Venecia para robustecerse, asumia todo el poder que le era posible.

Para esto, habia sido necesario que el Estado de Venecia autorizase una superchería: Aben-Shariar habia sido reconocido como patricio genovés, bajo el nombre de Pietro Mastta, se le habia dado carta de naturaleza en Venecia, y se le habia admitido en el patriciado veneciano.

El Consejo de los Quinientos, y el de los Ciento y el Dux, creian de buena fé que Aben-Shariar era monseñor Pietro Mastta, patricio de Génova, naturalizado en Venecia y admitido en su patriciado; pero el Consejo de los Diez, que era al mismo tiempo el corazon y el alma de la República, el poder supremo, el que todo lo hacia y todo lo sabia, el depositario de los secretos de Estado, sabia el verdadero nombre y la verdadera posicion del emir Yhayeben-Shariar, que era uno de los siete emires del Africa Occidental, y á más de esto, un bravo corsario.

Sin embargo, monseñor Pietro Mastta, era uno de los más influyentes miembros del Consejo de los Diez.

Esto queria decir, que Aben-Shariar era un secreto de Estado que el Consejo de los Diez guardaba cuidadosamente, porque aquel secreto de Estado redundaba en provecho de la República.

Sin embargo, Mirian conocia este secreto, porque lo primero que existia en el mundo para Aben-Shariar era Mirian, y no tenia secretos para ella.

Por eso Mirian le habia dicho llena de seguridad: tú eres mio, y por eso Aben-Shariar se habia sentido inflamado por la

mirada incontrastable con que Mirian habia acompañado aquellas palabras.

—Sí, eres mio, dijo Mirian, mi hermosura te enloquece, mi alma te enamora: si yo te pidiese tu vida, más que tu vida, tu infamia, no vacilarías en obedecerme: pues, bien; véngame y soy tuya.

—¡Mirian, calla! tú no puedes cumplir lo que me prometes, dijo con dolor Aben-Shariar; ¡tu alma no es tuya! deja mi esperanza muerta en el fondo de mi alma, no la resucites con el fuego de tus ojos, con el encanto de tu palabra; porque si mi alma despierta, yo no podré volver á dominarla, y puede serte funesto el haber resucitado mi esperanza.

—¿No te he dicho ya, que mi amor á Gabriel se va mezclando con algo de ódio? ¿pues qué, una mujer altiva y digna, puede verse despreciada sin que el desprecio la irrite y haga nacer en su corazón el odio?

—¡No te comprendo, Mirian! ¡no quiero comprenderte! ¡tú me engañas!

—¡Ayúdame! que el ser hija de un senador del Consejo de los Diez no proteja á Estefana; que el Consejo de los Diez no ayude á Gabriel á conquistar el trono que ambiciona; que si mañana ocupa ese trono, sepa que me lo debe á mí, como á mí me debe la vida. ¡Quiero matar á Estefana! ¿lo entiendes? estoy ya cansada de sufrir, y tengo sed de exterminar.

—¿Y si Gabriel no te ama, si Gabriel no vuelve á tu amor, si despues de Estefana su ambicion le lleva á otra mujer?...

—Entonces, él tambien.

—¡El padre de tu hija!

—Para mi hija basto yo.

—Tú estás loca, Mirian.

—Si estoy loca, mi locura es incurable y es en vano oponerse á los proyectos de mi locura. Escucha, Yhaye: si tú lo esperas todo de mí, yo lo espero de tí todo: por eso, me encontraste cuando iba á buscarte á tu galera: mi resolución es irrevocable: quiero saber si tú estás dispuesto á servirme.

—¿No has dicho que soy tuyo? le dijo Aben-Shariar; pues bien; tú lo has dicho.

—¡Ah! ya lo sabia yo: pero escucha, Yhaye: no des vuelo á

tus esperanzas; no quiero engañarte; yo no te amaré nunca más que como te amo ahora; como un hermano: yo no puedo dejar de amar á Gabriel, aunque me ofenda todo cuanto un hombre puede ofender á una mujer: aunque me maltrate, aunque me desprecie: pero sin dejar de amarle, me vengaré de una manera tan terrible como si le aborreciera: aunque mi venganza llene mi alma de dolor y de remordimiento. ¿Quieres ayudarme, Yhaye?

—Yo soy tuyo: contestó suspirando el corsario.

—Yo creo, Yhaye, dijo Mirian, que Gabriel no ama á Estefana Barbarigo; porque él no puede amar á nadie: creo que la engaña para procurarse la proteccion de Giacomo Barbarigo, cuya influencia lo domina todo en el Consejo de los Diez. ¿Puedes tú vencer á Barbarigo si nos ponemos en lucha con él?

—No: dijo secamente Yhaye.

—¡Entonces, Yhaye, guerra á Venecia!

—¡Guerra!

—¡Sí, guerra! que las galeotas africanas en un número infinito caigan de improviso sobre Venecia: tú tienes tesoros, y yo soy aún la sultana Sayda Mirian: la República engañada por ti, no puede preveer el golpe; no le verá hasta que le sienta.

—La República está siempre prevenida.

—Hazla traicion, y si pereces en la traicion, si se abren para tí los calabozos del Estado, lo habrás hecho por mí.

—Silencio, dijo Aben-Shariar, se acerca alguien.

En efecto, se abrió una puerta, y apareció Gabriel de Espinosa.

CAPITULO IV.

De cómo Gabriel de Espinosa obraba por su cuenta, y seguía siendo un misterio.

I.

Era Gabriel un hombre gallardo; de altivo aspecto y de nobles maneras: habia en él algo de indomable y de terrible, pero contenido bajo una grave tranquilidad.

Le rodeaba un no sé qué de grande, una aureola por decirlo así, casi fantástica; parecia que el lugar en que se encontraba no era su lugar: que el traje que vestia no era su traje, á pesar de que aquel traje era tan rico como el de los ricos patricios venecianos.

En cuanto á la figura, era aún hermoso; pero entre sus cabellos rubios y su barba rubia tambien, habia muchas canas: su semblante blanco estaba curtido por el viento del mar, y se marcaban en él leves arrugas que le hacian parecer prematuramente entrado en la vejez. Sin embargo, sus ojos azules, como el azul del cielo por la tarde, despues de puesto el sol, tenian el brillo y el fuego de la juventud, y estaban impregnados de la expresion sombría de un malestar continuo, profundo, de una contrariedad insoportable. Todo en él revelaba lo grande; pero lo grande comprimido por la desgracia y la altivez con que aquella desgracia era combatida.

Adelantó en paso lento y grave, y cuando llegó á Aben-

Shariar y á Mirian, extendió hácia ellos las manos, con las que entrambos enlazaron las suyas.

Aben-Shariar estaba pálido y conmovido, y no pudo sostener la mirada fija y penetrante de Gabriel de Espinosa, que parecia penetrar en su alma y leer en ella.

Mirian estaba pálida é irritada, y sostuvo de una manera sombría y amenazadora la incontrastable y tranquila mirada de Gabriel.

—Conspirábais, les dijo, conspirábais contra mí; lo veo en la turbación de Yhayé, en la amenaza que arde en tus ojos, Mirian: estoy sentenciado á que nadie me comprenda, á que todas mis acciones se interpreten de mala manera, y esto me cansa y me irrita.

—¿Quién puede comprenderte? dijo Mirian soltando la mano de Gabriel: hace diez y ocho años nos conocimos, no sé si en buena ó en mala hora; en esos diez y ocho años, solo por rápidos momentos he visto en tí al hombre que yo hubiera querido ver siempre. Lo mismo ha acontecido á Yhayé: el hermano y la esposa, nunca han tenido en tí al esposo, al hermano. Y sin embargo, ¿qué sacrificios has exigido de nosotros que no hayamos hecho?

—Siempre esa queja importuna que me ofende y me irrita, dijo Gabriel: no se comprende, no se quiere comprender que las desgracias me abruman, que me hacen aparecer muchas veces frio é indiferente para los que amo, que no tienen ojos para ver en el fondo de mi alma, que es por ellos ese sufrimiento que me devora, que mantiene en mi corazón un cuidado roedor que cubre mis ojos de tristeza, que me hace parecer frio é indiferente á todo. ¡Oh! ¡vosotros no sabéis cuánto sufro, cuánto anhelo, cuán desesperado estoy, cuán cansado de la vida!

—Pero has estado veinte y cuatro horas lejos de mí, ignorando yo donde estabas, sin saber á qué atribuir tu ausencia, temiéndolo todo; porque hay que temerlo todo en Venecia.

—El Estado me protege; porque el Estado vé en mí un medio de inquietar al rey de España: nada hay que temer por mí del Estado veneciano.

—Pero yo tengo que temerlo todo de las patricias venecianas, dijo no pudiendo contenerse Mirian.

—Estoy sentenciado á tener siempre junto á mí un espía, dijo Gabriel fijando la mirada severa en Aben-Shariar: los miembros del Consejo de los Diez han contraído un vicio tremendo, necesitan saber cómo respira, cómo vive, qué hace, qué piensa, en qué sueña la persona que deja de parecerles vulgar: esto es insoportable, me voy cansando de ello, y me se obligará á cometer una imprudencia por librarme de esta tiranía.

—El miembro del Consejo de los Diez que tiene su mano entre las tuyas, está haciendo por tí traicion á la República, dijo con energia Aben-Shariar: no es él quien espía tus pasos para turbar con revelaciones indiscretas la paz de tu familia: no es él el que escucha tus palabras para venir á amargar con ellas el corazon de tu esposa: el emir Yhaye-ben-Shariar no sabe, no puede descender á bajos oficios: él podrá pedirte cuenta del corazon de su hermana: él podrá decirte: si vives, si esperas, si estás protegido por el Estado de Venecia, todo nos lo debes: sin nosotros, Gabriel de Espinosa, ó don Sebastian de Portugal, seas quien quieras, hubieras quedado tendido allá en los campos de Alcázar-Kivir entre los cadáveres de la batalla de los Xerifes, ó hubieras caido despues entre las terribles manos del celoso sultan de Marruecos, Sydi Ahtmed.

—Siempre recordándome el beneficio y pidiéndome la paga, dijo con desden Gabriel de Espinosa.

—Nos tienes el corazon lastimado, dijo Yhaye: diez y ocho años de amor y de sacrificios, los lazos que te unen á Mirian, los hijos que de ella has tenido, no han sido bastante para que obtengamos tu confianza, para que sepamos quién eres, para que el pesado misterio que te envuelve se desvanezca, para que Gabriel de Espinosa nos diga: hé aquí la prueba de que no soy más que Gabriel de Espinosa; ó para que el rey don Sebastian se entregue á nuestro amor y á nuestra lealtad.

—Os lo he dicho siempre y no he mentado: yo soy hermano bastardo del rey de Portugal: si don Sebastian resucitase, él afirmaria mi dicho: él os diria lo mismo que tantas veces os he repetido yo: pero parece que hay empeño que yo me confiese rey, y éste empeño me perderá: la indiscrecion, la imprudencia de mis amigos, dará ocasion á sucesos funestos. Pero tal es sin duda la voluntad de Dios, y debo resignarme á ella.

—Dios te pone en las manos el triunfo, y en vez de ir á él por el camino más corto y más desembarazado, eliges un camino torcido que te aleja de tu objeto, te compromete, dando lugar para prepararse á tu poderoso enemigo: tú te estás perdiendo, Gabriel, y nos estás perdiendo á todos: los emisarios secretos del rey de España hierven en Venecia, y ellos son los que saben cómo respiras, qué haces, qué dices, qué piensas; no la república de Venecia; porque si un miembro del Consejo de los Diez te sigue, si emplea los medios que están á su alcance para saber lo que haces, no es secretamente por encargo de la República, sino porque su corazón le manda protegerte, velar por tí, velar por ella (y Áben-Shariar señalaba á Mirian que se habia sentado junto á la cama de su hija, y abismada en sus pensamientos, abstraída, parecia no prestar atención al diálogo que tenia lugar entre Áben-Shariar y Gabriel): no, si un esbirro te sigue, si entra sin que tú lo sientas en lo misma góndola que te conduce, no es la república Veneciana la que ha puesto allí á aquel esbirro; es tu amigo Yhayé que vela por tí.

—¿Y sabes, Yhayé, dónde ha estado esta noche tu amigo Gabriel?

—Lo sabré en cuanto salga de aquí.

—Lo creo; porque en Venecia no se puede hablar una palabra sin ser escuchado, y por lo mismo voy á decirte dónde he estado, y qué he hecho.

—Escucho, para darte si es necesario un consejo.

—Pues bien; he estado en un canal muy lóbrego, en un palacio habitado por el diablo, según dicen, en el que ninguna persona humana vive, y cuya puerta se ha abierto como por encanto al tocarla yo.

—El palacio de los Conti; de una familia que se cree extinguida; porque Elena Conti después de la muerte de su padre Salvator Conti, víctima de un crimen horrible, ha desaparecido.

—¿Y la República no ha podido averiguar lo que ha sido de Elena Conti?

—El crimen que mató á Salvator Conti, en nada tenia relación con el Estado: era un crimen vulgar, en el cual se atribuía una gran complicidad á Elena Conti: la justicia del

Estado se redujo á buscar á los criminales y á sellar las puertas del palacio abandonado. El viento, y las lluvias y el tiempo que todo lo corroe, han roto esos sellos, los ha gastado, y han hecho perder la memoria del trájico fin de Salvador Conti: solo ha quedado entre el vulgo la tradicion de que el palacio está habitado por el diablo, en compañía del alma condenada de Elena Conti.

—Pues bien; el diablo debe llevarse perfectamente con los cardenales y con los frailes: porque yo he encontrado dentro del palacio al cardenal romano Genaro de Montalto, al fraile portugués agustino Miguel de los Santos.

—El cardenal de Montalto, dijo con interés Aben-Shariar, es muy favorito del Papa Clemente VIII.

—Y el Papa Clemente VIII no es muy amigo del rey don Felipe II.

—Los portugueses han sido siempre mucho menos anti-papistas que los españoles; dijo Aben-Shariar.

—Y á más de eso, un Papa grande y célebre, Gregorio XIII, fué el que impulsó al rey don Sebastian á la empresa de Africa.

—De lo que resulta tal vez, que el Papa Clemente VIII, siguiendo la política de Gregorio XIII, que quiso engrandecer contra Felipe II al rey don Sebastian, quiere volver al trono de Portugal al rey don Sebastian contra Felipe II.

—Así parece de lo que hemos hablado el cardenal de Montalto, fray Miguel de los Santos y yo.

—¿Y tú te habrás presentado á ellos como el rey don Sebastian?

—Sí: era necesario: á fuerza de oír decir á todos los que han conocido á aquel rey y me han conocido á mí, que yo soy el rey don Sebastian, he caido en la tentacion de representar á mi difunto hermano. ¿Y luego, no soy yo hijo del príncipe don Juan de Portugal? ¿seré yo acaso el primer rey bastardo que haya ocupado un trono? ¿no tengo más derecho que el prior de Ocrato, mi tio el infante don Antonio, que protegido por los ingleses, pretende hacerse aclamar rey de Portugal?

—Vas marchando de imprudencia en imprudencia, Gabriel; tú has nacido para hacer temerarias todas las empresas que acometes; pero aún todavía es tiempo: acepta la proposicion

que yo te hecho: yo pretendo armar en ocho dias al otro lado del Estrecho, cien galeotas, en las cuales pueden embarcarse cuarenta mil africanos, que desembarcarán en Lisboa, poniéndote en dos horas en el trono.

—No quiero que la historia diga que he debido á infieles un trono cristiano.

—No seria la primera vez que los africanos habrian ayudado á un rey cristianísimo.

—El camino que yo sigo es el mejor: yo iré á Portugal, llevado de la una mano por el Papa, de la otra por la república de Venecia, y el triunfo es seguro.

—Si es que á estas horas no lo sabe todo por medio de su embajador en Venecia, Felipe II, y te tiene ya preparado el lazo en que ha de aprisionarte.

—Será lo que quiera la voluntad de Dios.

—¿Y bajo qué condiciones te protege Clemente VIII?

—Un senador del Consejo de los Diez, no debe preguntar nada, debe saberlo todo, dijo con sarcasmo y con dureza Gabriel.

—Hé ahí lo que te debemos los tuyos, dijo con abatimiento Aben-Shariar; reserva, frialdad y misterio: has nacido para desconocer los buenos consejos y para provocar los peligros: Dios tenga piedad de tí y de nosotros.

—Adios, estoy cansado, dijo Gabriel.

Y sin añadir una palabra más, salió de la habitacion por la otra puerta.

II.

Mirian, se alzó rígida y temblorosa.

—Hé ahí su amor, dijo: permanece fuera un dia entero, y cuando vuelve, solo sabemos que está rodeado de nuevos peligros, y se aleja de mí sin pronunciar una sola palabra de consuelo; sin arrojar una sola mirada á la cuna de su hija: somos una cadena para él, Yhayé, y acabará por romperla.

—¡Ay de él si la rompe! dijo Aben-Shariar: como le dimos la vida, se la quitaremos: estará escrito que el rey don Sebastian de Portugal muera á manos africanas.

Después de esto, Aben-Shariar procuró consolar á Mirian, y salió.

III.

Aben-Shariar se habia descuidado.

Creviendo que Gabriel no tenia otro empeño en Venecia que Estefana Barbarigo, solo habia hecho observar el palacio Barbarigo: pero Gabriel que creia que era continuamente vigilado por la República, habia revelado á Aben-Shariar, creviendo que nada le revelaba, lo de su entrevista con el cardenal de Montalto y con el fraile portugués Miguel de los Santos, en el palacio deshabitado de los Conti.

Este palacio, como hemos dicho, era objeto de una tradicion terrible, á causa de un crimen cometido en él diez años antes.

La República habia confiscado aquel palacio, pero no habiendo habido quien se atreviese á comprarle, por temor al espíritu maligno que se creia alojado en él, habia quedado vacío y solo, y sus llaves en poder del Consejo de los Diez.

IV.

Aben-Shariar se fué al palacio de Barbarigo, no á la parte que habitaba Estefana, sino á la que ocupaba su padre.

Giacomo Barbarigo recibió con las muestras de la mayor deferencia á Aben-Shariar, dejó de despachar con su secretario, y se encerró con el pirata en una cámara apartada, donde de nadie podian ser oidos.

—Me alegro mucho que vengais, señor Pietro Mastta, dijo Barbarigo: tengo que consultaros acerca de un grave negocio; pero como vos habreis venido á mi casa para algo, decidme antes á lo que habeis venido.

—Voy á decíroslo, monseñor.

—Dejad lo de monseñor á un lado, dijo Barbarigo, si no queris que yo os dé el mismo tratamiento.

—Yo doy ese tratamiento al anciano, no al compañero.

—Pues bien, monseñor, vuestro viejo compañero os escucha.

—¿Se sabe, señor Giacomo Barbarigo, lo que pasa en un sombrío palacio que está al extremo del oscuro canal de Monforte?

—¡El palacio de los Conti! dijo Barbarigo: debía saberse, señor Pietro Mastta; pero hay algo que resista todo el poder del Consejo de los Diez; algo contra lo cual nada podemos, y esta cosa, este algo, es la superstición de los venecianos: como se dice que el diablo habita el palacio de los Conti, no hay esbirro que se atreva, no ya á penetrar en él, sino ni á permanecer en sus alrededores. De tal manera es esto, que no habiendo gondolero que se atreva á penetrar en el canal de Monforte, hasta el sitio donde empieza el palacio Conti, las casas contiguas están deshabitadas. En vano se ha aterrado con amenazas á los esbirros: han preferido el tormento y la muerte á permanecer un solo minuto junto al palacio Conti.

—Es decir, que en el centro de Venecia hay un lugar inmune, al que no alcanza el poder del Consejo de los Diez.

—Desgraciadamente, señor Pietro Mastta, y es más: esta superstición, no alcanza solo á la gente vulgar é ignorante: todos los dependientes de la República, del Consejo de los Quinientos, los del de los Ciento, los del de los Diez, se han disculpado y se han negado á visitar ese palacio.

—¿Y vos tambien, mi valiente amigo, habeis tenido miedo al diablo?

—Soy por fortuna harto buen cristiano, y puede más en mí la confianza en Dios, que el miedo á Satanás: si hubiera habido necesidad de reconocer ese palacio, yo le hubiera reconocido.

—¿Y quién tiene las llaves de ese palacio, señor Giacomo Barbarigo?

—Las tengo yo.

—Pues bien; hacedme la merced de darme confidencialmente esas llaves.

—¿Se sabe algo acerca de ese palacio? dijo el anciano senador fijando una penetrante mirada en Aben-Shariar.

Aben-Shariar no era hombre á quien turbase una mirada, fuese cual fuese su expresion, y dijo con la mayor naturalidad:

—Yo soy jóven aún, y un poco dado á las aventuras, mi noble amigo.

—Cuenta con las aventuras venecianas, mi bravo corsario, contestó sonriendo benévolaente Barbarigo.

—Francamente: cuando estoy en el mar, no puedo ver un barco sin ponerme inmediatamente en caza; y cuando vago de noche por Venecia, sirviendo á la República, no puedo ver á una mujer que se desliza sola y en paso rápido por el borde de un canal, sin seguirla. Anoche, atravesaba yo distraido por delante de San Márcos, y hube de detenerme á pocos pasos de una mujer que estaba arrodillada delante del vestibulo de la Basílica, para no tropezar en ella.

Mentía con tal aplomo Aben-Shariar que Giacomo Barbarigo le escuchaba sin prevencion alguna.

Aben-Shariar continuó:

—Aquella mujer estaba vestida de blanco, y envuelta en un velo blanco tambien. Según lo que pude juzgar á la débil luz de la lámpara que arde sobre el arca donde se depositan los expositos en el vestibulo de la Basílica, aquella mujer era jóven y hermosa. Reparó en mí, lanzó un leve grito, se puso de pié, y echó á andar muy de prisa con ese paso menudo y rápido de las mujeres que es muy fatigoso seguir.

—Se me ha anunciado por algunos agentes secretos del Consejo, que muchas noches, despues de las doce, vaga las calles de Venecia por los bordes de los canales una dama blanca, que cuando se la sigue, va á perderse en el cementerio de San Giovanni, cuya puerta se abre delante de ella antes que ella la toque, y se cierra apenas ha pasado. He mandado prender á esa dama, y resulta, que nuestros agentes no pueden prenderla, porque se desvanece cuando se la va á tocar. Lo que significa que los esbirros secretos del Consejo de los Diez, tienen tanto miedo á esa dama, como al palacio Conti.

—¿Es singular! dijo Aben-Shariar.

—Nada tiene de singular la supersticion de los venecianos, respondió Barbarigo, equivocándose acerca de la exclamación de Aben-Shariar, que no era porque los esbirros se atreviesen ó no á prender á la dama blanca, sino porque aquella dama blanca que él habia querido inventar, existia.

—¿Y qué seria, señor Giacomo Barbarigo, de la República de Venecia si los venecianos no fuesen supersticiosos?

—Teneis razon, amigo mio: por eso los pueblos no tienen nunca otro gobierno que aquel que deben tener; pero no, continuad con vuestra aventura, que me interesa, puesto que se trata de la dama blanca que se desvanece de entre las manos de nuestros esbirros.

—Esa dama, continuó Aben-Shariar, siguió muy de prisa por los bordes del gran canal, pasó como una sombra por Rialto, obligándome á correr para no perderla, y recorriendo bordes y puentes, llegó al fin al canal de Monforte y al palacio Conti, cuya puerta se abrió delante de ella, y se cerró interceptándome el paso.

—¿Será esa dama Elena Conti? murmuró Barbarigo.

—No lo sé, dijo Aben-Shariar; pero quiero saberlo: por eso, y porque tenia idea de que el Consejo de los Diez posee las llaves de ese palacio, he venido á pedir os esas llaves.

—Ved lo que haceis, mi valiente compañero, porque por más que hagais, aunque deis de cuchilladas á los esbirros que os acompañen, al llegar cerca del canal de Monforte, se dejarán matar antes que pasar adelante.

—Iré yo solo, señor Giacomo Barbarigo.

—Permitidme que no apruebe vuestra temeridad. ¿Qué interés teneis en conocer á esa mujer, por hermosa que sea? ya habeis pasado de la edad de las locuras, compañero, y sabe Dios los peligros inútiles que encontrareis dentro de ese palacio.

—Tal vez no es una curiosidad aventurera la que á ese palacio me lleva; y si no, veamos: vos que lo sabeis todo, ¿sabeis si está en Venecia el cardenal romano Genaro de Montalto?

—Ese personaje, contestó Barbarigo, no está en Venecia; puedo asegurarlo: como que ayer estaba en Villafranca.

—¿Y sabeis si ha llegado á Venecia un fraile agustino portugués, que se llama fray Miguel de los Santos?

—No conozco el nombre de esa persona.

—Pues monseñor, la República está muy mal servida, puesto que vos no sabeis que existen en Venecia dos personas que yo estoy seguro de encontrar en amistosa compañía con el diablo, en el palacio Conti.

—Nada de extraño tiene que se lleven bien con el diablo un fraile y un cardenal, dijo sonriendo Barbarigo.

—Y nada tendrá tampoco de extraño, que con el diablo, el cardenal y el fraile, tercié un rey.

—¡Ah! el rey don Sebastian. Vuestras palabras son al fin para mí un rayo de luz, y me veo obligado á agradeceros vuestro celo en nombre de la República, monseñor. ¿Pero qué misterio hay entre Roma y el rey don Sebastian? ¿no le basta á ese hombre el apoyo decidido de Venecia, para que así dificulte sus asuntos, ingiriendo en ellos un poder con el cual Venecia no está en muy buena armonía.

—La cuestion es más grave de lo que á primera vista parece. ¿Habeis olvidado, señor Giacomo Barbarigo, que el rey don Sebastian está casado con una parienta mia?

Al decir Aben-Shariar estas palabras, Barbarigo se levantó y dijo grave y solemnemente á Aben-Shariar que se levantó tambien:

—O la ambicion impaciente de ese hombre le hace olvidarse de que es rey y caballero, ó no es otra cosa que un villano que se parece á un rey.

—Explicadme, explicadme esas palabras, monseñor, dijo con la voz temblorosa Aben-Shariar.

—Hace una hora acaba de salir de aquí el rey don Sebastian.

—Acabo de verle, y nada me ha dicho.

—Naturalmente, pero no podeis acúsarme á mí del mismo villano silencio, puesto que al principio de nuestra conversacion os dije que tenia que hablaros de un asunto importantísimo.

—Hablad, señor Giacomo Barbarigo, hablad; os escucho con impaciencia.

—Juradme por vuestro valor de marino, que vais á responderme en verdad á lo que os pregunte.

—Antes de contestar una mentira al noble é ilustre anciano que me pregunta, me cortaria la lengua, monseñor.

—¿Es cristiana, católica, apostólica, romana, bajo el nombre de doña María de Souza, vuestra cuñada la sultana Sayda Mirian?

—Sí, monseñor, sí: contestó pálido de impaciencia Aben-Shariar.

—¿Es esposa legítima por ante la Iglesia católica, de Gabriel de Espinosa?

—Sí, monseñor: acabad de una vez.

—Esperad, esperad aún. ¿Tiene de su esposo vuestra cuñada una hija que se llama Gabriela de Espinosa?

—Hija legítima de legítimo matrimonio, según la religión y las leyes de los cristianos, dijo demudado ya completamente y con terrible energía Aben-Shariar.

—¡Villanía é infamia! exclamó con indignación Barbarigo: ese hombre no es el rey don Sebastian, señor Pietro Mastta: un rey no puede llegar á tanta vileza.

—Pero acabad, monseñor.

—Ese hombre me ha pedido la mano de mi hija Estefana.

—¡La mano de vuestra hija!

—Sí; y cuando yo le pregunté cómo podía casarse entre cristianos un hombre con dos mujeres, cómo podía ser esposo de mi hija siendo ya esposo según mis noticias, de la sultana Sayda Mirian, vuestra cuñada, me contestó que no estaba casado con ella: que su apariencia de matrimonio era una farsa: que se había visto obligado á sucumbir para salir de la cautividad en que le teníais en Africa: que nada os debía, porque todo lo habíais hecho por ambición, contando con el día en que volvería á ser rey: que él no podía hacer reina á una hija de los que habían tendido su ejército en la llanura de Alcázar-Kivir, de los enemigos de su religión y de su patria; pero que una hija de Giacomo Barbarigo, era bastante ilustre para poder ceñir la corona de Portugal, sin que el reino lo extrañase, y por ello, y para cuando recobrase su trono, me pedía la mano de mi hija.

—¡Pero ese miserable está loco! dijo con la voz rugiente Aben-Shariar: ¿no sabe que yo pertenezco al Consejo de los Diez, no sabe que vos sois mi compañero, y que me habíais de consultar acerca de cosa tan grave?

—Ese hombre me ha creído tan miserable como él: ese hombre ha creído que por ambición os ocultaría yo este asunto, y le ayudaría á envolveros en alguna trama tenebrosa; pero él no sabía sin duda hasta qué punto es intransigente con la

traicion mi honor: él no sabia que un caballero vale tanto como un rey, y muchas veces más que un rey, cuando este caballero se llama Giacomo Barbarigo.

—¿Pero vos, vos, qué habeis contestado vos á la demanda del rey de Portugal?

—Me ha parecido imprudente el hacerle desconfiar, y me he mostrado con él afable, para ganar tiempo y ponerme de acuerdo con vos. Iba á llamaros, cuando os habeis presentado en mi casa.

—Yo os estimaba, os respetaba, os admiraba antes de ahora, monseñor; pero desde ahora soy tan vuestro, que nada hay en el mundo que vos podais exijirme, que yo no haga por vos.

—Servid bien á la República, que os ha honrado y favorecido, dado autoridad y poder casi supremos, á pesar de lo que habeis sido y de lo que sois, y habreis hecho todo lo que mi cariño podia exigir de vos, emir Yhaye-ben-Shariar.

—Monseñor, dijo algo turbado el corsario; yo heredé de mi padre el odio á los cristianos, y una enemistad á muerte contra Venecia, que habia vertido la sangre de mi padre: mi galeota la Leona ha llegado alguna vez hasta las playas venecianas, y ha dejado impresas en ellas sus sangrientas garras: yo no creia que podria hablar nunca tranquilamente con un cristiano: que dejaria nunca de combatir hasta morir á los cristianos: pero el hombre, monseñor, tiene un enemigo terrible: el corazon: un dia vi yo en Alcázar-Kivir en la casa de un faquí amigo de mi padre una hermosa doncella, y creí amarla tanto, que la hice mi esposa; pero despues de serlo, conocí á una hermana de mi esposa, á mi cuñada Sayda-Mirian: y entonces, monseñor, comprendí que yo no habia amado; porque mi alma entera habia sido llena de amor por la sultana Sayda Mirian; pero la sultana, monseñor, amaba á un hombre con toda su alma, como con toda mi alma amaba yo á la sultana: aquel hombre era el rey don Sebastian de Portugal, á quien la sultana habia salvado, arrancándole casi sin vida, del campo de batalla de Alcázar-Kivir. Reconocereis hasta qué punto era grande mi amor á la sultana, cuando sepais que yo amé y amo aún al rey de Portugal como á un hermano, solo porque le

amaba Sayda-Mirian. Pues bien, he ahí la razón de que yo haya perdido mi horror y mi ódio á los cristianos: he ahí por qué pretendiendo procurar una protección poderosa al rey don Sebastian, me encubrí, fingí, tomé carta de naturaleza en Génova, propuse transacciones á la República de Venecia, hice traición al dey de Argel y al bey de Túnez, y he servido de tal manera, con tanto peligro y con tanto valor á la República, que ésta me ha hecho veneciano, patricio, y me ha elevado á la dignidad que me enorgullece, de senador del Consejo de los Diez.

—La República nada perdona en beneficio de la patria: la República olvida lo que un hombre ha sido, cuando mira al hombre que todo lo sacrifica por Venecia: y vos habeis hecho tanto, monseñor, que la República ha olvidado al corsario de Túnez, para premiar los servicios del patricio veneciano.

—Por lo mismo, monseñor, no puede temerse que yo haga traición á la República de Venecia, ni aún que pueda hacérsela; porque ahora más que nunca necesito del poder que la República ha puesto en mis manos como premio de mis servicios: nada temais, monseñor: yo soy un secreto de Estado de la República; pertenezco á ella, como el brazo al cuerpo; yo no puedo separarme de ella sin destruirme; necesito vivir y ser fuerte, para proteger y vengar á los que amo. No hablemos más de esto: yo ocultaré á Sayda Mirian la traición de ese hombre, por no destrozarla el corazón; pero perseguiré á ese hombre por entre las tinieblas en que se pierde, hasta ver claro lo que ese hombre es, y obrar en consecuencia. Obrad vos por vuestra parte como os parezca prudente, monseñor.

—Yo he cortado de una vez toda otra conversación acerca de mi hija, con el rey don Sebastian, manifestándole que ninguna autoridad tengo ya sobre ella; que la he separado de mí entregándola toda mi hacienda, declarándola libre por ante las leyes, como mayor de edad; que ella puede disponer de sí misma, y que su consentimiento á ser su esposa, era asunto completamente suyo; pero por prudencia, para no hacer desconfiar al rey, para ganar tiempo, me mostré de manera que él creyese que me seria muy grato ser un día padre de la reina de Portugal.

—Habeis hecho bien, monseñor: de ese modo, Gabriel de Espinosa estará tranquilo, confiado en vuestro silencio por el interés que le habeis dejado conocer por su casamiento con vuestra hija, casamiento que puede ser se lleve á cabo.

—¿Qué decís! exclamó severamente Barbarigo: ¿pues qué de confianza en confianza, vendremos á parar en que el rey de Portugal no es esposo de vuestra cuñada?

—Yo no miento jamás, monseñor, contestó con dignidad Abén-Shariar: Gabriel de Espinosa es esposo legítimo de mi cuñada la sultana Sayda Mirian; pero el papa Clemente VIII le cree, como vos y yo, rey de Portugal. Los reyes no están sujetos para nada á las mismas condiciones que los demás hombres: los reyes sí son amigos de un papa, ó si un papa se ve obligado á complacerlos, repudian con suma facilidad á sus mujeres; porque los pontífices cristianos tienen la potestad de atar y de desatar. ¿No sabeis que han venido á Venecia el cardenal de Montalto, favorito de Clemente VIII, con un fraile español, que puede muy bien haber ido con un grave encargo á Roma y haberse traído de allí con un breve del papa al cardenal de Montalto?

—Teneis razon, señor Pietro Mastta: ¿pero sabeis vos si Estefana tiene conocimiento de esto, si conoce al rey de Portugal?

—Sí, señor Giacomo Barbarigo; le conoce, y le ama.

—Entendeos allá con ellos, dijo Barbarigo, obrad con entera libertad aún respecto á mi hija, con la cual, os lo afirmo otra vez, yo nada tengo ya de comun.

—Gracias, monseñor; obraré como pueda y como deba: respecto á Estefana Barbarigo, tendré siempre presente que es vuestra hija.

—Y yo, para agradeceros vuestra intencion, os aconsejo tengais mucho cuidado con Estefana, porque puede perderos.

—Sois demasiado severo con vuestra hija.

—La he separado completamente de mí, y ya lo veis, hablo de ella á sangre fria, como pudiera hablar de otra persona cualquiera: os lo repito, amigo mio; estad muy prevenido, porque Estefana os puede perder.

—Gracias, monseñor, y puesto que hemos terminado el

asunto de nuestra entrevista, hacedme la merced si os parece bien, de entregarme las llaves del palacio Conti.

—Pedidlas á los secretarios del Estado, en cuyo poder están, y para lo cual teneis autoridad bastante, monseñor.

—Permitidme ahora que me separe de vos; es necesario no perder un solo momento: Roma se nos ha entrado silenciosamente en Venecia, y es necesario saber lo que Roma viene á hacer aquí.

—Sí, id, monseñor, y hacedme la merced de manifestarme cuánto sepais, cuánto descubrais.

—Lo sabreis todo, monseñor. Adios.

—Adios, monseñor.

Los dos senadores se estrecharon las manos, y Aben-Shariar salió.

V.

Apenas habia salido Aben-Shariar, cuando el semblante del anciano Barbarigo se nubló de una manera sombría, y brilló en sus ojos una fiera expresion de amenaza.

—¡Venecia! ¡Venecia! exclamó: tú has hecho el honor al viejo Barbarigo de entregarle tus destinos: Barbarigo no tiene ya corazon como hombre; pero como patricio, su corazon está lleno de su pátria: la traicion acecha en la sombra; pero el viejo Barbarigo la vé, y tú, Venecia, puedes dormir tranquila. ¡Hola, Rugiero!

La voz vibrante del viejo llegó hasta la mesa, alrededor de la cual, en otra habitacion, trabajaban los cuatro jóvenes secretarios de Barbarigo.

Uno de ellos se levantó, y se presentó en la cámara donde estaba Barbarigo.

—Señor Rugiero, dijo el anciano, se os vá á cometer por la República un grave encargo: cuidad de no desmentir la confianza que en vos se deposita: cuidadlo mucho; porque seriais castigado con extrema severidad, solo con que se viese en vos un intento de traicion.

—Mandad, monseñor, dijo tranquilamente el joven.

—Id al palacio del Dux: en las cámaras secretas, reunid los esbirros del Consejo de los Diez: ordenadles en nombre de la República, que vigilen escrupulosamente á monseñor el senador del Consejo de los Diez, Pietro Mastta: que no dé un solo paso, que no pronuncie una sola palabra que no la sepa y que no la oiga el Consejo de los Diez: que se vigilen asimismo el palacio Sforzia y los extranjeros que en él habitan: que se vigile tambien á la patricia Stefana Barbarigo: que se sepa lo que sucede y quién habita en el palacio Conti. De todo os darán parte los esbirros del Consejo, y vos me trasmitireis lo que los esbirros os hayan manifestado.

—Muy bien, monseñor.

—Idos.

Rugiero salió, y Barbarigo se fué á seguir despachando con los otros tres secretarios.

VI.

Entretanto, Aben-Shariar se trasladó al palacio del Dux; entró en él; atravesó galerías lóbregas; subió unas estrechas escaleras de caracol; atravesó una antecámara, y entró en una extensa cámara, donde algunos hombres de edad provecta con togas y birretes encarnados, trabajaban en diferentes mesas.

Al ver á Aben-Shariar, todos aquellos hombres se levantaron respetuosamente, le saludaron, y permanecieron de pié é inmóviles.

—Continuad en vuestro trabajo, señores: que la República no deje ni un solo instante de ser servida.

Todos aquellos hombres rojos se sentaron, y continuaron sus tareas.

—Señor Giuseppe Costa, dijo Aben-Shariar dirigiéndose á uno de aquellos hombres que trabajaba al frente de la cámara en una gran mesa, y que parecia ser el jefe de los secretarios de Estado: hacedme la merced de escuchar.

Giuseppe Costa dejó la mesa, se acercó á Aben-Shariar, deteniéndose á una distancia respetuosa, é inclinándose profundamente.

—Acercaos más, señor Giuseppe, dijo Aben-Shariar.

Giuseppe se acercó hasta tocar casi al corsario.

—Entre las llaves de los edificios confiscados y cerrados por la República, debéis tener las llaves del palacio Conti, dijo en voz muy baja Aben-Shariar.

—Sí, monseñor, dijo Giuseppe.

—En nombre del Consejo de los Diez, para el buen servicio del Estado, entregadme bajo sigilo esas llaves, señor Giuseppe.

—Tened la bondad de seguirme, monseñor.

Y Giuseppe echó á andar hácia la pared del lado izquierdo de la mesa del centro, en cuya pared no se veía ni la más leve señal de puerta; pero al tocar Giuseppe la pared, se abrió una estrecha entrada, por la cual apenas cabia un hombre.

Giuseppe delante, y Aben-Shariar detrás, desaparecieron por aquella abertura.

La pared volvió á cerrarse sin dejar señal alguna.

Giuseppe y Aben-Shariar seguian por un callejon tan estrecho, que sus vestidos rozaban á derecha é izquierda con las paredes. Llegaron al fin á un aposento octógono, que recibia una débil luz por una claraboya abierta en el techo y cerrada por una fuerte reja, que parecia corresponder al pavimento de otra habitacion superior.

Aben-Shariar notó que una vez dentro de aquel octógono, no se conocia por señal alguna la puerta por donde allí habian entrado.

Alrededor de este aposento, unidos á los muros, habia fuertes armarios de hierro, sobre cada uno de los cuales habia un número rojo.

Giuseppe Costa sacó de debajo de su toga un aro de acero en que habia muchas llaves, y con una de ellas se acercó al armario número 7, y abrió.

Dentro habia una multitud de objetos: puñales, espadas, libros que parecian ejecutorias, y alrededor contenidas en aros de acero con un número y colgadas, grandes llaves.

Giuseppe Costa consultó un cuaderno que habia dentro del mismo armario, y despues de esto descolgó dos llaves contenidas en el aro, quitó del aro el número que le marcaba, y entregó aquellas dos llaves á Aben-Shariar.

Despues cerró el armario, y llegando á una parte del muro, tocó un resorte y se abrió otra nueva puerta.

—Supongo, monseñor, que querreis salir, dijo.

—Indudablemente, señor Giuseppe, contestó Aben-Shariar.

—Pues bien, monseñor, seguid por esa crugia, y al fin de ella os encontrareis junto á la escalera de los Gigantes.

—Gracias, señor Giuseppe. Adios.

—Adios, monseñor.

Aben-Shariar salió por la estrecha puerta que se cerró trás él sin ruido, y se encontró en una ancha y desierta galería, al fin de la cual encontró la escalera de los Gigantes. Descendió por ella, atravesó el patio y el vestibulo, y al salir por la puerta del palacio, se encontró con uno de aquellos jóvenes galantes, de fisonomía viva é inteligente, hijos de casa noble, alegres y aventureros, que se veian por todas partes en Venecia.

Nadie hubiera sospechado en él á un agente secreto de la República: ni el mismo Aben-Shariar, que pertenecia al Consejo de los Diez lo sospechó.

Y sin embargo, aquel jóven era Rugiero, uno de los secretarios de Barbarigo, á quien este enviaba con una importantísima misión al palacio del Dux.

Aben-Shariar no le conocia, y le dejó pasar sin reparar en él, abismado en sus pensamientos. Pero apenas habia pasado, Rugiero se volvió, se acercó á un mendigo que parecia dormir al sol recostado contra el muro del palacio, y le dió con el pié.

El mendigo levantó indolentemente la cabeza, y miró con una grave atencion al jóven; este señaló á Aben-Shariar que se alejaba en direccion á la iglesia de San Márcos, se puso un dedo en un ojo, y luego en la boca, y se entró en el palacio.

El mendigo se levantó, y se puso en seguimiento de Aben-Shariar: pero de una manera tal, que Aben-Shariar no podia notar si era seguido.

VII.

El corsario se dirigió á la iglesia de San Márcos, entró en ella, y se metió en la sacristia.

La primera persona á quien encontró fué á Nicolino Razzi,

metido en una sotana, cubierto con un bonete, y con el semblante más bonachon y más pacífico del mundo.

—Al momento, fuera conmigo, le dijo en voz baja Aben-Shariar.

—Perdonad, monseñor, contestó en voz baja Nicolino; pero ahora soy sacristan, y me encuentro en los momentos más graves de mi profesion eclesiástica: dentro de muy poco, tengo que ayudar la misa del Dean en la capilla de la Santa Madonna: yo no soy esbirro más que de noche.

—Lo eres desde ahora, de noche y de dia, y estás á mi servicio particular.

—Gracias, monseñor, porque gano en ello: voy á avisar á uno de los acólitos para que ayude la misa del señor Dean, suelto la sotana y el bonete, y no me los vuelvo á poner en toda mi vida.

—Espero en la hostería de los Lombardos, junto al gran canal: llévate contigo una góndola: no tardes, y adios.

Aben-Shariar salió de la sacristía.

Nicolino que iba trás él, vió que al salir á la iglesia Aben-Shariar, un mendigo que estaba reclinado en una pilastra de la ábside se ponía en su seguimiento.

Al verse el mendigo y el sacristan, cruzaron una rápida mirada.

Aquellos dos hombres se conocían.

El mendigo pasó, y Nicolino se quedó en la puerta de la sacristía.

—Atencion y prudencia, dijo para sí; monseñor está vigilado por el Consejo de los Diez.

VIII.

La hostería de los Lombardos era una hermosa hostería concurrida por lo más ilustre y lo más rico de la juventud veneciana: lugar poco concurrido de dia, en el que en cerrando la noche, se sucedían las aventuras galantes, que con suma frecuencia producían riñas y desafueros.

En uno de los gabinetes de esta hostería, desde cuyas ven-

tanás se veía el Gran Canal, esperaba Aben-Shariar, observando el canal desde una de las vidrieras.

IX.

Se detuvo una góndola delante de la hostería, y el semblante de Aben-Shariar se animó: pero volvió á nublarse inmediatamente. De la góndola habia salido una dama completamente envuelta en un manto de terciopelo negro, con sombrero de lo mismo sobre el manto, y dejando ver bajo él, un vestido blanco de raso de Florencia, con bordaduras de oro.

Aquella dama se entro en la hostería, causando un interés misterioso en Aben-Shariar.

Era muy extraño que una dama noble como lo parecia la que habia salido de la góndola, entrase de dia en una hostería tan marcada como la de los Lombardos.

El extremo cuidado con que la dama llevaba cubierto el semblante con el rebozo de su manto, excitó la atencion de Aben-Shariar, y su traje blanco le hizo recordar á Elena Conti; á aquella mujer misteriosa á quien llamaban la Dama blanca, que no podian prender los agentes de la República, porque segun su dicho, se les desvanecia entre las manos.

Un golpe que sonó en la puerta de la habitacion distrajo de sus pensamientos á Aben-Shariar, que creyendo que quien llamaba seria Nicolino Razzi que habria llegado mientras él estaba distraido, fué á la puerta y la abrió.

Pero en vez de Nicolino, se encontró con un hombre rechoncho, flemático, vestido de verde y ya como de cincuenta años, que se inclinó profundamente sin pasar de la puerta y le dijo:

—Perdonad, excelencia; perdonad una y un millon de veces: vos teneis mucha razon; pero me veo en el caso de deciros que yo no tengo la culpa, y que ya he arrojado de mi casa á puntapiés á los culpables.

—Que me parta un rayo, dijo Aben-Shariar que estaba de muy mal humor, si entiendo una palabra de esa gerigonza con que te permites incomodarme, imbécil.

—Verdaderamente imbécil, excelencia; lo que me aflige mucho por vos, á quien involuntariamente incomodo.

—¿Sabremos al fin de lo que se trata?

—Se trata, excelencia, de que estais ocupando muy legítimamente, es cierto, el camarín número 7 de mi hostería, y de que esto me compromete de una manera incalculable, si vos, excelencia, no teneis lástima de mí.

Y el hostelero se inclinaba más y más.

—¿Y por qué he de tener lástima de tí? ¿qué sucede?

—¡Qué, señor! Si el terrible César Malatesta sabe que ha entrado una persona cualquiera, aunque esa persona fuese el Dux, en este camarín que le tengo reservado para él solo, y que me paga grandemente, puedo darme por muerto ó por estropeado, de una manera grave, para toda mi vida.

—¡Hola! ¿con que tal terror se permite causar el señor César Malatesta, á los buenos ciudadanos de Venecia?

—¡Ah, señor, por compasion! si quereis que yo os informe, seguidme, y os llevaré á la mejor cámara de mi hostería, donde os serviré todo aquello que vos querais, y donde podreis permanecer todo el tiempo que gusteis, sin que os cueste ni un tomin de plata; pero está ahí ya una dama que es mucha cosa del señor César Malatesta, y la tengo entretenida con el pretesto de que se está arreglando este camarín. Os suplico, excelencia, por la Santa Madonna, que os trasladéis al número 1, que está en esta misma galería, donde iré yo al momento, á informaros y á servirlos de la manera que vos querais.

Aben-Shariar salió del número 7 sin contestar al hostelero, y se trasladó al número 1, que si no era más bello y más rico que el número 7, era mucho más extenso.

Las ventanas de esta habitacion daban tambien al Gran canal, y Aben-Shariar se puso en observacion detrás de una de sus vidrieras.

Poco despues, y al mismo tiempo que se oia en la puerta la voz del hostelero que pedia humildemente licencia para entrar, de una góndola que habia atravesado el canal, y se habia detenido, habia salido Nicolino Razzi, y se encaminaba á la hostería.

—Acaba de entrar en tu casa un hombre con birrete de fieltro, manto pardo, calzas azules y zapatos de piel de gamuza:

tráemele aquí: que me sirvan además un almuerzo compuesto de dos buenas viandas; pero sin vino.

—Al momento, excelencia.

X.

Poco despues, entraban Nicolino y el hostelero.

—Cierra la puerta, dijo Aben-Shariar al hostelero que traia en las manos, en una gran bandeja, un servicio de mesa que dejó sobre la que estaba en el centro de la habitación, despues de lo cual cerró la puerta.

—Haz conocer tu autoridad á este hombre, dijo á Nicolino.

Nicolino se abrió su sayo de ante, y dejó ver al hostelero un justillo de paño negro, sobre el cual bordadas con seda roja, se veian las terribles letras C. D. X.

Despues de esto, Nicolino se abrochó de nuevo el sayo.

El hostelero habia retrocedido tres pasos, y habia quedado mudo, pálido é inmóvil.

—Necesito un lugar desde donde poder ver y oír sin ser visto, lo que suceda y lo que se diga en el camarín número 7.

—Muy bien, excelencia; cuando gusteis, dijo el hostelero que se puso más pálido y tembló todo.

—¿Está sola la dama encubierta que acaba de llegar?

—Sí señor; y probablemente estará sola por mucho espacio, porque el señor César Malatesta es hombre poco puntual en sus citas.

—Mejor: así tendré tiempo de almorzar y de informarme de tí: vé, y vuelve pronto.

El hostelero se apresuró á salir.

XI.

—Hay un lugar en Venecia, dijo Aben-Shariar, dirigiéndose á Nicolino, donde no llegan ni los ojos, ni los oídos, ni las manos de la República.

—Eso consiste, monseñor, dijo Nicolino, en que no se me ha

mandado que oiga, vea y toque, con los oídos, con los ojos y con las manos del Consejo de los Diez.

—¿Conoces el lugar á que me refiero?

—Sí, monseñor: ese lugar está á un extremo del canal de Monforte: ese lugar es el palacio Conti.

—¿Y tú llegarías sin temor á las puertas de ese palacio?

—Yo, monseñor, soy una persona cuasi eclesiástica, con la cual no se atreve el diablo; porque hace mucho tiempo que el diablo está acostumbrado á verme cuando voy á encender de noche la lámpara de la capilla de San Miguel; el diablo y yo somos antiguos conocidos, y hace mucho tiempo que el diablo sabe que yo le pertenezco, y me trata como á hijo, como á cosa suya.

—Observo que hablas conmigo con el mismo desenfado con que hablarías con una persona que no te impusiese terror.

—No, monseñor: vos no me podéis inspirar terror: sé que sois un hombre terrible; pero un hombre que tiene el corazón tan grande como el mar, sobre el que está acostumbrado á vivir. Yo, monseñor, no soy uno de esos perros de presa del Consejo de los Diez, que no piensan, que no sienten, que van á ciegas, y á ciegas despedazan, allí donde los arroja su amo: yo sirvo lealmente al Consejo de los Diez, porque el Consejo de los Diez es el escudo y la espada de la patria; porque amo á mi patria como amaba á mi madre; como amo á mi querida; más aún, porque yo soy veneciano hasta la médula de mis huesos; pero no soy un instrumento ciego, no; os hablo así, porque vos no sois un hombre frío é imposible como los otros miembros del Consejo de los Diez.

—¿Y quién te ha dicho que yo soy uno de esos diez senadores, en cuyo patriotismo, en cuya prudencia, en cuya virtud reposa tranquila y descuidada Venecia?

—Si yo, monseñor, no hubiera comprendido que érais uno de los Diez del Consejo, sería un muy mal agente del Consejo de los Diez: pero al conoceros, os he visto por completo: vos no sois el patricio veneciano acostumbrado al disimulo y á la política desde el momento en que abre sus ojos á la razón y á la vida; no, monseñor: vos sois el africano impetuoso de corazón bravo, que no sabe ocultar lo que su corazón siente; que no

conoce el peligro, y le arrostra de una manera imprudente.

—Me parece encontrar alguna intencion en tus palabras.

—Sí, monseñor: vos, sin duda, os habeis dejado arrastrar por vuestro corazon, le habeis mostrado demasiado, y habeis alarmado acaso á algun senador frio é impasible; á alguno de vuestros compañeros del Consejo de los Diez.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Los resultados.

—¿Has visto algo?

—Sí; sois vigilado por el Consejo de los Diez; lo que quiere decir, que os habeis hecho sospechoso.

—¡Insensato! dijo trémulo de cólera Aben-Shariar: ¡así te atreves á jugar con tu cabeza?

—Mi cabeza está perfectamente segura en los hombros, monseñor: las palabras que acabais de pronunciar, no son otra cosa que un pretexto para disimular la cólera que os causa el que se os haya tenido por sospechoso, á vos, que no teneis ni motivo, ni necesidad, ni aún pensamiento de ser traidor á Venecia.

—Calla, si es cierto que se me vigila, porque nuestros ojos no ven lo que pueda haber detrás de estas paredes.

—Quien está encargado de vigilaros aqui, soy yo, monseñor.

—¡Tú!

—Sí, yo.

Se estremeció á su vez Aben-Shariar, porque el poder del Consejo de los Diez, emanando de la autoridad de todos sus individuos, amenazaba á cada uno de los individuos.

En ningun Estado ha pertenecido tanto el ciudadano á la nacion, ni en ningun Estado la nacion ha sido tan representada por cada uno de sus individuos, como en la inquisitorial república de Venecia.

Nicolino se sonrió al comprender el terror de Aben-Shariar.

—En toda la hostería de los Lombardos, no hay más ojos ni más oídos de la República, que los vuestros y los míos, monseñor: nada teneis que temer; yo os lo aseguro, porque yo sé que la República nada tiene que temer de vos: pero perdonadme si os doy un consejo, monseñor; no abrais á nadie vuestro corazon, mientras esteis en Venecia: no trateis á nadie como á vuestro hermano ó á vuestro amigo; porque os hareis sospe-

choso; y hacerse sospechoso en Venecia, es lo mismo que abrirse las puertas de la horrible cárcel del Estado, trás de las cuales se pierde un hombre para no volver á aparecer jamás.

—Estás acusando al más prudente, al más experimentado, al más sábio, al más glorioso de los ciudadanos de Venecia.

—Monseñor Giacomo Barbarigo no tiene corazon; no le ha tenido jamás ni aún para los suyos: ha servido á su pátria con toda su alma, y su amor á la pátria ha matado todos sus otros amores; ha hecho de él una representacion muda, terrible, de la política de Venecia. Barbarigo desconfia de tódo aquel que se atreve á sentir algo que no redunde en pró de la grandeza y de la gloria de Venecia: en Barbarigo no hay más espíritu que el espíritu de la pátria.

—¿Y quién te ha dicho que sea Barbarigo el que ha mandado que se me vigile?

—Lo supongo, por la persona que viene vigilándoos, y que se ha metido en la góndola donde yo venia, y que me ha dado orden de ejercer con vos la más severa vigilancia.

—¿Y qué hombre es ese?

—Le conoce todo el mundo en Venecia. Los que pasan continuamente por delante del palacio del Dux, ven un mendigo que, ó duerme, ó pide con voz compungida una limosna á los transeuntes: este hombre no está allí sino para desempeñar los encargos más altos y de más trascendencia. Si el Dux hubiera de ser vigilado, Brachioforte le vigilaría, y en vano serian todas las tentaciones, todas las amenazas, todos los peligros, para que Brachioforte hiciese traicion al mandato. Es un perro de presa de Giacomo Barbarigo, puesto al servicio de la República: un hombre de una actividad pasmosa y de una gran inteligencia: de seguro, cuando se le mandó vigilaros, vestia sus harapos de mendigo: no os habrá perdido de vista un solo momento, y, sin embargo, ha podido cambiar de traje: ahora está en la popa de la góndola en que he venido yo, con el traje y el aspecto completos de gondolero: sed pues, prudente, monseñor, y no os dejéis arrastrar de vuestro corazon hasta el punto de que os hagais más sospechoso, y os sacrificue á ciegas el recelo de la República.

—Se puede tener alma para otros amores sin dejar de amar sobre todo á la República.

—El Consejo de los Diez no comprende eso: todo por el Estado y para el Estado; pero silencio, añadió Nicolino aplicando el oído: siento subir por las escaleras á nuestro hostelero.

—¡Por las escaleras! ¡están al fin de este largo corredor!

—Si un esbirro no oyese á larga distancia y á través de paredes los pasos de una persona, y no la conociese por ellos, para nada serviría.

—Comprendo cómo vé y oye tanto el Consejo de los Diez.

—¿Y qué sería si no de Venecia, tan envidiada, tan acechada, tan combatida? pero ya está ahí nuestro hombre.

En efecto, se abrió la puerta, y el hostelero entró con una bandeja, en la que se veían una rica empanada, un trozo de pernil y unas confituras, que sirvió á Aben-Shariar.

Nicolino permanecía de pié descubierto é inmóvil ante Aben-Shariar, como un criado ante su amo.

El hostelero miraba con terror á aquel patricio á quien no conocía, y á quien trataba con tanto respeto un esbirro del Consejo de los Diez.

—¿Ha venido ya el señor Cesar Malatesta? dijo Aben-Shariar al hostelero.

—No, excelencia, aún no ha venido.

Idos, y avisadme en el momento en que venga.

El hostelero salió andando hácia atrás para no volver las espaldas á Aben-Shariar, hizo una profunda reverencia al llegar á la puerta, y desapareció.

XI.

—Hablando de otra cosa, dijo Aben-Shariar cuando se quedaron solos, que ya tendré yo buen cuidado de desvanecer las sospechas que de mí ha concebido el señor Giacomo Barbarigo, deseo saber si tú te atreverás á penetrar conmigo en el palacio Conti, á pesar de estar habitado por el diablo, Nicolino.

—Sí, monseñor, yo me atrevo á todo; pero no sé cómo habremos de entrar en el palacio: las puertas son muy fuertes y

están cerradas: no hay ninguna ventana que no esté también fuertemente cerrada, y el palacio está completamente aislado: como no nos convirtiéramos en aire ó en pájaros, ignoro de qué manera podríamos entrar, monseñor.

—De la manera más fácil que puede entrarse en una casa: esto es, abriendo con llave su puerta.

—¡Ah! ¿tiene monseñor las llaves del palacio?

—Sí, en mi bolsillo.

—Entonces, monseñor, os las ha dado el Consejo de los Diez.

—Me las he dado yo: yo soy parte del Consejo.

—Pues si lograis conducir á las prisiones de Estado á Elena Conti; habreis hecho lo que nadie se ha atrevido á hacer, y habreis desvanecido todas las sospechas que se hayan concebido acerca de vos.

—¿Pero qué tiene ese palacio que tal respeto inspira y tal terror causa?

—Los más alentados que se han atrevido á acercarse al palacio, han vuelto despavoridos, trémulos, y algunos han muerto de terror.

—Misterios, y siempre misterios; pero yo te aseguro que esos misterios han de desvanecerse hoy.

—Yo creo que todo consiste en la profunda impresion que causó el horroroso crimen cometido hace muchos años en ese palacio.

—Cuéntame: dijo Aben-Shariar que seguia despachando con muy buen apetito los manjares que le habia servido el hostelero.

—Permitidme os haga esperar un momento, para ordenar en mi memoria el terrible relato que os voy á referir.

Nicolino se concentró un momento, y despues dijo con la entonacion de quien refiere una historia.

XII.

Salvator Conti era un hombre de sesenta años, pero robusto, fuerte y enérgico como un jóven.

Salvator Conti, era un hombre á quien todo el mundo miraba más que con respeto, con terror.

Su solo aspecto imponía este terror á las gentes: era pálido, con la palidez repugnante, fria é impura del cadáver, hasta tal punto, que parecía no tener una sola gota de sangre en las venas: su mirada, su semblante, su boca, tenían una inmovilidad de muerte: parecía que no respiraba: nadie sabía cómo sonaba su voz: figuraos un cadáver vestido de negro, que se desliza tieso y rígido por entre los vivientes, y habreis comprendido el efecto que causaba Salvator Conti en los que le veían. Su historia era misteriosa: último descendiente de la ilustre familia de los Conti, huérfano desde la cuna, se había criado solo, en el inmenso palacio Conti, rodeado de viejos servidores de su familia, que por una coincidencia singular eran todos viejos, silenciosos y sombríos.

Todos los días por la mañana, á una misma hora, se abría la puerta del palacio para un monje benedictino, alto, seco, demacrado, pálido, sério, vestido con hábitos negros, que permanecía algunas horas en el palacio, saliendo de él por la tarde y volviéndose á su monasterio de benedictinos de la Penitencia.

En el monasterio no se sabía quién era ni de dónde había ido el padre Juan.

Un día se arrodilló ante el penitenciario del monasterio, y su confesion se prolongó á muchos días despues de aquel en que tuvo principio.

Por resultado, el padre Juan fué admitido en el convento, y un año despues obtuvo las órdenes sacerdotales y profesó.

Tan extraña era la figura, tan rígida, tan fria y tan sin movimiento la vida del monje, que unos le creyeron un pecador convertido por la penitencia en santo, y otros un diablo que había salido del infierno para tomar el hábito de los benedictinos de la Penitencia.

Él asistió en sus últimos momentos á la viuda de Pietro Conti, madre de Salvator Conti, y nadie supo lo que pasó entre la moribunda y el monje, porque cuando el monje salió del aposento, Gabriela Giacometi había muerto ya.

Salvator Conti era entonces recién nacido.

Desde la muerte de su madre, esto es, desde su completa

horfandad, el monje Juan *el Diablo*, como le llamaban unos, ó *el Santo*, como le llamaban otros, no dejó de asistir un solo día al palacio Conti, y de permanecer en él desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la tarde, en que se volvía á su convento.

Y así pasaron años trás años, cerrado siempre y sombrío el palacio Conti, sin abrirse más que para dar salida á los criados que atendían al servicio, y para el padre Juan *el Santo* ó *el Diablo*, y lentamente fué formándose esa nube de misterio que hoy rodea al palacio.

Salvator Conti llegó al fin á cumplir veinte y cinco años, y el monje padre Juan le entregó la herencia de sus padres, que era inmensa, y que se había aumentado prodigiosamente en aquellos veinte y cinco años en que había estado cerrado el palacio, sin una fiesta, sin un dispendio, sin más gastos que los necesarios para una vida severa y sóbria.

Salvator Conti, hombre ya, siguió siendo lo que había sido cuando niño: parecía que la esencia, el sér entero del padre Juan, se habían transmitido á él. El jóven era tan severo, tan taciturno, tan sombrío, como el religioso benedictino que le había educado.

El nombre de los Conti no podia dejarse extinguir: era necesario un casamiento que diese nuevos Contis á la familia, y un día, las puertas del palacio se abrieron para un dama á quien acompañaba un viejo.

Nadie conocía á aquel viejo ni á aquella dama.

El viejo era tan sério, tan grave, tan pálido y tan terrible como el padre Juan y como Salvator Conti.

Parecían hechos de la misma madera; vaciados en un mismo molde. En cuanto á la jóven, era distinto: ardía en sus ojos una vida poderosa, y su pálida y maravillosa hermosura, parecía sobrenatural. Entraba en el palacio como entra una víctima en el lugar del sacrificio, y una nube sombría parecía flotar delante de su frente.

Por su traje ostentoso y rico de vivos colores y profusamente bordado de oro, por la manera de llevar sus largas trenzas negras que se prolongaban sobre su pecho, uniéndose más abajo de su cintura en un broche de oro y perlas, por sus bra-

zos desnudos en que se veían ricos brazaletes, por el bonete de brocado y piedras preciosas que cubría su cabeza sujetando un largo velo blanco de gasa, sutilmente entreteguido de plata, por sus piés desnudos, pequeños, mórvidos, blanquísimos, encerrados en preciosos borceguíes bordados y con dobles ajorcas de oro en el nacimiento de la pierna, esta deslumbrante jóven, que apenas contaba quince años, era griega. Y sin embargo, el viejo que la acompañaba, y que indudablemente era su padre, por la marcada expresion de familia que se notaba en el viejo y en la jóven, vestía rígidamente como hubiera vestido un patricio veneciano.

Las sombrías puertas del palacio Conti se cerraban trás de la jóven, y cuando algunos dias despues salió para ir en una góndola á misa á San Márcos, acompañada de Salvator Conti, su bello traje levantisco habia desaparecido, reemplazado por un rico y severo traje negro de patricia veneciana.

Era esposa de Salvator Conti.

Nadie ha sabido todavía cómo se llamaba aquella mujer: todos los esfuerzos de la República han sido vanos para conocerla.

Podeis inventar, monseñor, la historia que mejor os parezca para explicaros el misterio de esa mujer, que apareció un dia en el canal de Monforte, saliendo de la litera de una góndola para entrar en el palacio Conti, y un año despues, apareció muerta fuera del palacio, flotando sobre las negras aguas del mismo canal de Monforte, atada al cadáver de un hombre.

Aquel cadáver, por su traje característico, era el de un corsario griego.

Durante el año que habia mediado desde el casamiento de Conti con la extranjera, hasta el dia en que el cadáver de la extranjera apareció flotando sobre las aguas del canal, atado al cadáver de un corsario griego, los esbirros subalternos que ejercen la vigilancia nocturna, habian visto con mucha frecuencia durante la noche, un jóven y hermoso griego que á la entrada del canal de Monforte salía de una góndola, se deslizaba á lo largo del borde del canal, llegaba al postigo del palacio Conti, llamaba levemente á él, y el postigo se abría al punto: desaparecia el griego por la oscura entrada, y el postigo volvía á cerrarse.

Al amanecer el postigo se abría, daba salida al griego, y tornaba á cerrarse.

Ya sabeis, monseñor, que el esbirro de Venecia posee la cualidad de hacerse invisible: observa desde cualquier parte, escondido detrás de cualquier objeto, sin que se le vea, sin que se le sienta.

El griego, pues, creía penetrar en el palacio Conti sin ser observado por ningun testigo.

Lo sabia sin embargo lo República; pero como aquel era un asunto particular, que en nada amenazaba á la seguridad de Venecia, Salvator Conti nada sabia, porque de nada se le habia avisado.

Sin embargo, Salvator Conti tuvo sin duda medio de saber que un hombre entraba todas las noches en su palacio, puesto que cuando fué encontrada en el canal su esposa, no se le encontró á él en su palacio.

Salvator Conti habia desaparecido.

Los esbirros que habian vigilado aquella noche el canal, declaraban, que el griego, cuyo cadáver se habia encontrado atado al cadáver de la esposa de Conti, habia entrado como otras noches por el postigo: que dos horas despues, cuatro hombres habian sacado por aquel mismo postigo un bulto informe, arrojándole al canal.

En vano procuró aclararse este hecho: el palacio habia quedado desierto, y nadie podia responder, como no fuesen los tapices y los muebles. El crimen ó la venganza quedaron envueltos en el más profundo misterio, y el palacio, mudo y sombrío, permaneció veinte años deshabitado, sin que diese muestras de albergar alma viviente.

En cuanto al monje Juan *el Diablo* ó *el Santo*, habia tambien desaparecido del convento, y no se sabia donde estaba.

En cuanto al palacio Conti, á pesar de que estaba deshabitado, los vecinos empezaron á fingirse en él cosas extraordinarias. Decían, que allá despues de la media noche, cuando la luna estaba en menguante, las ventanas del palacio se abrían todas silenciosamente y como por sí solas, y dejaban ver en el interior una especie de niebla azul, lívida, entre la cual pasaban y volvían á pasar sombras blancas y sombras negras, y se oían

gemidos y carcajadas, chocar de vasos, chirriar de instrumentos que tocaban una danza infernal á cuyo son se agitaban en un baile horroroso todas aquellas sombras, entre las cuales más alta y más horrible que todas, vagaba la de un fraile benedictino con un puñal ensangrentado en la una mano y en la otra un dogal: que de tiempo en tiempo la sombra del monje se asomaba al gran balcón de piedra que está sobre la puerta del palacio, y miraba con ojos que relucian como el fuego de un hornillo al oscuro canal de Monforte, cuyas verdinegras aguas se abrían para dar salida á las sombras de una mujer y de un hombre, que se deslizaban lentas y temerosas sobre la superficie del canal, yendo á perderse á lo largo de él entre las densas tinieblas de la noche.

Empezó á hablarse de esto, á decirse que el palacio Conti estaba habitado por el diablo, y los esbirros más valientes fueron encargados de observar el palacio las noches oscuras en que la luna estaba en menguante.

Pero fuese que el diablo tuviese miedo á los esbirros de la República, ó que estos no fuesen tan visionarios como los vecinos del palacio Conti, nada vieron en él ni en el canal de Monforte, en una ni en otra noche.

El palacio permanecía cerrado y oscuro, y el canal terso y tranquilo: pero tanto se obstinaron los vecinos en afirmar que era verdad lo del diablo, lo de las sombras, toda aquella máquina infernal, que segun decían, se agitaba en el palacio, que al fin los esbirros se preocuparon, y acabaron por ver lo mismo que los vecinos veían. Cundió el terror, las casas inmediatas al palacio se deshabitaron, y no hubo ya un solo esbirro que se atreviese á entrar en el canal de Monforte, ni aún á trueque de sufrir las terribles penas que el Consejo de los Diez les imponía por su inobediencia.

De aquí nace esa fama de hechicería y de endiablamiento que tiene el palacio Conti: y de tal modo protege al palacio su terrible fama, que hace diez años, cuando Conti apareció de nuevo en Venecia, ningun esbirro se atrevió á llegar al palacio para prenderle, por la muerte de su esposa y del jóven griego con quien su esposa habia aparecido atada en el canal.

XIII.

Pero había un hombre á quien importaba muy poco la fama de hechicería del palacio: aquel hombre era sin embargo muy jóven: como que era César Malatesta, que apenas contaba entonces veinte años.

César Malatesta iba todas las noches al palacio, y entraba en él secretamente por el mismo postigo por donde veinte años antes había entrado el griego.

La causa de estas secretas entradas de Malatesta en el palacio Conti, era el amor de una mujer: de Elena Conti, que había nacido en aquel palacio, de la griega esposa de Salvator Conti, que había dado su nombre á Elena, considerándola su hija.

El palacio entretanto había perdido su terrible reputacion de hechicería.

Salvator Conti, poco despues de su reaparicion en Venecia, y cuando estaba seguro de que nadie iria á prenderle á su palacio, por el terror que su palacio inspiraba, se presentó por sí mismo al Consejo de los Diez, y no sé yo qué descargos daría, porque la historia de Conti está envuelta en un misterio impenetrable, que acaso conoce el Consejo de los Diez. Pero ello fué, que el nombre de Conti que había sido borrado del libro de oro de Venecia, donde están inscriptos los nombres de todos los patricios, y que se había arrancado de entre ellos, por haberse declarado á Conti presunto reo de asesinato, fué rehabilitado en inscripto de nuevo en el libro de oro: que el obispo con toda la clerecía de San Márcos fué con gran pompa al palacio Conti á echar de él á el diablo á fuerza de agua bendita, y habiéndose declarado libre y limpio el palacio de todo espíritu maligno, se empezaron á dar en él grandes fiestas á que acudió toda la nobleza veneciana, se poblaron las casas contiguas al palacio, y se animó el canal de Monforte, en el que nadie se atrevia á aventurarse poco tiempo antes, por temor de encontrarse con el diablo.

XIV.

Elena Conti era una jóven de maravillosa hermosura.

En una de las fiestas que por ella sola daba en su palacio Salvador Conti, que siempre era el hombre taciturno y sombrío con apariencia de espectro, se conocieron César Malatesta y Elena, y se amaron.

Pero por un misterio incomprensible, Salvador Conti negó la mano de su hija á Malatesta, que era jóven y rico, y de una nobleza antiquísima, alegando que tenia empeñada su palabra con un señor Andrea Piezzolo, viejo repugnante, con muy modesta fortuna, y á quien nada recomendaba más que su cargo de senador del Consejo de los Quinientos.

XV.

Entonces empezaron las secretas entradas de Malatesta en el palacio Conti, y algunas veces las salidas de Elena del palacio, asida del brazo de César Malatesta.

Esto duró algunos meses. Al cabo, una noche, fueron llegando multitud de góndolas al palacio Conti, que estaba iluminado como para una gran fiesta.

Elena Conti se casaba, ó mejor dicho, la casaban con Andrea Piezzolo.

La nobleza de Venecia, el obispo y gran número de senadores, asistían á las pomposas bodas.

A las doce, los convidados, excepto algunos allegados de Conti, salieron del palacio.

El casamiento había ya sido celebrado.

La familia y los más allegados á ella se habían detenido algún tiempo más en el palacio.

Lentamente las luces del palacio se fueron apagando, cerrándose las ventanas, y sumergiéndose todo en el más profundo reposo.

XVI.

Dos horas despues de la media noche (yo estaba entonces ejerciendo la vigilancia nocturna en el canal de Monforte), una góndola negra y silenciosa entró en el canal, se detuvo delante del postigo del palacio, y de ella salió un hombre y se acercó al postigo.

El postigo se abrió, entró el hombre, y el postigo volvió á cerrarse.

El hombre que habia entrado era César Malatesta.

Su entrada en el palacio Conti la misma noche en que Elena se habia casado, era un acontecimiento demasiado grave para que yo le dejase pasar desapercibido.

Lo que os voy á referir, monseñor, es un secreto que no he revelado ni aún al confesor: espero que vos oireis este secreto como si no fuérais miembro del Consejo de los Diez, como el hombre á quien faltando tal vez á mi deber, estoy sirviendo de la manera más leal del mundo: sin saber por qué, siento hácia vos un afecto que jamás he sentido por nadie.

—Puedes hablar sin temor, Nicolino, como hablarías con tu conciencia.

—Gracias, monseñor, dijo el esbirro.

Y luego inclinó la cabeza, y permaneció algunos momentos abstraído y profundamente pensativo.

Al fin alzó la cabeza, fijó una mirada tranquila y grave en Aben-Shariar, y dijo:

XVII.

—Apenas habia entrado por el postigo César Malatesta, cuando yo me deslicé junto á los muros del palacio, y llegué á aquel postigo, [que abrí con una de las llaves maestras de que siempre va provisto un esbirro.

Una vez dentro, me encontré en la oscuridad más absoluta: pero un esbirro lleva siempre consigo una linterna sorda: abrí

mi linterna, y me encontré al pié de una escalera de caracol, por la que subí, recorrí sin encontrar á nadie, resuelto á prender al primero que se me presentase, algunas habitaciones, y al fin dí en un salon que aún estaba iluminado, pero en el cual dominaban el silencio y el horror.

XVIII.

En el centro de aquel salon habia una mesa cubierta de manjares, y alrededor de aquella mesa doce personas.

Parte de aquellas personas estaban echadas de rostro sobre la mesa; parte mal sentadas en los sillones; otras tendidas sobre la alfombra.

Yo creí que aquellas personas estaban dominadas por la embriaguez; pero cuando las toqué, ví con horror que estaban muertas.

Sobre la mesa y sobre el suelo, junto á estos cadáveres, se veian anchas copas de cristal: en algunas de ellas quedaba un dorado vino de Siracusa: instintivamente, yo vertí el vino que quedaba en aquellas copas en una botella vacía, la guardé bajo mi manto, salí del salon y del palacio sin encontrar á nadie, y en la misma góndola en que habia ido César Malatesta y que aún le esperaba, me hice conducir en nombre de la República á las Lagunas, á casa del doctor Tieppolo Albano, cuya puerta en nombre tambien de la República, me hice abrir.

Poco despues, se me presentó el doctor Tieppolo, á quien entregué la botella que llevaba del palacio Conti, mandándole me dijese si estaba ó no envenenado el vino que contenia.

El doctor Tieppolo me llevó á su laboratorio, vertió algunas gotas de licor incoloro en el vino que contenia la botella, que tomó al instante un fuerte color azul impuro.

—Tirad esa botella, esbirro, me dijo Tieppolo.

—¿Es un veneno lo que contiene? le pregunté.

—Sí, me contestó, y un veneno terrible, que en Venecia solo puede poseer el Consejo de los Diez.

Al escuchar estas palabras, todo mi cuerpo se cubrió de un sudor frio.

—Es el terrible tósigo de los Bórgias, añadió Tieppolo Albano: yo callaré como una tumba, acerca de vuestra venida á mi casa con este vino envenenado, que vos habreis obtenido sin duda por un celo imprudente. Os aconsejo que calleis; porque ó una de dos; ó este tósigo ha venido de fuera de Venecia, ó proviene del Consejo de los Diez. En la duda, callad, no sea que este veneno haya servido para una alta y misteriosa justicia del Estado.

Despues de esto, Tieppolo me despidió, y yo, aterrado, lleno de dudas acerca de lo que debia hacer, me volví en la góndola al canal de Monforte, delante del postigo del palacio Conti.

Por una fascinacion terrible, los cadáveres que encerraba el palacio, me atraian á sí; salté de nuevo al borde del canal, llegué al postigo, y le abrí.

En tal estado estaba mi espíritu, que no me acordé de abrir la linterna, y sin ella, á oscuras, como si un poder misterioso me guiase, marché sin vacilar hácia el terrible salon donde estaban los cadáveres.

Pero antes de llegar á la puerta del salon que tenia frente á mí, ví desde la sombra algunos criados, delante de los cuales estaba César Malatesta con su galano traje de jóven patricio veneciano, y Elena Conti con su magnífico y deslumbrante traje blanco de desposada.

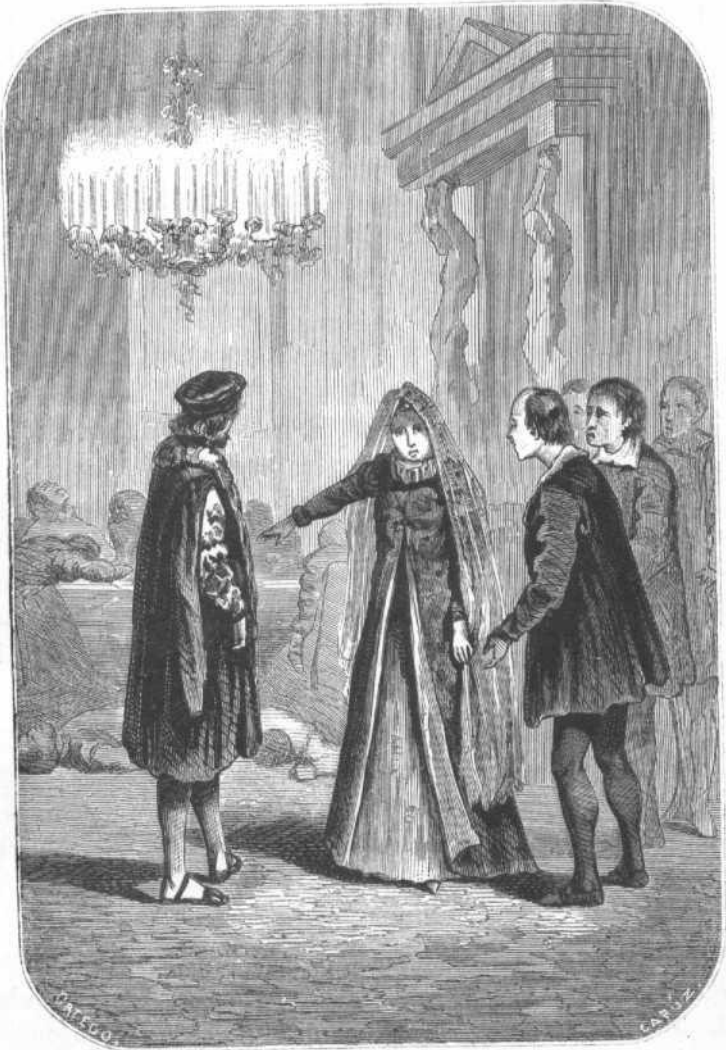
Cuando yo pude verlos, los criados sin duda acababan de llegar.

—Lo que veis, dijo Elena con ronca voz á los criados, no es otra cosa que el resultado de una justicia secreta de la República.

Esos doce hombres, parientes los unos, deudos los otros de Salvator Conti, cometieron hace veinte años dos asesinatos horribles. El asesinato de mis padres.

Elena calló, y sucedió un silencio de horror.

—Esos doce hombres, continuó Elena, sorprendieron una noche á un hombre y á una mujer á quienes el amor habia unido: ella era mi madre: él mi padre. Para sorprender á mi padre, para desarmarle, para rendirle, habia sido necesaria la traicion de esos doce hombres reunidos: se trataba de una venganza infame, y se dió á elegir á las víctimas entre el puñal y



LO QUE VEIS, DIJO ELENA CON RONCA VOZ A LOS
CRIADOS.

el venenó: ellos eligieron el veneno, y las copas les fueron presentadas: poco despues, aquellos desdichados eran cadáveres, y atados el uno con el otro, fueron sacados de aquí por cuatro de esos hombres, y arrojados al canal vecino: Salvator Conti sabia que yo no era su hija; porque mi madre, á pesar de haber sido su esposa, nunca habia sido suya: y sin embargo, Salvator Conti, no contento con el asesinato de mis padres, quiso prolongar hasta mí su venganza, gozándola de una manera cruel. Educada y criada como si hubiera sido su hija, Salvator Conti, cuando convino á sus proyectos, me trajo á Venecia y ajustó mi casamiento con ese miserable Andrea Piezzolo, que está inerte á mis piés. Yo estaba resuelta á todo; á matar ó á morir, antes que pertenecer á un hombre á quien yo aborrecia por instinto; porque entonces yo me creia hija de Salvator Conti: yo ignoraba el asesinato de mis padres, yo no sabia, pues, que Andrea Piezzolo habia sido uno de los autores de aquel asesinato: yo estaba, resuelta á todo, cuando hace tres dias, este caballero que me acompaña, á quien amo, y que es mi esposo ante Dios, y lo será ante los hombres, al entrar á verme en mi aposento, se abrió sus ropas, y me dejó ver lo mismo que vais á ver en este momento vosotros.

XIX.

Elena calló, y César Malatesta que hasta entonces habia permanecido en silencio, abrió su justillo negro, y dejó ver sobre su pecho bordadas con seda encarnada las tres letras C. D. X.

Yo no sabia que César Malatesta fuese esbirro ni agente secreto de la República; pero sabeis demasiado, monseñor, que con mucha frecuencia el Consejo de los Diez autoriza especialmente á esta ó á la otra persona para el cumplimiento de un encargo, durante el cual le manda usar el distintivo de la República.

Podia suceder tambien, que sin que el Consejo de los Diez se lo hubiese mandado, César Malatesta por sí mismo, para aterrar á los criados de Conti, se hubiese provisto del signo de autoridad de la República.

Pero esto hubiera sido audaz hasta lo increíble: hubiera sido exponerse á una muerte segura si se descubria aquel abuso, y aunque César Malatesta es audaz hasta lo infinito, yo no creia posible que se atreviese á jugar de una manera tan insensata su vida.

Dudé, temblé, y escuché con ansiedad.

Los criados de Conti por su parte, estaban completamente aterrados.

—Hace tres dias, dijo César Malatesta con voz sonora, vibrante y terrible, que dejada oír en aquella situacion y junto aquellos cadáveres, era completamente espantosa, hace tres dias que el poder supremo del Estado me dijo: «Hay en Venecia un traidor que está vendido al rey de España, y que se llama Salvator Conti: á ese hombre, ayudan en su traicion, su pariente el senador del Consejo de los Quientos, Andrea Piezzolo, y sus deudos, tal, y tal (y me nombró esos otros diez hombres que están ahí muertos al lado de los cadáveres de Salvator y de Andrea); esos doce hombres, parientes todos ó deudos de Conti, están acostumbrados al crimen, y para ellos una traicion al Estado no es otra cosa que un crimen más: esos hombres se han hecho reos de alta traicion contra el Estado, y por consecuencia, son reos de muerte, que mueren; pero todos son patricios, y el Estado no quiere que su sentencia haga caer una mancha indéleble sobre el patriciado: dentro de tres dias, ha de celebrarse la boda de la jóven llamada Elena Conti, con el senador Andrea Piezzolo: la República que lo sabe todo, sabe que Elena y vos os amais, y que vos entraís todas las noches secretamente en el palacio Conti, y llegais hasta el aposento de Elena: llegad tambien esta noche, y dadla este pliego cerrado; por él sabrá Elena que no es hija de Conti, y que sus padres fueron asesinados por Conti y por los otros once patricios sus parientes, á quienes el Estado sentencia á muerte: que los mate Elena: así, á un mismo tiempo, vengará á sus padres y servirá á su pátria, á quien esos hombres han pretendido envolver por una traicion cobarde: cuando en la noche de las bodas los convidados hayan salido, y quedado solos los parientes en el festin de familia, el veneno de los Borgias, que vá envuelto con el pliego que revelará á Elena la historia y las desgracias de sus

padres y el nombre de sus matadores, se mezcle en el vino del festin. Cumplid la justicia de la República, si no quereis que la República os juzgue traidor y os castigue.»

César Malatesta guardó silencio.

Los criados temblaban, como temblaba tambien yo.

César Malatesta continuó:

—La justicia de la República se ha cumplido: esos doce hombres, no existen; pero es necesario que nadie más que nosotros vea sus cadáveres: que nadie sepa que han muerto; que se les tenga por perdidos: aquí estais todos los criados de la casa; si este suceso se sabe, será porque uno de vosotros lo haya revelado; en tal caso, por uno serán sentenciados todos, y no habrá para vosotros, ni perdon ni piedad.

—¡Callaremos! ¡callaremos como esos muertos!

—¡Nadie lo sabrá por nosotros!

—¡Lo que aquí ha pasado será siempre un misterio, porque nosotros no hablaremos! dijeron estremecidos todos aquellos infelices.

—No basta eso: es necesario que estos cadáveres desaparezcan, dijo Malatesta: si los arrojaís al canal, á los tres dias las aguas los harán flotar; pero la tierra no arroja nunca sobre su faz los cadáveres que en ella se han sepultado: conducid esos cadáveres á los subterráneos del palacio, y enterradlos en ellos.

Yo, monseñor, continuó Nicolino, no me atreví á permanecer allí por más tiempo: salí aturdido, y sin saber cómo, me encontré fuera del palacio, en el borde del canal, y junto á la góndola, que esperaba aún.

—No reveleis á nadie que me habeis visto, dije á los gondoleros, ni que me habeis llevado á la casa aislada que se alza en medio de las Lagunas: vosotros no os habeis movido de aquí, ni me habeis visto entrar en el palacio Conti, ni salir de él: guardad, os lo repito, un profundo secreto, so pena de traicion al Estado.

Despues de esto, me deslicé á lo largo del muro del palacio, y fui á ocultarme trás una de sus esquinas, mi puesto de observacion.

Antes del amanecer, César Malatesta salió del palacio, entró en la góndola, y la góndola partió y se alejó en silencio.

Sonó entonces la campana mayor de San Márcos tocando la oracion de la mañana, y yo me fuí á la Basilica á desempeñar mi oficio de sacristan menor.

XX.

—¿Qué hubierais vos hecho en mi lugar, monseñor? dijo Nicolino mirando fijamente á Aben-Shariar.

—Me hubiera presentado inmediatamente al Consejo de los Diez, y le hubiera dado parte de lo que habia visto, de lo que habia oido.

—¿Creeis vos, monseñor, que era falso lo que Malatesta habia dicho? preguntó poniéndose pálido Nicolino.

—Malatesta era capaz de todo: y además, ¿qué necesidad tenia el Estado de encargar á nadie una justicia secreta, cuando podia haberla hecho en sus mismas cárceles?

—No era fácil prender á un mismo tiempo á aquellos doce hombres, dijo Nicolino: la desaparicion del uno, podia avisar á los otros: habia que hacer partícipes del secreto á muchos hombres, y en el palacio Conti, con motivo de las bodas de Elena, aquellos doce hombres estaban juntos, se les podia herir, como se les hirió, de un solo golpe, sin que conociesen el secreto más que unos cuantos criados, á quienes se habia aterrado.

—A pesar de todas esas deducciones, y aunque hubieras tenido seguridad de que Malatesta obedecía á la República, debiste avisar de todo al Consejo de los Diez.

—De modo, que vos, monseñor, dijo Nicolino estremeciéndose, os creeis sin duda obligado á dar parte al Consejo de lo que acabo de revelaros?

—Tú has hecho esa revelacion, no á un senador del Consejo de los Diez, sino á un hombre; y por mi parte, es tal la situacion en que me encuentro, que me alegro de tener asegurada por un secreto tu fidelidad hácia mí.

—Creo, monseñor, que me hariais arrepentir de haberme confiado á vos: vos queriais saber por qué se teme tanto en Venecia al palacio Conti, por qué se le cree habitado por el diablo, y de palabra en palabra, y por el afecto que me ins-

pirais, yo he ido indudablemente más allá de donde hubiera debido ir. Pero silencio: siento otra vez los pasos del hostelero por las escaleras, y ahora le acompaña otro hombre; pero ese hombre se detiene, y el hostelero se viene hácia aquí.

XXI.

Un momento despues el hostelero abrió la puerta, adelantó y dijo en voz baja y con expresion misteriosa:

—Excelencia, el señor César Malatesta acaba de entrar en el camarin número 7.

—Pues bien, dijo Aben-Shariar; llevadnos á un sitio desde donde podamos oir todo lo que se diga en el camarin número 7.

—Venid conmigo, excelencia, dijo con el acento de la más completa resignacion el hostelero.

Y salió seguido de Aben-Shariar y de Nicolino.

CAPITULO V.

Elena.

I.

Las casas públicas en Venecia estaban construidas de manera, que si los agentes del Estado lo exigian de los dueños, podian oir y ver sin ser vistos todo lo que aconteciese en el más reservado de sus aposentos.

Aben-Shariar y Nicolino fueron conducidos por el hostelero á un zaquizami oscuro, en una de cuyas paredes habia algunos pequeños agujeros, por los cuales se veia el camarín número 7.

Aben-Shariar y Nicolino aplicaron cada cual un ojo á uno de aquellos agujeros.

—Está como si no hubiera pasado un solo dia por ella, desde la noche de los doce muertos, dijo Nicolino para sí.

—¡Oh! ¡qué mujer tan maravillosa y tan terrible! pensó Aben-Shariar: yo no conozco á esta mujer; pero conozco á alguien que se la parece. ¡Ah! ¡sí! debe ser hermana ó parienta próxima del corsario griego Manuel Karuk.

La mujer que habia causado estos dos pensamientos de Nicolino y Aben-Shariar, era una mujer magnífica por su estatura y por su belleza de un clásico puramente antiguo: parecia una estatua arrancada de un templo griego, y transfigurada en una

mujer; pero una estátua modelada sin duda para representar una deidad terrible, una deidad del mal.

Y sin embargo de la expresion dura y opaca de sus grandes ojos negros, de la rigidez de su frente, de la tension de sus mejillas, de la dura contraccion de su boca, de la rigidez de su garganta, de lo enérgico de sus formas y de lo soberbio y altivo de su actitud, eran tal la pureza la belleza y la armonía de las formas de su cuerpo y de su semblante, tal la perfeccion del conjunto, tal la vigorosa y brillante juventud que de ella emanaba, que por indiferente que fuera y por la edad ó por los años, el hombre que por primera vez la mirase, no podia menos de sentir un estremecimiento de amor, una sed ardiente de ser amado por aquella mujer terrible.

Vestia, como hemos dicho, un traje magnífico de raso blanco de Florencia, bordado de oro y muy descotado, llevaba en la garganta un grueso collar de perlas, y peinados en trenzas los magníficos cabellos.

II.

El rostro de Elena estaba cubierto con una expresion terrible: sus magníficos ojos negros fijaban en César Malatesta una mirada opaca, de la que parecia emanar una cólera sombría y amenazadora.

César Malatesta miraba de una manera fria y cínicá á Elena, y una leve sonrisa de desden que contraía ligeramente en su boca, parecia contestar á la expresion de amenaza de Elena.

César Malatesta parecia el amante hastiado de una mujer obstinada en retenerle en su amor: el libertino que nada oculta á la mujer de quien ya ha prescindido, que nada le importa, que nada le interesa.

Aquella expresion fria y burlona, aquella sonrisa de desprecio, irritaban visiblemente á Elena, que tenia las mejillas pálidas, los labios descoloridos y temblorosos, y cuyo alto seno se alzaba y se deprimia á impulsos de su aliento poderoso y ardiente.

—Probablemente, dijo Elena en el momento en que se po-

nian en acecho Aben-Shariar y Nicolino, esta es la última vez que nos vemos: yo no puedo consentir por más tiempo en lo que sucede: diez años de un indigno amor por tu parte, de un amor miserable, que yo no comprendo cómo he podido pagar con todo el amor que tenia en mi alma, son bastante término para que lleguemos á una conclusion decisiva.

—Es decir, contestó friamente Malatesta, que me dictas condiciones; que crees que yo estoy obligado á ceder á tu voluntad; que renunciaré por tí á mi magnífica vida de orgía, de galanteos, de cuchilladas, de cuanto es bueno y bello, porque destruye la monotonía de la vida; porque tiene excitado siempre el cuerpo y el alma: eso es una locura, Elena: es necesario que te resignes á ser una de las damas de ese haren que yo poseo esparcido acá y allá, y mantenido por los padres, los maridos y los hermanos; ¡bah! privarme á mí del gusto de los amores peligrosos, del placer de la lucha contra la astucia de las mujeres y contra la cólera de los parientes de esas mujeres, es lo mismo que pretender convertirme de diablo alegre en ángel tonto: y yo te amo, Elena; ninguna mujer me hace sentir como tú tan punzantes sensaciones: en ninguna de mis historias de amor hay la picante salsa que yo saboreo en la historia de tus amores: para mí, esa historia es la más bella y la más grata de mi vida: nunca me olvido, porque no puedo olvidarme de ello, de la noche de tus bodas con aquel pobre diablo de Piezzolo: siempre tengo en mi memoria de una manera tan viva como si realmente los estuviera viendo aún, aquellos doce señores, en los cuales un vino á lo Borgia, habia dejado impresa una mucca ridicula de miedo al viaje que se habian visto obligados á hacer contra toda su voluntad: yo te amaba entonces, Elena; porque creo que aquel fué el único momento en que verdaderamente he amado; porque es necesario que lo comprendas, Elena: cuando se quiere que un hombre como yo ame, es necesario empezar por dominarle, por hacerse superior á él: tú te pusiste aquella noche á una altura, que me obligaste á levantar los ojos para verte en ella: tú habias hecho una gran cosa: habias hecho aquellos doce cadáveres, uno de los cuales era tu padre, otro tu esposo.

—Ni esposo, ni padre, dijo con ronca voz Elena: eran dos

miserables en quienes yo vengaba á mis padres asesinados.

—Eran doce hombres que los mandaba matar la República: de manera, que verdugo yo, veía en tí á mi digna compañera; á la hermosísima jóven, á la incomparable mujer que con una frialdad y un valor admirables no habia vacilado en matar.

—Como no vacilaré en vengarme de tí, si me obligas á la venganza.

—Y en ese caso, y suponiendo que tú puedas vengarte de mí, moriré feliz, porque moriré amando de veras; porque volveré á encontrar á la mujer fuerte que yo adoré mientras estuvieron calientes aún los cadáveres de aquellos doce hombres; porque tú, Elena, si me matas, que puedes hacerlo cuando quieras, porque yo ni aún pienso defenderme de tí, no porque desprecie la vida, con la cual estoy muy contento, sino porque estoy seguro de que tú ni puedes, ni quieres matarme: si tú me matas, habrás hecho más que todo lo que yo he hecho y todo lo que puedo hacer, y todo lo que haría si Dios ó el diablo me hiciesen inmortal: si yo dejé de amarte, culpa es tuya; eras para mí completamente sumisa; en mis manos no eras tú la serpiente ponzoñosa, si no la tórtola humilde, arrullando siempre, quejándose siempre, haciéndose insoportable: si la República no nos hubiera unido de una manera terrible, confundiéndonos á ambos en un sombrío secreto de Estado, si no hablasen por tí en mi alma aquellos doce cadáveres lívidos; si yo no supiera que puedo convertir cuando me plazca á la tórtola en serpiente, hace muchos años hubieras sido para mí una cosa concluida y olvidada. Además de eso, de tiempo en tiempo, cuando he pasado sin verte muchos meses, siento la necesidad de volverte á ver; y cuando te veo, me pareces lo que me pareciste la primera vez que te ví: la ilusion de mi sueño realizada; la hermostura ideal que yo no creía existiese; y vuelvo á unirme á tí para separarme al poco tiempo, cansado por la sumision de tu amor: no puedes, pues, quejarte de mí, Elena: si yo no estoy continuamente á tus piés, es porque no has sabido dominarme, porque eres para mí débil y cobarde.

—¿De modo, que Estefana Barbarigo que te ha despreciado, que te ha burlado, que te irrita con su desprecio, debe ser una de las mujeres de tu amor? dijo con acento acerado Elena.

—Yo aborrezco á Estefana Barbarigo, dijo César Malatesta: entre ella y yo hay un duelo á muerte; entre ella y yo no puede haber más que ódio, mientras que para tí no tengo ni ódio ni amor.

—¿Y porque odias á Estefana enamoras á la esposa de ese extranjero que habita en el palacio Sforzia? dijo con profunda intencion Elena.

—Sí, contestó sonriendo de una manera sesgada Malatesta: Estefana ama á ese hombre; ese hombre ha obtenido lo que nadie ha podido obtener; lo que yo he ansiado; lo que ansío en vano; la hermosura y el corazon de Estefana: yo aborrezco á Gabriel de Espinosa, porque Estefana ha enloquecido por él; porque para él solo ha sido de fuego su corazon de hielo; y porque le aborrezco de muerte, no me parece bastante una venganza vulgar, una venganza llevada á cabo por medio del hierro ó del veneno: la muerte es poco; la muerte no es más que el dolor y la agonía de un momento: yo no quiero herirle el cuerpo, lo que quiero matarle es el alma: dicen que es un personaje misterioso que le protege la República, que le protege el Papa: que es el rey don Sebastian, que no murió en su expedicion al Africa, que ha vivido muchos años desconocido, y que se prepara al fin á volver á su reino y recobrarle. Pero un hombre que se encuentra en su situacion, debe ser muy prudente; no debe herir, no debe ofender á los que encuentra en su camino y son bastante fuertes para estorbarle el paso.

—¿Y te ama la mujer de ese hombre? dijo profundamente Elena.

—Me amaré, contestó Malatesta; una mujer lo sufre todo de su marido; todo, menos el desprecio: una mujer no puede dejar de vengarse cuando se siente reemplazada por otra en el corazon de su esposo, ó mejor dicho, en el corazon del hombre á quien ama, y doña María de Souza ama con locura á Gabriel de Espinosa.

—¡Pobre mujer! dijo con acento frio Elena, ¡pobre mujer, que no sabe que el Papa ha disuelto su casamiento con Gabriel de Espinosa!

Aben-Shariar ahogó un rujido de furor cuando oyó estas palabras, y continuó escuchando con toda su atencion, con toda su alma.

—Eres desgraciado en tus empeños, César, continuó Elena.

—¿Qué importa á Gabriel de Espinosa, que una mujer contra la cual ha pedido al Papa y la ha obtenido, la disolucion de su matrimonio con ella, ame ó no ame á otro hombre por traicion á su amor ó por celos? esto no seria otra cosa que una causa más para la disolucion de su matrimonio.

—¡Oh, entonces, dijo Malatesta con voz terrible y concentrada, la muerte de ese hombre, su destruccion, antes de que sea esposo de Estefana.

—¡Oh y cuánto la amas! dijo con amargura Elena.

—Es la única mujer que me ha despreciado; la única mujer que me ha burlado.

—Estefana Barbarigo será esposa del rey de Portugal: la nobleza de los Barbarigos es tan alta y tan antigua, que bien puede una mujer de su familia ser esposa de un rey.

—¡No será su esposa, yo te lo juro! exclamó César Malatesta poniéndose convulso de pié.

—Siéntate, dominate y escucha, dijo Elena: sobre todos los poderes y todas las fuerzas, hay una fuerza y un poder en Venecia: el Estado; el Consejo de los Diez: desde este momento el Consejo de los Diez habla por mi boca; Gabriel de Espinosa, Estefana Barbarigo y doña María Souza, son para tí tres personas sagradas é inviolables: un solo acto tuyo contra ellas, y desapareces como desapareció tu padre para no volver á aparecer jamás.

—¿Y qué me importa, dijo César Malatesta, si cuando caiga sobre mí el poder del Consejo de los Diez, ya habrá caido todo el peso de mi odio sobre Estefana?

—Un solo paso que des hácia ella, ó que dé alguno de los tuyos, es el primer paso que das hácia las prisiones de Estado. Sobre tí están los ojos del Consejo de los Diez; sus oidos están abiertos para escuchar tus palabras; aún las que pronuncies en sueños. Cuando levantes el brazo para herir, una mano demasiado fuerte asirá tu brazo y le desarmará. Renuncia á tus proyectos por imposibles, y cree, que si yo no te amara, no te hubiera dado este aviso: te hubiera dejado perderte sin haberte avisado del peligro. Pero quiero que vivas para mí: he dejado de ser la tórtola que arrulla, y se queja, y llora,

para convertirme en la mujer fuerte que dicta condiciones.

—Sin duda no has terminado todavía, dijo Malatesta: sepamos en fin, cuanto me tengas que decir.

—Dentro de quince días habrás sido mi esposo, dijo con altivez Elena: dentro de quince días, Elena Conti aparecerá entre la nobleza veneciana, asida de la mano por Malatesta: de no, desaparecerás para no volver á aparecer más.

Y Elena se puso de pié, fué á un sillón cercano donde habia dejado su manto de terciopelo negro, se lo puso, se cubrió con él, y dijo á Malatesta que habia quedado mudo, aturrido, inmóvil:

—No nos volveremos á ver más, hasta el día en que vayamos juntos á la Basílica de San Márcos para ser esposos.

Y trás estas palabras, Elena salió, dejando solo, aturrido y dominado á Malatesta.

CAPITULO VI.

De lo que pasó entre Aben-Shariar y César Malatesta.

I.

La doble intimacion de Elena, habia caido como un rayo sobre la cabeza del jóven que se encontró impotente, obligado á obedecer ó á sucumbir de una manera infecunda.

El poder del Consejo de los Diez era tal, que ninguna defensa permitia á los que por él estaban amenazados.

César Malatesta estaba seguro de que se le vigilaba y de que no se le dejaba el menor medio de accion.

Por lo mismo, al sentirse sujeto, dominado, habia caido en el mayor abatimiento.

Su imaginacion, ningun recurso le prestaba para sobreponeerse á aquella situacion de inercia á que se le reducía.

Era ni más ni menos, que un leon enjaulado, á quien se le habian arrancado los dientes y cortado las garras.

Elena habia comprendido que habia hecho muy mal en ser sumisa y débil para con Malatesta, y aprovechaba la ocasion de mostrársele fuerte; de dominarle.

II.

—Es necesario tener paciencia y ser prudente, dijo Malatesta: esto no puede durar mucho: la República protege hoy al rey don Sebastian, porque le conviene levantar un enemigo poderoso contra el rey de España: pero la República no tiene sobre Felipe II el poder que tiene sobre mí: la República no puede reducir á la impotencia á que á mí me reduce al rey de España: el rey de España ahorcará al rey don Sebastian; y le ahorcará tan pronto, que no tendré que tener mucha paciencia; no importa: todo se reduce á engañar á Elena, á saber de lo que se trata, á adquirir noticias que comunicar al rey de España: Elena me ama; y si obra así, es porque está desesperada: pero un hombre á quien ama una mujer hasta el punto que Elena me ama, puede engañarla siempre: ella misma ha de ser quien me procure mi venganza contra el rey don Sebastian.

III.

En aquel momento llamaron recatadamente á la puerta del camarín.

—Ya tenemos encima el esbirro, dijo Malatesta levantándose y yendo á abrir la puerta: atención, y no cometamos ninguna imprudencia.

Y abrió la puerta, por la que entró Aben-Shariar.

IV.

—No os conozco, dijo Malatesta: ¿quién sois? ¿á quién buscáis.

—Me llamo Pietro Mastta; soy patricio de Génova y de Venecia.

—Perdonad, monseñor, dijo Malatesta, si como conozco vuestro nombre no conocia vuestra persona, y os he hablado por ello de una manera poco respetuosa.

—Cubrios, y sentaos: los dos somos patricios, y si vos hubiérais pensado seriamente en vuestro porvenir, tal vez os sentaríais hoy á mi lado en el Consejo de los Diez.

—Soy demasiado jóven, y estoy muy lejos de tener la gravedad necesaria para desempeñar tan alto encargo: yo no me encuentro bien sino entre botellas, mujeres y amigos alegres.

—Cuenta con las mujeres, señor César Malatesta, porque las mujeres os pueden perder: hace poco hablábais con una mujer muy peligrosa: con una mujer que se llama Elena Conti, y que, segun creo, debia llamarse Elena Karuk.

—¡Cómo, monseñor! ¿conocéis la historia de Elena?

—No; pero vos que la sabeis, me la vais á contar.

—Perdonad, monseñor; pero si no sabeis la historia de esa mujer, ¿cómo sabeis que su apellido debe ser Karuk y no Conti?

—La familia de una persona, más que en su apellido, está representada en su semblante: Elena tiene la fisonomía completa de una familia griega á quien yo conozco.

—Es extraño, monseñor; yo conozco la historia de Elena, por un manuscrito que hace diez años me entregó el Consejo de los Diez para entregarlo á Elena, y Elena me lo hizo conocer despues: es extraño, repito, que habiendo conocido Elena la historia de su familia por una revelacion hecha á ella por el Consejo de los Diez, vos que formais parte de él, no conozcais es a historia.

—Hace diez años no pertenecia yo al Consejo de los Diez, dijo Aben-Shariar: además de eso, el Consejo de los Diez obra muchas veces por medio de uno solo de sus individuos que sirve secretamente á la República, sin participar el secreto ni aún á las mismas ropas que lleva puestas: en un caso semejante nos encontramos ahora: yo, junto á vos, estoy sirviendo secretamente á la República.

—Habreis visto salir, sin duda, de este camarín á Elena Conti ó Karuk, como mejor querais, y como el Consejo de los Diez lo sabe todo, habreis dicho: Elena sale de ahí, luego ahí está su amante Malatesta.

—Sois audaz hasta un extremo que espanta, dijo gravemente Aben-Shariar: estais viendo representado en mí el po-

der supremo del Estado, ante el cual todos tiemblan, y sin embargo, os atreveis á interrogarme.

—Es que tengo miedo, monseñor, dijo creciendo en audacia Malatesta: es que deseo saber si habeis estado aquí invisible mientras hablábamos Elena y yo.

—Quiero contestaros á esa pregunta, y voy á hacerlo recomendándoos la obediencia al mandato que el Consejo de los Diez os ha dejado conocer, de olvidaros de vuestros proyectos acerca de Estefana Barbarigo, del extranjero Gabriel de Espinosa y de su mujer doña María de Souza, y de casaros cuanto antes con Elena Karuk, que siendo vuestra esposa conservará el nombre de Elena Conti.

—Obedeceré, monseñor, aunque el mandato del Consejo es demasiado duro: yo no amo á Elena Conti.

—Pero la habeis amado, y es lo mismo: existe además entre vosotros un secreto de Estado; el de la muerte de Salvador Conti, de Piezzolo y de otros diez parientes suyos, y es conveniente que el hombre y la mujer que conocen este secreto, se reunan en uno por medio del matrimonio.

—Obedeceré, monseñor.

—¿Conserva Elena todavía el pliego que vos le disteis cerrado en nombre del Consejo de los Diez?

—Lo ignoro, monseñor.

—Vamos á saberlo muy pronto, dijo Aben-Shariar poniéndose de pié: supongo que vos no tendreis miedo de ir de dia al palacio Conti, donde dicen que habita el diablo.

—Ni de dia, ni de noche, monseñor, dijo Malatesta que se habia puesto de pié al mismo tiempo que Aben-Shariar.

—Teneis traza de hombre fuerte y diestro, dijo Aben-Shariar mirando de alto abajo al jóven.

—Creo, monseñor, dijo Malatesta, que hay muy pocos hombres tan diestros y tan fuertes como yo.

—Vamos á verlo, dijo Aben-Shariar tomando distancia y desenvainando su espada: tirad de vuestra espada, señor César Malatesta.

Malatesta tiró de su espada con fiereza, y dijo á Aben-Shariar.

—¿Es esto un duelo, monseñor?

—Entre nosotros, por lo que yo soy, no hay duelo posible: esto es una prueba: poneos en guardia, señor Malatesta, y acometed, y defendeos bien, como yo si tuviera ánsia por mataros, ó vos ánsia de matarme á mí.

—Perdonad, monseñor; pero me parece que este no es lugar á propósito para esa prueba: al ruido de las espadas acudiré gente.

—No acudiré nadie.

—En buen hora, monseñor: creo que me habeis dicho que ataque y me defienda como si esta prueba fuese realmente un duelo.

—Eso he dicho, y eso repito, contestó Aben-Shariar.

—¿Y si os mato, monseñor? dijo sonriendo de una manera sesgada Malatesta.

—Como eso no puede suceder, no hay que pensar en ello, dijo friamente Aben-Shariar.

—¿Decís que no puede suceder que yo os mate? dijo palideciendo de cólera César Malatesta.

—No, repitió con doble frialdad Aben-Shariar.

—Ved que me insultais, y que ante un insulto, me importa muy poco tener delante de mi espada todo el Consejo de los Diez, dijo Malatesta ya completamente dominado por la cólera.

—Así os quiero, dijo Aben-Shariar, cuya voz habia tomado algo del acento de la voz del combate: ea, ved si podeis matarme; y para que tengais más confianza, os advierto que yo no haré más que defenderme; que no os atacaré.

—Hareis mal; porque yo voy á atacaros.

—Os espero.

Malatesta midió la distancia, y en vez de lanzarse en un ataque brusco, se limitó á probar la firmeza de la guardia de Aben-Shariar.

—¡Ah! sois sereno, dijo Aben-Shariar: se os pasa la cólera en el momento del combate; pues mejor: así podré juzgar de todo lo que valeis.

Y mientras decia estas palabras, sin descomponerse, cargaba el hierro de Malatesta.

—Teneis el puño de hierro, monseñor, dijo Malatesta, y es

necesario cambiar con vos de ataque: probad si sois tan ágil como fuerte.

Y tras estas palabras, Malatesta dejó la guardia alta, se encogió como un tigre, y empezó á salir de línea y á usar de todas las tretas de un condotiero.

Pero siempre encontraba de frente á Aben-Shariar: siempre firme en una guardia impenetrable.

De repente, Malatesta dió un salto de costado, y cambió su espada á la mano izquierda.

—¿No sabeis más que eso? dijo Aben-Shariar; y la espada de Malatesta saltó de sus manos.

Malatesta estaba desarmado, y á discrecion de Aben-Shariar, que dió un paso atrás y envainó su espada.

En aquel momento, Malatesta que habia cegado de cólera al verse desarmado, cogió rápidamente del suelo su espada, y tiró una terrible estocada á Aben-Shariar.

Pero este estaba en guardia aún, paró con el brazo aquella estocada, se entró sobre Malatesta, le asió por la muñeca y le hizo soltar de nuevo la espada.

—Esperaba este último golpe, dijo Aben-Shariar; pero no debéis usarle, señor César Malatesta: es hacer demasiado el condotiero: ese es un golpe villano que no debe usar nunca un patricio: á pesar de su villanía y de su rapidez, y de que ha sido tirado de una manera maestra, de nada os ha servido: está visto que vos no podeis matarme más que á traicion, y esto, si me cogeis dormido.

Malatesta se avergonzó.

—Tomad, tomad vuestra espada, le dijo Aben-Shariar: envainadla, y salgamos de aquí.

Malatesta envainó confuso su espada, y rehaciéndose, dijo:

—Sois el primer hombre que me ha hecho su juguete: sois el primero que me ha resistido.

—Es que á todo hay quien gane, dijo Aben-Shariar; pero salgamos de aquí: el diablo nos espera en el palacio Conti.

—Un momento si os place, monseñor: ¿á qué esta prueba de armas?

—Un capricho, respondió Aben-Shariar: teneis tal fama de buena espada, que he querido probar si érais mejor espada que yo.

Si Malatesta hubiera podido leer en el pensamiento de Aben-Shariar, hubiera visto que aquella prueba no habia sido un capricho.

Aben-Shariar habia contestado en su pensamiento á la pregunta de Malatesta, lo siguiente:

—Quería saber si me vencias, para saber si podias vencer á Gabriel de Espinosa; pero yo te he vencido, Malatesta, y Gabriel me vence á mí: no puedes, pues, vencerle.

V.

—¿Y teneis empeño, monseñor, de ir al palacio Conti? dijo Malatesta.

—Sí: un grave empeño, contestó Aben-Shariar.

—Será necesario que yo vaya á mi casa por la llave del postigo del palacio: el palacio pasa por deshabitado, y será inútil que llamemos á su puerta, porque no nos abrirán.

—Lleguemos al palacio, dijo Aben-Shariar, que despues veremos cómo podemos entrar en él.

—Como querais, monseñor.

Y salieron.

VI.

En las escaleras encontraron á Nicolino Razzi, que estaba inmóvil, esperando, pegado á un rincon.

César Malatesta miró profundamente á Nicolino, y á pesar de que no le conocia y de que tenia todas las trazas de un criado de patricio rico, Malatesta dijo para sí:

—Esbirro tenemos de escolta.

Y siguió bajando las escaleras al lado de Aben-Shariar.

Al pié de las escaleras esperaba respetuosamente el hostalero, no sabemos si para recordar con su presencia que no se le habia pagado, ó para hacer los honores de la casa á Aben-Shariar y á Malatesta.

Si era lo primero, Aben-Shariar le sacó del cuidado, dán-

dole al pasar y de una manera que queria decir que no era necesario el cambio, dos cruzados de oro.

El hostelero se inclinó profundísimamente, y siguió hasta la puerta exterior á Aben-Shariar, exclamando:

—Agradecidísimo, excelencia: mi casa es vuestra, y mi persona vuestra, y todo cuanto es mio, excelencia; yo espero que vengaís á menudo á honrar mi pobre casa, excelencia.

Y antes de que hubiesen llegado á la góndola que esperaba á Aben-Shariar, ya habia soltado otras cien excelencias el hostelero.

VII.

Antes de entrar en la góndola, Malatesta abarcó con una rápida mirada al gondolero, que estaba indolentemente reclinado en la popa, sobre la caña del timon.

—Otro esbirro tenemos, dijo para sí Malatesta.

En cuanto á Aben-Shariar, no parecia ni aún reparar en él.

Y en efecto; aquel gondolero era Brachioforte, el mendigo que poco antes estaba tendido al sol en la puerta del palacio del Dux, y á quien Rugiero, secretario de Barbarigo, habia mandado con una señal vigilase á Aben-Shariar.

Nicolino y Brachioforte cambiaron una rápida mirada de inteligencia.

Aben-Shariar y Malatesta entraron en la góndola, y luego en el interior de su litera.

Nicolino se quedó entre la litera y el gondolero que estaba á proa.

—¿A dónde, excelencia? dijo Nicolino á Aben-Shariar.

—Al canal de Monforte, delante del palacio Conti.

Nicolino repitió esta orden al gondolero que estaba á proa, y que se puso densamente pálido, porque los gondoleros venecianos son muy supersticiosos, y el palacio Conti, como sabemos, tenia muy mala fama.

—¿Al canal de Monforte, mi señor? dijo el gondolero con la voz trémula: hace ya mucho tiempo que no cruza una góndola por el canal de Monforte.

—¡San Marcos y Venecia! dijo Nicolino rápidamente y en voz baja al gondolero.

Puesto éste entre el diablo y la República, prefirió estar bien con la República, é impulsó la góndola.

—Al canal de Monforte, dijo Nicolino á Brachioforte, que permanecía indolentemente reclinado en la popa, y que se incorporó para volver la góndola, despues de lo cual volvió á reclinarse y á cerrar los ojos comò si se sintiera dominado por un eterno sueño.

Nicolino se sentó en un banco hácia la proa.

La góndola seguía adelantando lentamente: Aben-Shariar y Malatesta hablaban de cosas indiferentes.

Una hora despues, llegaron al canal de Monforte, que estaba solitario y silencioso.

VIII.

El palacio Conti era un enorme edificio gótico, robusto, sombrío, con grandes ventanas ogivales cerradas por vidrieras de colores, reforzados los muros por botareles, sobre cada uno de los cuales se levantaba una pirámide crestada, coronados aquellos muros de pirámide á pirámide por una balaustrada calada sobre un cornison ricamente ornamentado: sobre la puerta, ancha, maciza, robusta, corría un balcón de piedra, sobre el cual se veían tres agimeces calados, y en la parte superior un ancho escudo con un grifo alado partido por una banda diagonal y encerrado entre los lambrequines que descendían del yelmo.

Estas eran las armas de los Conti.

En el ala derecha del palacio, en su ángulo, había un pequeño torreoncillo, de esos que dentro de sí tienen una estrecha escalera de caracol, y junto al torreoncillo, en el muro, un pequeño postigo, por el cual apenas cabía una persona.

Este palacio era seco, severo, construido con una piedra gris, y de un aspecto completamente sombrío.

IX.

La góndola, á una indicacion de Nicolino, se detuvo delante del postigo del palacio, atracó al borde del canal, y Aben-Shariar y Malatesta se dirigieron al postigo.

Nicolino se quedó en la góndola, y Brachioforte continuó dormitando sobre la popa.

—No sé cómo hayamos de entrar por este postigo, dijo Malatesta: aunque el palacio, estuviera habitado, no oirian que llamábamos á él.

—Es que no llamaremos: dijo Aben-Shariar sacando unas llaves de su escarcela.

—¡Ah! ¡teneis las llaves! dijo Malatesta.

—El Consejo de los Diez tiene las llaves de todos los palacios de Venecia, contestó Aben-Shariar abriendo con la más pequeña el postigo: entrad, y ya que conocéis tan bien este palacio, conducidme á las habitaciones de Elena.

Malatesta y Aben-Shariar entraron, y el postigo volvió á cerrarse.

X.

Nicolino se deslizó á lo largo de la góndola, y llegó á la popa.

—¡Eh! dormilon, dijo dando una palmada en un hombro á Brachioforte; pareces descendiente de un gusano de seda.

—Quien duerme vela: contestó con acento cansado Brachioforte.

—¿Conoces á los patricios que acaban de entrar en el palacio?

—Sí; ¿y tú?

—Los conozco tanto, que me parece que tú no los conoces bien.

—Me mandan y obedezco: si como se me ha mandado seguir á monseñor Pietro Mastta se me hubiera mandado seguir á

Dux, le hubiera seguido: si monseñor Pietro Mastta me mandara seguir al secretario Rugiero Pietriboni, le seguiria hasta su lecho, sin dejar de seguir al señor Pietro Mastta: diria al uno todo lo que supiese del otro, y al otro todo lo que supiese del uno.

—Te convertirias en dos.

—Y en doscientos me convertiré si es necesario.

—Dices bien; pero se nos hace trabajar mucho, y se nos paga poco.

—La República es como una tela de araña; la cuestion es no enredarse en ella; porque una vez enredados, se acaba por convertirse en hilo de la misma tela, donde siguen enredándose otros y otros. Pero déjame dormir, que he pasado mala noche.

—Dí, ¿tú has estado espiondo á cierto extranjero? te vi pasar trás él á las doce por la plaza de San Márcos.

—Puede ser, dijo Brachioforte; pero estás muy hablador, y ya sabes que al Consejo de los Diez le gusta que sus agentes sean muy silenciosos.

—Ahora, dijo Nicolino, no estamos en los dominios de la República.

Entreabrió los ojos Brachioforte, y dijo posando una mirada fria en Nicolino:

—¿Pues en dónde estamos, si te place?

—Mira en torno tuyo, Brachioforte: aquí no hay más vivientes que nosotros, y el gondolero que tiembla de miedo y espera de un momento á otro que una legion de diablos salga del palacio; porque estamos en los dominios del diablo, donde no se atreven á entrar más que los locos, y los impíos que no creen en el diablo porque no creen en Dios.

Se estremeció ligeramente Brachioforte.

—Estamos tan solos, dijo Nicolino, que si á mí se me ocurriera darte una puñalada y tirarte de cabeza al canal, nadie podria saber de qué cuerpo era la mano que te habia herido.

—Tú haces traicion á la República, dijo incorporándose perfectamente despierto Brachioforte.

—Y tú tambien vas á hacer traicion á la República, dijo Nicolino.

—¡Yo!

—Tú.

—Hacer traición á la República es morir: dijo sombríamente Brachioforte.

—Morir es también, atreverse á la querida de un senador del Consejo de los Diez: ó mejor dicho, atreverse á tener amores secretos con ella.

Brachioforte miró de una manera terrible á Nicolino.

—Me están dando ganas, dijo éste con una impasibilidad irritante, de ocupar tu plaza de dormilon, que está mejor pagada y dá menos trabajo que las de los otros esbirros.

—¡Nicolino! dijo Brachioforte: estamos en los dominios del diablo, no nos vé nadie más que el gondolero, que como tal, está acostumbrado á callar: si se me ocurre darte una puñalada, no habrá nadie que diga de qué cuerpo es el brazo que te la ha dado.

—Esas son simplezas: dijo sonriendo Nicolino, porque aunque tú te llamas Brachioforte y estás acostumbrado á dar miedo á todo el mundo, hay alguno que tiene el brazo tan fuerte como tú, y que no teme á nadie; ni aún al diablo, ya lo estás viendo; porque yo estoy tranquilo en el canal de Monforte, y tú estarias mejor que aquí y con más tranquilidad, en cualquiera otra parte.

—Entendámonos: dijo Brachioforte, ¿quién te ha dicho lo de la querida del senador?

—Si creerás tú que eres el único que sabe todo lo que pasa en Venecia: si creerás tú que siempre que entras en casa de Rosina no te vé nadie.

—Pues si lo sabes, Nicolino, y quieres que seamos amigos, cállalo; porque si el senador Aldrobandini lo sabe, Rosina y yo podemos ir ajustando cuentas con el diablo.

—Si hubiéramos hablado así desde el principio, hubiéramos escusado muchas palabras, dijo Nicolino.

—¿Y bien, qué he de hacer yo? preguntó Brachioforte completamente domesticado.

—Ahora, dormir: luego, ponerte á las órdenes de monseñor Pietro Mastta.

Nicolino se deslizó hácia la proa, se reclinó en el banco, y

se echó verdaderamente á dormir, porque estaba muy cansado.

Poco despues, Brachioforte dormia ó parecia dormir profundamente en la popa de la góndola.

XI.

—Ha llegado la hora, señor César Malatesta, de que sepais cómo se espía en Venecia, dijo Aben-Shariar.

—¡ Ah! ¡ venimos á espíar á las gentes que viven en el palacio!

—Exactamente; y como vamos á salir de estas estrechas escaleras, y yo no conozco las entradas ni las salidas, llevadme á un aposento donde no haya peligro de que nadie me vea.

—Sigamos entonces subiendo, hasta llegar á la parte alta del palacio.

Malatesta y Aben-Shariar acabaron de subir las escaleras, se encontraron en un polvoriento corredor, en el cual habia á derecha é izquierda algunas puertas, Malatesta abrió una de ellas, y entraron en un pequeño aposento en que habia muebles viejos.

—El lugar no es muy digno, monseñor, dijo Malatesta; pero aunque permaneciérais en él durante muchas horas, podriais estar seguro de no ser visto; porque aquí se pasan años enteros sin que suba nadie.

—Pues es necesario que alguien suba.

—¿ No decís, monseñor, que no quereis ser visto de nadie?

—Lo que no quiero es producir una alarma siendo visto de improviso; pero vos sois en esta casa una persona muy conocida.

—Demasiado, monseñor.

—¿ Cuántos criados hay aquí?

—Cuatro criados viejos, y una vieja criada que sirve inmediatamente á Elena.

—Pues bien, señor César Malatesta; buscadme á uno de esos criados, y traedle aquí.

Malatesta salió.

Algunos minutos despues, volvió con un hombre como

de sesenta años, con todas las trazas de un antiguo criado de casa rica.

Al ver á Aben-Shariar, se sorprendió.

—¿Cómo te llamas? le preguntó Aben-Shariar.

—No sé con qué derecho, ni para qué se me hace esa pregunta por una persona á quien no conozco: dijo secamente el criado.

—Mira, contestó Aben-Shariar abriéndose las ropas y dejando ver sobre su pecho las terribles iniciales C. D. X.

El criado palideció y retrocedió instintivamente.

—¡La inquisicion del Estado aquí! dijo con voz cobarde, y lanzando á Malatesta una mirada que queria decir: Nos habeis hecho traicion.

—Nada tienes que temer si me dices la verdad; pero témelo todo si mientes, dijo Aben-Shariar.

—Preguntad, excelencia, dijo temblando el criado.

—¿Cómo te llamas?

—Giuseppe Basili.

—¿Qué edad tienes?

—Sesenta años.

—¿Cuánto tiempo hace que sirves á los Conti?

—Cuarenta años, dia por dia, excelencia.

—Entonces, ya estabas en la casa cuando contrajo matrimonio Salvator Conti.

—Sí, excelencia.

—Entonces, tú sabes que Salvator Conti mató á su esposa y al amante de su esposa.

—Sí, excelencia.

—Sabes tambien, que hace diez años, Elena, tu señora, mató á los asesinos de sus padres.

—Sí, excelencia.

—Tú serias sin duda uno de los criados que enterraron en los subterráneos del palacio á los doce hombres á quienes tu señora habia envenenado.

—Sí, excelencia.

—Cuéntame, cuéntame cómo fué aquello.

—Es muy sencillo, excelencia: Salvator Conti no hacia vida marital con su esposa, y sin embargo, su esposa dió á luz á

Elena antes del año de su matrimonio. María había logrado ocultar su estado embarazoso, y nada supo Salvator Conti hasta que llegó la hora del alumbramiento. Salvator Conti no dijo ni una sola palabra á su esposa; más aún: había dado su nombre á Elena, como si hubiera sido hija suya; pero había meditado en secreto una terrible venganza; una venganza paciente que esperaba la hora de satisfacerse por completo y sobre seguro. Durante tres meses, despues del alumbramiento de María nada dijo; pero á los tres meses, una noche entraron recatadamente, y uno por uno, por el postigo once hombres parientes todos de Salvator Conti, y uno á uno se ocultaron en las habitaciones contiguas á la habitacion de María.

Dos horas despues, á la media noche, Salvator Conti que observaba desde una de las ventanas del palacio, vió á aparecer en el canal una góndola negra que se acercaba silenciosamente y se detenía delante del postigo.

De aquella góndola salió un hombre que parecía griego por su traje, y griego corsario.

Poco despues, aquel griego y María eran sorprendidos por Salvator Conti y sus once parientes.

Los criados habíamos acudido tambien.

El griego y María fueron extrangulados, atados el uno al otro, sacados del palacio, y arrojados al canal de Monforte.

—Basta: dijo Aben-Shariar, conozco esa historia y veo que preguntado por la República, no te atreves á engañarla: veamos si continúas diciéndome la verdad: vengamos al momento presente: ¿quién habita en el palacio?

—Mi señora, Giovanna su aya, el cocinero, dos mozos de limpieza, y yo que soy el mayordomo.

—¿No habita nadie más?

—Sí señor, desde hace tres dias, han aparecido en la casa un cardenal romano y un fraile portugués.

—¿No ha venido á ver á ese fraile y á ese cardenal ninguna persona?

—Sí señor: anoche á la media noche vino un extranjero, á quien yo dí entrada por el postigo y llevé á las habitaciones que ocupan el cardenal y el fraile.

—¿Qué señas tenía ese extranjero?

—Alto, blanco, ojos azules, cabellos y barba rubia y entrecanos, como de cincuenta años, y altivo y soberbio como un rey.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el palacio ese extranjero?

—Pasó toda la noche conferenciando con mi señora, el cardenal y el fraile, y salió esta mañana á las ocho.

—Perfectamente; será preciso perdonarte la participacion que has tenido en los crímenes de esta familia, porque no mientes á la República y la sirves bien diciendo la verdad.

—Salvator Conti era un hombre terrible, á quien todos temíamos, y si no nos hubiera obligado por terror á ser cómplices de sus crímenes, no permaneceríamos aún en su casa sirviendo á Elena, que es tan terrible como Salvator Conti.

—Vé y dí á los demás criados que aquí está conmigo la República de Venecia; que si me ven se aparten silenciosamente de mi paso y callen; que nada sepa Elena: vuelve despues de hacer esta prevencion á tus compañeros, y cuanto antes.

Giuseppe salió pálido como un muerto.

—Vos, señor César Malatesta, id á los aposentos de Elena, y entretenedla en ellos: motivo teneis bastante; decidla que habeis meditado bien, que habeis comprendido cuanto os ama, que estais dispuesto á ser su esposo. Ella que verdaderamente os ama, encontrará esta noticia tan grata, que no sabrá separarse de vuestro lado; y como un hombre que ha de ser marido de una mujer tiene derecho á conocer su historia, pedidla los papeles que contenia el pliego cerrado que le entregásteis hace diez años de órden del Consejo de los Diez. Permaneced con ella hasta la noche, y cuando salgais id á buscarme á bordo de mi nao la Bella Genovesa, que está anclada en el puerto: id.

César Malatesta se inclinó, y con el semblante más sombrío del mundo salió, dejando solo á Aben-Shariar.

CAPITULO VIII.

Un cardenal romano, un fraile agustino y un corsario tunecino.

Giuseppe Basili no tardó en volver.

—Ya están cumplidas vuestras órdenes, excelencia, dijo.

—Condúceme á las habitaciones que ocupan el cardenal y el fraile.

—Voy á tener el honor de guiaros, excelencia, dijo Giuseppe, y se puso en marcha.

Hizo dar vueltas y revueltas por pasadizos y galerías á Aben-Shariar, bajar escaleras, y al fin se encontraron en el departamento de las habitaciones principales.

Giuseppe se detuvo delante de una mampara de cuero, y dijo á Aben-Shariar:

—Esta es la puerta de la antecámara de las habitaciones donde están aposentados esos dos señores.

—¿Y por esa antecámara, dijo Aben-Shariar, no se puede ir á ninguna otra parte?

—No, excelencia: estas habitaciones están completamente independientes: son las que ocupaba mi difunto señor.

—Pues bien: abre, y retírate.

—¿Y si necesitais algo, excelencia? dijo Giuseppe, á quien el terror habia hecho muy servicial.

—Haré que el cardenal ó el fraile te llamen; vete.

Giuseppe se alejó, y Aben-Shariar entró, atravesó la antecámara y penetró en una gran cámara magníficamente amueblada, aunque con un gusto muy antiguo, en cuyo fondo sentadas junto á una mesa habia dos personas.

II.

La una, por su traje talar de púrpura, y por la hechura particular de aquel traje, dejaba conocer á primera vista que era un cardenal: la otra, por su hábito blanco con manto negro, que era un fraile agustino.

En efecto; aquellas dos personas eran el cardenal Genaro de Montalto, y el fraile agustino portugués, fray Miguel de los Santós.

Estaban tan distraídos, era tan gruesa la alfombra que apagaba el ruido de los pasos de Aben-Shariar, que no repararon en él hasta que llegó junto á ellos.

El primer movimiento de entrambos, fué ponerse de pié sorprendidos. No conocian á Aben-Shariar, ni esperaban que un desconocido los visitase en un lugar donde se creian perfectamente ocultos, bajo el amparo del diablo, ficticio morador del palacio Conti.

III.

Aben-Shariar no tenia sin embargo en su semblante nada de amenazador: por el contrario, miraba de la manera más benévola del mundo al cardenal y al fraile.

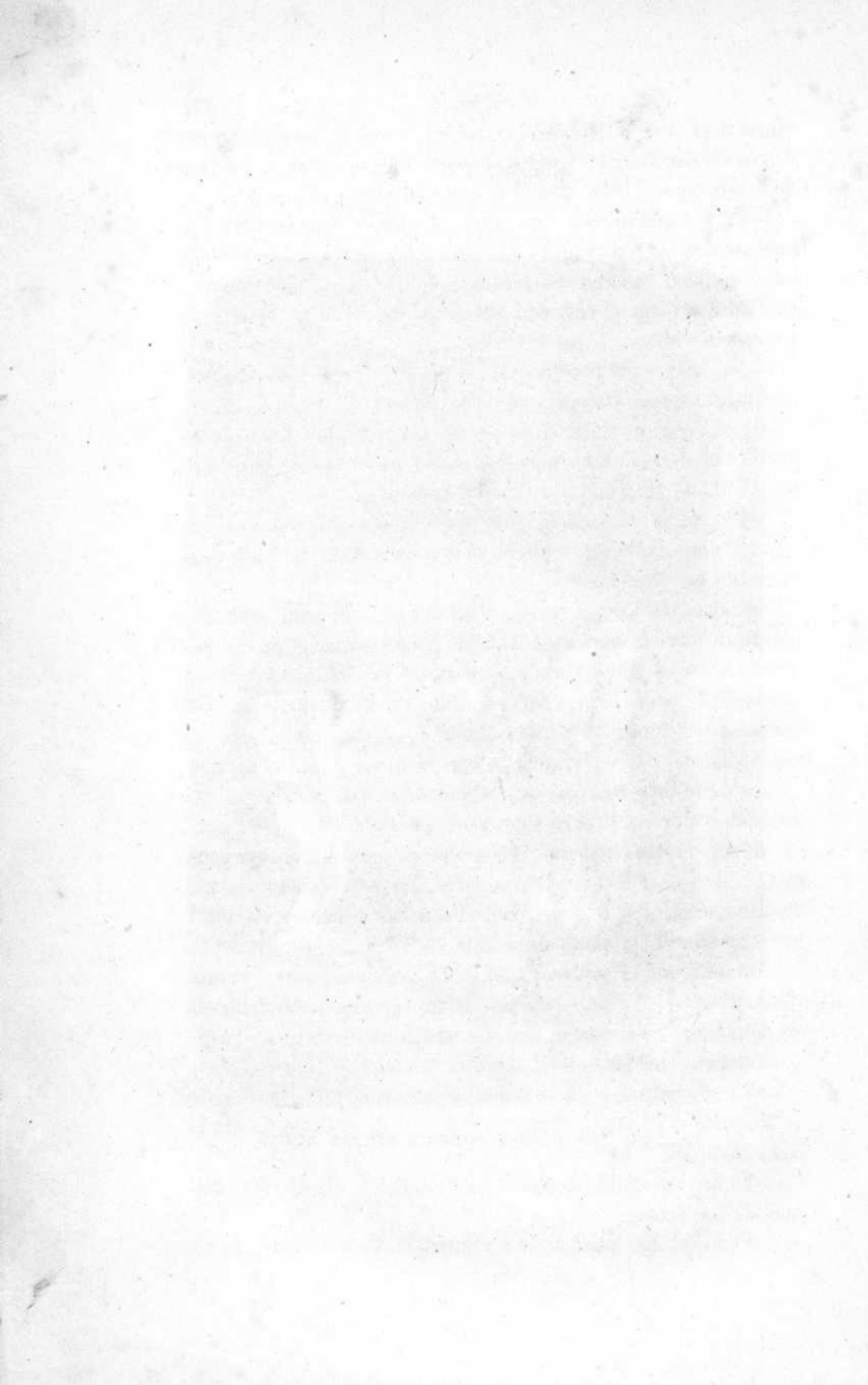
—¿Quién sois? dijo con acento severo Genaro de Montalto: ¿quién sois, y por qué estais aquí?

—Me llamo Pietro Mastta, dijo Aben-Shariar con acento afable y cortés, y estoy aquí, porque vosotros sois amigos del rey don Sebastian de Portugal, que vive de incógnito en Venecia, y yo soy tambien amigo del rey.

—El rey don Sebastian de Portugal, dijo Genaro de Montalto,



..... ¿QUIEN SOIS Y PORQUE ESTAIS AQUI?



murió hace diez y siete años en Africa, y por lo mismo, no podemos ser sus amigos; porque respecto á los muertos, no se puede tener, cuando más, otra cosa que una buena memoria.

—¿Y vos qué decís á esto, fray Miguel de los Santos? dijo hablando en buen portugués Aben-Shariar, como habia hablado antes en buen romano al cardenal Montalto: ¿se dice tambien en Madrigal, que el rey don Sebastian murió en la batalla de Alcázar-Kivir?

—No comprendo por qué me haceis esa pregunta, dijo perfectamente sereno fray Miguel de los Santos.

—Creo, y digo mal, sé de seguro que sois uno de los religiosos más respetados y más doctos del convento de agustinos de la villa de Madrigal, en Castilla la Vieja.

—Eso es cierto, señor; pero me extraña que tengais tan exactas noticias de mí, cuando yo creia ser perfectamente desconocido en Venecia.

—Creiais tambien, señores, continuó Aben-Shariar, que entrando una noche oscura en Venecia, y ocultándoos en un palacio á quien el vulgo mira con un terror supersticioso, porque tales cosas, tales crímenes han pasado en él, que se le cree habitado por el diablo; creiais, señores, repito, que dentro de este palacio estariais perfectamente ocultos; y sin embargo, aún no hace tres dias que habeis llegado á Venecia, y ya tenéis delante de vosotros al Consejo de los Diez.

Al decir estas palabras, Aben-Shariar tomó un acento y un gesto altivo y severo, se puso el birrete, y se abrió el rico sayo de terciopelo, dejando ver las tres letras bordadas en plata que ya conocemos, sobre su justillo.

Por más que el cardenal y el fraile fuesen serenos, y estuviesen colocados en una posicion en que no era fácil que nada los dominase, palidecieron al ver aquellas tres letras.

Tal terror inspiraba el Consejo de los Diez.

—Yo soy príncipe de la santa Iglesia romana, dijo Genaro de Montalto, y estoy inmune de todo otro poder que no sea el poder del papa.

—Yo soy vasallo del rey católico Don Felipe II, dijo fray Miguel de los Santos.

—Venecia, dijo sentándose en un sillón Aben-Shariar, no re-

conoce inmunidad en nadie, que pise su territorio: no hay temor que impida á Venecia ejercer su poder; y luego, señores, en Venecia se pierde un hombre sin que nadie sepa cómo se ha perdido ni á donde ha ido: os aconsejo, pues, la prudencia: yo ante vosotros, no soy más que á medias, miembro del Consejo de los Diez.

—¡Ah! dijo con admiracion de Genaro de Montalto, ¿vos sois, monseñor, uno de esos diez fuertes varones que mantienen sobre sus hombros el peso de la gloria de Venecia?

—Sí, monseñor; tengo la honra de participar de los cuidados y de las amarguras del gobierno.

—Y bien, monseñor, la situacion en que nos encontramos es ya distinta, dijo Genaro de Montalto; no se trata ya de un desconocido, sino de un príncipe de Venecia.

—Príncipe no; ciudadano.

—Uso de una palabra genérica: príncipe es el que manda, dijo Montalto.

—Pues bien, dijo Aben-Shariar quitándose de nuevo el birrete y poniéndose otra vez de pié, yo no soy aqui príncipe, porque en la situacion franca en que creo nos hemos colocado, yo aqui no mando, suplico: sentémonos pues, señores, y hablemos con lealtad.

Aquellos tres personajes se sentaron.

El terror habia desaparecido de los semblantes del cardenal y del fraile, y la severidad y la amenaza del semblante de Aben-Shariar.

—El rey don Sebastian, dijo este, está en Venecia de incógnito, sí; pero fuertemente protegido por el Consejo de los Diez, y habitando con su familia en un palacio del Estado: viviendo en fin, por cuenta de Venecia: el rey don Sebastian volverá á Portugal cuando sea oportuno; cuando todo esté preparado; cuando su vuelta á su reino no sea una empresa tan temeraria como lo fué su expedicion á Africa: el rey de Portugal no se ha hecho prudente con la desgracia; le devora la impaciencia; y por otra parte, el celo de nuestro santísimo padre Clemente VIII, á quien tarda ver repuesto en su trono al rey don Sebastian, es tan funesto, como lo fué en otro tiempo el celo inmoderado de Gregorio XIII, por que fuese á combatir á los in-

fieles. Venecia es más prudente que Roma, y no por eso Roma es más amiga del rey don Sebastian que Venecia, ni Venecia tiene menos interés que Roma en que el rey don Sebastian recobre su trono. Todo lo que sea amenguar el poder del ambicioso Felipe II, es conveniente, no solo á Roma y á Venecia, sino al mundo entero: y Venecia, especialmente, está obligada á ser enemiga del rey de España. Desde que Fernando V obtuvo por conquista el reino de Nápoles, los monarcas españoles tienen fija la vista hambrieuta en la reina del Adriático: ya Cárlos V nos envió sus ejércitos, y nos obligó á gastar mucha sangre y mucho oro. Felipe II no dá muestras de contenerse en la política aventurera que le legó su padre, ni su vejez ha amenguado su ambicion, ni Europa puede estar tranquila mientras una coalicion fuerte no sea un escudo que la preserve de las garras de esa águila de dos mundos. Hé aqui por qué Enrique IV de Francia ayuda con tropas y dinero á los calvinistas de los Países-Bajos contra los ejércitos del Rey de España: hé aquí por qué Isabel de Inglaterra amenaza perpétuamente el poder marítimo de Felipe II: hé aquí, en fin, por qué Venecia y Roma al par, favorecen al rey don Sebastian de Portugal, que sinceramente hablando, no encontraria tan decidido apoyo, si Felipe II no fuese tan formidable.

Hablando de aquel modo, Aben-Shariar no era el pirata tunecino, ni el amante sin esperanza de Sayda-Mirian, que llegaba en la abnegacion de su amor hasta el punto de exponerlo todo por satisfacer el anhelo del amor de Sayda Mirian á Gabriel de Espinosa: no era ese hombre egoista, que elevado á altos cargos, sacrifica el amor de la pátria á su interés individual: era realmente un ciudadano de Venecia: un digno miembro del Consejo de los Diez, que velaba entre la sombra y el misterio por la pátria.

Genaro de Montalto y fray Miguel de los Santos, le miraban con respeto.

Aben-Shariar era entonces una representacion perfecta de la política de Venecia.

—Es de deplorar, dijo Aben-Shariar, la conducta incalificable y misteriosa acerca de este negocio de Roma y de Portugal; porque vos, cardenal Genaro de Montalto, sois aquí un de-

legado del papa, como vos fray Miguel de los Santos, sois delegado de la nobleza portuguesa, que se agita indignada entre el dominio de Felipe II, que aparentando respetar las antiguas leyes y los libres fueros de Portugal, desploma sin embargo sobre él todo el peso de su tiranía, y mantiene sobre su territorio como sobre un país conquistado, pero mal sujeto, un ejército cuyo general es el terrible, el durísimo duque de Alba, delante de cuyo nombre va el terror.

—Venecia es fuerte, dijo el cardenal Montalto, y como fuerte, considera con gran calma las cosas, exajera la prudencia, y deja crecer entre tanto al enemigo; de modo, que cuando es de todo punto necesario al fin ponerse frente á frente de él, siempre sale perjudicado el más débil de los que forman coalición contra el enemigo comun: Venecia, monseñor, permitidme que os lo diga, tiene una política egoista y fria; ayuda á los débiles contra los poderosos, para que los poderosos no se hagan más fuertes absorbiendó á los débiles; y no obra con energía, sino cuando el peligro avanza de frente hácia ella: pero ni Roma ni Portugal se encuentran en el mismo caso: Roma se encuentra sola: Inglaterra, Flandes, Holanda, son protestantes: Italia, deja inerte que el papa defienda como pueda las prerrogativas de la Iglesia: el rey de Francia es un luterano que se ha convertido por una corona; porque segun su célebre dicho: *Paris, bien vale una misa*. El católico, el cristianísimo rey de España, que es como lo han sido todos los reyes españoles, y más que ninguno de ellos antipapista, reconoce la supremacia del papa; pero ante esa supremacia, pone las regalías de la corona de España, que no son más que una participacion en el poder del papa, sostiene lo que se llama la independenciam de la Iglesia española. Felipe II pesa sobre Roma, como pesa sobre todo, con una gravedad que abruma: con la gravedad de la tierra de una tumba; por eso Roma ansía quebrantar al coloso, y ayuda en cuanto puede á los que han de obligarle á multiplicar sus fuerzas.

—Y por lo mismo, permitidme monseñor, que os interrumpa, Felipe II que es el hombre más laborioso y más receloso del mundo, multiplica sus agentes, paga la traicion á peso de oro, procura saberlo todo y lo sabe; vé que Roma que le llama

su hijo predilecto, conspira contra él, y se hace más y más antipapista, acechando á Roma desde un rincon del templo del Escorial, con el rosario en la mano. Felipe II os conoce, porque sois imprudentes: al paso que su política es inútil contra Venecia, porque la política de Venecia es más tenebrosa, más profunda, más paciente que la suya, y por lo mismo, más poderosa. En estos momentos, Felipe II sabe sin duda que estais en Venecia; pero no sabe ni puede saber que Venecia os ayuda: Felipe II ha perdido aquí vuestra pista: no puede dar con ella; porque el Consejo de los Diez percibe hasta el aliento de los agentes que el rey don Felipe tiene en Venecia, y no les permite la más pequeña libertad de accion. Felipe II sabe que aquí hay un extranjero que se llama Gabriel de Espinosa, y que se parece tanto en cuerpo y en alma al rey don Sebastian de Portugal, que hay que creer, ó una de dos: ó que el rey don Sebastian no murió en su temeraria expedicion á Africa, ó que el rey don Sebastian ha resucitado. Sabe esto el rey don Felipe, porque para que en todo se parezca Gabriel de Espinosa al rey don Sebastian, es temerario é imprudente. Entró de noche en Venecia, rodeado de agentes de la República, mudos, frios, insensibles como el mármol: de noche entró con su familia en un palacio de la República, rodeado por agentes que no permitian observacion alguna de la parte de afuera. Sin las imprudencias del rey don Sebastian, Felipe II, que durante diez y siete años no sabia lo que habia sido de su sobrino, porque Felipe II sabe demasiado que su sobrino el rey don Sebastian no ha muerto, hubiera continuado ignorando su suerte. Africa ha defendido con su barbárie, con sus casas cerradas á todo el mundo al rey don Sebastian, porque en Africa no puede ejercerse ni fácil ni difficilmente un expionaje. A ser paciente el rey don Sebastian, nada hubiera podido saber de él Felipe II, hasta el momento en que se hubiera presentado con una armada en las aguas de Lisboa. Una vez en tierra; una vez apoderado de su córte y de su trono, no era ya el rey don Sebastian un hombre á quien pueden tenderse asechanzas, sino un rey bravo é impetuoso, puesto al frente de un respectable ejército sobre su reino, ansioso de sacudir el yugo de Felipe II.

Movió de una manera negativa y desalentada la cabeza el cardenal Montalto.

—Nunca, dijo con voz apagada, prestaría Venecia sus naves y su ejército al rey don Sebastian. Venecia es enemiga de todo el mundo en secreto, estrecha á todo el mundo en público la mano como amiga; pero al estrecharla, prueba la fuerza que tiene el brazo á que está unida aquella mano. Venecia no obra jamás de frente....

—Y por eso vive, dijo Aben-Shariar: el *divide et impera* de Maquiavelo, principio de todas las políticas fecundas, es la base de la política de Venecia. Lo que se puede hacer secretamente con la astucia y con el oro, no debe hacerse con la fuerza y con el hierro. Es necesario evitar la guerra; la guerra es el azote de los Estados, y una vez en el camino de la guerra, no es fácil retroceder ni calcular hasta donde pueden llegar las consecuencias. España es un ejemplo de ello: si Felipe II no hubiera heredado enemigos y complicaciones del emperador su padre, que necesitaba guerrear para vivir, si Felipe II no hubiera encontrado empeñada la honra de su corona en guerras funestas que no podia desatender sin condenarse á una postracion de muerte, Felipe II hubiera sido tau tenebroso y tan astuto como Venecia: y aun asi, obligado á ser lo que no quisiera ser, obra en cuanto puede, como obraria si hubiera heredado la corona libre de todo empeño, de toda complicacion. Volved la vista á España, y mirad entre sus laureles el amargo fruto que producen las continuadas, las multiplicadas guerras: la voz española resuena irritada en todas partes: en todas partes resuena el estampido del cañon español. España es un guerrero viejo acostumbrado á la guerra, fuerte y terrible todavia; pero que muere de la enfermedad de la guerra que se enlanguidece, la empobrece, á pesar de los rios de plata que le vienen de América, y con los cuales, apenas puede remendar sus harapos. Su cabeza está oculta bajo sus sangrientos laureles: pero es necesario ser ciegos para no ver que esos laureles se van marchitando, que se secarán muy pronto, porque la sangre cuando es demasiada, es un riego funesto. En cuanto á lo de que Venecia no prestaría jamás al rey don Sebastian ni á nadie una armada y un ejército, decís muy bien, monseñor; la fuerza de Venecia es la paz: el olivo es un

árbol fructífero, mientras que el laurel es completamente infecundo. No por eso Venecia es débil; si fuera débil sería absorbida y destruida: ni es tampoco cobarde; porque si lo fuera, toda su política no bastaría para que dejase de ser acometida, vencida, esclavizada. No es tampoco cierto que Venecia no haga la guerra; la hace, sí, la hace continuamente de una manera sorda y terrible, por medio de sus agentes y de su oro, que gasta á manos llenas sin prodigalidad y sin miedo. Pero de una manera segura y sin dar jamás pretesto para que se la acometa y se la obligue á gastar sangre, que es el tesoro más precioso de los Estados: sin que se distraiga un solo brazo de la industria y del comercio, que son el manantial siempre abierto y cada vez más rico de la prosperidad de un pueblo. Mirad á nuestra Venecia, siempre bella, siempre activa, siempre alegre, siempre tranquila. Observad bien lo que se oculta bajo la alegría febril de su eterno carnaval, y encontrareis algo tan serio, tan sombrío, tan poderoso, que aterra: mirad sus naves que van á todas partes cargadas de sus ricas mercaderías, y vuelven cargadas de oro: comprended cómo Venecia puede sin desnudar la espada, abriendo simplemente su inteligencia y su bolsa, quebrantar colosos, dividir imperios, hacer sentir su poder en todas partes. De ese modo será como el rey don Sebastian deberá á Venecia su trono, cuando Dios quiera que llegue la ocasión propicia. Oídme bien; cuando un cuerpo es fuerte y dañoso, es muy prudente abrirle las arterias para que se desangre y se debilite: y eso es lo que está haciendo ya, lo que continuará haciendo Venecia respecto á Felipe II. Los Países Bajos, Holanda, Francia é Inglaterra, son sin saberlo, aliados secretos de Venecia. Ella compra hombres, que es lo mismo que decir, que ella hace traidores, ella aconseja y avisa por medio de agentes que nadie puede sospechar tienen relación alguna con Venecia. Ella dice á un genovés ó á un judío, dad dinero para la guerra á Holanda, á Francia, á los Países Bajos; no os importe lo que os pidan ni la ganancia que os ofrezcan, porque quien dá es Venecia; porque vosotros no sois más que la mano que dá el oro.

—Pero Venecia está pendiente de la fidelidad ó de la traición de sus agentes, dijo Montalto.

—¡Ah, no! los hombres que tienen sobre sus hombros el

gobierno de la República, saben leer en el semblante de los hombres lo que pasa en su corazón. Además de eso, el terror y la desconfianza protegen á Venecia. La delacion es su salvaguardia: la inquisicion del Estado, el poder mudo, invisible, aterrador, que nada respeta en su inflexibilidad. Un ciudadano de Venecia, sabe demasiado, que un pensamiento de traicion á la pátria, es la muerte: importa poco el lugar del mundo á que huya, porque allí le alcanzará el brazo de la República, y le matará de una manera invisible y aterradora. Reunid al tino con que Venecia elige sus agentes, el terror que la República inspira, y comprendereis que los traidores entre nosotros son imposible; porque la traicion entre nosotros, mata por sí misma; porque en el momento en que un ciudadano dá el primer paso en el camino de la traicion, aunque este ciudadano haya sacrificado toda una larga vida de gloriosos servicios á la República, aunque este ciudadano sea el miembro más fuerte y más respetado del Consejo de los Diez, y se llame por ejemplo Giacomo Barbarigo, no dará el segundo paso en la senda de la traicion; porque apenas haya dado el primero, habrá caido muerto como herido por el rayo.

—¿Por qué tomáis para esta comparacion el nombre de monseñor Giacomo Barbarigo? dijo el cardenal Montalto fijando una mirada penetrante en Aben-Shariar.

—El calor con que me habeis hecho vuestra pregunta, monseñor, dijo friamente Aben-Shariar, prueba la razon que he tenido para usar el nombre de monseñor Giacomo Barbarigo, en vez de haber usado otro cualquiera.

—¿Es decir, que vos creeis en peligro de traicion á Giacomo Barbarigo?

—Aún no, dijo Aben-Shariar: todavía no ha entrado en este palacio monseñor Barbarigo; pero ya ha habido alguien que ha ido á pedirle la mano de su hija Estefana.

Miró con estupor el cardenal á Aben-Shariar.

—¿Quién os ha revelado eso, monseñor? dijo.

—El aire, que oye todas las palabras que se pronuncian en Venecia, y va á llevarlas á la boca del leon de San Márcos.

Un temblor rápido pasó á lo largo del cuerpo del cardenal,

y fray Miguel de los Santos, testigo mudo de este diálogo, palideció de una manera mortal.

—Roma tiene la impaciencia del miedo, dijo Aben-Shariar; el miedo la aturde; no hará más que torpezas. ¿A qué habeis venido aquí, monseñor? ¿á qué ha venido aquí vüestra paternidad? añadió fijando una profunda mirada en fray Miguel de los Santos: á buscar lo que no podeis encontrar: á poner la tentacion, y una tentacion terrible delante de un baron respectable: á decir á Giacomo Barbarigo: hé aquí el rescripto del papa que anula el matrimonio contraido en Africa por el rey don Sebastian, bajo el nombre de Gabriel de Espinosa: hé aquí que el rey don Sebastian puede ser esposo de Estefana Barbarigo: hé aquí, que vos podeis llegar á ser padre de la reina de Portugal.

—¡La República lo sabe todo! dijo con un pavoroso asombro el cardenal Montalto.

—¡Oh, sí! dijo Aben-Shariar con un acento en que vibraban á un tiempo la indignacion, el desprecio y la amenaza: la República sabe hasta de qué manera laten vuestros corazones de miedo, señores, al saber que la República conoce vuestra traicion contra ella.

—¡Nuestra traicion! exclamó de una manera indescribible el cardenal Montalto, con un acento mezclado de indignacion y de terror.

—Sí, la traicion, repitió Aben-Shariar; porque los que se introducen misteriosamente en el corazon de un Estado preparándole un golpe de muerte en medio de la oscuridad y del misterio, son tan traidores como el asesino que se introduce furtivamente en una casa, y se acerca al lecho de su dueño á quien cree dormido, con el puñal levantado.

—Permitidme, monseñor, que os diga, exclamó el cardenal Montalto, que el rescripto de anulacion del matrimonio contraido por el rey don Sebastian de Portugal en Africa, no es un puñal; no es simplemente otra cosa que una concesion del papa á una súplica del rey don Sebastian: una concesion hecha por altas razones politicas.....

—Para tentar la ambicion de Giacomo Barbarigo, dijo Aben-Shariar interrumpiendo de una manera impetuosa al cardenal;

con la sola intencion de que Giacomo Barbarigo ponga las fuerzas y el porvenir de Venecia al servicio de su familia; porque fuera de aquí no se nos conoce; porque fuera de aquí, al ver tan respetado por nosotros el nombre de Giacomo Barbarigo, se cree que lo puede aquí todo; y esto es incurrir en un error grosero, porque no se nos conoce: una sola sospecha de traicion en Giacomo Barbarigo, bastaria para perderle, á pesar de sus largos años de lealtad y de sacrificios por la pátria. Y esas sospechas han recaido ya sobre el noble anciano, porque Venecia lleva su perspicacia y su prudencia hasta el recelo: porque prefiere pecar de previsor, á pecar de confiada; porque el solo temor de que un pensamiento ambicioso causado por una gran propuesta, haga traidor á un ciudadano tal como Giacomo Barbarigo, basta para que este ciudadano sea vigilado, y la suspicaz vigilancia de Venecia, es ya una gran desgracia. ¿Y no es una traicion, monseñor, preparar un golpe semejante á un hombre como Barbarigo, cuando se sabe ó debe saberse de qué sombría manera se defiende Venecia de las asechanzas que se le tienden? No se nos conoce, no; y esto me causa alegría; porque cuanto menos se nos conozca, con menos seguridad se podrá conspirar contra nosotros. Habeis sido torpes además; ¿qué importaba que Barbarigo, excitado por la ambicion de ver á su hija reina de Portugal, hubiese procurado que Venecia incurriese en la locura de levantar un ejército y enviar una armada sobre Lisboa? Esto hubiera producido una catástrofe á Barbarigo; porque Barbarigo habria contrariado la política de Venecia, y se habria declarado traidor. Afortunadamente, yo, que represento aquí al Consejo de los Diez, y por consecuencia, á Venecia, soy el único que conoce este negocio, que quedará sepultado en el más profundo secreto; porque el secreto es vuestra única salvacion, señores: vais á entregarme el rescripto del papa, por el que se anula el matrimonio contraido en Africa entre Gabriel de Espinosa y doña Maria de Souza, para que yo le destruya.

—Un decreto del soberano Pontífice, no puede revocarse, monseñor: moralmente hablando, ese matrimonio está ya disuelto.

—Pues bien, dijo Aben-Shariar: desde ahora, señores, per-

teneceis á la República de Venecia: vosotros no habeis querido que este asunto se arregle secretamente, sin otra persona mediadora que yo; yo, por mi propia seguridad, por mi conciencia, por mi lealtad, no puedo menos de poner en conocimiento del Consejo de los Diez, lo que sucede, y de reduciros á prision: llamad pues, al mayordomo de Elena Conti.

El cardenal, en silencio sombrío pero firme, agitó la campanilla.

Poco despues se presentó el mayordomo.

IV.

—Éstos señores y yo, dijo Aben-Shariar, necesitamos salir sin ser vistos de nadie.

—Seguidme, pues, monseñor, dijo el mayordomo que temblaba al verse delante de un alto funcionario de la República, aunque no sabia que aquel alto funcionario era senador del Consejo de los Diez.

Genaro de Montalto y fray Miguel de los Santos, que comprendieron que toda protesta y toda resistencia eran inútiles, siguieron á Aben-Shariar, que seguia á su vez al mayordomo.

V.

Por galerías y por escaleras escusadas, llegaron fin al postigo, que el mayordomo abrió.

Aben-Shariar, Genaro de Montalto y fray Miguel de los Santos, salieron.

El mayordomo fué á cerrar, pero Aben-Shariar le dijo:

—Venid vos tambien, nos haceis falta.

El mayordomo se puso muy pálido, se marcó en sus ojos la agonía del terror, y salió.

Aben-Shariar cerró con llave el postigo, y luego dirigiéndose á la góndola que le esperaba, hizo entrar en ella al cardenal, al fraile y al mayordomo.

—A las prisiones de la inquisicion del Estado, dijo Aben-Shariar á Nicolino en voz baja.

Y se entró en la litera.

Nicolino se deslizó á lo largo del costado de la góndola, llegó á la popa, y dijo á Brachioforte que dormía ó parecía dormir:

—Guia á las prisiones de Estado.

—¡Ah! exclamó Brachioforte, cuyos lábios se contrajeron en una horrible sonrisa, ¡las prisiones de Estado!

Y luego, dijo en voz alta dirigiéndose al gondolero:

—Arranca y en marcha.

El gondolero impulsó con el remo á la góndola, que se puso en movimiento.

CAPITULO IX.

De cómo usaba Aben-Shariar de su autoridad con una audacia infinita.

I.

Al fondo de un canal negro y lóbrego, entró la góndola bajo una bóveda sombría, y al poco espacio chocó en una reja de hierro.

Aquella reja se abrió instantáneamente, como si hubiese cedido al choque de la góndola.

Pasó esta, y la reja volvió á cerrarse.

La góndola estaba ya dentro de las prisiones de Estado.

Sin embargo, al poco espacio chocó en una segunda reja que se abrió como la primera, y se cerró en el momento en que pasó la góndola.

Dejóse ver una luz turbia que adelantaba, y se acercó al borde del canal que terminaba en un espacio abovedado y negro, á cuyo fondo habia una puerta de hierro.

Quien llevaba la luz, era un hombre rudo y záfio, tipo exacto del sombrío carcelero de las prisiones de Estado de Venecia.

De la góndola salieron Aben-Shariar, el cardenal, el agustino y Nicolino Razzi, este último, á una seña de Aben-Shariar.

—Franquead las rejas á los gondoleros, dijo Aben-Shariar dando algunas monedas de plata al gondolero que estaba á proa.

La góndola se volvió y salió. Pero antes de pasar de la segunda verja, Brachioforte se inclinó hácia el borde del canal, y dijo en voz baja:

—Vigilad á monseñor Pietro Mastta hasta que salga de las prisiones: vigiladle en nombre del Estado.

La góndola salió, al mismo tiempo que por la puerta de hierro que hemos indicado, desaparecian en el interior de las prisiones Genaro de Montalto, fray Miguel de los Santos, Aben-Shariar, el mayordomo y Nicolino.

Algunos minutos despues, Aben-Shariar y Nicolino salian por otra puerta de las cárceles del Estado.

Los otros tres habian quedado encerrados en los calabozos secretos.

II.

Aben-Shariar tomó una góndola, entró en ella, y dijo á Nicolino:

—Vete á San Márcos, y haz que se prepare todo para un casamiento.

Nicolino partió.

—Al puerto: dijo Aben-Shariar á los gondoleros.

Media hora despues, la góndola habia salido de los canales, y ya sobre el mar se deslizaba entre los innumerables buques que llenaban el concurridísimo puerto de Venecia, impulsada por los remos.

Aben-Shariar indicó al gondolero que remaba, una hermosa galera mercante, á cuyo costado atracó la góndola.

Aquella galera era la *Bella Genovesa*.

Cuando entró á bordo Aben-Shariar, le salió al encuentro un marino alto y buen mozo y ya de alguna edad.

Aben-Shariar lanzó á aquel marino una mirada sombría, en la que el marino que habia sido objeto de ella no pudo reparar, porque ya habia oscurecido.

—¿Dónde habeis estado, señor, dos días enteros? dijo el marino que seguia á Aben-Shariar hácia el alcázar de popa.

—¿Por qué recelas, Yezid, dijo Aben-Shariar: ¿creés que he estado en peligro?

—En Venecia, señor, háy que temerlo todo: además, ha venido á buscaros hace poco y os está esperando para vuestra cámara, un veneciano que no me gusta nada.

Aben-Shariar comprendió que quien le estaba esperando era César Malatesta, á quien habia citado como sabemos, para su galera, aquella misma noche.

Se apresuró pues, á entrar en la cámara.

En efecto, Malatesta era el veneciano que esperaba á Aben-Shariar, que entró y cerró la puerta.

Yezid se quedó paseando fuera, sobre la cubierta.

—Veo que sois dócil, dijo Aben-Shariar, y os felicito por ello, señor César Malatesta.

—Yo no puedo felicitarle, monseñor, de lo que me obligais á hacer.

—Os obligo á obrar con juicio. Elena os ama, estais unido á ella por el crimen, y la prudencia debia haberos aconsejado que no irritáseis el amor de esa mujer: además de eso, y por más que lo desconozcais, la amais, señor César Malatesta.

—Puede ser, pero creo que la mujer que amo es la que vos me arrebatáis.

—Esa mujer pertenece á otro hombre á quien ama.

—Esé hombre hubiera caído ante mí.

—Os engañais, señor César Malatesta: ese hombre, á la primera sospecha de pretensiones vuestras hácia su mujer, os hubiera hecho pedazos.

—No todos los hombres son como vos, monseñor.

—Pues sabed, que Gabriel de Espinosa me vence á mí, que os he vencido á vos.

—Podrá ser, porque yo no dudo de la verdad de vuestras palabras; pero hay en medio de todo esto algo que vos no sabeis.

—¡Ah! vos os referís sin duda á los amores de Gabriel de Espinosa con Estefana Barbarigo.

—Pero vos lo sabeis todo, monseñor, dijo con asombro César Malatesta.

—Todo.

—¿Y sabéis también que ese hombre, que ese Gabriel de Espinosa, piensa en casarse con Estefana Barbarigo?

—Sí, ¿y cómo sabéis vos, señor César Malatesta, que se proyecta ese casamiento?

—Los criados de Estefana Barbarigo están á mi disposición: y cuando ese hombre piensa tan seriamente en casarse con Estefana, no puede dudarse de que doña María de Souza no es su mujer, sino su querida.

—Vos no sabéis nada de eso, ni podéis comprender lo que sucede, dijo Aben-Shariar: hablemos de otra cosa: ¿os ha dado Elena los papeles que contenía el pliego cerrado que le entregásteis hace diez años, de orden del Consejo de los Diez?

—Sí, monseñor: hélos aquí.

Y sacó de debajo de su justillo un voluminoso cuaderno, que Aben-Shariar guardó entre sus ropas.

—Gracias porque me habeis servido bien: supongo que Elena os ha entregado estos papeles porque está satisfecha de vos.

—Sí, monseñor: la he engañado bien: he vuelto á ser para ella el amante tierno y apasionado de hace diez años: me he mostrado arrepentido: la he hecho convencerse de que la sola idea de un rompimiento con ella me estremecía: y para probarla que á nadie más que á ella amaba, la he propuesto un casamiento inmediato, cuya noticia la ha llenado de alegría.

—Pues ese casamiento vá á tener lugar muy pronto, señor César Malatesta.

—Obligado por vos, monseñor, me es completamente indiferente la época en que ese casamiento se realice.

—Dentro de dos horas, á lo más, sereis esposo de Elena.

—Como queráis, monseñor; y ardió una chispa sombría en los ojos de Malatesta, que no pasó desapercibida para Aben-Shariar.

—Evite yo un peligro á Sayda Mirian y á Gabriel, dijo para sí Aben-Shariar, matando los celos de Elena, y has despues lo que quieras.

Aben-Shariar quedó un momento en silencio, y luego dijo á Malatesta:

—Dentro de un momento, en cuanto escriba una carta, volveremos á Venecia, y os diré lo que habeis de hacer.

Y Aben-Shariar escribió la carta siguiente:

«Señor Tieppolo: Dad al dador lo que me prometisteis darle ayer.—PIETRO MASTTA.»

Cerró Aben-Shariar esta carta, y puso en su sobre: «Al señor Tieppolo Albano, en las Lagunas.»

—Paolo, dijo Aben-Shariar llamando.

Inmediatamente se presentó Yezid.

—Voy á Venecia con este caballero, dijo Aben-Shariar, y probablemente no volveré hasta mañana: me importa que al amanecer entregues esta carta á la persona á quien vá dirigida. Adios.

Y entregando la carta á Yezid, salió de la cámara con César Malatesta, atravesaron el puente, y bajaron á la góndola que esperaba por orden de Aben-Shariar.

III.

Una hora despues, Aben-Shariar y César Malatesta entraban en el palacio Conti por el postigo que ya conocemos.

Pero entonces se dirigieron juntos á las habitaciones de Elena.

Quando entraron, encontraron á esta hablando irritada con los cuatro criados que habian quedado en la casa.

—Es imposible que no sepais lo que ha sucedido: Giuseppe ha desaparecido, y con él los dos huéspedes extranjeros: se me hace traicion, y estoy dispuesta á castigaros.

Los criados temblaban, porque sabian bien de cuanto era capaz Elena.

En este momento entraban César Malatesta y Aben-Shariar.

Al verlos, Elena los abarcó en una profunda mirada, y exclamó volviéndose á los criados:

—Es muy posible por lo que veo, que no seais vosotros los autores de la traicion que se me ha hecho. Idos.

Los criados salieron, y Aben-Shariar y César Malatesta quedaron solos con Elena.

IV.

—¿Quieres decirme, Malatesta, por qué te acompaña ese hombre? dijo esta.

—Elena, dijo Malatesta acercándose á ella y asiéndola cariñosamente una mano: el que tú llamas ese hombre, es uno de los ciudadanos más ilustres de Venecia.

—A quien yo no conozco, que se presenta á mí de una manera extraña, y del cual, en la situación en que me encuentro, tengo derecho á desconfiar.

—¿Y en qué situación os encontráis, hermosa señora? dijo con una perfecta galantería Aben-Shariar.

—Antes de responderos, permitidme que os pregunte, ¿qué derecho, qué razón teneis para interrogarme?

Antes de que Aben-Shariar pudiese contestar, Malatesta que quería provocar un diálogo que le diese alguna luz acerca de la conducta de Aben-Shariar, que no comprendía ni podía comprender, dijo:

—Este caballero es monseñor Pietro Mastta.....

Aben-Shariar hizo un movimiento tal, tan significativo y tan amenazador para César Malatesta, que este enmudeció.

Pero era ya tarde: el nombre genovés de Aben-Shariar, había sido un rayo de luz para Elena.

—¡Ah, sí! exclamó: vos sois monseñor Pietro Mastta; el tremendo corsario que á pesar de esto sirve de tal modo á Venecia, que como premio de sus servicios ha llegado á formar parte del Consejo de los Diez.

—El señor César Malatesta ha cometido indudablemente una imprudencia; pero ya no es tiempo de repararla.

—Teneis razón, señor Pietro Mastta, dijo Elena, porque esto me prueba que el cardenal de Montalto y fray Miguel de los Santos, y además de estos, mi mayordomo Giuseppe Basili, están en estos momentos en las prisiones de Estado: ¿venís á prenderme á mí también, señor Pietro Mastta? sea en buen hora; os seguiré contenta, porque estoy segura de que no tar-

dareis vos mucho en ocupar como yo un calabozo secreto en la cárcel de la inquisición de Venecia.

—Os irritais contra mí, Elena, y me suponeis intenciones que no he tenido ni puedo tener: yo he venido aquí acompañando á mi amigo Malatesta, para acompañaros con él á la iglesia de San Márcos, y salvar, usando de mi autoridad, todas las dificultades que se opusieran á vuestro casamiento instantáneo, sin llenar las formalidades prescritas en el Concilio de Trento.

—Parece increíble, dijo con sarcasmo Elena, que conozcais tan bien nuestra religion: yo creo que os habeis convertido de veras, señor Pietro Mastta.

—¿Quién os ha dicho, señora, dijo profundamente Aben-Shariar, que yo no haya sido siempre cristiano?

—¿Y quién os ha dicho á vos que obligueis á César Malatesta á ser mi esposo?

—Nadie me obliga, dijo César.

—De cuán diferente manera me hablabas esta mañana, César. Despues de habernos separado has contraído sin duda amistad con monseñor Pietro Mastta.

—En todo caso, y como aimais con toda vuestra alma, señora, al señor César Malatesta, debeis agradecerme el que yo haya influido en vuestro próximo casamiento.

—Pues no os lo agradezco, monseñor, porque este casamiento no lo haceis ni por César Malatesta, ni por Elena Karuk: lo haceis por vos, ó lo que es lo mismo, por vuestra cuñada la africana, la hermosa sultana Sayda Mirian.

Aben-Shariar hizo un gesto de despecho y de rábia, que absorbió con placer Elena.

—¿Cómo habeis podido olvidaros, monseñor, de lo que tan bien sabeis, esto es, de que Venecia es una red de asechanza, cuyos hilos se multiplican y se anudan entre sí? ¿cómo habeis podido olvidaros de que yo soy hija adoptiva de la República, de que pertenezco á ella en cuerpo y en alma, siendo uno de los instrumentos secretos de su poder? ¿pues qué no sabeis, monseñor, que la República tiene tambien agentes entre las damas venecianas, y que acaso estos hermosos agentes son los más útiles al Estado? ¿sabeis acaso, si era un secreto para el

Consejo de los Diez, la estancia en Venecia y en mi casa, del cardenal Genaro de Montalto, y del religioso portugués fray Miguel de los Santos? ¿sabeis acaso, si al llamar yo á esas dos personas, no era yo, sino el Estado quien las llamaba? ¿sabeis si al prenderlas en mi casa, porque vos los habeis preso sin duda, habeis incurrido en delito de traicion contra la República, obrando por vos mismo en un asunto tan grave sin conocimiento del Consejo de los Diez? ¡que venís á facilitar mi casamiento con César Malatesta! ¿sabeis si yo, que habia escuchado con placer el asentimiento de César á casarse conmigo, porque le amo y quiero casarme con él, ahora que sé que no ha cedido á mi influencia sino á la vuestra, querré casarme con él? ¿sabeis si al salir de aquí, porque vais á salir, monseñor, sereis preso por la República, como vos habeis preso en mi casa á mis huéspedes y á un criado mio?

Apenas habia acabado de decir estas palabras Elena, se oyeron golpes en la puerta del palacio.

—Venecia llama á mi puerta, dijo Elena, y llama por vos, monseñor.

Aben-Shariar no contestó una sola palabra: su semblante adquirió una expresion terrible: se fué en derechura á una ventana, y la abrió.

—¡Detenle, César, exclamó Elena, si no quieres que te crean cómplice suyo!

Malatesta tiró de la espada y se lanzó hácia Aben-Shariar. Pero éste habia salvado ya la balaustrada, habia desaparecido, y se habia deslizado rápidamente, apoyándose en las labores góticas del muro, y se encontraba fuera del palacio sobre el borde del canal, que corria á uno de sus costados.

Instantáneamente, tres bultos espada en mano, cayeron sobre el corsario: uno de ellos rodó herido de una estocada, y Aben-Shariar saltó sobre él y escapó.

III.

Llegó al borde de un canal, se arrojó á él, se sumergió en el agua, y nadando por debajo de ella sin que se notase la más

leve ondulacion, siguió hasta dar vuelta á otro canal; salió un momento á flor de agua y volvió á sumergirse, nadando debajo del agua otro gran trecho, repitiendo esta operacion de tiempo en tiempo, hasta que sin ser notado de nadie, porque la noche era oscura, salió por los canales al mar. Luego, nadando del mismo modo un largo trecho bajo las olas, saliendo un momento á respirar y á tomar aliento, ganó la playa en un lugar desierto, partió á la carrera, siguió corriendo tres horas á lo largo de la costa, hasta que llegó á una pequeña cala.

Una vez allí, Aben-Shariar silbó por tres veces: á la tercera vez, contestó otro silbido desde el otro lado de la cala.

—¡Al esquite, mano á los remos, y aquí! dijo Aben-Shariar.

Poco despues, un pequeño esquite embestía en la arena á los piés de Aben-Shariar que entró en él.

Un pescador veneciano, al menos en la apariencia, era el que tripulaba el esquite.

Una vez dentro Aben-Shariar, el pescador empujó el esquite que flotó de nuevo, se metió en el mar, saltó dentro del esquite, y se apoderó de los remos.

—¿Por dónde anda *La Leona*, Aben-Alí? preguntó Aben-Shariar.

—Por la vuelta de afuera, emir, contestó Aben-Alí.

Entrambos habian hablado en árabe.

—Está la mar picada de levante, dijo Aben-Shariar, y bien necesitas de toda tu fuerza, mi viejo tiburon.

—En cuanto estemos á cien brazas de la costa, pondré mi palo y encenderé mi linterna roja: la *Leona* nos buscará.

—Una vez á bordo de mi *Leona*, venga contra mí Venecia entera: dijo con acento terrible el corsario.

—¿Qué sucede, emir, que tu acento es acento de muerte, y vienes tan mojado, que no parece sino que has nadado mucho tiempo? dijo Aben-Alí.

—El rey de Portugal ha ido de imprudencia en imprudencia hasta que nos ha comprometido á todos: y bien, yo no he podido hacer más: el destino es más poderoso que los hombres; todo lo que me resta que hacer, lo haré: no me hables más, Aben-Alí, porque estoy dado á Satanás.

Aben-Alí no contestó una palabra, y siguió bogando con

una fuerza increíble, y haciendo adelantar con rapidez al pequeño esquife, á pesar de lo grueso de la mar.

Cuando estuvieron á alguna distancia de la costa, Aben-Alí enarboló un pequeño palo en el esquife, le puso un velacho, encendió un farol con cristal encarnado, y le colocó en lo alto del palo.

Aben-Shariar iba al timon.

A vela y á remo, el esquife siguió adelantando, y Aben-Alí y Aben-Shariar, buscando en vano una señal hácia el levante.

La señal que buscaban, era otra linterna roja que debia encender la Leona al ver la luz roja del esquife.

Y pasaba el tiempo; el levante se hacia cada vez más fuerte y el oleaje más grueso.

—El temporal se nos echa encima, dijo Aben-Shariar: si tardamos aún una hora en ser vistos por la Leona, esto es cosa concluida: ¡que se cumpla la voluntad de Dios!

En aquel momento, allá en el horizonte, apareció como una estrella, opaca, roja é inmóvil, una pequeña luz.

—Pues nos ha visto, dijo Aben-Alí.

—Sí; pero está muy lejos, el tiempo se vá haciendo demasiado duro, y es muy posible que la Leona llegue tarde.

—Tus tigres del mar vendrán hácia tí, noble emir, con las alas del viento que les entra en popa, y si el esquife zozobra y nos vamos al agua, y estás cansado, emir, yo probaré otra vez, que no en vano me llaman el tiburón rojo, y te llevaré si es necesario sobre mis hombros hasta la costa de Túnez.

—Boga, boga, y que Dios nos ampare: dijo Aben-Shariar.

Al fin, no fué necesario que el tiburón rojo atravesase el Mediterráneo desde Venecia á Túnez llevando á nado sobre sus hombros al emir.

Durante una hora, se fué aproximando más y más la luz roja, hasta que al fin apareció muy cerca ya del esquife un buque negro, largo, gigantesco, con tres palos en que se veian hinchadas tres enormes velas latinas.

En el palo del centro, sobre las crucetas, se veia una enorme linterna roja.

Cuando Aben-Alí sentia dormirse ya sus brazos de cansancio,

en que arreciando más y más el viento, determinaba ya un fuerte temporal, un esquife largo tripulado por doce hombres que llevaban trajes tunecinos, todo lo cual se veía á la luz de los relámpagos, chocó con el pequeño esquife en que venían Aben-Shariar y Aben-Ali, que se aferraron al esquife que venía en su socorro, saltaron dentro de él, y dejaron á merced de las olas el pequeño bote en que hasta allí habían llegado.

Luego, el gran esquife se acercó al costado de la galeota, desde cuya mura echaron cabos á los que en el esquife se hallaban, porque el estado de la mar no permitía otra manera de entrar á bordo.

Cuando por medio de los cabos subieron todos á la galeota, el esquife que había sido trincado, fué izado sobre cubierta.

— Ahora, dijo con voz de trueno Aben-Shariar que se encontraba de nuevo entre sus corsarios sobre el puente de su valiente Leona, ahora, á combatir con la mar: luego, á dar caza á la primera galera de dos bandas de la República que tome la vuelta de afuera.

Y Aben-Shariar se puso á mandar la maniobra.

CAPITULO X.

De cómo se tuvo por muerto á Aben-Shariar, y de lo que pasó hasta que al otro día se tuvieron noticias suyas.

I.

Los dos esbirros que habian seguido á Aben-Shariar despues de que este huyendo habia matado al otro esbirro, llegaron al ángulo del canal á tiempo que Aben-Shariar se arrojó en él.

Los esbirros esperaron á que Aben-Shariar apareciese sobre la superficie, lo que hubieran visto si hubiera sucedido, porque habia luna y la noche era muy clara.

Pero esto no sucedió: como sabemos, Aben-Shariar se habia alejado nadando bajo la superficie.

Cuando hubieron pasado algunos segundos sin que Aben-Shariar apareciese sobre la superficie, uno de los esbirros dijo:

—Aqui hay poco fondo y mucho fango, y de seguro ese hombre se ha sepultado en él y no vuelve á salir más.

—¿Y quién le busca para cerciorarse de si se ha quedado ahí ó no?

—Ya saldrá á flor de agua dentro de veinte y cuatro horas, cuando se infle.

—Ó no saldrá si se ha clavado bien en el fango; la verdad es que está ahí, y ya estará dando cuenta á Dios de sus pecados.

—Ahí está indudablemente, porque no ha salido ni más arriba ni más abajo en mucha extension.

—Pues vamos á dar parte á monseñor.

—Vamos.

Los dos esbirros se alejaron hácia el ángulo del palacio, le doblaron pasando junto á otros esbirros que estaban en observacion, y llegaron á la puerta del palacio que encontraron abierta ya.

Al ir á entrar, otro esbirro les cortó el paso.

—No podeis pasar, les dijo.

Aquel esbirro era Brachioforte.

—Venimos á dar parte á monseñor de un suceso importante.

—Dádmele á mí, que lo trasmitiré á monseñor.

—Nosotros estábamos con Micaelo Bempo en observacion del costado derecho del palacio, cuando se abrió una ventana y se deslizó por el muro al borde del canal un hombre: fuimos á prenderle, pero aquel acometió espada en mano á Micaelo, le mató, siguió corriendo, y se arrojó al canal cuando nosotros le asiamos ya casi por las ropas.

—¡Se os ha escapado, canallas! exclamó Brachioforte.

—Él no sabia sin duda el sitio por donde se arrojaba, que tiene un profundísimo fondo de fango, y en él sin duda ha perecido, porque no ha vuelto á salir, á pesar de que hemos estado allí tiempo bastante para que haya perecido.

—Un traidor menos, exclamó sombríamente Brachioforte: quedaos aquí dos y no dejeis entrar á nadie en el palacio: añadió dirigiéndose á otros esbirros: llevadme ahora al sitio por donde ese hombre se ha tirado al canal.

Los dos esbirros se pusieron en marcha guiando á Brachioforte, que segun las muestras era un esbirro colocado en una categoría superior.

—Hé aquí por donde se ha arrojado ese hombre: dijo uno de los esbirros.

—¿Y no ha salido ni por arriba ni por abajo? preguntó Brachioforte.

—No señor.

—Corred la voz, y que vengan aquí todos los esbirros que es-

tán en observacion de este canal, y de los que con él se cruzan.

El esbirro á quien Brachioforte habia dado esta órden, se alejó, y poco despues volvió, al mismo tiempo que por una y otra parte acudian en torno de Brachioforte veinte y cinco ó treinta esbirros.

—¿Habeis visto salir algun hombre del canal, ó nadar por él, ó ha pasado alguna góndola?

Todos aquellos hombres respondieron negativamente, afirmando que nada habian visto.

—Llamad á los gondoleros que están delante del Palacio, dijo Brachioforte.

Un momento despues, dos robustos gondoleros estaban junto á Brachioforte entre los esbirros.

—¿Tiene mucho fondo por esta parte el canal? les preguntó Brachioforte.

—¡Ah! ¡mi señor! dijo uno de los gondoleros: aquí hay poca agua, pero el fondo de fango es profundísimo.

—¿Y qué aconteceria á un hombre que se arrojase en este sitio al canal?

—Segun, mi señor: si sabia arrojarse podria salir á nado; pero si se arrojaba de cualquier modo ignorando el peligro, pereceria de seguro.

—¿En el caso de que se hubiese arrojado bien, se le hubiese visto salir nadando? ¿no es esto? dijo Brachioforte.

—Indudablemente, mi señor, dijo el otro gondolero.

—¿Y si no se le veia salir nadando?

—Entonces, mi señor, es que se habia clavado en el fango y habia perecido.

—¿Sabe todo el mundo lo peligroso de este punto del canal?

—No, mi señor, lo sabemos los gondoleros, porque al llegar aquí, nuestros bicheros no encuentran punto de apoyo, y nos vemos obligados á apoyarnos en el borde del canal.

—¿No se conoce tampoco por la superficie que el fango es profundo en este sitio?

—Vos mismo lo estais viendo, mi señor; el mismo color tiene el canal aquí, que quince brazas más arriba, en que el fondo es limpio y firme; pero el agua de los canales está estancada, y es turbia y verdosa.

—Es necesario reconocer por aquí el canal, y ver si se encuentra en él el cuerpo de un hombre.

—Eso es imposible, mi señor: en el momento en que toca al fango, el fango se va tragando lentamente el cuerpo que le toca hasta que le sepulta; y si no, que se busque un perro, que se le arroje con fuerza de manera que llegue al fango, y se verá que no vuelve á aparecer.

—Pero metiendo perchas con garfios, podría encontrarse algo.

—Difícilmente, mi señor; porque el fango es profundísimo.

—¿Qué traje tenia el hombre que se arrojó por aquí? preguntó Brachioforte á los esbirros que le habian dado parte de la desaparicion del hombre que se habia arrojado por aquella parte al canal despues de haber salido del palacio por una ventana, y de haber matado á un esbirro, de cuyo cadáver, dicho sea aparte, nadie habia hecho caso, sin duda porque no necesitaba ya socorro.

—Llevaba, dijo uno de los esbirros, birrete rico de terciopelo rojo bordado de oro; loba con mangas anchas y orla de armiño de terciopelo negro; jubon y bragas acuchilladas de terciopelo rojo; calzas blancas, y zapatos de terciopelo acuchillados.

—¿Tenia los cabellos cortos, el semblante moreno, los ojos negros, y la barba entera, negra y cerrada?

—Sí, señor.

—Él era: un traidor menos, murmuró de una manera inteligible Brachioforte; y luego añadió dirigiéndose á los dos esbirros que le habian dado parte de la desaparicion de Aben-Shariar: vosotros, conmigo; los gondoleros á la góndola; cuatro á levantar el cadáver de Micaelo Bempo y á llevarlo á la iglesia más inmediata, donde se depositará quitando de sobre su pecho la insignia de esbirro; los demás á sus puestos, y sigilo, so pena de traicion, acerca de lo que ha sucedido.

Toda aquella gente se diseminó, y algunos minutos despues, el canal estaba silencioso y desierto, como si nada hubiera acontecido.

So'amente en el canal de Monforte se veian delante del palacio Conti una góndola, y en su puerta entreabierta, tres hombres que hablaban en voz baja.

II.

—Id á San Márcos, decia á dos esbirros Brachioforte: prended al sacristan menor Nicolino Razzi, y llevadle á la cárcel de la inquisicion del Estado.

—¿Y dónde se le encerrará?

—En los calabozos destinados á los reos de alta traicion.

Los esbirros que no necesitaban saber más, se alejaron, y más abajo del canal de Monforte, entraron en otra góndola que esperaba tambien.

Entonces Brachioforte entró en el palacio Conti, y cerró la puerta.

III.

Giacomo Barbarigo habia entrado, poco despues de la fuga de Aben-Shariar, en la magnífica cámara donde estaban Elena y César Malatesta.

—Habeis tardado mucho, monseñor: dijo Elena al ver aparecer á Barbarigo: nuestro hombre se nos ha escapado.

—Aqui veo un veneciano que tiene fama de valiente, dijo Barbarigo con acento duro refiriéndose á Malatesta, contra quien con mucha razon estaba indignado.

—Monseñor Pietro Mastta, dijo Elena, no ha dado tiempo á César para detenerle.

—Que salga de aquí ese hombre, dijo dirigiendo la palabra á Elena, Barbarigo, que por las razones que ya sabemos, no queria ni aún hablar á Malatesta.

Malatesta se inclinó y salió.

No era solo la enemistad que sentia Barbarigo hácia Malatesta, lo que le impulsaba á quitarse de delante al jóven: era de noche, y á la roja luz de las bujías, la razon de Barbarigo se resentía; y además de esto, César Malatesta se parecia demasiado á Lázaro Malatesta, su padre.

Barbarigo se sintió como aliviado de un peso, desde el momento en que César Malatesta salió de la cámara.

IV.

Barbarigo adelantó hacia Elena, y la tendió la mano.

—Has obrado como digna hija adoptiva de la República, Elena, la dijo el anciano senador.

—¿Tiene el Consejo de los Diez noticia de lo que sucede? preguntó con afán Elena.

—No, respondió Barbarigo: es un asunto demasiado grave para no tratarle con mucho pulso: la traición de Pietro Mastta es disculpable: él ha contrariado sus creencias, ha vencido su odio á los cristianos y su odio particular á Venecia, por su amor á una mujer, por la cual no puede alentar ni la más leve esperanza, sin embargo de lo que, está consagrado en cuerpo y en alma á la felicidad de esa mujer: los intereses de Venecia están en oposición con el interés y con el corazón de la mujer á quien ama con el valor y con el sufrimiento de un mártir el emir Aben-Shariar, y el emir, ó como mejor quieras, el marino genovés Pietro Mastta, ha abusado del poder que por miedo á él le ha dado la República.

—¡Por miedo, monseñor!

—Sí, por miedo: ésta es la expresión, por miedo de una sangría lenta y continua: el emir Aben-Shariar es un corsario terrible: un gran marino que dispone á su placer de todas las galeotas piratas de la regencia de Argel, y de los reinos de Túnez, Fez y Trípoli: la enemistad de Aben-Shariar contra Venecia, supone cada día un buque apresado, robado, echado á pique, sin que haya medio de evitarlo.

—Poned una escuadra bajo el mando de César Malatesta, y él limpiará el Adriático de piratas.

—César Malatesta es un bravo capitán y un buen marino, dijo Barbarigo; pero ¡ay de él, si tuviera que habérselas con Aben-Shariar! sería como una hoja seca ó como una pluma que el viento lleva. No es César Malatesta el único buen capitán, el único bravo marino de que Venecia dispone, y sin embargo, después de haber intentado en vano vencerle, la República ha acabado por encontrar prudente el atraérsele, pagándole un

alto precio, declarándole ciudadano de Venecia, elevándole al alto gobierno del Estado, dándole un puesto en el Consejo de los Diez. Para probarte que no en valde Venecia ha llegado á tanto, basta con lo que acabas de ver. Aben-Shariar se ha visto perdido, y ha escapado por una ventana; y estoy seguro que no han podido prenderle: dentro de poco, el emir Aben-Shariar estará á bordo de su tremenda galeota la Leona, y mañana empezarán los desastres de la marina de la República. Tú has cumplido lealmente, aunque en ello haya habido mucho de tu interés particular en avisar á la República: pero las cosas han tomado irremediamente un aspecto tan sombrío, y es tan perspicaz Aben-Shariar, que no ha podido prendérsele, como lo temía yo. ¡Oh! si se le hubiera podido haber á las manos, si se le hubiera podido sepultar en las cárceles del Estado, la cuestion hubiera sido otra: no se le hubiera matado: no se le hubiera arrojado de su puesto del Consejo de los Diez; pero se le hubiera obligado al agradecimiento, y Aben-Shariar tiene demasiado corazon; es demasiado noble, para no pagar en buena moneda los servicios que hubiera debido á Venecia.

—Sabeis, monseñor, que quisiera deciros una cosa.

—¿Y cuál, hija mia?

—Me dan miedo vuestro ilustre nombre y vuestras canas, monseñor.

—Habla, habla libremente, Elena, todo puedes decirmelo, porque yo soy uno de esos viejos que son siempre indulgentes con la juventud.

—Yo creo, monseñor, que teneis en gran parte la culpa de la situacion en que se ha colocado el corsario tunecino.

—¡Yo!

—Sí, vos; ¿por quién han venido á Venecia llamados por mí, el cardenal de Montalto y el fraile agustino Miguel de los Santos, trayendo consigo el rescripto de Clemente VIII, que decreta la anulacion del matrimonio de Gabriel de Espinosa ó del rey don Sebastian de Portugal, con la mora convertida doña María de Souza? ¿En quién recae el provecho de esta anulacion, sino en vos, que por el casamiento de vuestra hija con ese rey misterioso, la vereis un dia reina de Portugal?

—Esa ha sido una oficiosidad del papa, que ha cedido á la

solicitud de Gabriel de Espinosa, creyendo que mi influencia en los negocios del Estado, bastaría para llevar en un breve término al trono de Portugal al rey don Sebastian, suscitando por esto grandes dificultades al rey de España don Felipe II, á quien Roma quisiera ver reducido á la impotencia. Esta debilidad que consiste en creer que yo antepongo mis intereses á los intereses de la pátria, ha enemistado contra nosotros y ha hecho ser imprudente á Aben-Shariar, y le ha obligado á incurrir en delito de traicion. Os habeis equivocado todos, incluso el rey don Sebastian, respecto á mí: si yo no hubiese prescindido completamente de mi hija, si yo no me considerase ya solo en el mundo, si Estefana mereciese el amor y la proteccion de su padre, yo, como padre y como caballero, me hubiera opuesto con todas mis fuerzas al casamiento de Estefana con el rey don Sebastian.

—Os hubiera halagado sin embargo, el engrandecimiento de vuestra familia por la eleccion de vuestra hija.

—El que ha pedido el repudio de la noble mujer á quien debe la vida, que se lo ha sacrificado todo, que le ha puesto sobre el camino, al fin del cual debe encontrar un trono, el que ha sentenciado á esa mujer al dolor y á la desesperacion por razones de conveniencia, repudiaria mañana á Estefana por razon de Estado. No, Elena, no: yo conozco demasiado á los hombres y á los reyes, y no se me puede engañar: yo hubiera evitado en vez de protegerle el casamiento de Estefana: no por Estefana, de cuya suerte, os lo repito, he prescindido; sino por mi propio honor: para evitar que se creyese que yo habia incurrido en la miserable ambicion de entroncar mi familia de patricio con una familia de reyes.

—¿Ignorábais pues, monseñor, que el rey don Sebastian habia pedido al papa la anulacion de su matrimonio?

—No; porque lo sabia, se os mandó, Elena, que invitarais al cardenal Montalto á venir á Venecia y á permanecer en ella oculto bajo el prestigio pavcroso que la República ha dado á vuestra casa haciendo correr entre vulgo consejas maravillosas, y se os recomendó que hiciérais este asunto como por vos misma, sin dar á sospechar al cardenal ó á las personas que le acompañasen en su venida á Venecia, tenia parte alguna la República.

—Y he cumplido con mi deber, monseñor, obedeciendo las órdenes que se me han dado: el cardenal, ha estado oculto en mi casa, temiendo ser descubierto por la República.

—Sí; habeis cumplido bien, y el Consejo de los Diez está contento de vos.

—En ese caso, el Consejo de los Diez, en vez de impedir mi matrimonio con Malatesta, debe favorecerle: importa á mi corazon y á mi honor: estoy cansada ya de ser un fantasma, y no quiero continuar más tiempo siéndolo: quiero dejar para siempre este palacio que tiene para mí malos recuerdos; vivir para el mundo, gozar, gastar como conviene á mis costumbres y á mi deseo, las inmensas riquezas de los Conti, á la posesion de las cuales me dan derecho las desgracias, los sufrimientos y el funesto fin de mi madre: quiero que el Consejo de los Diez comprenda que ya le he servido bastante, y que me libre de la obligacion de servirle en adelante: que me deje vivir, que me deje gozar.

—En cuanto al casamiento de Malatesta con vos, Elena, me atreveré á daros un consejo: no os conviene: Malatesta que tanto os ha hecho sufrir como amante, os haria sufrir mucho más como marido.

—No importa; yo tengo medios para sujetar á Malatesta á mi voluntad, para esclavizarle.

—De esto hablaremos en otra ocasion: yo he venido aquí porque sabia que aquí se encontraba monseñor Pietro Mastta, porque temia que aquí se elaborase una traicion contra el Estado, y que no me engañaba, me lo prueba la fuga de Pietro Mastta.

—Debe de haber sido preso, puesto que aún no se ha presentado nadie á vos, monseñor, para anunciaros que ha huido definitivamente.

—Eso no prueba nada; porque nadie se atreverá á abrir esa puerta, mientras yo no llame; pero es necesario saber lo que ha sucedido, y voy á llamar.

Giacomo Barbarigo se dirigió á una puerta, la abrió, y dijo:

—Señor César Malatesta, haced que entre el jefe de los esbirros que me acompaña. Vos, Elena, retiraos y tenedme por

despedido de vos; porque voy á salir al momento de vuestra casa.

—Adios, monseñor, dijo Elena: espero que mañana cuando vaya á visitaros, me recibireis.

—Id antes de la hora del Consejo, para que vuestra visita no robe tiempo al Estado.

—Iré á las nueve de la mañana. Adios, monseñor.

—Adios, Elena.

Y Elena salió del salon.

IV.

Poco despues entraba en él Brachioforte, que se detuvo sombrero en mano á una respetuosa distancia del senador.

—¿Ha sido preso el hombre que ha huido á nuestra llegada? preguntó Barbarigo.

—No, monseñor: ha muerto á uno de los esbirros, se ha arrojado en el canal, y ha perecido entre el fango; ningun esbirro le ha visto aparecer de nuevo despues de haberse arrojado, y los gondoleros que conocen muy bien el estado de los canales, han declarado, que el que se arroje al canal en el punto por donde ese hombre se ha arrojado á él, debe necesariamente perecer.

—Más vale así, dijo profundamente Barbarigo; pero en cambio se habrá preso al sacristan menor de San Márcos.

—Estamos de desgracia esta noche los que acompañamos á monseñor: Nicolino Razzi, que era uno de los más terribles esbirros del Consejo de los Diez, estaba prevenido: ha herido á los dos esbirros que habian ido á prenderle, y ha escapado.

—Que se le mate donde se le encuentre, dijo friamente Barbarigo.

—Muy bien, monseñor.

—Vamos ahora á las prisiones de Estado: acompañadme vos solo: que los demás esbirros se retiren.

—¿Y se deja en libertad al señor César Malatesta?

—Sí: precededme y vamos.

Barbarigo y Brachioforte salieron del salon, atravesaron la

ante-cámara sin que Barbarigo dijese una sola palabra á César Malatesta, que le saludó ceremoniosamente al pasar, salieron á las galerías, bajaron las escaleras, y por la puerta principal del palacio llegaron á la góndola, en la cual entró Barbarigo y luego Brachioforte, después de haber dado orden á los esbirros de que se retirasen.

La góndola partió.

El palacio de los Conti quedó abandonado y oscuro, sin que se viese una sola persona cerca de él.

CAPITULO XI.

Un interrogatorio de Estado.

Era un ancho salon completamente entapizado de paño rojo, y con el techo de madera severamente tallado y de color oscuro.

Aquel salon no tenia más que una gran puerta en uno de sus extremos, y en el otro extremo un gran dosel, en el centro de cuya cortina se veian bordadas en oro y de un gran tamaño, las iniciales del Consejo de los Diez.

Bajo el dosel habia una gran mesa, detrás de la cual se veian diez sillones, y á la derecha y á la izquierda de esta mesa, una grada más abajo, habia dos mesas pequeñas, y junto á cada una de ellas un taburete, destinadas á los secretarios del Consejo.

Dos grandes arañas cargadas de bugías iluminaban este salon; pero en el momento en que le presentamos á nuestros lectores, solo habia encendidas algunas bugías de la araña más próxima al dosel, y las de uno de los cuatro candelabros que se veian sobre la mesa del Consejo.

II.

Un hombre se paseaba haciendo resonar sus lentas pisadas sobre el sonoro pavimento de mármol del salon, que estaba completamente desierto.

Aquel hombre era Giacomo Barbarigo.

En vez del birrete, del ropon talar rojo, y de la estola dorada; que venian á ser el uniforme oficial de los miembros del Consejo de los Diez, Giacomo Barbarigo estaba sencillamente vestido con un traje de terciopelo negro, con espada al cinto, y un pequeño puñal.

III.

Se abrió la puerta, y entraron dos hombres, tras los cuales la puerta volvió á cerrarse.

El uno de aquellos hombres iba completamente vestido de rojo, y el otro de blanco y negro.

Eran un cardenal y un fraile agustino.

En una palabra, Genaro de Montalto y fray Miguel de los Santos.

IV.

Al verlos, Giacomo se dirigió afablemente á ellos, y se quitó el birrete.

El cardenal y el fraile se despojaron, el uno de su capelo rojo, y el otro de su capucha negra.

—Seais bien venido, monseñor, y vos tambien, padre: dijo Barbarigo tendiendo la mano derecha al cardenal, y la izquierda al agustino: tranquilizaos, que solo estais aqui por una equivocacion.

—Espero que se nos ponga inmediatamente en libertad, dijo Genaro de Montalto, y se satisfaga á Roma.

—Roma está satisfecha, dijo Barbarigo, porque el hombre que abusando de su poder os ha preso, no existe ya: pero cubríos, señores, como yo voy á cubrirme, porque este salon es

demasiado frio: venid y sentémonos; tenemos que hablar algo, y despues, cuando hayais satisfecho algunas preguntas que yo os haré confidencialmente en nombre de Venecia, yo mismo os conduciré al palacio de Conti, de donde habeis sido sacados por un traidor.

Despues de estas palabras, Barbarigo se cubrió, y el cardenal y el fraile se cubrieron tambien.

—¿Depende del interrogatorio que se nos va á hacer, el que seamos puestos ó no en libertad? dijo con energia el cardenal Montalto, aunque en su semblante, como en el del fraile, se veia la palidez del miedo.

—Estais en libertad desde este momento, señores, dijo Barbarigo, y sea cualquiera vuestra respuesta á las preguntas que yo os haga, vuestra libertad no se verá amenazada.

—Si eso es asi, dijo Montalto, creo que responderemos con mucha más independencia que aquí en otra cualquier parte.

—Aunque os encontrárais en Roma, en el Vaticano, estariais siempre sujetos á lo que Venecia se creyera obligada á hacer por su seguridad, por su libertad: los que conspiran contra Venecia están siempre sujetos al poder de Venecia que alcanza á todas partes; y no es esto deciros que vosotros conspiréis, señores; si conspirárais, Giacomo Barbarigo no hubiera venido á buscaros á esta hora y con este traje, ni os hablaría de una manera tan confidencial.

—¡Ah! monseñor, ¿sois vos Giacomo Barbarigo? dijo Genaro de Montalto.

—Mi celebridad nace de mis continuos, de mis incondicionales sacrificios por mi pátria, durante toda mi vida: yo acepto con placer esa celebridad; pero sentaos, señores, y hablemos, porque comprendo que el techo de las prisiones de Estado, pesa sobre vosotros, y deseais veros libres de esta prision.

Y Barbarigo puso tres sillones sobre el estrado del dosel, entre las mesas de los secretarios y delante de la mesa del Consejo.

Los tres se sentaron.

V.

—Sé á lo que habeis venido á Venecia; como que se ha mandado por nosotros á Elena Conti que se os invite á venir: sé tambien, que vosotros y nuestro santísimo Padre Clemente VIII, habeis sido demasiado officiosos, anulando el papa el matrimonio conraido en Africa con doña María de Souza por Gabriel de Espinosa, á quien se cree el rey don Sebastian, y vosotros trayendo el rescripto pontificio, en que se decreta la anulacion de ese matrimonio, á peticion del rey don Sebastian de Portugal, con objeto de contraer nuevas nupcias con la patricia veneciana Estefana Barbarigo. ¿Sabeis con qué intencion, ó por qué razon nuestro santísimo Padre ha decretado la anulacion del matrimonio de Gabriel de Espinosa con doña María de Souza?

—El rey don Sebastian, monseñor, dijo Genaro de Montalto, no puede hacer reina de Portugal á una africana hija de infieles, por más que se haya bautizado.

—No me incumbe más que respetar las determinaciones del papa; pero en cuanto al pretesto que se dá inmediateamente á esa anulacion, que no es por cierto el que doña María de Souza sea africana é hija de infieles, sino el deseo expresado por el rey don Sebastian de quedar libre para contraer matrimonio con la patricia Estefana Barbarigo, debo preguntar obedeciendo á mi honra y á mi lealtad á la República, si por este casamiento se ha creido que yo pondria temerariamente mi influencia en el Consejo de los Diez al servicio del rey don Sebastian, por la miserable ambicion de que se me llamase un dia padre de la reina de Portugal.

—Creo, monseñor, que en el ánimo del papa no haya entrado por nada el pensamiento de que vos amparáseis más allá de lo que debeis á vuestro honor y á vuestra conciencia, al rey don Sebastian.

—Sin embargo, hablando leal y francamente, dijo Barbarigo, la extraña causa que se alega para el repudio de doña María de Souza, me autoriza á sospechar que tal vez se ha inten-

tado ponerme delante de los ojos una tentacion, y esta sola sospecha me lastima más de lo que podeis creer.

—El rey don Sebastian ha alegado amor hácia vuestra hija, y conveniencia para sí y para su reino; porque la hija de Giacomo Barbarigo es digna por las virtudes y por la gloria de su padre, de ser la esposa de un rey.

—Oigo en vuestra boca las palabras de Roma, que cuando no truenan en nombre de Dios, cantan engañosamente como las sirenas; y ya no es una sospecha la que tengo, sino la seguridad de que se ha intentado que yo manchase, ya en el fin de mis dias, una larga vida de honrosos sacrificios: os habeis engañado, y yo lo deploro, porque vuestro error me ofende: yo no soy padre de Estefana Barbargo, más que por la naturaleza: yo he repudiado, yo he lanzado de mí á esa mujer, con causas bastantes para ello, y me es completamente igual que contraiga matrimonio con un rey ó con un bandido: ella es completamente libre: os habeis engañado si habeis creido que yo me enorgulleceria por su casamiento con el rey don Sebastian: reina ó no, yo no volveré á llamarla hija: yo he lanzado sobre ella el *nulla est redemptio* que lanza Roma sobre aquellos á quienes arroja perpétuamente de la Iglesia.

—La Iglesia perdona á los arrepentidos, dijo el cardenal de Montalto.

—La Iglesia es divina, y yo soy humano. Por más que negando para siempre mi perdón á esa mujer cometa un pecado, yo no la perdonaré jamás: yo daré cuenta á Dios en mi dia de por qué no la he perdonado. Asi, pues, habeis incurrido en una grave equivocacion. Venecia no hará por el esposo de Estefana Barbarigo, lo que no haria por el esposo de doña María de Souza. Pero debo deciros, que en vez de ganar el rey don Sebastian en el aprecio de la República por el inmotivado y cruel repudio de su esposa, ha perdido mucho del aprecio que por él sentia la República. ¿Cómo puede esperar Venecia el agradecimiento de un hombre que tan terribles pruebas dá de ser desagradecido y egoista? ¿Sabeis, señores, lo que el rey don Sebastian debe á la noble mujer á quien repudia? Sin ella, hubiera perecido abandonado entre los cadáveres de la batalla de Alcázar-Kivir; sin ella, sin su amor, sin su abnegacion, no hubiera salido de

Africa; ella por él ha sacrificado un trono; ha abjurado de su religion; ha abandonado en ella las cenizas de sus padres; ha visto desvanecerse como humo sus inmensos tesoros, invertidos en expediciones aventureras, y ha sufrido cuanto puede sufrir una muger digna, pura y valiente, por el hombre de quien la ha hecho esposa su amor. Los portugueses, al clamar por su rey, no deben rechazar á la mujer, á la noble criatura, que á costa de sacrificios se lo ha conservado. Venecia, por su parte, hará lo que debe hacer; Venecia protegerá á la sultana Sayda-Mirian, ó doña María de Souza, como mejor querais, y la tomará y la toma leal y abiertamente bajo su proteccion, declarándolas á ella y su hija, hijas adoptivas de Venecia. ¡Ah, si! el rey don Sebastian es perversamente desagradecido; y lo mismo que ha roto los vinculos de gratitud que le unian á su esposa, faltará á la gratitud que debe á Venecia, que le repondrá en su trono: pero las cuestiones de corazon no son nunca las cuestiones de gobierno: Venecia usará del rey don Sebastian, como un soldado usa de un arma poderosa contra un enemigo terrible. Felipe II lo amenaza todo, y obliga á que se le ataque por todos los medios. Ahora bien; el objeto de mi conversacion con vosotros, señores, no es ciertamente lo que hemos hablado hasta ahora, porque nada nos importan asuntos puramente particulares. Veamos: ¿es realmente Gabriel de Espinosa el rey don Sebastian? la República por las investigaciones que ha hecho, cree que sí; pero es tan extraña la historia de este hombre, que toda investigacion es insuficiente para llegar al esclarecimiento de la verdad.

—A vos os toca contestar, fray Miguel de los Santos, dijo el cardenal de Montalto, y comprendéis y habláis bastante bien el italiano, para poder contestar á monseñor Barbarigo.

—Monseñor; dijo respetuosamente fray Miguel de los Santos; en Portugal no se ha creído nunca en la muerte del rey don Sebastian: nadie habia visto su cadáver en un estado y de una manera tal, que les convenciese de que su rey habia perecido realmente en la batalla de Alcazar-Kivir; todo habia que temerlo y que sospecharlo de la astucia del rey Felipe II, á quien como tio del rey don Sebastian, habiendo muerto este sin hijos, correspondia por herencia el reino de Portugal.

—¿Sois vos portugués? dijo friamente Barbarigo.

—Sí, monseñor, contestó fray Miguel de los Santos, soy vicario del convento de monjas de de Nuestra Señora de Gracia en la villa de Madrigal.

—Creo que en ese monasterio hay una monja que es infanta de España, sobrina del rey don Felipe, y que se llama doña Ana de Austria.

—Efectivamente, monseñor.

—Creo también que la señora doña Ana de Austria sabe que el rey don Sebastian no murió en la batalla de Alcázar-Kivir, y que esta señora sabe todo esto por el vicario de su convento, con quien han trabado relaciones ciertos señores portugueses enviados á la villa de Madrigal por el infante don Antonio, simplemente porque en un convento de esa villa hay una monja que se llama doña Ana de Austria, con la cual andando el tiempo y segun se presentasen los negocios podria casarse el rey don Sebastian, mediando siempre una dispensacion de los votos de la religiosa, y un nuevo repudio de la esposa que entonces tuviese Gabriel de Espinosa.

Fray Miguel no contestó, sino que se quedó mirando con estupor á Giacomo Barbarigo; como diciéndole con su mirada:

—¿Cómo es que sabeis tanto acerca de este negocio?

—Venecia tiene amigos hábiles en todas partes, dijo Barbarigo contestando á la mirada de Fray Miguel de los Santos; y cuando se tienen amigos hábiles, y se les facilitan todos los medios para que puedan inquirir la verdad, la verdad se sabe: sábese pues, señores, que vos, fray Miguel de los Santos, habeis ido á Roma como obedeciendo un mandato del general de vuestra órden, pero realmente para el asunto del pastelero de Madrigal.

—¡El pastelero de Madrigal! dijo con asombro fray Miguel de los Santos.

—No os maraville, dijo Giacomo Barbarigo, que el Consejo de los Diez conozca todos estos pormenores: cuando nos importa conocer bien un secreto, le conocemos por la misma persona que le cree profundamente guardado: resulta de esto, que todo lo que se ha dicho del casamiento del rey don Sebastian de Portugal con Estefana, no ha sido más que una farsa á que se ha

prestado Roma, creyendo procurar por este medio una fuerte proteccion al rey don Sebastian. Asi, pues, creo que siendo esto inútil, debe por hoy darse un sesgo al repudio de doña María de Souza, porque este paso ahora seria muy imprudente, y podria hacer fracasar los proyectos del rey don Sebastian.

—Roma me ha enviado á ponerme de acuerdo en esta parte con Venecia, dijo el cardenal Montalto: yo, por consecuencia, de ninguno mejor que del prudente y anciano Barbarigo puedo recibir consejos, instrucciones y aun órdenes.

—Creo que por ahora hemos concluido, señores, dijo Barbarigo, y podemos salir de aqui para que os volvais al palacio de los Conti.

Dicho esto, el anciano senador se levantó y salió del salon con el cardenal Montalto y fray Miguel de los Santos.

VI.

Al salir de las prisiones de Estado con el fraile y con el cardenal, Barbarigo hizo sacar de su encierro á Giuseppe Basili, mayordomo de Elena Conti, y mandó al esbirro que estaba en la góndola, llevase al cardenal, al fraile y al mayordomo al palacio Conti.

Despues, Barbarigo se perdió por las oscuras y estrechas escaleras de las prisiones de Estado, murmurando:

—Aben-Shariar ha escapado, sin duda, burlando la vigilancia de los esbirros, y haciéndoles creer que ha perecido en el canal: Aben-Shariar ha roto decididamente con nosotros, y es necesario tener mucho cuidado con este hombre.

CAPITULO XII.

De cómo Aben-Shariar empezó á mostrar á la República de Venecia que no era su amigo.

I.

Maniobraba entre tanto la Leona, luchando con el furioso levante que levantaba el mar en movibles montañas que se precipitaban las unas sobre las otras.

A la media noche, el huracan empezó á ceder, la cerrazon fué rasgándose, y por último, á la madrugada, el temporal habia cesado completamente.

Aben-Shariar tomó el rumbo hácia el centro del canal, y se puso en caza.

Lo que ansiaba era encontrar una galera de la República, á quien vencer, y á quien enviar con una carta al Consejo de los Diez.

Pero en toda la extension del mar, no se veia un buque: para encontrarle, Aben-Shariar con un valor que rayaba ya en temeridad, dirigió su rumbo hácia Venecia.

II.

Pero entraba el dia, y en ninguna direccion se veia una sola vela.

Aben-Shariar prescindió ya de todo, y se puso en demanda de las aguas del Adriático.

Esto era provocar con un solo buque á Venecia.

III.

De repente, el atalaya gritó desde lo alto del palo mayor:
—Vela al Sudeste.

Inmediatamente Aben-Shariar tomó el antejo, y observó la vela que habia aparecido en el horizonte.

Aben-Shariar lanzó un grito de alegría.

Aquel buque era una magnífica galera de dos bandas de la República.

IV.

Inmediatamente, la Leona se preparó al combate: se metieron las piezas en batería, tomaron las armas los doscientos corsarios que tripulaban la galeota, y se cargaron las velas, maniobrando para ponerse en demanda del buque que se veía en el horizonte, y se enarboló en el palo mayor la bandera de sangre.

Por su parte, la galera de la República que habia avistado también al corsario, maniobraba para entrarle en caza.

Y como que los dos buques hacían esfuerzos para encontrarse, como aquel era un reto aceptado, muy pronto estuvieron el uno bajo el cañon del otro, se rompió el fuego, y empezó el combate.

V.

Pero la galeota, á pesar de haber roto el fuego, continuaba avanzando hácia la galera de la República, con la clarísima intención de abordarla.

—Que Dios me confunda, dijo Aben-Shariar, que no cesaba

de observar la galera enemiga, si aquel que viene sobre la crugía no es mi amigo César Malatesta. ¡Bah! me alegro: así se convencerá de que no solamente puedo vencerle espada contra espada, sino tambien de que puedo vencerle cañon contra cañon, barco contra barco. ¡Ea, mis valientes! se nos presenta una buena ocasion de que Venecia conozca que no nos hemos muerto: forzad los remos, hijos, forzadlos, y os doy para todos una arroba de oro en doblas marroquies.

VI.

En efecto, César Malatesta se habia encontrado aquella mañana al amanecer con la orden de que fuese á tomar el mando de la galera de dos bandas *San Pedro y San Pablo*, y salir con ella á reconocer el Adriático.

Lo que habia justificado esta orden del Consejo de los Diez, era el siguiente parte que Barbarigo habia recibido aquella mañana.

«Monseñor, decia, acaba de presentarse Paolo Costa, contra maestre de la galera mercante, *La Bella Genovesa*, con una carta de monseñor Pietro Mastta, en que me recuerda el mandato que ayer me hizo de matar á la persona que con aquella carta se me presentase. Yo no me atrevo á hacer esto, sin consultar con vos, monseñor, si debo obedecer lo que me manda el señor Pietro Mastta: entretendré entre tanto al dador de la carta, hasta que vos, monseñor, me respondais si debo hacerlo ó no.—TIEPPOLO ALBANO.»

VII.

Diez minutos despues, un esbirro dió á Tieppolo la contestacion siguiente:

«Entregadme de parte del Consejo de los Diez, la persona de Paolo Costa.»

Paolo Costa ó Yezid, fué presentado á Barbarigo.

—Se ignora, dijo el senador á Yezid, dónde está monseñor Pietro Mastta. ¿Lo sabeis vos?

—Yo, monseñor, dijo Yezid, que valiente para todo, era cobarde como una mujer en cuanto le hablaba un delegado cualquiera de la República, yo, monseñor, solo puedo deciros que anoche estuvo mi señor á bordo de la Bella Genovesa con el señor César Malatesta, que despues se volvieron á Venecia, y desde entonces no le he vuelto á ver.

—¿Ni sabeis nada de él?

—Os diré, monseñor; desde hace algunos dias, le espera un esquife en la caleta del Perro durante la noche: uno de los marineros del esquife, estaba en tierra cuando él llegó y se metió apresuradamente en el esquife, haciéndose á la mar con el único hombre que en el esquife habia; el que habia quedado en tierra se vino por la playa á Venecia, y esta mañana, cuando me dirigia á casa del señor Tieppolo Albano, para llevar una carta de mi señor, encontré en el puerto al marinero que no habia podido llegar á tiempo para hacerse á la mar en el esquife, y que me dió parte de ello.

—¿A qué hora salió á la mar monseñor Pietro Mastta?

—Despues de la media noche.

—Pero esta noche á esa misma hora hubo una tormenta terrible, y tal vez por eso vuestro señor no ha podido llegar á bordo de la Bella Genovesa, y debe haber perecido en la mar.

—Para ir á la Bella Genovesa, partía mi señor del mismo puerto; pero haciéndose á la mar desde la caleta del Perro, ha ido sin duda en busca de otro buque.

—¿De la Leona?

—Sí señor.

—Pues bien, volveos á la Bella Genovesa.

Yezid se separó de Giacomo Barbarigo lleno de recelo.

VIII.

Inmediatamente, Giacomo Barbarigo envió á uno de sus criados al palacio Conti, con órden para César Malatesta de que se le presentase al momento.

César Malatesta estuvo muy poco despues delante del senador, y este, como si no le conociera, como si nunca le hubiera hablado, le dijo:

—Tomad esta orden, caballero; por ella se os entregará inmediatamente el mando de la galera de la República San Pedro y San Pablo: no hagais preparativo alguno: tal como estais, poneos al momento á bordo; y en cuanto lo estuviérais, levad anclas, y haceos á la mar.

—¿Para dónde, monseñor? le respondió secamente César Malatesta.

—Para la mar; en demanda de un corsario que ha aparecido en las aguas del Adriático: cruzad y cruzad procurando dar con él: si le encontráis, si os espera, si dispara sobre vos, contestad á su fuego; pero poco despues, izad bandera de parlamento; cuando vinieren á parlamento, ved si quien acude es monseñor Pietro Mastta, ó si no fuere él, informaos de si está á bordo del corsario: si no lo estuviere, concluid el parlamento, volved á vuestra galera y continuad el combate á todo trance; si encontráis á monseñor Pietro Mastta, entregadle de mi parte este pliego (y le dió uno que tomó de sobre la mesa cerrado con las armas de la República), suplicadle en mi nombre que lo lea; y si despues de haberle leído no pasa á bordo de vuestra galera y se viene con vos á Venecia á presentarse á mí, concluid el parlamento, continuad el combate, y procurad traerme muerto ó vivo á monseñor Pietro Mastta. Acerca de todo esto, y suceda lo que sucediere, guardad un profundo sigilo, so pena de alta traicion: id, y procurad volver cuanto antes.

César Malatesta sin contestar una sola palabra, se inclinó y salió, dirigiéndose en una góndola al puerto y entrando á bordo de la magnífica galera San Pedro y San Pablo, que inmediatamente aparejó para levar anclas, se puso en franquía, y se hizo á la mar.

Esto acontecia poco despues del amanecer, y cuando la mar por consecuencia de la tormenta anterior, estaba aún fuertemente picada.

IX.

Sabemos, pues, ya, por qué la Leona y la San Pedro y San Pablo, se entraban bravamente cambiando el fuego de sus piezas.

Ya en una y otra galera los proyectiles habían causado alguna avería, cuando la San Pedro y San Pablo izó al tope de su palo malo mayor, la bandera blanca de parlamento.

—Aún se me tiene en algo, dijo Aben-Shariar al ver que la San Pedro y San Pablo pedía parlamento. ¡Fuera de los cañones y mi esquife al agua! gritó.

Inmediatamente cesó el fuego, y entrambas galeras se pusieron á la capa: del costado de la Leona se separó un largo esquife tripulado por doce hombres, en el cual se veía á Aben-Shariar, al mismo tiempo que del costado de la San Pedro y San Pablo, se separaba otro esquife tripulado por otros doce hombres, y en el cual se veía de pié á César Malatesta.

Los dos esquifes se encontraron al fin en el punto medio de la distancia que separaba á las dos galeras.

Un momento despues, los dos esquifes estaban aferrados, correspondiendo la proa del uno á la popa del otro.

Los piratas tunecinos y los marineros venecianos, se miraban de la misma manera que pudieran mirarse un tigre y un leon, contenidos por una fuerza superior.

—¿Qué quiere la República, señor César Malatesta? dijo con altivez Aben-Shariar.

—Se me ha mandado buscaros, monseñor, dijo con no menos altanería César Malatesta, he tenido la fortuna de encontraros, y os entrego esta carta que se me ha dado para vos, esperando una contestacion instantánea.

Aben-Shariar tomó la carta que le entregó César Malatesta, rompió su sello, y leyó lo siguiente:

«A monseñor Pietro Mastta, senador de la República de Venecia, y miembro del Consejo de los Diez, salud de Giacomo Barbarigo, su leal y afectuoso compañero.

Comprendo la razón que os ha puesto en el lugar que ocu-

pais; habeis obedecido más á vuestro corazon que á vuestro deber, y habeis temido el severo fallo que la República pronunciaría irremisiblemente, tratándose de otro que no fueseis vos: hateis cometido una imprudencia en obrar como habeis obrado, y si no hubierais huido, si yo os hubiera encontrando en el palacio Conti á donde fuí á buscaros, hubierais sabido que nada teniais que temer; por lo mismo, aún es tiempo: mandad á vuestra Leona que se haga á la mar, pasad á bordo de la galera San Pedro y San Pablo, y venid á verme: yo os conozco demasiado, y estoy seguro de que juntos encontraremos medios para salvar todos los inconvenientes del asunto por el cual habeis roto de una manera tan temeraria vuestras antiguas y buenas relaciones con Venecia. No os digo más, porque ya os he dicho demasiado, sino que os espero con impaciencia.—GIACOMO BARBARIGO.»

Apenas acabó de leer esta carta Aben-Shariar, la arrojó al mar con desprecio, y exclamó abarcando en una sombría mirada de amenaza á César Malatesta:

—Decid á monseñor Giacomo Barbarigo lo que habeis visto: esa es mi única contestacion á su carta.

—Tengo orden de empeñar con vos un combate á todo trance, y de llevaros muerto ó vivo á Venecia, si os negais á seguirme, monseñor, dijo con una altivez agresiva César Malatesta.

—Si monseñor Barbarigo supiera lo que os sucedió ayer combatiendo con migo en la hosteria del los Lombardos, no os hubiera enviado ciertamente á prenderme: cortemos nuestra conversacion, que volveremos á anudar muy pronto; y puesto que os proponéis llevarme muerto ó vivo á Venecia, arrojad al mar la vaina de vuestra espada, y procurad que su hoja no vaya á acompañarla: estamos perdiendo el tiempo, y yo le necesito minuto por minuto: volveos á vuestra galera, abatid la bandera de parlamento, y concluyamos, pronto. Desaferrad los esquifes, tigres mios: adios, señor César Malatesta; nasta dentro de quince minutos, en que volveré á hablaros sobre el puente de vuestra galera.

—Procurad no entrar en ella como prisionero de la República, dijo con desden Malatesta.

—Procurad vos tener oídos para oír lo que os diré. Adios.

—Adios.

Y los dos esquifes se separaron, viraron en redondo, y se dirigieron cada cual á su respectiva galera.

X.

Un momento despues, la San Pedro y San Pablo abatía el pabellon de parlamento, y rompía de nuevo el fuego, á que contestaban bravamente los cañones de la Leona.

Sobre la cubierta de ambos buques, se veían las tripulaciones armadas de las picas de abordaje embravecidas por llegar á las manos.

Las balas rasas pasaban silbando roncamente entre los aparejos, chocando en las bandas, algunos de cuyos remeros caían hechos pedazos al mar, á pesar de lo que, las dos galeras se entraban al abordaje rápidamente á vela y remo.

Llegó un momento en que estuvieron tan próximas, que ya los artilleros no tuvieron tiempo para volver á cargar los cañones, y las dos galeras se embistieron con fragor, aferrándose mutuamente con sus grandes garfios de abordaje.

XI.

En aquel momento, las dos tripulaciones se embistieron, llevando al frente sus respectivos comandantes.

Era el momento supremo.

Aben-Shaffar estaba acostumbrado á arrollar cuanto se le ponía por delante, desde el punto en que su galera se aferraba al costado de otra galera: César Malatesta no había tardado nunca tres minutos en tomar al abordaje la galera enemiga á que se había aferrado.

La tripulacion de la San Pedro y San Pablo estaba compuesta de lo mejor de los marinos de Venecia.

Los corsarios de la Leona, eran verdaderos leones del desierto.

Por lo mismo, el choque fué terrible, y la lucha se prolongó más que en otra ocasión se hubiera prolongado.

César Malatesta y Aben-Shariar, no habian podido encontrarse, porque los dos estaban á proa en el momento de la embestida, y las galeras, al aferrarse, se habian cruzado de popa á proa.

Así es, que Aben-Shariar luchaba con los soldados venecianos que estaban á popa de la San Pedro y San Pablo, y César Malatesta con los corsarios que estaban á popa de la Leona.

Las dos tripulaciones combatian encarnizadamente colocada cada una sobre las bandas de su respectiva galera.

Aquello era tan bravo, que amenazaba no tener fin, sino cuando todos aquellos hombres hubiesen acabado los unos con los otros.

Aben-Shariar y César Malatesta no podian buscarse, porque no podian desatender el combate que cada cual sostenia por su frente, porque hubiera sido exponerse á ser vencidos.

Por ambas partes, la mitad de la tripulacion habia sido muerta ó puesta fuera de combate.

No se conocia ventaja por ninguna de las partes combatientes.

Los disparos de espingarda y de mosquete, los golpes de pica y de hacha, eran tan nutridos y tan espesos de la una parte como de la otra.

Pero cuando no se obtiene una ventaja inmediata sobre los africanos, se está en una situacion desventajosa, porque el africano es el hombre más duro para resistir la fatiga y el horror del combate.

A los diez minutos de empeñado el abordaje, los venecianos empezaron á cansarse, al paso que los tunecinos, no solamente conservaban su vigor, sino que éste habia acrecido irritado por la resistencia.

Aben-Shariar, aprovechando el claro que dejó un veneciano al caer herido por su hacha, saltó abordo de la San Pedro y San Pablo, al mismo tiempo que saltaban algunos tunecinos.

Se habia roto al fin la muralla humana que defendia á la galera de Venecia, y por los claros se entraron los tunecinos,

dividiendo en grupos á los venecianos, que no tardaron en rendirse, despues de probar un último y heróico esfuerzo.

Cuando Aben-Shariar acudió á la proa de la San Pedro y San Pablo, donde se batia aún como un leon César Malatesta, armado solo de un coselete de Milan y de una hacha de abordaje, el corsario gritó con voz de trueno:

—¡A fuera! ¡dejádmeme á mí! ¡el capitan cristiano me pertenece!

Los corsarios tunecinos se abrieron, se retiraron, y Aben-Shariar y César Malatesta se encontraron frente á frente.

El corsario no llevaba más armas defensivas que una adarga de piel de toro curada, ni otra ofensiva que una lijera hacha de abordaje.

Sin embargo, cerró con César Malatesta cubriéndose con su adarga y recibiendo en ella un formidable hachazo, despues de lo cual César Malatesta se encontró asido por la cintura, oprimido, y poco despues desarmado.

—Está visto que vos no me podeis vencer ni sobre la tierra ni sobre el mar, ni solo ni acompañado.

—Os aconsejo que me mateis, porque si no, un dia ú otro morís á mis manos.

—Una razon más para que yo os deje la vida, porque tengo curiosidad de saber cómo os compondreis vos para matarme: además, ahora me haceis falta: entremos en vuestra cámara que ya es mia.

Aben-Shariar, jadeante aún de la fatiga del combate, se entró en el alcázar de popa seguido de César Malatesta.

Inútil es decir que los corsarios de Aben-Shariar se habian apoderado por completo de la San Pedro y San Pablo, y que nadie en ella podia hacer ya resistencia.

XII.

Aben-Shariar escribia entretanto en la cámara de popa de la galera vencida, la carta siguiente:

«A monseñor Giacomo Barbarigo, el corsario tunecino Aben-Shariar, salud.

A bordo de la galera de la República de Venecia San Pedro y San Pablo.

Monseñor: del mismo modo que he vencido la más fuerte de las galeras de la República, venceré á todas las que contra mí se envíen: no espereis que enviando contra mí una escuadra, podreis haberme á las manos: desde hoy, Argel, Túnez y Trípoli, tendrán sus galeotas aprestadas contra Venecia: que vea pues, lo que hace el Consejo de los Diez: yo no puedo permanecer por más tiempo sometido á la República y sirviéndola, desde el momento en que la República ha pretendido prenderme como se prende á un traidor, cuando mi única traicion ha consistido en usar de la autoridad que se me habia confiado en pago de inapreciables servicios prestados á Venecia, no para hacerla traicion, sino para salvar á las personas á quienes amo. Yo no puedo someterme á la recelosa vigilancia del Consejo de los Diez, y me declaro libre y completamente separado de Venecia. Ahora bien: en Venecia quedan la sultana Sayda Mirian, su hija Gabriela y su esposo Gabriel de Espinosa: si sucede la menor desgracia á cualquiera de esas tres personas, si se lleva á efecto el decreto de anulacion del matrimonio libre y espontáneamente contraido por Gabriel de Espinosa con la sultana Sayda Mirian, yo no respondo de las consecuencias: si por ello Venecia no protege á Gabriel de Espinosa, á Sayda Mirian y á su hija, no podrá salir del puerto de Venecia, ni de ninguno de los puertos venecianos, un solo buque que no sea perseguido por los buques tunecinos. Meditad bien, monseñor, la importancia del aviso que os doy, y el consejo de que dejeis en libertad de obrar fuera de Venecia ayudándole para ello al rey don Sebastian.

Apesar de todo, y de que estoy resuelto á cumplir lo que en esta carta aviso, soy siempre vuestro amigo, monseñor.—
EL EMIR, MOHANMET-YAYHE-BEN-SHARIAR. »

XIII.

Cerró esta carta el corsario y la entregó á César Malatesta.
—Vais á volveros á Venecia, le dijo Aben-Shariar; pero

como mis gentes han sufrido mucho en la toma de vuestra galera, es muy justo que sean de alguna manera recompensados: entregadme todo el dinero que haya á bordo, y la bandera de la República que tan mal habeis sabido defender.

—Antes me dejaré hacer mil veces pedazos, que entregar por mí mismo ese depósito de honor que se me ha confiado: apoderaos vos de él, como os habeis apoderado de la galera, y no hablemos más de esto.

—Es verdad: bastante teneis con lo que os ha sucedido: quedad con Dios: yo os quitaré por mí mismo esa bandera, señal de mi triunfo sobre Venecia, y en cuanto al dinero, mis hombres sabrán encontrar el que haya á bordo. Adios, y respetad mucho á doña María de Souza y á Gabriel de Espinosa; porque si no, os encontrareis frente á frente con mi venganza.

Y Aben-Shariar salió apenas dichas estas palabras de la cámara, y luego pasó á su galera, que aún estaba aferrada á la galera veneciana.

XIII.

Una hora despues, todo lo que habian tenido que hacer en ella los corsarios, estaba hecho: esto es: la bandera de la República y cuanto existia de valor en la San Pedro y San Pablo, habia pasado á bordo de la Leona, que se habia puesto en franquía y bogaba en alta mar.

CAPITULO XIII.

El corsario griego Manuel Karuk.

II

I.

Ocho días despues, al salir el sol una hermosa mañana, la Leona echaba el ancla en una ancha cala de la isla de Corfú.

Las tierras que se veían en torno estaban esmaltadas con el verde amarillento de los viñedos, y las colinas con el verde oscuro de los naranjos y de los limoneros.

Frente al anclaje de la Leona, se veía una larga hilera de pescadores casi desnudos, que tiraban lentamente del copo cantando á una un ¡ay! cadencioso y monótono.

Sobre la playa se veían baradas una multitud de negras y curvas lanchas, y en medio de ellas, como una gallina entre sus polluelos, una gran almadía de dos proas con dos palos y dos bandas de remos.

A un tiro de fusil del rebalaje, ó porque nos entiendan, del lugar de la playá donde llegaba la ola, habia una casa extensa, blanca, bella, armónica, de un solo piso, con celosías en sus ventanas turcas, y cubierta por un terrado, cuyo antepecho estaba coronado por una hilera de macetas con flores.

Esta casa estaba rodeada por hermosos árboles frutales, en torno y más allá de los que, se veía un bosque de altas, esbeltas, elegantes y flexibles palmeras, que se mecían blandamente al impulso del viento de la mañana.

La luz era dorada, alegre, oriental, en una palabra.

Todo era bello, todo riente, todo encantador.

En los repechos de las colinas, se veian rebaños de ovejas y de cabras, cuyas esquirlillas sonaban confusamente produciendo un rumor especial que se mezclaba al largo y sonoro gemido del mar.

Por lo demás, todo estaba sumido en la más profunda calma.

Ni cerca ni lejos se veia otra habitacion que la que ya hemos indicado, y á la que se dirigió Aben-Shariar, que habia saltado á tierra.

II.

La puerta de aquella casa estaba franca y por ella sin encontrar á nadie entró Aben-Shariar, y torciendo á la derecha por una pequeña puerta, se encontró en un patio, donde un hombre como de cuarenta años, con un traje completo de griego, se ocupaba en acabar de apretar las cinchas de un hermoso caballo.

Un perro que estaba echado á la sombra, se levantó al ver á Aben-Shariar, ladrando de una manera atronadora.

Al ladrido del perro se volvió el griego y vió á Aben-Shariar.

Al verle, dejó su caballo, y se fué á él con los brazos abiertos, dando de paso un puntapié al perro, que dejó de ladrar, y gruñendo lastimosamente fué á echarse de nuevo en la sombra.

III.

Al ver al griego, no podia dudarse de que le unia un estrecho parentesco con Elena, la misteriosa habitadora del palacio Conti.

El semblante del griego tenia los mismos rasgos que el semblante de Elena: sus ojos negros, grandes y rasgados; una hermosura y una fijeza igual á los de ella, y solo se diferen-



AL LADRIDO DEL PERRO SE VOLVIO EL GRIEGO.

ciaban, en que Elena era blanca y de tez suavísima, y el griego fuertemente moreno y de tez áspera.

Si hubiera tenido más edad, se le hubiera podido creer padre de Elena; pero teniendo la edad que representaba, solo podía ser su hermano.

IV.

—¿Qué es esto, á qué vienes aquí? dijo el griego á Aben-Shariar: hace dos horas, desde el amanecer, estoy viendo acercarse una galeota á nuestras playas, y habia creído que vendria como otras tantas á hacer aguada, porque aquí no hay nada que llevarse, y el lobo nunca va á buscar huesos á la caverna del lobo; pero estaba muy distante de creer que tú vinieses á mi casa. ¿Qué sucede? ¿para qué me necesitas?

—Vengo á hacerte una sola pregunta.

—Cuantas quisieres, hermano: yo no puedo olvidarme de que hemos combatido juntos contra los venecianos y los españoles; pero ven, pongámonos á la sombra, que el sol calienta ya demasiado, y hablemos tranquilamente.

—Tú ibas á emprender un viaje, dijo Aben-Shariar.

—Sí; iba á buscar á mi madre y á mis hermanos, que están durante la estacion calurosa en el interior de la isla; pero tanto me dá emprender ese viaje ahora, ó luego, ó mañana. Entra: voy á hacer que nos traigan leche, miel, dátiles y ópio.

El griego introdujo á Aben-Shariar en una salita opaca, fresca, á cuyo fondo habia sobre una estera de palma, algunos almohadones.

V.

—¿Tienes hermanos, Manuel? dijo Aben-Shariar.

—Sí, contestó Manuel Karuk: mi hermano Adrian que está en la mar con la otra almadía, Cristian, que es bajá en el ejército del sultan, y dos hermanos menores que aún viven con mi madre.

—¿Y no has tenido hermanas, Manuel?

—No, que yo sepa: mi padre desapareció hace diez años, y mi abuelo que es ya muy viejo, está loco, y nada podría saber acerca de lo que me preguntas, que no es sin duda sin causa.

En esto entró un esclavo negro, y puso sobre la estera una gran vasija con leche, una fuente con dátiles, una copa con ópio, frutas y pan.

Después salió.

Los dos amigos quedaron solos, y Aben-Shariar tomó una naranja que se puso á mondar lentamente, y Manuel Karuk un pedazo de ópio que se echó en la boca.

VI.

—No, no es sin causa mi pregunta: yo conozco á una hermosísima mujer que vive en Venecia, que tiene cuando más diez años menos que tú, que te se parece como una gota de agua á otra gota, y que se llama para los venecianos Elena Conti; pero para su conciencia y para los que la conocen, se llama Elena Karuk.

—Diez años después de mi nacimiento, dijo sombríamente Karuk dejando de mascar el pedazo de ópio que tenia en la boca, desapareció mi padre sin que pudiera saberse qué habia sido de él.

—Tu padre perdido para su familia, apareció sin embargo un dia hace treinta años, muerto y atado al cadáver de una mujer sobre el canal de Monforte delante del palacio Conti.

—¿Y sabias eso, y no me lo has dicho hasta ahora? dijo poniéndose sombríamente pálido Manuel Karuk, y mirando ferozmente á Aben-Shariar: tú eres un mal amigo, un traidor.

—Yo no he sabido eso hasta hace ocho dias, dijo Aben-Shariar comiéndose tranquilamente un casco de naranja; si lo hubiera sabido antes, antes lo hubieras sabido tú.

—Cuéntame, cuéntame, exclamó ansioso el corsario griego.

Aben-Shariar le contó minuciosamente todo lo que sabia ó habia sabido por sí mismo acerca de Elena, y luego sacó de su pecho unos papeles que parecian haber estado mojados mucho tiempo.

Sobre aquellos papeles se leía en una letra roja descolorida, lo siguiente:

«*El Consejo de los Diez, á la llamada Elena Conti.*»

VII.

Manuel Karuk se apoderó de aquellos papeles, se tendió boca abajo sobre los almohadones, y se puso á leer sin hacer caso de Aben-Shariar, y como si hubiera estado completamente solo.

Aben-Shariar comió algunos dátiles, se puso despues en la boca un pedazo de ópio, se reclinó en los almohadones, y se quedó inmóvil como si verdaderamente se hubiese dormido.

Hé aquí lo que decian los papeles que leía Karuk.

CAPITULO XIV.

La tragedia de una familia.

I.

«El Consejo de los Diez de la serenísima República de Venecia á la llamada Elena Conti, conocida por hija de Salvator Conti.

Siendo necesario á la salud de la República que conozcais cosas y sucesos de vuestra familia que se creen envueltos en el más denso misterio, hemos decretado que se os hagan conocer esos sucesos, para que podais cumplir con toda vuestra voluntad y todo vuestro deseo lo que se os mandará al fin del relato que va á extenderse para vos, y que os será entregado para que le conozcais.»

Por debajo de estas palabras se veia estampado en cera encarnada el sello secreto de la República.

Por bajo se leía:

II.

«Habia hace algunos años en la isla de Corfú, cerca del mar por la parte de Levante, sobre una altura escarpada, un fuerte castillo tártaro, construido por un hombre extranjero que

habia aportado á la isla algunos años despues de la conquista de Constantinopla por los turcos.

Este hombre, más que hombre parecia un espectro.

No podia decirse cuál era su edad, ni se sabia su nombre, ni de donde venia, ni cuál era su pátria: ni por su traje que era sumamente extraño, podia deducirse nada.

Le envolvía un ropon negro de lana con capuz de anchas mangas, llevaba en la cabeza un pesado casquete de acero, y por bajo de las mangas y de la orla inferior de su ropon, asomaban sus brazos y sus piernas cubiertas de acero.

Al costado pendiente de una cadena que ceñía su ropon en la cintura, llevaba una espada corta, ancha y pesada como un hacha.

Un caballo salvaje del Cáucaso, pequeño, fuerte, fogoso, de pelo largo, servía de cabalgadura á este hombre.

A la grupa del caballo, pendientes del arzon de hierro de su silla de batalla, se veian del un lado una corta y pesada maza de hierro con puntas de acero, y del otro un grande y redoblado escudo bruñido, liso y sin divisa alguna.

Una lanza de roble con un ancho y fuerte hierro, se veia en la diestra de este ginete, y su caballo estaba armado por una ámplia cobertura de gruesas mallas.

III.

A pesar de que el caballo llevaba sobre sí un peso enorme; desde el momento en que desembarcado con su ginete, fué montado por él, partió á la carrera hácia el interior de la isla, con el mismo vigor, con la misma rapidez y la misma facilidad que si no hubiera llevado peso alguno.

El buque negro tripulado por extraños marineros en que habia sido conducido el ginete, apenas éste se alejó corriendo hácia el interior de la isla, se hizo de nuevo á la mar, desapareciendo poco despues en el horizonte.

El extraño caballero habia quedado solo en aquella parte de la isla, que entonces estaba despoblada.

IV.

El extranjero salvó la primera y la segunda línea de colinas, y llegó á un lugar áspero y sombrío, y se detuvo al pié de un escarpado peñasco, en cuya cumbre fijó la vista y exclamó:

—Allí construirá el buitre su nido.

V.

Algunos dias despues, el barco negro volvió, y salieron de él muchos extranjeros, que guiados por el que primero habia venido, llegaron á la roca escarpada, y treparon á ella.

VI.

Durante un año, aquellos extranjeros estuvieron trabajando desde que amanecía hasta que oscurecia, en la construccion de un fuerte castillo, que al fin dejó ver una gran torre cuadrada y almenada, rodeada por un recinto cuadrado de murallas, en cuyos ángulos se alzaban cuatro torres pequeñas.

VII.

Apenas estuvo construido el castillo, los hombres que le habian labrado desaparecieron, y desapareció con ellos el negro barco, quedándose solo el extranjero que primero habia venido, que vestia únicamente una fuerte armadura y un gran ropon negro, y tenia toda la terrible apariencia de un espectro.

A causa de lo deshabitado de aquella parte de la isla, ninguno de sus naturales, como no fueran los pájaros y los animales silvestres, habian visto á aquel hombre ni á los que despues de él habian venido, ni la construccion de aquel fuerte castillo, cuya piedra rojiza le daba un aspecto formidable, par-

ticularmente cuando al ponerse el sol su rojo color se hacia más fuerte, y llegaba hasta el punto de que la gran torre y los muros de las otras torres más pequeñas, parecian teñidas de sangre.

El dia despues de la definitiva construccion del castillo, el extranjero salió llevando su caballo del diestro por la estrecha y profunda poterna, cerró su postigo de hierro con tres enormes llaves, que contenidas en una cadena colgó del arzon de hierro junto á su maza de armas, descendió por el escarpado sendero del peñasco, llevando siempre de la mano á su caballo, y cuando estuvo en la parte llana, montó y se alejó al galope hácia el sur de la isla.

VIII.

Krasna era una mujer maravillosa: no se sabia cuál era su edad.

No podia adivinarse tampoco su edad por su aspecto.

Tenia toda la frescura de la juventud, y todo lo grave de la edad propecta.

Era alta, esbelta, altiva, pálida como una difunta, con magnificos cabellos rubios y ojos celestes, en los cuales jamás aparecia ni la más lijera expresion que pudiese revelar un solo movimiento de su alma.

La hermosa Krasna era tal, que todos los que la veian se sentian dominados por un amor insensato, pero cobarde, que no se atrevia á manifestarse ni en una palabra, ni una mirada.

Krasna era hija del gobernador tártaro de Corfú, cuya familia habia tenido el mando de la isla algunas generaciones antes.

Karuk, que así se llamaba este gobernador, habia partido dos años antes á la guerra del Turquestan, ayudando á los tártaros, sus compatriotas, en la conquista de Constantinopla.

Cristian Karuk no habia vuelto de la guerra, y su hija, muda é impasible, ni habia mostrado inquietud por la suerte de su padre, ni habia preguntado á nadie, ni habia dejado de vivir completamente tranquila.

IX.

Krasna habitaba en una magnífica y fuerte alquería, sobre una eminencia á dos leguas del mar, en la parte sur de la isla, servida por esclavos tártaros.

X.

La alquería era un verdadero alcázar oriental.

Habitaciones de muros labrados, dorados y matizados, cubiertos de hermosas cúpulas y adornados por velos de seda y oro en las altas ventanas por donde entraba una luz ténue: magníficos tapices cubriendo las puertas: alfombras de Persia y pieles de tigre y de leon estendidas sobre los pavimentos de brillante mosaico: blandos divanes de damasco y de púrpura: perfumeros de oro en que ardian perpétuamente resinas de olor fragante: fuentes murmuradoras: jardines sombreros con bellos estanques: muros fuertes al exterior rodeados por un profundo pozo y guardados por un centenar de bravos tártaros; hé aquí el magnífico retiro de Krasna, hija maravillosa del formidable Cristian Karuk.

XI.

Era extraño que con tanta y tan maravillosa hermosura realizada por los magníficos trajes y las brillantes joyas que siempre llevaba Krasna sobre sí, apareciese ésta de continuo tan séria, tan grave, tan insensible.

Atribuíase esto por los jóvenes griegos más hermosos, más bravos y más ricos de la isla que amaban á Krasna sin atreverse á demostrárselo, á una soberbia infinita, de que segun el dicho de los viejos de la isla, habian adolecido siempre los de la familia Karuk.

XII.

Esta familia, podia decirse imperaba en Corfú desde cien años antes, en que un Karuk acaudillando algunos centenares de bravios montañeses del Cáucaso, habia desembarcado apoderándose de la isla en una campaña de quince dias, é imponiéndola su dominio.

Los griegos degenerados no habian podido resistir aquella invasion, y se habian sometido cobardemente.

La familia Karuk, podia decirse que habia hecho un pequeño reino suyo de la isla de Corfú:

XIII.

Por otra parte, Cristian Karuk, despues de haber sometido á la isla, ni se habia llamado su rey, ni la habia azotado con exacciones ni tiranías.

Los de Corfú se habian encontrado con un señor muy sério, muy grave, muy pálido, que tenia el aspecto más terrible del mundo, y que sin embargo, los gobernaba en justicia, no les exigia más tributos que los que podian pagar, y los defendia de las irrupciones de los piratas.

XIV.

Cristian Karuk habia llevado consigo, como toda su familia, un hijo y una hija.

A la muerte de Cristian, el hijo continuó gobernando la isla, y un dia partió, dejando encomendado el gobierno de la isla á su hermana.

El ausente no volvió, y á los tres años, su hermana que no habia amado á ninguno de los naturales, contrajo matrimonio con un extranjero que no se sabia de dónde habia ido.

XV.

La familia dominadora no creció, no se extendió: sus hijos salían de la isla y no volvían á aparecer: sus hijas se casaban siempre con un extranjero que pasaba á ser el gobernador de la isla.

XVI.

Se comprendía que la familia tártara no quería mezclarse con la raza griega, y un profundo misterio envolvía el origen y la manera de ser de los Karuk.

Krasna, pues, estaba rodeada como todas las mujeres de su familia, de este misterioso prestigio.

Hacia dos años que su padre había partido á la guerra del Turquestan, y sin embargo de que Krasna había quedado sola, se la obedecía como se había obedecido á su padre, y ninguno de sus numerosos apasionados se había atrevido á manifestarla su amor.

XVII.

Una tarde de verano, después de la puesta del sol, Krasna, impasible, seria y silenciosa, paseaba á gran distancia de su alquería, por el camino que perdiéndose entre un bosque de naranjos y limoneros, conducía á ella.

Era la tarde apacible, el viento fresco, y ni una sola nube manchaba el radiante cielo de la Grecia.

La luna creciente, se levantaba lánguida y pálida, casi borrada por el resplandor fuertemente rojizo del sol que acababa de trasponer.

Krasna hizo detener á sus esclavos, y adelantó sola, yendo á reclinarse junto á una fuente al pié de un limonero enano.

Lentamente los últimos reflejos del sol se fueron apagando

en el horizonte, y la luna fué creciendo en luz y en color, siendo por último la única blanca y lánguida luz que alumbraba á la noche.

XVIII.

Krasna estaba sola: nadie podía verla: todo inspiraba en torno languidez y molicie, y el semblante de la jóven fué perdiendo lentamente sin duda porque estaba segura de que de nadie podía ser observada, su dureza habitual y su expresion glacial.

Era tal vez que la bravía raza de los Karuk se dejeneraba, y que en Krasna la dureza y la frialdad no eran la manera constitutiva de su sér, sino una expresion artificial que sostenia por una costumbre de familia.

La verdad es, que al poco tiempo de estar reclinada Krasna sobre el césped, al pié del limonero, la dura tension de los músculos de su semblante se dulcificó, brilló en sus ojos una mirada ardiente y como concentrada en un recuerdo dulce é íntimo, y se notaron en ella las señales de la atencion y de la impaciencia.

XIX.

Pasó aún algun tiempo, y de improviso la mirada de Krasna que estaba abstraída y melancólicamente fija en la luna, se apartó de la bella lumbrera de la noche, y se fijó en un oscuro fondo del bosque, al mismo tiempo que su cabeza se erguia en un movimiento de profunda atencion, sonreian sus lábios, y se iluminaba con una inefable alegría su semblante.

XX.

Poco despues, Krasna se incorporó, se alzó por último, y se dirigió en paso rápido hácia el oscuro fondo del bosque donde habia tenido fija su mirada, y desapareció por él.

En aquel momento se oyó por la parte de abajo del sendero el galope de un caballo, y luego apareció el guerrero, pálido, sombrío, con apariencias de espectro, que había construido el castillo rojo al levante de la isla.

Avanzó rápidamente, y llegó al lugar donde habían quedado esperando á Krasna sus esclavos.

XXI.

—¿A dónde vas y de dónde vienes? dijo con voz terrible el tártaro jefe de los esclavos de Krasna.

—Yo soy Kaivar el Resucitado, dijo con voz sepulcral el ginetete, y vengo á traer á Krasna la última voluntad de su padre Cristian Karuk, mi hermano de armas, muerto á mi lado en las gargantas del Kurdistan.

—¡Muerto! exclamó el jefe tártaro.

—Sí, contestó con voz más lúgubre aún Kaivar: rasgad vuestras túnicas blancas y rojas que no agradan á los muertos; cubríos con mantos oscuros como las noches lóbregas; procurad que la sombra irritada de vuestro señor no se os presente en sueños: llevadme ante todo á la presencia de Krasna; que ella oiga de mis lábios las últimas palabras de su padre, que arroje sus galas, que envuelva en oscuridad su hermosura, en honra á su padre.

—Esta no es hora de ver á la poderosa Krasna, dijo el jefe de los esclavos; ella reposa, y su sueño es para nosotros tan sagrado, que por nada la despertaremos.

—¿Y dónde reposa vuestra señora? dijo Kaivar: su morada que se vé en lo alto desde la ribera, aún está lejos de aquí; ¿qué haceis vosotros á esta distancia y esperando, si es verdad que vuestra señora reposa en su lecho allá en su morada de la altura?

—¿Y quién eres tú, dijo el jefe tártaro, para preguntarnos como si fueras nuestro señor?

—Yo traigo conmigo, respondió Kaivar; la autoridad de vuestro señor; y en prueba de ello, mirad.

Kaivar pasó su lanza á la mano izquierda, se quitó la ma-

nopla de la mano derecha, y mostró al jefe tártaro una gruesa sortija con una gran esmeralda rodeada de rubíes.

Al ver aquella sortija, el jefe tártaro cruzó los brazos sobre su pecho, inclinó humildemente la cabeza, y dijo:

—Cuando partió nuestro señor para la guerra, me llamó y me dejó oír estas palabras: «Nossur, el guerrero no es fuerte sino porque Dios le presta su poder: sobre la cabeza de los que combaten vuela siempre la muerte, y cuando el escudo de Dios no les cubre, la muerte se precipita sobre ellos, los hace su presa, y los arrebató consigo: esta esmeralda rodeada de rubíes, es el signo de dominio de los Karuk: aquel que la muestre en su dedo del corazón de su mano derecha, es vuestro señor, y le debéis respeto y obediencia; porque ó más fuerte ó más astuto que yo, me habrá exterminado porque Dios lo haya querido, para conquistarla, ó se la habré entregado yo por mi libre y perfecta voluntad: yo parto, y no sé si volveré, porque Dios solo conoce lo porvenir: durante mi ausencia, obedeced ciegamente como me obedecéis á mí mismo, á mi hija Krasna; pero si un día se os presenta un hombre teniendo esta esmeralda rodeada de rubíes en el dedo del corazón de su mano derecha, á él será á quien obedecereis, aunque os mande la muerte de Krasna mi hija querida.» Después de esto, continuó Nossur, Cristian Karuk nuestro señor partió: tres años han pasado desde el día en que se apartó de nosotros, y ninguna noticia suya hemos tenido, hasta ahora que te presentas tú trayendo en el dedo del corazón de la mano derecha, la esmeralda rodeada de rubíes que es el signo de dominio de los Karuk. Así pues, nosotros, te reconocemos por nuestro señor, te respetamos y te obedecemos.

—Llevadme, pues, á la presencia de la hermosa Krasna, dijo Kaivar poniéndose de nuevo la manopla y empuñando su fuerte lanza.

—La hermosa Krasna ama á la luna, y vaga por el bosque mientras la luna brilla en los cielos: nosotros, señor, no sabemos dónde Krasna está.

Kaivar no contestó, pero desmontó, entregó su caballo y su lanza á uno de sus esclavos, y acercándose á Nossur le dijo:

—Lo que vamos á hablar, no debe oírlo más que el aire de la noche: apártate conmigo y hablemos donde de nadie podamos ser escuchados.

Y saliendo del sendero, se entró por entre los árboles.

XXII.

Nossur le siguió, y cuando estuvieron en una espesura, Kaivar se detuvo y dijo:

—Cuando una mujer deja atrás sus esclavos y adelanta sola despues de haber mandado á sus esclavos que no la sigan, es porque no quiere hacer á sus esclavos testigos de sus acciones. ¿Y qué otra cosa puede ocultar una mujer como Krasna, más que un amor que pueda avergonzarla? Krasna ama sin duda á un hombre indigno de ella, y tú debes conocer á ese hombre, porque un esclavo conoce sin quererlo los secretos de su señor.

—Tú posees la esmeralda rodeada de rubíes, y debes saberlo todo, dijo Nossur; yo voy á revelarte lo que sé, lo que en silencio he averiguado por amor á mi señora. Krasna ama: ama á un griego corsario desde hace mucho tiempo, y desde hace mucho tiempo, todas las noches en que brilla la luna sale de su morada en el momento en que la luna aparece por el oriente, llega con nosotros hasta el sitio donde nos has encontrado, nos manda esperar, se pierde á lo largo del tortuoso sendero, y no vuelve á aparecer hasta que la luna se oculta en el occidente.

—Krasna se ha olvidado de lo que debe á su altiva progenie, partiendo su amor con el de un hijo de la raza vencida, dijo lúgubre mente Kaivar.

—Estanislao Kanmo es un héroe terror de los mares, dijo profundamente Nossur; es hermoso como el sol cuando aparece en una clara mañana de la estación de las flores, y sus tesoros son tantos, que puede rodear de naves la isla de Corfú.

—Los fuertes no son fuertes sino porque Dios lo quiere: los hombres que son hermosos como una mujer, no pueden ser héroes: el héroe vive para el combate y para la gloria, y el polvo del campo de batalla ó el huracan de los mares destruyen la

hermosura, que solo sirve para excitar el amor afeminado de las mujeres impuras. La tártara hija de la raza Karuk, encuentra únicamente la hermosura en el rostro del hombre en quien la costumbre de exterminar ha dejado impresa la expresion del exterminio y la lívida palidez de la muerte: Kanmo morirá por el amor de Krasna, como muere el imprudente que bebe un tósigo, y Krasna perecerá, ó vivirá avergonzada de sí misma, indigna de ser la hija, la esposa y la madre del héroe tártaro. Tú que has sorprendido los amores de tu señora, ponte sobre el rastro de su huella, y guíame hasta el lugar solitario donde Krasna y Kanmo ocultan entre el misterio y el silencio de la noche sus vergonzosos amores.

Kaivar hizo con su brazo cubierto de hierro una señal de marcha, y Nossur, sin contestar una palabra, partió atravesando el bosque, saliendo al sendero por el mismo sitio donde al pié de un árbol habia estado reclinada Krasna, y se detuvo en aquél lugar.

—¿Alcanza tu vista á ver á la luz de la luna, la yerba doblegada y marchita que deja conocer que sobre ella ha pesado durante algun tiempo un cuerpo humano?

—Sí, dijo Kaivar, mis ojos son perspícaes como los de un águila.

—¿Percibes una leve fragancia deliciosa que hace recordar la fragancia que se exhala del hermosísimo cuerpo de Krasna?

—Yo no aspiro más que el olor de la sangre de la carne despedazada, dijo Kaivar: el perfume de las mujeres solo lo perciben los débiles esclavos que se aduermen á sus piés.

—Cuando tú te hayas acercado á Krasna, cuando hayas saboreado la fragancia de su aliento y de su sér, no la olvidarás nunca; la sentirás cuando pases por donde ella haya pasado, como la percibo yo, para quien no hay olor más delicioso que el de la sangre y el carnaje de la batalla. Un tártaro es siempre un lobo; pero el lobo tiene muy finos los vientos y lo percibe todo, sin que por eso deje de ser feroz y carnívoro: yo como un lobo, puedo seguir y seguiré la huella de Krasna, guiado por la fragancia que trás sí deja; y si eso no bastara, señor, ¿no ves sobre el césped marcada la huella de sus pequeños piés?

—Mi vista se pierde en las penumbras, dijo Kaivar.

—Las penumbras tienen bastante luz para mí, replicó Nossur, y porque lo veas, voy á llevarte á buen paso sin vacilar un momento hasta el lugar donde se encuentre Krasna.

XXIII.

Y Nossur partió á buen paso hácia el oscuro fondo por donde algun tiempo antes habia desaparecido Krasna, seguido de cerca por Kaivar.

Y siguieron andando, andando siempre de prisa, de una manera nerviosa, apagándose sus pisadas sobre el tupido césped, como dos sombras, la una blanca y la otra negra, ya bajo la luz de la luna, ya por entre la densa lóbreguez de las espesas enramadas.

XXIV.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha, llegó leve, perdido, casi fantástico, hasta ellos, el sonido dulce y cadencioso de una guzla que acompañaba á una dulce y lánguida voz de mujer que cantaba una balada tártara.

XXV.

Por la primera vez de su vida, aquel hombre que parecia un espectro, que tenia el terrible sobrenombre de el Resucitado, en cuyo semblante, como él habia dicho, habian quedado impresas la expresion del exterminio y la palidez de la muerte, se estremeció como no se habia estremecido jamás: sintió un terror vago, como el del guerrero indomable, que jamás vencido, presiente una derrota.

Aquella voz que cantaba, que suspiraba, que gemía, que lanzaba de sí un perfume embriagador, enlanguidecía su corazón, enloquecía su pensamiento, le atraía como dicen que

atraía á los antiguos navegantes el canto de las sirenas á las sirtes procelosas.

Para Kaivar aparecía de repente una nueva vida: la vida del amor con todas sus ardientes y dulces sensaciones; con su blanda languidez; con su dulce inquietud; con sus aspiraciones; con sus sueños; con sus delirios; con la idealización; con la divinización de una mujer transformada en ángel por la imaginación y la voluptuosidad.

El amor blando, persuasivo, incitante, traidor, empezaba á domar la sombría y terrible alma del guerrero tártaro, del hermano de armas de Cristian Karuk, á quien éste había legado al morir sobre el campo de batalla con su esmeralda rodeada de rubíes el dominio de la isla de Corfú, y la posesión de su hija Krasna, para que hiciera de ella, no la esposa dulce y regalada del amor, sino la madre bravía de un nuevo héroe tártaro.

El hasta entonces indomable Kaivar, á los pocos instantes de haber escuchado la voz y la guzla de Krasna, se sintió herido con el dolor de quien recibe en el corazón el frío del acero que una mano invisible le clava por la espalda, y lanzó una exclamación, que empezó en un rugido y acabó en un suspiro.

—¡Ah! dijo el astuto Nossur, el tigre se convierte en gacela; apenas has oído el eco lejano de su voz, y ya la amas: cuando la hayas visto; cuando tus ojos hayan cegado al resplandor de su hermosura; cuando por tus oídos haya penetrado como un tósigo de muerte, el acento delicioso de su voz pura; cuando te haya embriagado el perfume de su aliento y de sus cabellos; cuando hayas mirado la mirada tranquila de sus ojos celestes como el oscuro cielo que nos cubre, enloquecerás desesperado: porque aquellos ojos no te mirarán como miran á Kanmo; porque aquella boca de delicias no te sonreirá como á Kanmo sonreie; no te dejará sentir su perfumado aliento de fuego como lo siente Kanmo: enloquecerás y serás impotente; rugirás de rabia y no podrás vengar tu rabia; te arrastrarás á sus pies sin conseguir que su fría mirada se ilumine con el fuego del amor; y si ella para acabar de condenarte á un infierno sin esperanza, te dejase ver en un solo relámpago todo lo ardiente, todo lo hermoso, todo lo enamorado de su alma, entonces comprenderás cómo un rey del mar, cómo un pirata sin piedad, cómo un hé-

roe que ama el horror de la batalla, puede dormir enlanguidecido, sumergido en un mar de delicias, olvidado de la gloria por el amor.

XXVI.

Toda esta ardiente y entusiasta perorata que Nossur habia pronunciado con acento trémulo como el de un hombre apasionado sin esperanza de una mujer que le enloquece, y sin dejar de andar de una manera rápida, habia sido un discurso completamente inútil, porque Kaivar no habia oido ni una sola de sus palabras.

Tanto hubiera valido que Nossur hubiera guardado silencio.

Esto se explicaba perfectamente, porque á medida que adelantaban se hacia más clara, más perceptible, más tentadora, la dulce y lánguida voz de Krasna, y esta tenia sobre el alma de Kaivar una influencia que no podia tener la voz de Nossur.

XXVII.

Llegaron al fin á un lugar en que el bosque dejaba descubierta un espacio de gran extension.

Cerca del lugar á donde habian llegado los dos tártaros, se extendia una pequeña laguna tersa y trasparente, alimentada por un arroyo que caia en ella desde lo alto de unas peñas, produciendo un ruido monótono: la luz de la luna argentaba bellamente la tersa superficie, y emblanquecia un lindo templete árabe con cúpula dorada, colocado en medio de la laguna, y al cual se llegaba sobre ella por un puente de madera.

XXVIII.

Kaivar se detuvo antes de llegar al puente, y cuando estaba envuelto aún en la sombra que proyectaban los árboles,

Sus negros y feroces ojos, que antes de haber sentido la voz de Krasna solo habian dejado ver una mirada torva y glacial, ardian con el fuego opaco de la fiebre.

Su boca, de lábios lívidos, orlada de una espesa barba negra, temblaba.

Su cuerpo todo se estremecía, inclinado hácia el pabellon de donde emanaba el dulce, el embriagador canto de Krasna.

Nossur miraba sonriendo de una manera fria la conmocion del terrible jefe tártaro.

—¿Por qué no llegas? dijo Nossur; ¿por qué no entras? ¿por qué no exterminas al infame, al degenerado guerrero que se adormece á los piés de Krasna, olvidándose por ella de sus dias de exterminio y de gloria?

Kaivar no pudo menos de escuchar las palabras de Nossur, porque eran la traduccion de su propio pensamiento.

—No, no, dijo con la voz opaca y temblorosa, bajo la cual se adivinaba una cólera tremenda: quiero verlos sin que ellos me vean: los arcos de ese pabellon están cerrados por vidrieras de colores, y dentro arde una lámpara: quiero llegar á ese pabellon por la parte de la sombra, y envuelto en ella, ver sin ser visto: quiero sorprender descuidada á Krasna: quiero ver cómo mira, cómo sonríe á ese hombre. Demos la vuelta, esclavo.

Y Kaivar se puso apresuradamente en marcha, siguiendo la orla de sombra de los árboles y acompañado de Nossur, hasta que llegó al borde de la laguna, frente á la parte de sombra del pabellon.

XXIX.

—Espera aquí oculto entre los árboles, dijo Kaivar; yo voy á llegar hasta el pabellon.

—Tus armas, señor, son muy pesadas, dijo Nossur, y la laguna es profunda; deja que yo te despoje de tus armas.

—¿Qué seria de un guerrero, si no pudiese atravesar á nado un rio con sus armas de pelea? dijo Kaivar rechazando rudamente á Nossur.

Y tras estas palabras llegó á la laguna, entró hasta que el agua le llegó á la cintura, y luego se tendió silenciosamente, y silenciosamente nadó; pero de una manera rápida y vigorosa: llegó en pocos segundos al pequeño islote donde se levantaba el pabellon, tomó tierra, y se acercó á una de las esbeltas, altas y rasgadas ventanas cerrada por una lindísima vidriera de colores, miró á través de uno de sus vidrios, y vió....

XXX.

El interior del pabellon quedó perfectamente ignorado para Kaivar, porque toda su atencion se concentró en un grupo que muy cerca de la vidriera, desde la cual observaba el tártaro, se veia.

Aquel grupo le componian un hombre y una mujer.

La mujer era Krasna: el hombre Estanislao Kanmo.

Los ojos y el alma de Kaivar prescindieron de Kanmo para fijarse en Krasna.

Kaivar se sintió morir: enloquecido ya por el canto de Krasna, la vista de su hermosura llevó su delirio hasta un extremo incalculable.

Krasna en aquella situacion, embellecida por el amor y la felicidad y abandonándose á ella en medio del misterio, era más que una mujer; era la representacion viva de ese sér soñado en que presentimos al ángel.

Su cabeza, de un corte y de una gracia encantadoras, dejaba caer de sí un tesoro de cabellos dorados, sedosos y brillantes, multiplicados en largos y lánguidos rizos, que formaban con su frente, con sus megillas, con su garganta y con sus curvos, ámplios y mórvidos hombros, completamente descubiertos, el bello contraste del oro sobre el marfil; el alto seno de Krasna estaba pudorosamente velado por una especie de camisa de brocado de raso y plata, prendida solamente en el nacimiento del seno por un broche de rubies, única joya que tenia sobre sí Krasna.

Por entre las anchas mangas de aquella especie de camisa ancha, trasparente y vaporosa, se veian sus brazos, semejantes

en el color y en la tersura al nácar, terminados por dos pequeñas manos que se ocupaban en tañer una pequeña guzla de ébano con incrustaciones y cordaje de oro: bajo esta camisa sutil de gasa de seda entretegida de plata, se trasparentaba sobre el pecho y hasta la cintura y hasta el nacimiento de los brazos, una jaquetilla de brocado de escarlata y oro, bajo cuya abertura se veía la camisa interior de finísimo lino, sujeta por un ceñidor de oro, tan reducido como el hueco formado por los dedos pulgar é índice de dos manos unidas: en este ceñidor se veía sujeto un precioso puñal con empuñadura de marfil y cruz y vaina de oro, ni tan pequeño que fuese un arma inútil, ni tan grande que fuese ridículo puesto en la cintura de una mujer: de este ceñidor nacía una doble falda de brocado azul y plata, y bajo ella asomaba un pié completamente desnudo, pequeño, mórvido, nacarado, junto al cual estaba abandonada una pequeña babucha de brocado azul y plata, bordada de perlas.

Krasna estaba reclinada en cogines sobre la alfombra, apoyada en el borde de un divan, de frente al rostro de Kanmo, que vestido con un sencillo traje griego de montar, estaba completamente tendido en el divan, apoyada la cabeza en uno de sus brazos, con la mano perdida entre su voluminosa cabellera, negra y rizada, fijando con delicia una mirada adormecida en los hermosos ojos de Krasna, que le acariciaban, le daban un amor infinito, le envolvían en la mágica irresistible de un alma enamorada con un amor tan puro, tan inmenso, y tan profundo, como el firmamento azul de aquella noche tranquila.

Kaivar rujía sordamente, como un león herido y encadenado que no puede romper las ligaduras que le sujetan, y vé á través del ramaje la presa tranquila y descuidada, á la que no deja oír su poderoso rugido por no ahuyentarla.

Lo que encadenaba el alma enérgica y terrible de Kaivar, era la fascinación que le hacía sentir Krasna.

La misma intensidad de la rabia que le causaba el espectáculo de la tranquila y completa felicidad de Kanmo: la misma pureza de aquel amor que se alimentaba en sí mismo, y de sí mismo se satisfacía.

Kaivar que nunca había comprendido el amor, le compren-

dia, conociéndolo envuelto en toda su belleza, en toda su sublimidad.

Aquel griego enérgicamente moreno, pero enérgicamente hermoso, no era para él el hombre afeminado á quien puede considerarse sumergido en la molicie, enervado por la voluptuosidad: era el hombre de gran corazon; el soldado de combate que descansa aspirando un amor sublime junto á una mujer ideal, sin olvidarse de que lejos de ella le esperan el combate y el peligro.

Por la primera vez, el tremendo Kaivar experimentó á la vista de un hombre un terror instintivo. Parecíale que aquel hombre á quien favorecia de una manera tan suprema el amor, debia favorecer de una manera decidida la victoria.

Y sin embargo, Kaivar juró á Dios y al infierno, con la mano puesta sobre su puñal, exterminar sin miedo de ser exterminado, á aquel hombre que gozaba de una felicidad, por un solo momento de la que hubiera él cambiado sus recuerdos de triunfo, todas sus aspiraciones de gloria.

XXIX.

Krasna, que cuando Kaivar despues de haber tomado un baño se habia puesto en observacion detrás de la vidriera, habia seguido cantando su balada de amor, dejó poco despues de cantar, y puso lánguidamente la guzla sobre la alfombra.

Por un momento, los dos amantes continuaron mirándose en silencio, bañados por la dulce luz de la lámpara que pendia del centro de la cúpula dorada del pabellon.

—Mucho me temo, dijo suspirando Krasna, con una voz que hacia encantador su acento de lánguido y dulce cansancio, mucho me temo que estemos próximos á despertar de nuestro hermoso sueño de amor.

—Yo no despertaré de él sino para dormir el eterno sueño de la muerte, dijo sombríamente Kanmo.

—No, dijo Krasna; tu alma, tu vida, tu pensamiento, tu sueño, como tu amor me llama, no existe más que para tí: ¿no es nuestro amor puro, como el beso de un niño á su madre? ¿no

somos con nuestro amor los seres más felices de la tierra? ¿no me has dicho tú, que nuestra felicidad deben envidiarla los ángeles? ¿puede perecer un amor como el nuestro? ¡Ah! ¡no! tú sabes que no: cuando llegue el esposo á que mi padre moribundo me ha destinado, solo tendrá en mí una estatua fría, una mujer silenciosa, una sumision altiva: tendrá la posesion de la mujer, la matrona tártara que se sacrifica á la altivez de su raza: nunca la amante; nunca la hermana. Desde que ese hombre llegue, tu partirás de Corfú; tu irás á buscar á tus parientes de la Jónia; á vivir entre ellos: las quillas de tus naves no volverán á surcar nuestras aguas, ni yo esperaré más desde mis terrados la aparicion de sus blancas velas en el horizonte: yo viviré triste, sombría, inmóvil, encerrada dentro de mi alma, porque dentro de mi alma te encontraré siempre; porque en ella estarás siempre presente para mí. Y yo creo, que si tocáramos con un solo pensamiento impuro nuestro amor, le mataríamos; yo creo que nadie ni nada puede matar nuestra felicidad.

Y los ojos de Krasna, como para desmentir sus palabras, se llenaron de lágrimas.

XXX.

Por un momento, Kanmo miró en silencio y de una manera profundamente conmovida á Krasna.

—Tú lloras; tu amor pretende engañarme, como si mi alma no sintiera lo mismo que siente la tuya.

—El destino nos separa, dijo Krasna, pero no separará nuestras almas que se amarán siempre.

—Pero tú no puedes ser de otro hombre, dijo Kanmo; tú no puedes ser esposa de ese hombre á quien tu padre moribundo ha querido que te enlaces; tú no le amas, tú no puedes amarle: una mujer digna y pura, se veria reducida á los tormentos del infierno, perteneciendo á un hombre á quien no amase.

—Yo lo sacrificaré todo á mi raza, y á la voluntad de mi padre, cuya sombra se levantaria irritada contra mí, si sus nietos dejasen de ser tártaros.

—Tú morirías, Krasna, tú sueñas; tú no podrias apurar el sacrificio: el amor de ese hombre, con quien tu padre ha querido que te enlaces, te mataría. No, tu padre no ha podido comprender hasta qué punto seria horrible para tí la pérdida de tus esperanzas, la desgracia de tu amor. Tú te obstinas en respetar la voluntad de tu padre, en sostener tu raza, en hacer dueño de tu hermosura á un guerrero feroz, salido por la primera vez de las montañas del Cáucaso: yo permaneceré en la inaccion, me alejaré de Corfú, me trasladaré á la Jónia; pero iré con mis naves á buscar el peligro, á provocarle; á encontrar la muerte para descansar, para librarme de mi desesperacion.

XXXI.

Krasna miró con espanto á Kanmo.

El jóven habia dicho sus últimas palabras de una manera tranquila, pero espantosa.

En aquellas palabras habia presentado la muerte Krasna.

Su mano buscó una mano de Kanmò, y la estrechó contra su corazon.

—Late de terror, dijo Krasna; le siento helado, es verdad, Kanmo; yo no puedo pertenecer á otro hombre que á tí; ¿pero sabes cuál es nuestra situacion?

—¡Y qué importa! nuestras almas se romperán al separarse: al mediar entre nosotros un hombre aborrecido, moriremos desesperados, pero sin luchar, sin haber procurado vencer la desgracia.

—Kaivar el Resucitado, dijo Krasna, es un guerrero formidable y poderoso.

—¿Pero tú le conoces? dijo Kanmo con acento amargo y celoso.

—No; jamás le he visto: tengo noticias de él: hace un año, un buque negro llegó á nuestras playas, y de él saltó á tierra un viejo guerrero tártaro, antiguo servidor y continuo compañero de mi padre: «Krasna, me dijo cuando estuvo delante de mí; has quedado completamente huérfana: tu madre murió al darte á luz, y tu padre acaba de sucumbir como un héroe, en

batalla, cómo muere el león, rodeado de enemigos despedazados: tu padre ha sobrevivido algunas horas á sus heridas, ha tenido tiempo de espresarme su última voluntad, y de mandarme que te la traiga y te ordene en su nombre una ciega obediencia.»

—Escucho las palabras de mi padre que tú me traes, dije á Zincar, sobreecgida por aquella noticia.

—Tu padre no quiere que tu raza se extinga, me contestó Zincar, y te ha elegido un noble esposo entre sus compañeros de armas.

—¿Y quién es el esposo á que me ha destinado mi padre? dije helada de terror, porque ya te amaba, Kanmo, como te amo ahora.

—Kaivar, me contestó con acento solemne Zincar, es el brazo exterminador que siempre tiene levantada sobre sus enemigos su espada sangrienta: Kaivar es un poderoso jefe de tribu que acaudilla por centenares á sus invencibles tártaros: Kaivar inspira á todos los que le conocen un respeto con el cual vá siempre unido el terror.

—¿Tan formidable es ese guerrero? pregunté á Zincar.

—Hay quien cree que no es un hombre, sino un muerto resucitado, y el Resucitado le llaman; y en efecto, hace dos años, al espirar con el día una sangrienta batalla, los tártaros de su tribu le vieron tendido, atravesado de profundas heridas, muerto en fin: le levantaron del campo de batalla, le llevaron á su tienda, donde le colocaron en un lecho de honor y le tuvieron por muerto; pero á la media noche, los tártaros que habian quedado velando el cadáver, salieron despavoridos de la tienda: Kaivar habia abierto primero los ojos, se incorporó luego, y preguntó á los que le acompañaban, qué era aquello: por último, recobrados de su terror los que habian huido, acudieron á la tienda de Kaivar con sus guerreros, se cuidó de Kaivar, y despues de muchos dias se restableció de sus heridas y recobró sus fuerzas, pero no el color de su semblante, que quedó pálido como el de un cadáver; por eso le llaman Kaivar el Resucitado, y todos le miran con un terror supersticioso. Por lo demás, Kaivar es rico, fuerte y valiente, y es en fin, un digno esposo de la hija de Cristian Karuk.

—¿Y es la voluntad de mi padre, que yo me una á ese guerrero? pregunté á Zincar alentando apenas.

—Sí, contestó Zincar, tu padre te manda por mi boca ser esposa de Kaivar, so pena de su maldicion.

Yo callé, y doblé la cabeza abatida.

Las mujeres tártaras, Kanmo, somos esclavas de nuestra familia: no se nos mira ni se nos aprecia más que como medios de sostener la raza: cuando la hemos dado hijos robustos, hemos hecho cuanto podia esperarse de nosotras: hemos cumplido nuestro destino, tanto mejor, cuanto más hijos varones hemos dado á nuestra tribu: no se comprende ni se puede comprender, por nuestros parientes, que tengamos un corazon que ame ó que aborrezca: si una tártara se negase á contraer un matrimonio prescripto por sus parientes y amase á un extranjeró, el extranjeró y ella serian exterminados por la venganza de la tribu.

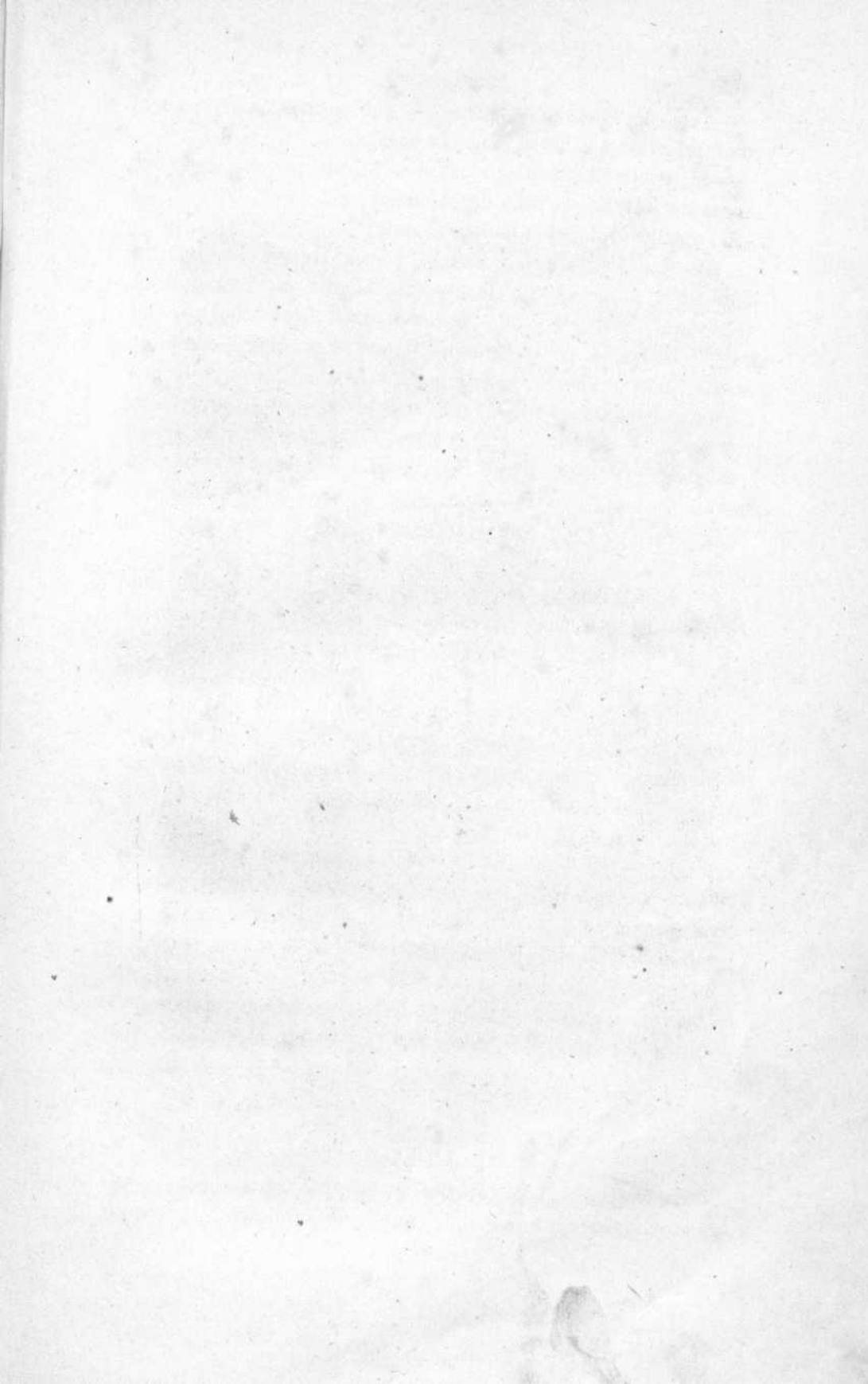
—Yo te amaba, y temblé por tí: sabia que el hombre que se me habia destinado por esposo, no se me presentaria hasta un año despues de la muerte de mi padre, y he callado durante ese año, guardando para mí sola el dolor, y dejándote gozar del sueño de nuestros amores. Pero el año se ha cumplido; ese hombre se acerca ya á nosotros; mi odio y mi despecho le sienten; es necesario que nos separemos, Kanmo; es necesario que mi horrible destino se cumpla sin que tú seas envuelto por él.

—¿Y por qué sacrificar á un bajo y miserable miedo la felicidad de nuestra vida? ¿qué puedes tú temer teniéndome á tu lado? ¿acaso si los tártaros de tu tribu son terribles, no son terribles también mis bravos corsarios, mis tigres del mar?

—Sería inútil: si la resistencia que les opusiéramos fuera tal que no nos pudieran vencer, la traicion acecharia nuestros pasos, y nos inmolaria cuando nos creyéramos más felices.

XXXIII.

En aquel momento, Kanmo se incorporó, puso la mano sobre la empuñadura de su sable, que tenia junto á sí, y clavó su





SENTAOS, DIJO KAIVAR CON VOZ RONCA.

mirada terrible en una sombra negra que habia aparecido en la puerta, interceptando la luz de la luna.

Al ver aquella sombra, Krasna y Kanmo se pusieron de pié, y en la mano del corsario griego lució su ancho sable damasquino.

La sombra que habia penetrado en el pabellon adelantó, y dejó ver á Kaivar, que extendió de un modo tranquilo su brazo hácia los dos amantes.

—Sentaos, dijo Kaivar con voz ronca y dominadora, sentaos y escuchad.

—¿Quién eres tú? dijo Kanmo, poniendo á sus espaldas á Krasna y dando un paso hácia Kaivar.

—Yo soy Kaivar el Resucitado, dijo el jefe tártaro; yo soy el esposo á quien Cristian Karuk ha destinado la hermosa Krasna, la de la frente de marfil y los cabellos de oro.

El semblante de Krasna se habia transformado, se habia endurecido; habia dejado de ser la niña pura y candorosa en cuyos ojos ardía el amor.

Kaivar la desconoció.

Kaivar comprendió lo que Krasna seria siendo su esposa, y se estremeció.

—Los oídos de un tártaro lo oyen todo, continuó Kaivar; conozco vuestro amor, y no seré yo el que ceda á la bajeza de decir amores á una mujer que no puede amarme, ni á hacer mio el cuerpo de una mujer cuya alma es de otro hombre; pero no cederé tampoco á ningun hombre la mujer á quien se ha mandado sea mi esposa: tu raza y la mía se han extinguido, Krasna; tu morarás en mi castillo; pero nunca el esposo pisará los umbrales de la cámara de la esposa: el jefe tártaro no cederá á la vileza de dejarse arrebatar su compañera, ni tocará á un solo cabello de la mujer que no le ama. En cuanto á tí, añadió dirigiéndose á Kanmo, sal de aquí, sal de Corfú, aléjate, y que el nuevo día te encuentre en la mar: no vuelvas nunca á Corfú; porque tu vuelta excitaria mi recelo y mi cólera, y caeria terrible sobre las cabezas de vosotros. No me repliques una palabra; yo soy aquí el señor: vete.

Kanmo miró con una terrible expresion de desprecio á Kaivar, y le dijo:

—El Señor será el que venza.

Y adelantó hácia Kaivar.

—¡Vete! replicó Kaivar permaneciendo inmóvil y sin poner mano á su espada.

—Vete; aléjate, dijo Krasna lanzando una rápida mirada á Kanmo: la vírjen tártara está delante del esposo á que su padre la ha destinado: vete, y no vuelvas.

Kanmo miró de una manera desesperada á Krasna, y como dominado por su mirada, por su actitud y por su acento, envainó su sable, abarcó en una terrible mirada á Kaivar, y salió rígido y sombrío.

—No volverá, dijo Krasna: en cuanto á tí, vete tambien: no es este el lugar donde la hija de Karuk ha de recibir á su esposo. Mañana, cuando el sol aparezca en el oriente, me encontrarás esperándote á la puerta de mi casa. Adios.

Y Krasna salió ríjida y sombría como Kanmo, atravesó el puente, y se perdió entre los árboles.

—¡Oh! ¡maldito sea el momento en que resucité! murmuró Kaivar.

Y salió triste, abatido, preocupado, del pabellon, y acompañado de Nossur, volvió al sitio donde habia dejado su caballo, montó en él, y se alejó.

Durante lo que quedaba de noche Kaivar hizo galopar constantemente á su caballo, hasta el momento en que habiendo aparecido el sol en el horizonte, avanzó á la carrera hácia la casa de Krasna.

XXXIV.

Krasna le esperaba magníficamente ataviada, y deslumbrantemente cubierta de joyas, entre sus doncellas esclavas, con su guardia tártara extendida en dos alas á derecha é izquierda, y rodeada de los principales habitantes griegos de la isla de Corfú, que habian sido avisados.

Pero Krasna era entonces la hermosura severa, fria, rígida, de mirada inmóvil.

No era la hada fascinadora que Kaivar habia visto junto á Kanmo.

El bravío jefe tártaro se heló de espanto.

Comprendía todo lo que podía esperar de Krasna, y se sentía cobarde ante el sacrificio á que se veía obligado.

Porque pensar en que el tártaro desistiese de un compromiso aceptado y dejase á Krasna en libertad de gozar tranquilamente de sus amores con Kanmo, era pensar en un imposible.

Kaivar se revistió de una impasibilidad tan glacial como la que veía en Krasna, saltó de su caballo, y le entregó á Nossur, que como jefe de los esclavos y de la guardia tártara de Krasna, habia salido á su encuentro.

XXXV.

Kaivar adelantó hácia la jóven, y se detuvo á alguna distancia de ella.

—¿Eres tú Krasna, la noble hija del caudillo tártaro Cristian Karuk? la preguntó fria y ceremoniosamente.

—Yo soy Krasna, respondió con no menos frialdad la jóven. ¿Y tú quien eres?

—Yo soy el caudillo tártaro Kaivar el Resucitado, contestó el sombrío guerrero.

—¿Cómo demostrarás que eres el que dices? preguntó Krasna.

Kaivar se quitó la manopla de su mano derecha, y de su dedo del corazon la sortija que en él llevaba.

—¿Conoces esta esmeralda? dijo Kaivar mostrando la sortija á Krasna.

—El que posee la esmeralda cercada de rubíes de mi padre y de mi abuelo, y del abuelo de mi padre, generacion por generacion, es el jefe de mi tribu; y el jefe de mi tribu, es el esposo de Krasna: entra en tu casa, señor, y reposa.

Kaivar entró, y Krasna le siguió sombría y pálida, pero sumisa.

Las gentes que habian presenciado este acto, se diseminaron, montaron á caballo, desaparecieron.

La guardia tártara entró en la casa.

La ceremonia habia terminado muy pronto.

La isla de Corfú tenia un nuevo gobernador tártaro, y Krasna debia ser muy en breve esposa de Kaivar.

XXXVI.

Pasaron tres dias.

Tres dias, en que ruidosas fiestas rompieron la soledad que de continuo rodeaba la casa de Krasna.

Habia habido maniobras á caballo, escaramuzas, tiro al blanco, baile y banquetes al aire abierto.

Un ministro de la Iglesia griega, habia unido los destinos de Krasna y Kaivar.

Pero no habia podido unir sus almas.

Una desesperacion sombría y un ódio terrible, era el sentimiento que experimentaban el uno por el otro, los dos esposos.

XXXVII.

Al tercer dia, una gran cabalgata salia de la casa de Krasna.

A su cabeza, marchaba á caballo el nuevo gobernador de Corfú Kaivar.

Entre los ginetes, iban algunas literas.

Ocupaba la de delante Krasna, y las otras las esclavas de su servidumbre.

Aquella cabalgata se dirigió á la parte de levante de la isla.

A la caida de la tarde, llegaron al castillo rojo.

XXXVIII.

Aquel castillo parecia encantado.

Ni en sus almenas, ni en sus ventanas, se veia una sola persona.

De él no salia ni el más leve rumor.

El sol poniente le teñía de un vivo color rojizo semejante á la sangre.

Su pequeña y profunda puerta estaba cerrada.

Kaivar echó pié á tierra, abrió con tres llaves la redoblada puerta de hierro, que dejó ver trás sí un espacio lóbrego.

Despues, fué á las literas de las esclavas de Krasna, que eran doce, y las hizo salir de ellas y que rodeasen la litera de Krasna, que abrió inmediatamente.

Krasna salió ricamente engalanada, pero dura, séria, sombría, terrible; apagado el esplendor de su hermosura por aquella expresion hostil y provocadora.

Despues, Kaivar mandó á Nossur que la guardia tártara que los acompañaba, desmontase y los siguiese.

Luego dijo á Krasna :

—Hemos llegado á mi castillo, y tú eres la primera persona que le habitarás despues de haber sido construido: si los aposentos que para ti he destinado, no llenasen tu deseo, no habrá consistido en mí, que he buscado en Constantinopla los maestros más hábiles y más conocedores del gusto de las mujeres. Ahora, si te place, sigueme.

Y Kaivar echó delante tan rígido, tan sério y tan sombrío, como Krasna, que le siguió.

Tras Krasna, continuaron sus doncellas que iban tambien magnificamente engalanadas.

Tras las doncellas, las literas.

Tras las literas, las acémilas en que iban los equipajes.

Tras éstas, Nossur y los cien tártaros de la guardia de Krasna, completamente armados con los escudos á la espalda, las lanzas sobre el hombro, y los caballos del diestro.

Cuando hubo pasado el último tártaro, Kaivar que estaba junto á la puerta, por la parte de adentro, cerró sus cerrojos, sus barras y sus candados.

XXXIX.

A través del espacio lóbrego, sombrío, fuerte, abovedado, en que se entraba inmediatamente despues de la puerta, Krasna y los que la acompañaban salieron al espacio descubierto comprendido entre los muros y las torres exteriores, y la gran torre aislada que constituia el centro del castillo.

Antes de abrir la puerta de la gran torre, Kaivar dijo á Nossur dándole un haz de gruesas llaves, que contenidas en un aro de acero llevaba pendiente de su cintura.

—Desde ahora, todas las puertas de este castillo están en tu poder: yo no soy aquí el señor, sino el huésped: la voluntad de mi esposa Krasna será para tí y para todos los que este castillo habitaren, una voluntad soberana: franquea las puertas de la torre y de todas sus habitaciones á tu señora: yo voy á ocupar la torre del norte de la muralla: pon á mi servicio algunos de tus tártaros: yo estoy aquí solo con mis tesoros: los bravos de mi tribu se han quedado tendidos allá sobre el campo de batalla, y las gentes que en una nave me han traído á esta isla con mis tesoros, y los que han construido este castillo, han sido gentes pagadas, á quienes he despedido cuando me han sido inútiles. Kaivar huye del mundo y se oculta; pero cerca de la mujer que se ha hecho dueña de su alma. Toma esta sortija que constituye el poder del jefe de la tribu de los Karuk, y que ella la posea; que ella sea la única señora.

Y sin esperar la respuesta de Nossur, que por otra parte no sabia qué contestar, dobló el ángulo de la gran torre, y se perdió en direccion á la torre del ángulo del norte del recinto murado.

XL.

Nossur permaneció algun tiempo inmóvil y dominado por la extraña conducta de Kaivar, que de tal modo se despojaba de todo poder como esposo y como señor, y luego se dirigió á Krasna, que esperaba entre sus doncellas, altiva é impaciente junto á la puerta enriquecida con bellas labores bizantinas de la gran torre.

—Yo no puedo retener ni por un momento en mis manos la esmeralda rodeada de rubies que representa el poder de los Karuk, dijo Nossur entregando á Krasna la sortija: Kaivar te entrega toda su autoridad: Kaivar se queda en este castillo, no como tu esposo, sino como tu huésped; tú eres aquí y en la isla, y en la tribu Karuk, la única señora.

Krasna tomó impasible la sortija y la guardó en su seno.

Aquella sortija no podia ser puesta en ninguno de los pequeños dedos de Krasna.

Aquella sortija habia sido hecha para la robusta mano de un guerrero.

Inmediatamente despues, Nossur abrió las dos grandes y magnificas hojas de la puerta de la torre, y se maravilló.

Lo que se habia presentado á su vista, era magnifico, y bello y esplendente.

El pavimento de rico mosaico bizantino; los muros labrados, dorados y matizados; la ancha escalera de mármol blanco bruñido y brillante con rica balaustrada que se torcía caprichosamente en tramos curvos hasta llegar al ingreso de la parte superior de la torre; los altos agimeces árabe-bizantinos, cerrados con vidrios de colores que daban luz á esta escalera, y por uno de los cuales penetraba el sol poniente, produciendo un efecto mágico sobre aquellas paredes doradas y labradas, sobre aquel mármol abrigantado; los altos techos de sándalo; todo era bello, magnifico, sorprendente.

XLI.

Y sin embargo, Krasna adelantó hácia las escaleras y subió por ellas en paso lento y sin que se hubiese alterado la fria é indiferente expresion de su sombrío semblante, como si nada de aquello hubiese visto, mientras sus doncellas que la seguian miraban asombradas tanto lujo, tanto esplendor, tanta belleza.

En aquella construccion, debian haberse invertido tesoros.

Una vez en lo alto de las escaleras, Nossur que iba delante, fué franqueando puertas de una y otra admirable habitacion, por las cuales pasaba muda y fria Krasna.

Al fin, llegaron á una gran cámara á cuyos dos extremos habia dos magníficos retretes.

Tres grandes agimeces al frente de la pared en cuyo centro estaba la puerta de entrada, correspondian á un ancho mirador de piedra, desde el cual se veian las colinas fructíferas, que como deprimidos escalones descendian hasta el mar, que

se extendía abrigado por el rojo color del sol poniente, bajo el radiante azul del cielo de la Grecia.

Volviendo al interior, aquella cámara y aquellos retretes, alfombra, tapices, ornamento, muebles, todo era bello, todo delicado, todo producto del refinamiento del afeminado lujo oriental.

El retrete de la derecha era el dormitorio, según lo indicaba un magnífico lecho cubierto de gasas y flores, blanco y puro, un verdadero lecho de virgen.

El otro retrete era en toda la extensión de la palabra, un tocador en que nada faltaba de cuanto pudiera exigir el más refinado gusto de una mujer delicada.

Por de contado, que nada de esto era directamente obra de Kaivar.

Kaivar era muy á propósito para dirigir la construcción de una fortaleza á la altura de las necesidades de la guerra de su tiempo; para organizar un ejército y armar y equipar sus soldados: por lo demás, ni comprendía, ni amaba el lujo, ni sentía, ni tenía más sentimiento que el del desprecio para lo afeminado, para lo muelle. Pero la fama de la hermosura de la hija de Cristian Karuk había llegado hasta él, había comprendido que la mujer ama el lujo, y había encargado al constructor de su castillo, pusiese en el centro de su gran torre, todo cuanto pudiese halagar el capricho de una mujer, aunque hubiese necesidad de pagarlo á peso de oro.

El constructor, pues, había sido el inventor de aquello: había hecho una maravilla, y su amor propio de artista se hubiera resentido de una manera grave, al ver que Krasna no tenía ni un elogio, ni aún una mirada de atención para tanto primor, para tanta belleza.

XLII.

En cuanto á Nossur y los tártaros, se aposentaron en los departamentos comprendidos en el recinto exterior, y los caballos en extensas cuadras, que dejaban conocer la inteligencia de Kaivar como jinete y como hombre de guerra.

En cuanto á la torre en que Kaivar se habia metido, era desnuda, pobre, fuerte; se reducía la habitacion á una cámara cuadrada de muros lisos y techo abovedado.

En aquella cámara no habia un solo mueble: como que Kaivar no habia pensado en habitarla: su ancha chimenea estaba completamente limpia.

Aquella cámara, por la que se paseaba contrariado Kaivar, daba frio.

Al fin, los tártaros puestos á su servicio, encendieron una verdadera hoguera en la chimenea; armaron un lecho en un ángulo, y pusieron en el centro de la cámara una mesa y un sillón, verdaderamente bellos y lujosos, como que habian sido llevados de la gran torre del castillo.

Despues de esto, Kaivar declaró que ya le sobraban muebles, y quedó definitivamente instalado en su mechar.

En las acémilas se habian llevado provisiones, y nada faltó desde el primer momento á Krasna: ni aún carne fresca, porque los tártaros habian matado por el camino un hermoso gamo.

XLIII.

Y pasaron y pasaron dias.

Krasna no veía nunca á Kaivar, que estaba encerrado á piedra y lodo en su torrecilla, comiendo tres veces al dia como un lobo, porque el amor y la rábía no le quitaban el apetito, durmiendo muchas horas, porque cuando dormía soñaba que le amaba Krasna, y completamente olvidado de la guerra y de la ambicion, porque el amor de Krasna llenaba por completo su corazon y su imaginacion.

Krasna vivía de una manera semejante, en cuanto al estado de su espíritu.

El recuerdo de Estanislao Kanmo ardia perennemente en su memoria, excitando sus sentidos, convirtiéndose rápidamente del amor soñado inmaterial y tranquilo, en una voraz pasion impura y embriagadora.

Combatía además el alma de Krasna el amor propio irrita-

do: aborrecía á Kaivar, pero le contrariaba de una manera terrible su conducta, y que amándola y siendo su esposo, viviese absolutamente retirado de ella: despojado de todo su poder; anulado, en una palabra.

Krasna comprendia perfectamente que esta era toda la venganza que podia tomar de ella Kaivar por su amor hácia Kanmó.

XLIV.

Un dia en que Krasna estaba en su mirador fijando por costumbre una ansiosa mirada en el horizonte del mar, como cuando desde el terrado de su antigua casa esperaba la vuelta de Kanmo, los celestes ojos de la jóven dejaron ver de repente una inmensa llamarada de alegría, que apagó instantáneamente el despecho.

En el horizonte habia aparecido como un punto dudoso, un objeto que lentamente fué agrandándose hasta dejar ver las tres agudas y blancas velas latinas de una galera corsaria.

Krasna conocia demasiado aquellas velas. Aquella galera, era el buque corsario de Kanmo el *Alfion* que él montaba siempre con preferencia á sus otros buques.

Krasna mntuvo fija su ansiosa mirada en la galera que impelida por un fuerte levante, adelantaba con rapidez, dejándose ver de momento en momento de una manera más perceptible.

Al fin Krasna pudo ver á los marineros, y distinguir sobre el alcázar de popa la figura de un hombre puesto de pié y vuelto hácia el castillo.

Sus ojos no podian decir á Krasna, porque habia aún una gran distancia, quién era aquel hombre; pero su corazon le dijo que era Kanmo.

La galera, al llegar á cierto punto, dejó de marchar en línea recta en direccion á la isla, viró, y empezó una larga abordada en dirección al sur.

Todo lo que quedaba de tarde, Krasna estuvo viendo la galera, muda, inmóvil, excitada, apoyada en la balaustrada del mirador, amando á Kanmo cómo nunca le habia amado, con

el corazón oprimido, la imaginación delirante, y las lágrimas en los ojos.

Era muy posible que Kaivar viese también aquella galera, y que sus celos le dijese que aquella era la galera de Kanmo; pero Krasna de nada se acordaba entonces; nada existía para ella, más que aquel hombre que se veía de pie sobre el alcázar de popa de la galera, que se deslizaba lentamente hacia el sur.

Al fin, la tarde fué declinando y perdiéndose en la oscuridad la galera: poco después, la noche imperaba; una noche oscura y sombría, entre la cual volaban frías y silbadoras ráfagas de Levante, y hacían gemir al mar de una manera ronca y continua.

Sin embargo, Krasna permanecía aún inmóvil y apoyada en el mirador, con la vista fija en el punto donde se había perdido entre la sombra la galera de Kanmo.

XLV.

Al amanecer, Krasna volvió anhelante al mirador y arrojó una medrosa mirada hacia el sur.

La galera había desaparecido.

En vano esperó: pasó el día, llegó la noche, y el mar permaneció desierto, sin dejar ver una sola vela.

Y así pasaron ocho días.

Al fin de ellos, una tarde volvió á aparecer la galera.

Una alegría inmensa dilató el alma de Krasna.

Aquella tarde la galera se acercó mucho más á la isla, hasta el punto de que Krasna pudo ver en el traje del hombre que se veía de pie sobre el alcázar de popa, los colores que agradaban á Kanmo, porque los usaba Krasna: el azul y el rojo.

La galera, sin embargo, no acabó de acercarse á la isla: viró de bordo, y se dirigió lentamente al sur, perdiéndose al fin entre la oscuridad de la noche.

XLVI.

Kaivar había visto también la galera, y su alma se había ennegrecido.

Había sentido con todo su horror y toda su sed de exterminio los celos.

A impulsos de ellos abandonó su torrecilla, llegó á la puerta de la gran torre, subió con paso lento y nervioso las escaleras, atravesó las habitaciones, y se presentó en la cámara de Krasna, al mismo tiempo que, abandonando el mirador, entraba en la cámara la jóven.

Tan dominada estaba por su amor y su desesperacion Krasna, que no vió á Kaivar.

Descuidada, abandonada á sí misma, no sintiendo cerca de sí nada extraño, el semblante de Krasna no presentaba la dureza y la frialdad que dejaba ver al mundo, aunque el mundo no estuviese representado para ella más que por un solo sér humano.

Entonces Krasna no era la severa y fria estátua viviente de un sér enamorado, conmovido, desesperado, dudoso.

Nunca Kaivar había visto tan hermosa y tan incitante á Krasna.

Pero esto duró un momento: Krasna le vió, lanzó un ligero grito de sorpresa, retrocedió, se transformó, convirtiéndose en la Krasna indiferente y terrible.

Antes de que Krasna dijese una sola palabra, Kaivar la dijo: —Estoy cansado de mi fria vivienda; es muy triste y muy solitaria; en ella he cambiado mucho: su frio y su soledad se me han metido en el corazon, y me han hecho pensar en que tengo algo que no poseo. ¿Qué importa que tú no me ames? ¿acaso no es bastante todo lo que sobra á mi amor para llenar lo que falta del tuyo?

Krasna se estremeció; pero su estremecimiento no se reveló ni en una ligera contraccion: nació y se apagó dentro de su alma.

—Tú no me has pedido amor, dijo Krasna con acento frio; si

me lo hubieras pedido, yo te hubiera dicho: yo no puedo darte amor porque no le tengo; porque mi amor es de otro hombre: tú me digiste: mira la sortija signo del dominio supremo de los señores de la tribu Karuk: un mensajero de mi padre moribundo, me habia anunciado un año antes tu llegada, y el mandato de mi padre que me ordenaba ser tu esposa: he obedecido, porque si mi alma es libre y no puede sujetarse á mandatos, mi cuerpo y mi razon pertenecen por entero á mi raza. Mi padre quiso que su raza no se extinguiese, y me mandó unirme á tí para continuarla: continúa, pues, mi raza por medio de mí; pero no esperes ni mi amor ni mi alegría: yo seré la madre sin voluntad de los que por mí desciendan de Karuk: yo guardaré el honor que han depositado en mí cien nobles generaciones, y nadie podrá mirarte dejando ver en sus lábios una sonrisa de desprecio: el hombre á quien amo morirá desesperado, porque no encontrará en mí su amor; pero en el fondo de mi alma, le amaré siempre; porque yo no soy poderosa á arrojar de mí este amor que hace á un mismo tiempo la desgracia y la ventura de mi vida.

XLV.

Kaivar no fué generoso: no podia serlo: estaba loco de amor y de celos.

Krasna fué tratada como una esclava, pero Kaivar no la oyó una sola queja: no cambió en nada su aspecto, que siguió siendo frio é impasible: obedecia á Kaivar como la esposa obedece al esposo; como la esclava obedece al señor.

Kaivar hacia con ella una vida completamente comun; no se separaba de su lado, y por la noche, para dormirse, la hacia cantar la misma balada que fué el primer encanto con que Krasna enamoró á Kaivar.

Pero aunque las palabras y el canto eran los mismos, no era el mismo el efecto: la guzla producía un sonido seco, metálico, duro; la voz de Krasna era fria, nerviosa, seca.

Kaivar se irritaba, y su cólera iba á chocar como en una roca, en la impasibilidad de Krasna.

Aquello era terrible. Krasna resistia los malos tratamientos, y si alguna vez Kaivar notaba en ella una ligera expresion de alegría, era, cuando irritado la maltrataba brutalmente.

Parecia que Krasna ansiaba morir á manos del tártaro.

Y esto contenia al celoso marido, que no queria dar á su víctima la felicidad de la muerte.

XLVI.

La naturaleza era tan fria y tan severa para Kaivar, como Krasna.

Pasó un mes y otro mes, y un año, sin que Krasna diese señales de maternidad.

El bravo orgullo del tártaro estaba completamente humillado.

Nada obtenia, ni aun de la naturaleza.

La esperanza de que Krasna le amase por el amor de un hijo, esta esperanza delirante, se desvanecia.

El feroz tártaro estaba sentenciado á un infierno.

XLVII.

Entretanto, la galera de Kanmo se ponía con mucha frecuencia á la vista de la isla; pero desde el punto en que Krasna perteneció por completo á Kaivar, la jóven no salió á los miradores á dejarse ver desde el mar: ni aun miró sin ser vista la galera: fiel á su promesa de que seria una esposa digna y pura, ni una sola accion culpable pudo sorprender en ella el celoso tártaro.

Y, sin embargo, cada vez que la galera de Kanmo asomaba en el horizonte, Krasna era tratada de una manera horrible por Kaivar, á quien no bastaba que su esposa respetase su honor.

Él sabia que Krasna amaba á Kanmo, que le amaria siempre, y la proximidad de Kanmo le hacia temblar, le enloquecía, y determinaba el furor de que Krasna era víctima silenciosa y resignada.

Kaivar rugía porque no podía lanzarse á la mar y castigar á Kanmo.

Kaivar habia gastado todos sus tesoros, no tenia una sola nave, y las naves de que como gobernador de Corfú hubiera podido usar, pertenecian á Kanmo, y habian sido alejadas de la isla.

Solo quedaban algunas pequeñas y débiles almadías, con las cuales hubiera sido una temeridad salir al encuentro de la formidable galera de Kanmo.

Kaivar, pues, se veia sujeto á la tierra, sin poder castigar la insolencia de aquel anfitrión de los mares, que volaba impunemente en derredor de su nido.

Kanmo por su parte, estaba tambien terriblemente irritado.

Veia que en vano eran sus continuos cruzamientos delante de la isla; que Krasna, insensible á ellos, no se dejaba ver en sus miradores: estaba celoso, porque no sabia la terrible situacion en que Kaivar se encontraba colocado respecto á Krasna, y llegó, en fin, un día en que, decidido á todo, determinó vengarse de Krasna y de Kaivar, y libertar del yugo tártaro la isla de Corfú.

XLVIII.

Una mañana al amanecer, Kaivar despertó sobresaltado á los grandes golpes que resonaban á la puerta de las habitaciones de Krasna, junto á la que dormia: saltó del lecho, acudió presuroso á abrir la puerta, y encontró á Nossur que le dijo:

—El castillo está cercado, señor: el corsario Kanmo ha desembarcado con cinco mil hombres, ha adelantado amparándose de las últimas sombras de la noche, y se le ha visto aparecer ya muy cerca del castillo.

—¿Y por qué callan nuestros cañones? dijo Kaivar.

—Nuestros cañones, señor, son inútiles, hasta el momento en que los enemigos hayan trepado á lo alto de la roca; pero si no nos acometen, si se reducen á cercarnos ocultándose entre las quebraduras, nos veremos obligados á rendirnos, ó á perecer de hambre y sed, porque tenemos muy poca agua y muy pocos víveres.

—Eso sucedería si yo permaneciese cobardemente encerrado dentro de estos muros: pronto, mi caballo, y mi gente fuera; veremos si podemos echar lejos de nosotros á los que se atreven á insultarnos.

—Somos ciento contra mil, dijo Nossur.

—Bien; ¿y qué importa? dijo Kaivar, al ejército le hace el caudillo: ni una palabra más, y afuera.

XLIX.

En aquel momento se presentó un tártaro que traía una carta en la mano, y dijo á Kaivar:

—Un ginete griego acaba de dejar esta carta para tí, señor.

Kaivar tomó aquella carta, que contenía lo siguiente:

«Al gobernador tártaro Kaivar el Resucitado, el corsario griego Estanislaio Kanmo.

Necesito tu vida, y vengo por ella: si quieres ahorrar sangre inútil de gente á quien nada importan nuestros ódios, sal: yo te reto á singular combate: eres bravo y fuerte, y puedes comprender, que yo no trocaré por una traicion, el placer de combatir contigo y exterminarte: sal, pues, solo, y solo me encontrarás en el pequeño valle que está al pié del peñasco en que se asienta tu castillo: si temes una asechanza que no lo espero, porque sabes que tengo para tí la lealtad del ódio, tus terribles tártaros se quedan defendiendo tu castillo. Krasna que te ama, que es tan tártara y tan valiente como tú, le defenderá si eres vencido por mí, como tú pudieras defenderle. Ven; te espero sediento de saciar con tu sangre mi venganza.»

Kaivar arrugó furioso entre sus manos la carta de Kanmo, se armó rápidamente, bajó al espacio que rodeaba la gran torre, donde le esperaba su caballo encubertado, tomó de manos de un tártaro su lanza y su escudo, hizo sacar el caballo fuera, y á pesar de las observaciones de Nossur, que cortó de una manera terrible, bajó solo por el escarpado sendero del peñasco, llevando su caballo del diestro.

L.

Krasna entretanto, impasible, muda, sombría, se preparaba á lo que pudiera acontecer.

Los cien tártaros armados coronaban las almenas, ó estaban al lado de las piezas, que dos en cada frente, defendían el castillo.

Kaiyar podia ser vencido en un duelo personal, y Kanmo debía pretender si vencía á Kaiyar, que se le entregase el castillo.

Krasna amaba á Kanmo; pero esposa de Kaiyar, tenía la conciencia de su deber, y estaba resuelta á cumplirle hasta morir.

Kanmo lo habia dicho en su carta á Kaiyar: Krasna era tan tártara como él, y como él tan fuerte para defender el castillo.

Pero bajo su impasibilidad, bajo su aspecto de severa valentía, Krasna ocultaba una ansiedad mortal. Su amor hacía Kanmo, aumentaba de día en día; porque el amor es infinito: sabia cuán terrible era Kaiyar, y aunque Kanmo estaba alentado por un valor á toda prueba, no dejaba de ser por eso para él Kaiyar un enemigo formidable.

La muerte de Kanmo aterraba á Krasna, la helaba el corazón; pero á pesar de su amor al griego, de que su muerte era la mayor desgracia que podia temer Krasna, á pesar de que aborrecía con toda su alma á Kaiyar, que para ella era más que esposo, un tirano insoportable, Krasna no deseó, ni por un solo momento, la muerte de Kaiyar.

Su deber y su conciencia se lo impedían, y Krasna cumplía rígidamente con su conciencia y con su deber.

No podia pedirse más á aquella desventurada.

Dios habia querido que amase á Kanmo, y le amaba con toda su alma.

Dios la habia entregado á Kaiyar, la habia hecho su esposa, y Krasna apuraba con la sublime valentía del mártir, todo el horror de su destino.

LI.

Cuando Kaivar llegó á la parte llana, á un pequeño valle al pié del peñasco, montó á caballo.

Al otro lado del valle habia un hombre á pié, lijeramente armado, con traje griego, un pequeño escudo de cuero en el brazo izquierdo, y un ancho sable pendiente de la cintura.

Aquel hombre era Kanmo.

Adelantó hácia Kaivar en cuanto le vió aparecer á caballo, y al llegar á él le dijo:

—Estaba seguro de que vendrias, y te esperaba.

—Yo te doy las gracias por haber dejado el mar donde yo no podia ir á buscarte, y por haberme presentado la ocasion de que yo vengue en tí matándote todo cuanto sufro, dijo Kaivar con la voz trémula de cólera, echando pié á tierra, despues de lo cual, arrojó su lanza y dejó libre su caballo, para ponerse en iguales condiciones de combate con Kamno.

—Vengo á pedirte cuenta de la desesperacion de Krasna, dijo Kanmo.

—Yo quiero aumentar su desesperacion hasta la locura mándote: respondió Kaivar.

—Pues procúralo, dijo Kanmo desnudando su ancho sable; estamos solos; yo he dejado mi gente lejos de mí entre las quebraduras.

—Ni uno solo de mis tártaros ha salido del castillo, respondió Kaivar.

—Pues luchemos de poder á poder, dijo Kanmo, y que Dios dé el triunfo á aquel de los dos que más le plazca.

—Acabemos de hablar, dijo Kaivar, porque me impaciento al ver vivo ante mí al hombre á quien aborrezco, cuya vida pesa sobre mi alma.

—Me pesa á mí la tuya, y te la voy á arrancar.

Y tras estas palabras, Kanmo envistió á Kaivar.

Se trabó un combate en que en los primeros momentos nadie hubiera podido comprender cuál seria el vencedor y cuál el vencido.

Eran dos tigres irritados, fuertes, terribles, que no se can-

saban, que no cedían, que redoblaban sus golpes: golpes que no caían sobre sus escudos sin dejar en ellos una profunda señal.

Los dos eran ágiles, los dos diestros, los dos dotados de un valor maravilloso.

Muy pronto los escudos estuvieron inservibles, y se vieron obligados á arrojarlos, porque más servían de estorbo que de defensa.

Entonces, la ventaja estuvo de parte de Kaivar.

Este estaba completamente armado, cubierto de hierro, y Kanmo no tenía otras armas defensivas que sus vestidos de seda.

La lucha, pues, parecía terminada en daño de Kanmo; pero este, rápido como el pensamiento, paró con su sable un golpe de la espada de Kaivar, cerró con él; le asió por la cintura y le oprimió.

El combate de acero contra acero, había pasado á ser una lucha de gladiador.

Entonces se cambió la ventaja, poniéndose de parte de Kanmo, que libre de todo peso, podía usar mucho mejor de su agilidad, que Kaivar que tenía sobre sí el enorme peso de su armadura.

Crujían las piezas de esta, rechinando sordamente oprimidas entre los brazos de Kanmo.

Kaivar perdía sensiblemente terreno, y estaba próximo á perder el equilibrio.

—Me agobia el peso de las armas, exclamó Kaivar.

—Tus armas te daban ventaja sobre mí, y usaste de ellas: ahora, yo vuelvo contra ti esa ventaja, dijo Kanmo.

Y siguió luchando con un vigor tal, que Kaivar vacilaba y hacía inútiles esfuerzos por apoderarse de su puñal para herir á Kanmo; pero el estrecho abrazo con que este le enlazaba se lo impedía.

Al fin, Kaivar perdió tierra y cayó, arrastrando consigo á Kanmo.

Entonces la lucha se redobló.

De la misma manera que Kaivar no podía desenlazarse de los brazos de Kanmo, éste estaba retenido por los brazos de Kaivar.

El combate era horrible.

Entrambos se destrozaban sin obtener ventaja el uno sobre otro.

Estaban aferrados, formando un grupo informe, que se agitaba, se estremecía, rugía, revolviéndose sobre el polvo.

Llegó un momento en que entrambos se debilitaron; en que la ucha parecía tocar á su fin por el cansancio de los combatientes.

Kaivar, sin embargo, por el peso y el embarazo de su arnés, estaba mucho más cansado, y Kanmo pudo al fin desprenderse de sus brazos, alzarse rápidamente y ponerle una rodilla sobre el pecho.

Kaivar echó mano á su puñal; pero Kanmo se habia apoderado de él, y le tenia desnudo en la mano, amenazando á Kaivar.

Este no dijo una sola palabra.

Comprendió que estaba vencido, pero su orgullo le impidió pedir gracia.

—Yo amo á Krasna, exclamó Kanmo acercando su semblante pálido con la palidez del exterminio, al cadavérico y horrible semblante de Kaivar; tú eres su esposo, y es necesario que Krasna quede viuda.

Kaivar no contestó: sus ojos negros y terribles provocaban á Kanmo, fijando en él una mirada de desprecio.

Kanmo levantó el puñal que habia arrancado á Kaivar, y lo hundió por tres veces en su cuello, por cima del descote de la coraza.

Kaivar se estremeció violentamente á cada una de las puñaladas, y luego quedó inmóvil.

Un ancho surtidor de sangre salía de su garganta, y sin embargo, sus ojos habian quedado abiertos, terribles, fieros, fijos en Kanmo pero inmóviles.

Kanmo se levantó creyendo muerto á Kaivar, le miró profundamente y exclamó:

—Daria mi alma al diablo porque resucitáras otra vez, tú que te llamas el Resucitado, para volverte á matar; porque una sola vida que tenias, no basta para el odio que te tengo.

Y despues de estas palabras y de haber contemplado por un largo espacio á Kaivar, tocó por tres veces un silbato de plata, que produjo tres agudos silbidos.

Dicen los que cuentan esta historia, que el diablo aceptó el ofrecimiento del alma de Kanmo, por la segunda resurrección de Kaivar.

LII.

Pero esto no quiere decir que Kaivar resucitase inmediatamente.

El jefe tártaro, el gobernador de Corfú, permaneció inmóvil, con los ojos abiertos, fieros, mates, terribles: pero la sangre que poco antes salía á borbotones, dejó de brotar de las heridas.

Algunos corsarios habian acudido á la llamada de Kanmo.

—Llevaos á ese hombre á la playa y arrojadle al mar, dijo Kanmo: el peso de su armadura le retendrá en el fondo y no volverá á aparecer.

Los corsarios griegos cargaron con Kaivar, y se encaminaron á la playa por entre las quebraduras.

LIII.

Kanmo tomó la lanza y el caballo de Kaivar, su espada y su puñal ensangrentado, como trofeos de su triunfo, y los envió al castillo con un corsario que llevaba un mensaje para Krasna.

Cuando el corsario llegó á lo alto del peñasco, delante de la puerta del castillo, y pidió hablar á la castellana, Krasna se asomó al ajimez que habia sobre la puerta.

—¿Qué quieres? dijo Krasna.

—Kanmo mi señor me envia, contestó el corsario.

—¿Y qué quiere Kanmo? respondió secamente Krasna.

—Este puñal ensangrentado, dijo el corsario, te indica que eres viuda.

Krasna no se conmovió, ni el dolor ni la alegría salieron á su semblante.

—Continúa, dijo.

—Esta espada ha sido inútil en las manos de tu esposo y Kanmo te la envía con este caballo y con esta lanza, para que sirvan á un nuevo lobo tártaro que quiera vengar la muerte de Kaivar.

—La muerte de Kaivar no se vengará por las armas, respondió Krasna: llévate esos despojos de la victoria de tu señor, y dile, que lo que sucedió mientras vivía mi esposo, seguirá sucediendo á pesar de su muerte.

—Mi señor me manda decirte, que te entregues á él con tu gente y tu castillo.

—Dí á tu señor que venga á conquistarnos.

Y cerró el agimez y desapareció.

LIV.

Pero Kanmo tuvo el buen tacto de no investir el castillo ni mantenerle cercado, lo que indudablemente le hubiera dado la posesion de él á la vuelta de algunos dias, por falta de mantenimientos.

Krasna vió desde los miradores de la gran torre llegar á la playa á Kanmo con sus mil corsarios, que se embarcaron en las cinco galeras en que habian venido.

Aquellas galeras levaron anclas, y se hicieron á la mar, alejándose á toda vela.

A la puesta del sol, las cinco galeras habian desaparecido en el horizonte.

LV.

Los tártaros salieron á reconocer los alrededores del castillo, y no encontraron á nadie: solo hallaron paciendamente en el valle donde habian combatido Kanmo y Kaivar, el caballo de éste.

Sobre su caparazon de guerra, se veian la espada, el puñal y la lanza de Kaivar.

En cuanto á éste, su cadáver no se encontró: habia desaparecido.

LVI.

Por bajo de esto, se leía lo siguiente:

«Esta es la historia que se cuenta en la isla de Corfú, acerca de su último gobernador tártaro, de su esposa, y del amante de su esposa.»

El Consejo de los Diez que había enviado un agente á Corfú, recibió esta relacion, que el agente había copiado palabra por palabra, de boca de un anciano natural de la isla, y que remitió al Consejo.

Ignorábase qué relacion podía haber entre aquellas tres personas y un monje negro venido del convento de la Penitencia, y los dos cadáveres griegos que se habían encontrado una mañana flotando sobre las aguas del canal de Monforte, delante del palacio Conti.

Salvator Conti fué interrogado acerca del nombre y de la calidad de su esposa, y éste se negó á declarar. Pero puesto á la prueba del tormento, y habiendo resistido á la primera vuelta de rueda, á la segunda prometió declarar; se le quitó del tormento, y dijo lo siguiente, que se copia de la declaracion que prestó ante los secretarios del Consejo.

LVII.

«Hace mucho tiempo tenia yo conocimiento con un corsario griego, con quien en su juventud habia tenido negocios mi padre, y que me debia grandes sumas prestadas por mi padre á él, y que yo habia heredado.

Sábese que son muy comunes los contratos por relaciones mercantiles entre los venecianos y la gente de levante, y aunque mi padre como patricio nada tenia de mercader, habia conocido á José Kraus en las casas de los joyeros judíos del puente de Rialto, y de este conocimiento vinieron peticiones de dinero de Kraus á mi padre: préstamos, que multiplicándose sin ser devueltos, llegaron á constituir grandes sumas.

En el testamento de mi padre, quedaron consignados estos créditos contra José Kraus á favor mio, y mis testamentarios enviaron á Corfú un encargado para que realizase el cobro de aquellas cantidades, que José Kraus me debia como heredero de mi padre.

Kraus no pagó la deuda; pero pidió plazos que se le concedieron, y como hubiese faltado á ellos, se le excitó de nuevo, y Kraus, por resultado de esto, vino á Venecia á entenderse directamente conmigo, trayéndome algun dinero.

Yo, además de la inmensa fortuna de mi padre, habia heredado su profunda misantropía: mi existencia sin causa aparente, era amarga y tristísima.

Una agonía lenta producida por una tristeza profunda y sin objeto.

Kraus, que venia de tiempo en tiempo á traerme alguna cantidad, se propuso sacar partido de la enfermedad misteriosa que yo padecia, y que me hacia sufrir un tormento insoponible.

—Si tú vinieras á Corfú, á mi hermosa isla de Corfú, me dijo, tú curarias de esa tristeza que te devora: tú no podrias ver los ojos de Zinca, sin que ellos animasen tu alma, sin que la hiciesen sentir la ardiente vida del amor.

—Las mujeres no existen para mí, le dije: el amor no es una necesidad de mi alma: yo oigo hablar de él y no le comprendo: si yo pudiera reirme, me reiria del amor.

—La mirada que ha de inflamar tu alma, que la ha de vivificar, que la ha de hacer sentir dulzuras que tú ignoras, aún no ha caido sobre tus ojos, me dijo Kraus.

—Yo soy rico y noble, le contesté, y Venecia es la patria de las mujeres más hermosas del mundo: ojos incomparables han pretendido enloquecerme, y sus miradas se han perdido en un abismo sin fondo, sin conmoverme, sin librarme ni por un momento de esta tristeza profunda, que hace de mí un cadáver viviente.

—Pero tú sufres.

—Sí, sufro mucho.

—Ven conmigo á Corfú.

—¿Y para qué?

—Para conocer á Zinca.

—Zinca será para mí, para inspirarme amor, tan impotente como lo han sido todas las hermosísimas damas que conozco.

—¡Quién sabe! Zinca es una doncella que parece creada por Dios para enamorar á los más fieros, á los más insensibles.

—Zinca no logrará, respondí, ni siquiera que yo la recuerde despues de haberla visto.

—Voy á hacerte una proposicion, me dijo Kraus.

—¿Cuál?

—Si tú ves á Zinca y no la amas, yo te pago una cantidad doble de la que te debo.

—En buen hora.

—Pero si la amares, se entiende que pierdes la cantidad de que aún te soy deudor.

—Mucha confianza tienes en esa mujer, le dije.

—Si tú vinieras conmigo y la conocieras, la amarías.

—Acepto tu apuesta, dije á Kraus, creyéndome seguro de que Zinca no me obligaría á amarla, y de que duplicaria la enorme cantidad de que me era deudor Kraus.

—Al dia siguiente partimos.

LVIII.

Conocí á Zinca y la amé.

Zinca era una doncella de quince años, que tenia en la dulce mirada de sus ojos azules, el fuego vivificador de la creacion: ella me convirtió de un cadáver, en un sér lleno de una vida ardiente, que me era tan insoportable como me lo habian sido mi fria impasibilidad y mi profunda tristeza.

Pero Zinca no me amó.

Kraus me habia tendido un lazo; me habia ganado la apuesta y nada me debia.

Cuando desesperado, loco por Zinca, le reconvine por no haberme revelado que Zinca amaba á un hombre con toda su alma, por lo que era imposible me amase á mí, me contestó con un irritante descaro:

—La cuestion no era que Zinca te amase, sino que la ama-

ses tú: tú blasfemabas del amor, porque no le conocías; tú no vivías, porque el amor es la vida del alma, y tu alma tiene vida, por el amor que te inspira Zinca, y que no sentirías si yo no te la hubiera hecho conocer: vale más vivir mal, teniendo lleno el espíritu de la ardiente vida del amor, que vivir con el espíritu apagado, inerte, frío; debes, pues, agradecerme que yo te haya hecho conocer á Zinca, y parecerte muy poco lo que el conocerla te ha costado.

—Pero yo sufro de una manera insoportable: el recuerdo de Zinca me abrasa el alma.

—Ese es ya otro negocio, me dijo Kraus: ¿cuánto me darás si hago esposa tuya á Zinca?

—La mitad de mi fortuna, le contesté sin vacilar.

—Debo advertirte algo que tal vez no te agrade mucho, antes de que concluyamos definitivamente nuestro trato: Zinca es tal, aparece tan pura, que tú has soñado en ella una virgen inmaculada.

—Lo juraría por la salvacion de mi alma, respondí.

—Pues perderías tu alma, como has perdido la apuesta que has hecho conmigo.

—¿Pues qué, dije, Zinca no es pura como el sol?

—Scrá todo lo que tú quieras, dijo Kraus, pero no impedirá que todas las noches Zinca reciba á un hombre misteriosamente, y que todas las mañanas, con el pretexto de respirar los aires puros de la montaña, salga á caballo acompañada de un esclavo que la sirve lealmente, y vaya á una legua de distancia á un pequeño valle donde hay una casita blanca, en la cual una hermosa montañesa cria un hermosísimo niño de seis meses. Ese niño es hijo de Zinca y de su amante.

—¿Y por qué, dije á Kraus alentando apenas, no es esposo ese hombre de Zinca?

—Porque las descendientes de la familia tártara Karuk, no han nacido para ser venturosas en amor.

—¿Es tártara Zinca?

—Sí, tártara por su madre Krasna, y griega por su padre Kanmo.

—¿Y Kanmo no era tampoco esposo de Krasna?

—Sí; pero Krasna que se creía viuda del jefe tártaro Kaivar,

muerto por Kanmo, su antiguo amante, se encontró con que Kaivar había resucitado.

—Y aconteció sin duda una tragedia.

—Sí, una venganza terrible. Kaivar tuvo medio de introducirse como un ladrón en la casa de Krasna, mató á puñaladas á ésta y á Kanmo, y desapareció. Krasna vivió el tiempo suficiente para revelar que su primer esposo, á quien creía muerto, se le había aparecido de repente, y la había inmolado á sus celos, y para encargar á Nossur, jefe de su guardia tártara, velase por su hija Zinca, y no la permitiese enlazarse sino con un jefe tártaro.

Nossur ha cumplido fielmente el encargo de su señora, y como Zante no es tártaro, y Zinca le ama, sus amores son secretos.

—¿Pero cómo pueden ser secretos unos amores, de los cuales un hijo ha sido el fruto?

—Afortunadamente para Zinca, Nossur estaba en Constantinopla en la época de su alumbramiento, y éste ha quedado secreto para Nossur. Pero yo que había pensado en Zinca para que te libertase de tu terrible melancolía, quise saber á qué atenerme respecto á Zinca, y lo he sabido, pagando á peso de oro á una vieja esclava que sirvió también á su madre, que es la confidente de Zinca, y que conoce la historia de su familia.

Hé aquí que tú que has creído que era una inocente niña Zinca, y que lo hubieras jurado por tu alma, te has engañado.

Ahora bien; dime, si á pesar de esto, ardes aún en amores por Zinca, y quieres hacerla tu esposa.

—Sí, y á pesar de todo; porque su amor me embriaga, me enloquece, le contesté.

—Me darás veinte mil cruzados de oro, me dijo el codicioso Kraus.

—Te los daré, le respondí, en el momento en que Zinca sea mi esposa.

—No tardará mucho en serlo: mañana partiremos á Venecia: cuando te haya dejado en ella, me volveré á Corfú, y algún tiempo despues iré á Venecia con Zinca, que consentirá en ser tu esposa; yo te lo juro.

—¿A pesar de sus amores con Zante?

—A pesar de todo.

LIX.

Al día siguiente partimos para Venecia.

Inmediatamente despues de haber llegado, Kraus se volvió á Corfú.

Yo me quedé esperando anhelante.

Pasaron seis meses.

Mi desesperacion crecia de dia en dia.

No podia olvidar ni un momento á Zinca.

Era mi sueño; mi deseo voraz; mi pensamiento fijo.

Yo estaba seguro de que Kraus me la traería, porque Kraus era codicioso, y capaz de todo por los veinte mil cruzados de oro que yo le habia prometido.

A los seis meses vino á buscarme un griego, que me traia el aviso de que fuera al puerto en busca de Kraus, que estaba en él en su almadía con una persona que me era muy querida.

Aquella persona no podia ser otra que Zinca.

Por la primera vez de mi vida dejé mis vestidos negros.

Me engalané para parecer mejor á la hermosísima Zinca Karuk.

LX.

Cuando entré en la cámara de popa de la almadía, el primer objeto que ví fué á Zinca.

La niña me miró de una manera que me hizo concebir una ardiente esperanza.

No habia en su mirada, ni tristeza, ni seriedad, ni reproche.

Era una mirada tranquila, dulce, casi afectuosa, como la que una mujer dirige á un hombre á quien ha visto muchas veces, y que no la desagrada.

Yo me engañé.

Me engañaron mi amor y mi deseo.

Yo creí que á Zinca le era grata su unión con un rico patricio veneciano, con el cual podria partir la alegre y faustosa vida de Venecia.

Kraus contribuyó á engañarme.

—Ya ves, me dijo, que te sirvo bien: Zinca es una muchacha muy juiciosa; y ha comprendido lo que valen tu amor y su union contigo.

—¿Es esto cierto? pregunté á Zinca con la voz trémula de amor y de ansiedad.

—Sí, mi señor, me contestó la niña bajando los ojos: me halaga mucho el que tú me honres haciéndome esposa: esto me prueba que tu amor por mí es inmenso.

—Pero tú amas á otro hombre.

—¿Y qué importa? tú vales más que Zante, y he comprendido que yo no le amaba, cuando he sabido que me amas tú.

—¿Y tu hijo?

—Yo amaré mucho más á los hijos que tenga de tí.

—¿Eres cristiana?

—Sí, cristiana de la Iglesia griega, como han sido cristianos todos los Karuk que han sido gobernadores, por el sultan, de la isla de Corfú.

—¿Por qué llevas tú el apellido Karuk?

—Porque mi madre era tártara, y los tártaros vencedores de los griegos: el dominador no puede tomar el apellido del dominado, aunque el dominado sea su padre.

—Nuestros hijos, si Dios nos los dá, llevarán mi apellido, el apellido Conti.

—En buen hora; porque mi raza, al unirme yo contigo, se pierde en tí.

LXI.

Aquel mismo dia, Zinca, acompañada de Kraus, entró en mi casa.

Ocho dias despues, en presencia de mis parientes, se celebró mi casamiento con Zinca.

Cuando despues de la fiesta, y de haber llevado mis parientes á Zinca á la cámara nupcial, entré yo en ella, encontré á Zinca que me salió afablemente al encuentro, y me dijo:

—Debes estar satisfecho, señor, con que yo sea tu esposa; pero no te amo lo bastante para ser tuya: yo procuraré amarte mucho en poco tiempo: entretanto, no seremos más que el hermano y la hermana.

Dos horas despues, salia yo desesperado de la cámara nupcial.

Habian sido en vano todas mis súplicas, todas mis ardientes palabras.

Yo estaba sentenciado por el momento á una situacion horrible.

Esto no impidió que al siguiente dia Kraus me exigiese el pago de los veinte mil cruzados de oro.

Yo era esposo de Zinca, y Kraus habia cumplido su compromiso.

Mandé que se le pagase aquella cantidad, se despidió de mí, partió, y no le he vuelto á ver.

LXII.

Yo soy inocente de la muerte de Zinca y de Zante.

Inocentes son mis deudos que me han ayudado á tomar venganza de una traicion infame.

Si he negado que este justo castigo ha sido impuesto por mí á los culpables, ha sido por no arrojar mis secretos en un proceso que vivirá eternamente en los archivos del Consejo de los Diez.

Pero no he podido resistir al tormento, os he revelado lo que habeis oido, y voy á acabar de revelároslo todo.

LXIII.

Pasaron algunos meses, y durante ellos, Zinca Karuk, que me trataba de una manera más afable y más cariñosa cada dia,

se mantuvo firme en manifestarme que no me amaba aún lo bastante para hacer completamente conmigo la vida conyugal.

Yo me desesperaba.

Yo iba sintiendo algo mortal en mi sér que me acababa la vida.

Zinca había llegado á ser para mí, más que una mujer, una divinidad.

Un sér que absorbía mi alma y mi vida.

Un manantial de delicias, en que necesitaba anegarme para no morir.

Y Zinca me decía siempre:

—Te amo mucho; te adoro; pero aún no es tiempo, yo quiero adorarte más.

LXIV.

Un día me anunciaron la visita de un monje benedictino de la Penitencia.

Inmediatamente le recibí.

Cuando el monje se echó atrás la capucha negra, que poco antes había cubierto su cabeza, retrocedí espantado.

No he visto nunca un semblante tan terrible; tan infernal.

Es un hombre, cuya edad no puede decirse.

Un hombre pálido, con la palidez densa, fría, impura, y repugnante del cadáver.

Con los cabellos negros, lácios, largos, secos, sin brillo, muertos; con la barba negra, revuelta, áspera, partida en dos puntas, entre la cual se ven unos lábios áridos, azules, amaratados, contraídos por inmóvil expresion de agonía.

Con los ojos negros, duros, punzantes, relucientes como un áscua.

Con el cuerpo largo, estrecho, huesudo, sobre el cual cae de una manera rígida la monótona y gruesa plegadura de su túnica negra, cuya actitud es tiesa, rígida; con la tiesura de un cadáver puesto de pié.

Cuya voz es cavernosa, horrible, como si saliera del fondo hueco de una tumba.

Todos le conoceis: todos le conocen en Venecia.

No hay altar privilegiado por lo milagroso del santo de su advocacion en ninguna iglesia de Venecia, donde él no haya celebrado el sacrificio de la misa, llamado por los que, agoviados por una gran desventura, han buscado su salud en un milagro de Dios.

Dicen que cuando él consagra la santa forma, toma esta un leve color rojo, como el de la sangre.

Muchos le llaman el Santo; pero otros muchos le llaman el Diablo.

Los unos cuentan de él acciones meritorias, acciones que parecen de ángel.

Los otros refieren hechos espantosos que se le atribuyen.

Los unos le creen un varon justo, purificado por la penitencia.

Los otros un cadáver insepulto, un cadáver maldito, que se ha convertido en vampiro y está siempre sediento de sangre humana.

Sea como quiera, yo no sé lo que he de juzgar del padre Giuseppe el Diablo ó el Santo.

LXV.

Por mi parte, yo no puedo considerarle santo, sino demonio.

Ese hombre me aterró desde el momento en que le ví, y decidió la terrible situacion en que me encontré colocado respecto á Zinca Karuk.

—En tu palacio, me dijo, hay una víctima de ese doble amor que llena el alma de una mujer por un hombre, y por el hijo fruto de sus amores.

—Zinca, le respondí, no es una víctima: ha venido á mi palacio por su libre voluntad, y por su libre voluntad se ha unido á mí.

—Te engañas: á Zinca la obligaba mentir su amor.

—No puedo comprenderos, le dije: Zinca ha preferido ser dattricia en Venecia, á ser señora tártara en Corfú.

—Te engañas: el águila no trueca por su voluntad su nido

encaramado en lo alto de una roca y azotado por el huracan, por el dorado arteson de un palacio. Ella está acostumbrada á la luz fuerte; al viento libre; á los rugidos del mar, que azota constantemente la roca donde cria sus hijuelos; ella quiere arrojar desde su inmensa altura en un oceano de aire: te engañas: Zinca gime aquí; tus salones le abruma; sus magníficos artesonados pesan sobre ella; aquí no entra el aire que orea las colinas: aquí no se siente una sola ráfaga de las brisas del mar: la luz entra aquí alterada al través de los vidrios de colores, y no hay luz más hermosa que la que ha hecho Dios para que llegue á los ojos del hombre sin obstáculo, sin que se le obligue á filtrarse por vidrios y cortinajes. A más de eso, Zinca tenia allí su primer amor, su amor de virgen, su amor de amante, su amor de madre; todos cuantos amores pueden enlanguidecer con su encanto el pensamiento de una mujer, y hacer latir su corazón.

—¿Y por qué ha consentido Zinca en venir á Venecia, en casarse conmigo? exclamé con desesperacion.

—¿Conoces tú bien al corsario Kraus? ¿sabes tú de lo que Kraus era capaz?

—Hablas de Kraus como si ya no existiera, observé.

—En efecto, me contestó el monje, Kraus habia cometido un crimen horrible por oro, y debia morir: la Providencia se ha encargado de castigarle: hace pocos dias, los pescadores de la parte sur de la isla de Corfú, han encontrado sobre las rocas de la playa el cadáver de Kraus, horriblemente mutilado.

—¿Y quién ha sido el matador de Kraus? pregunté fijando mis ojos de una manera profunda en el padre Giuseppe.

—Lo ignoro, me contestó; Dios tiene siempre instrumentos para sus justicias.

—¿Y qué crimen habia cometido Kraus?

—Una noche, Zinca esperó inútilmente á su amante.

Por la mañana, cuando fué al pequeño valle donde se criaba su hijo Manuel Karuk, encontró á su nodriza aterrada.

La casita habia sido acometida aquella noche por bandidos, y el pequeño Manuel Karuk habia sido robado.

Zinca se desesperó: no sabia á qué atribuir el robo de su hijo, y no podia buscarle, porque excepto para algunos leales

servidores de Zinca, sus amores con Zante, y el nacimiento de su hijo Manuel Karuk, eran un secreto.

Zinca tenia que respetar el orgullo de su raza.

Zinca era tan desgraciada como lo habia sido su madre, y como su abuela; porque parece que un destino terrible pesa sobre la familia tártara Karuk, que determina no solamente la desgracia de los de su raza, sino tambien la de los que se ponen en contacto con ellos.

Zinca se creyó engañada por la ausencia en aquella noche de Zante; que éste que, estaba obstinado en que sobreponiéndose ella á las tradiciones de su familia y á la altivez de su raza salvaje, fuese su esposa, se habia valido para obligarla del medio de robarla su hijo.

Zinca esperó á la noche siguiente la ida de Zante; pero Zante no apareció.

Entonces Zinca creyó con terror que Zante la habia abandonado, y que al abandonarla, tal vez por otros amores, la habia robado su hijo.

Algunos dias despues, Zinca supo que Zante no la habia hecho traicion.

Que Zante no habia dejado de amarla, ni habia querido obligarla.

Que Zante como ella, era víctima de la infame y venal traicion de otro hombre.

Aquel hombre era el corsario Kraus, que necesitaba obtener los veinte mil cruzados de oro que tú habias ofrecido darle el dia en que fueras esposo de Zinca.

Zinca vió amenazadas las vidas de su hijo y de su amante, sin otro medio de salvarlas, que consentir en la voluntad de Kraus, de cuya ferocidad de bandido y de corsario, habia que temerlo todo.

Zinca, pues, consintió en venir á Venecia, en engañarte, en ser tu esposa.

Pero Zinca jamás será tuya, guárdate de pretenderlo.

Zinca permanecerá en tu palacio y á tu lado, porque es cristiana y es tu esposa: pierde pues, toda esperanza, y trátala como si fuera tu hermana. De otro modo, puede acontecerte lo que ha acontecido á Kraus. Adios.

Y el padre Giuseppe, que para mí no era un santo, sino un demonio, salió.

LXVI.

Pero desde aquel dia, no dejó de ir ni uno solo á mi palacio, y de estar encerrado algunas horas con Zinca, de la que se habia constituido confesor.

Yo no pude resistir más aquella situacion, y salí de Venecia, de la que estuve ausente un año.

Cuando volví, encontré mi honra mancillada.

LXVII.

Yo, pues, no he hecho otra cosa que vengar mi honor, castigando con la muerte á los culpables.

Pero he vengado mi honor en secreto: secreto que han revelado las aguas del canal, arrojando á su superficie á los culpables, sin duda porque se han roto las ligaduras que los unian al peso de plomo con que se les habia arrojado. Yo por cubrir mi honor, he hecho bautizar con mi nombre y como hija lejitima mia, á la hija de los culpables.

Como hija mia se la conocerá siempre, porque no quiero que el secreto que conoce el Consejo de los Diez llegue á conocimiento de todo el mundo.

He cumplido, pues, con mi deber, y pido que se me declare no culpable, y se me ponga en libertad.

LXVIII.

Hé aquí á continuacion la sentencia del Consejo de los Diez, que consta en el proceso.

«Atendido que Zinca Karuk era esposa del Salvator Conti, y á la declaracion del monje benedictino de la Penitencia fray Giuseppe llamado el Santo, que confirma el adulterio de Zinca

Karuk con el corsario griego Zante, el Consejo declara justa la muerte de los adúlteros por mano del esposo ofendido; pero atendidas las circunstancias horribles y tenebrosas que han acompañado á esta justa venganza, no puede declarar completamente no culpable al patricio Salvator Conti, y le condena á diez años de destierro del estado de Venecia; pero atendiendo á los buenos servicios de la familia Conti, el Consejo de los Diez, en nombre de la República, toma bajo su proteccion á Elena Conti, que la hace aparecer como hija legítima suya, y manda que por respeto al honor del nombre de Conti, se guarde este proceso en el archivo secreto, y se guarde un completo sigilo por los que en él han actuado, acerca de la historia que en él se contiene, y de la verdadera procedencia de Elena Karuk.

LXIX.

Respecto al padre Giuseppe llamado el Santo, religioso benedictino, existente en el convento de la Penitencia de Venecia, dijo cuando fué preguntado:

—No tengo por qué ocultar lo que he sido; soy tártaro; fuí jefe de la tribu Kaivar; hice toda la campaña de los tártaros contra los griegos.

Y despues de esto, el padre Giuseppe refirió toda la historia de sus amores con Krasna, la hija de Karuk, hasta el momento del duelo con Kanmo.

Despues continuó:

—Volví á la vida en una cabaña de pescadores. Por algun tiempo nada supe, hasta que mis heridas se fueron cicatrizando, y fuí recobrando la fuerza y la salud.

Entonces los pescadores me dijeron:

—Te llevaban inanimado unos corsarios griegos que trepaban por las rocas para arrojarte desde lo alto de ellas al mar.

Nosotros, movidos de compasion, pedimos tu cuerpo á los corsarios.

Es una criatura de Dios, les dijimos; nosotros le enterraremos, y nadie sabrá si le habeis arrojado al mar ó no.

Los corsarios, estaban solos: no les veia quien les habia

mandado arrojar tu cuerpo al mar: eran á pesar de todo cristianos, y Dios manda enterrar á los muertos, no que se les arroje al mar para que sean presa de los pescados voraces.

Los corsarios despues de alguna resistencia, nos entregaron tu cuerpo y se fueron.

Nosotros nos metimos contigo entre las quebraduras, en el repecho de un barranco, mirando al oriente, abrimos una profunda hoya para sepultarte en ella.

Pero sobrevino uno de nuestros ancianos que sabe de medicina, y te reconoció cuidadosamente.

—Este hombre, nos dijo, no ha muerto aún; y si se le cuida bien, podrá suceder que vuelva á la vida.

Entonces, en el mismo sitio, sobre la misma vertiente junto á la hoya, construimos una cabaña, trajimos un lecho y cuanto era menester, te hemos cuidado como si hubieras sido nuestro hermano, y hé aquí que has vuelto á la vida, y que no corres peligro alguno por tus heridas.

LXX.

Pero yo habia perdido mucha sangre, y mi convalecencia fué muy larga y muy penosa.

Seis meses despues de haber recibido las heridas, aún me veia obligado para andar á apoyarme en el brazo de uno de mis generosos huéspedes.

Aún pasaron cuatro meses antes de que yo recobrase todo mi vigor.

Cuando me sentí verdaderamente fuerte, me despedí de los buenos pescadores, y me metí tierra á dentro.

Yo sentia en mi alma una ardiente sed de venganza.

Amaba con más energía, con más fuerza de voluntad que nunca á Krasna.

Yo sabia que Krasna amaba á Kanmo.

Una vez creyéndose viuda Krasna, lo más creible, lo casi indudable era, que Krasna, dominada por su amor, se hubiera unido á Kanmo.

Yo necesitaba saberlo, y me trasladé á la habitacion en que Krasna vivia antes de ser mi esposa.

Caminaba de noche, y de dia me ocultaba en las grietas de las rocas.

Mi alimento, eran el pájaro que cazaba con lazo, ó las frutas silvestres que encontraba al paso.

Nadie podia reconocerme y saber que por segunda vez habia resucitado.

Yo era un fantasma que vagaba de noche alrededor de la habitacion de Krasna, y que la observaba de dia, oculto entre las quebraduras.

Por este medio supe sin preguntar á nadie, que Kanmo era esposo de Krasna.

Debió serlo poco despues de mi desaparicion, porque Krasna y Kanmo, cuando yo me puse en observacion suya, tuvieron una hija.

Esta hija era Zinka Karuk, la que ha sido asesinada recientemente con Zante, por el patricio Salvator Conti su esposo.

Cuando yo comprendí la felicidad de Krasna y Kanmo, cuando ví que la naturaleza habia dado á Kanmo en Krasna lo que á mí me habia negado, esto es, una hija, mi alma se ennegreció, y juré el exterminio de Krasna y del esposo á quien se habia unido, creyéndome muerto.

Es verdad que ella nunca me habia amado; que antes de conocerme amaba con toda su alma á Kanmo; que se habia unido conmigo, obedeciendo la última voluntad de su padre moribundo, y que al creer en mi muerte, habia quedado completamente libre.

Pero la religion, las costumbres, las leyes, la prohibian enlazarse al matador de su esposo.

Krasna Karuk era á todas luces culpable, y yo decreté en el fondo de mi alma su castigo.

LXXI.

Pero me ví obligado á esperar.

Cuando yo me puse en observacion de la casa de Krasna,

era todavía invierno. Las ventanas se cerraban á la caída de la tarde, para no volverse á abrir hasta salida del sol, y las puertas estaban guardadas por los soldados tártaros de Krasna.

Esta no salía nunca sola, ni se aventuraba por lugares solitarios.

Yo no queria que nadie fuese testigo de mi venganza, y me fué necesario esperar á que llegasen los fuertes calores del verano, en que las ventanas se dejan abiertas, para que penetre en los dormitorios el ambiente de la noche.

LXXII.

Llegaron, en fin, las calurosas noches del mes de junio.

Yo bajé algunas noches oscuras de mis escondrijos de la montaña á la colina en que estaba asentada la casa de Krasna, y la observé.

Conocí por el reflejo de la lámpara que salía por una de las ventanas abiertas, cuál era el dormitorio de Krasna y de Kanmo.

Quando no tuve duda de ello, porque algunas noches Kanmo y Krasna se ponian á la ventana para respirar sin duda las frescas brisas del mar, lo preparé todo para cumplir mi venganza.

LXXIII.

Al fin, una oscura noche, poco despues de ocultarse la luna, llegué á la casa de Krasna, y apoyándome en las asperezas del muro, trepé á la ventana y entré en un aposento, en el cual encontré dormidos á Kanmo y á Krasna.

No volvieron á despertar.

LXXIV.

A la vista de Krasna herida, moribunda, que fijaba en mí de una manera terrible sus hermosos ojos azules, sentí un hor-

ror que aún todavía aunque han pasado muchos años desde aquella noche, no he podido lanzar de mí.

Un horror que incesantemente me atormenta; que me hace ver siempre el horroroso seno de Krasna rasgado por mi puñal, la agonía de su semblante y la mirada amenazadora de sus ojos azules.

Huí, y á la carrera, aterrado, sintiendo por la primera vez el miedo, me interné en la montaña y permaneci allí algunos dias, cada vez más devorado por el horror y el arrepentimiento de haber inmolado á Krasna.

Yo la amaba; yo la amé aún; yo la amaré despues de muerto, soñando con ella en el fondo de mi tumba, viendo aún allí la sangre brotando á borbotones de su blanquísimo seno, la terrible mirada de sus ojos azules que siempre arde en mi memoria.

LXXV.

El remordimiento y el dolor llegaron á hacerseme insoportables, y me acoji á un monasterio de frailes franciscos. El superior á quien confesé mi pecado, me dijo que no podia absolverme: que era necesario que fuese á Roma á arrojar-me á los piés del papa.

Aconsejó-me esto el superior, porque á pesar de estar en Grecia su convento, pertenecia, no á la Iglesia griega, sino á la Iglesia católica.

Yo acepté el consejo del superior, y en vez de ir á arrojar-me á los piés del patriarca griego, fui á Roma con auxilios que me dieron los buenos franciscanos.

LXXVI.

Sixto V, el serenísimo Sixto V escuchó mi confesion, y cuando hube concluido, me dijo:

—Yo te absolvería si inmediatamente despues de mi absolucion hubiera de caer tu cabeza bajo el hacha del verdugo;

pero no es el mio un ministerio de sangre, sino un ministerio de paz y de misericordia: matarte no seria ser misericordioso contigo; porque la muerte no es una compensacion bastante de tu culpa; porque te presentarias manchado de sangre, ennegrecido por el ódio y por la venganza, ante el eterno tribunal de Dios.

Tú debes vivir, porque la vida es para tí un tormento superior á todos los tormentos que pudieran hacerte sufrir los hombres.

Tú debes vivir, y vivirás; porque yo te sentencio á la vida en nombre de Dios, y defenderé tu cabeza en nombre del Señor, de la justicia de los hombres.

Y Sixto V escribió por su propia mano un papel que os voy á mostrar.

LXXVII.

El padre Giuseppe Kaivar, sacó de entre sus hábitos un tubo de hoja de hierro, y de él un papel enrollado en que se veía el sello pontificio de Sixto V, y cuyo contenido era el siguiente:

«Sixto V papa: á todos los reyes y príncipes cristianos sus queridos hijos: salud y bendicion apostólica.

Sabed: que Giuseppe Kaivar, tártaro, jefe de la tribu Kaivar, gobernador que ha sido de la isla de Corfú y esposo de Magdalena Krasna, tártara, hija de Cristian Karuk, jefe de la tribu tártara Karuk, y cristiano de la Iglesia griega cismática, hasta hoy que se ha convertido en mis manos á la Iglesia de Jesucristo, ha tenido una vida tal y tan impía, y ha cometido un tan horrendo crimen, que Nos, en nombre de la Santísima Trinidad, de los arcángeles y de los ángeles, de los santos y de las santas, le condenamos á perpétua penitencia, y os rogamus á vosotros príncipes y potestades de la tierra, no castigueis con vuestra justicia sus delitos si los descubriéreis, matando con él el terrible tormento que Dios Todopoderoso ha puesto en su corazon como castigo de su crimen: sabed que la muerte seria para él un bien; no un castigo: tenedlo en cuenta, y no

ofendais á Dios desatendiendo el ruego que los hacemos en nombre del Altísimo, como vuestro padre espiritual. Pero si superpusiéreis vuestra justicia á la justicia de Dios, que la anatema caiga sobre vosotros.

LXXVIII.

Después de haberse transcrito al proceso este terrible y sombrío decreto pontificio, fué devuelto al padre Giuseppe, que le guardó y continuó declarando:

—Sixto V escribió aún otro decreto, que existe en poder del abad de san Benito de la Penitencia en la ciudad de Venecia.

En aquel decreto le mandaba el papa me diese el hábito de novicio, y me redujese á los servicios más severos, y observase mi conducta: que á los seis años, me mandase volver á Roma á sus piés con una informacion minuciosa de mi vida durante aquellos seis años.

LXXIX.

Yo cumplí el mandato del papa.

Vine á Venecia, y me presenté al abad de san Benito, á quien di el decreto del papa.

Pocos dias después tomé el hábito de novicio, y tal fué el estado de mi espíritu durante los primeros seis años, tal la tristeza y la desesperacion que se revelaban en mi semblante, tan extraordinarios, tan terribles los ejercicios penitenciales que yo practicaba, que los monjes me miraban con asombro, y empezó á salir del convento la fama de santidad que hoy pesa sobre mí, y que me abruma más que todos los castigos que hubieran podido imponérseme.

Ignoro lo que el superior de san Benito informaría al papa en el pliego cerrado que me dió, cuando cumpliendo con el decreto de Sixto V me mandó ir á Roma á ponerme á los piés de la silla de san Pedro.

Sixto V recibió de mis manos el pliego, y me mandó volver pasados tres días.

Volví, y me escuchó de nuevo en confesion: terminada esta me absolvió, me dió un pliego para el superior de mi convento, y me mandó volver á él.

LXXX.

Llegué, me arrodillé á los piés del abad, y le entregué el pliego del papa.

Le leyó el superior, y despues me dijo:

—Nuestro santísimo Padre ha visto tu humildad, tu dolor, tu arrepentimiento, y te ha absuelto, hermano. Nuestro santísimo Padre te concede el que te se pueda conferir el orden sacerdotal, y la profesion en nuestra orden, ó en otra cualquiera orden penitente.

Un año despues, era yo sacerdote y monje profeso en el monasterio de san Benito de la Penitencia de Venecia, en donde se me tenia por santo.

Pero á despecho mio, yo era un demonio.

Mi amor satánico hácia Krasna aumentaba de dia en dia, y mi dolor y mi horror por su muerte, eran porque habia perdido su hermosura, no porque la habia privado de la vida; no porque habia dejado huérfana á su hija Zinca Karuk.

LXXXI.

Magdalena Krasna no habia muerto para mí.

La veia en todas partes, á todas horas.

Cuando celebraba el santo sacrificio de la misa, al murmurar, estremecido de terror, como las hubiera murmurado un condenado sin esperanza de la misericordia de Dios, las palabras de la consagracion, veia con un espanto horrible, que la forma aparecia á mis ojos como bañada en sangre humeante, y en medio de ella á Magdalena Krasna, de cuyo seno brotaba la sangre que teñía la forma, mirándome de una manera terrible con sus grandes ojos azules.

Cuando consumia la forma, me parecia que devoraba á Krasna; que ella se dilataba dentro de mí, y que me roía las entrañas con la rabia de su venganza.

Cuando consumía el agua y el vino que contenia el sagrado cáliz, me parecia beber la sangre de Krasna, que me abrasaba como el fuego del infierno.

Algunas veces era tan insoportable el tormento que sufría, que caia sin sentido en las gradas del altar.

Despues de lo que, pasaba algunos dias entregado á un delirio en que los monjes no veian la desesperacion del condenado, sino el arrepentimiento del santo; porque yo nunca blasfemaba; porque yo pedia á gritos á Dios me librase del estado espantoso á que me encontraba reducido.

Esto engañaba á las gentes.

Todo consistia en que yo he creido siempre en Dios y en su omnipotencia.

En que yo recurria á Dios, como la única potestad que podia salvarme.

Pero teniendo siempre viva y ardiente en mi memoria á Krasna; sintiendo siempre el fuego ardiente y devorador de una pasion impura, de un amor idólatra hácia ella.

LXXXII.

Mi vida era un infierno.

Yo no necesito pasar por las puertas de la muerte para ser condenado.

Mi eterna condenacion empezó en el instante en que cayó mi puñal sobre el seno de Krasna.

LXXXIII.

¡Ah! ¡los hombres son ciegos!

¡Confunden la desesperacion y la rabia con el dolor y el remordimiento!

Ellos no saben que yo soy un sér maldito; un sentenciado

por Dios; un alma condenada, que tiene ya dentro de sí todo el infierno que ha de sufrir en la eternidad.

No saben que mi cualidad de sacerdote aumenta mis tormentos.

No saben que el cuerpo y la sangre de Jesucristo son para mí un fuego devorador que me aniquila sin destruirme por un misterio incomprensible.

Ellos no saben que los que me llaman el padre Giuseppe el Diablo, los que se apartan aterrados de mí haciendo la señal de la cruz, son los que han comprendido la verdad.

LXXXIV.

Yo revelo todo esto, secretarios del Consejo de los Diez, porque pretendo, que horrorizados de mí, creais que Sixto V no ha sido bastante severo conmigo, y me arranqueis una vida que no puedo soportar.

Despues continuó Kaivar:

LXXXV.

—Apenas fui sacerdote y religioso profeso, el superior me entregó cerrado un pliego que contenía una orden secreta para mí.

Abrí aquel pliego en la soledad de mi celda, y encontré que el papa me mandaba velar por María Zinca Karuk, huérfana de los que yo habia asesinado, y tuviese para ella oficios de padre, procurando reducirla á la comunión católica.

Yo no sabia hasta qué punto era para mí terrible la ejecución de este mandato.

Yo no sabia que iban á duplicarse mis tormentos, que yo creia ya insuperables.

Acudí al superior, le pedí permiso para trasladarme á Corfú como misionero católico, y el superior me concedió el permiso y partí, yendo á hospedarme en el monasterio de franciscanos que existia en Corfú, no lejos de la casa en que yo habia conocido por la primera vez á Krasna; en que dos años despues la habia asesinado.

Quando mi venganza arrebató sus padres á Zinca, podía decirse que esta estaba recién nacida.

Quando volví á Corfú, María Zinca Karuk, tenía ya ocho años, y estaba tan desarrollada y tan hermosa, que parecía una mujer con la frescura y la juventud de una niña.

Yo no podía haber sospechado aquello.

Yo fui á ver á Zinca, con el amor de un padre, y cuando la vi, Krasna dejó de ser para mí un fantasma.

Krasna se me presentó viva, encantadora, y más pura y más hermosa en su hija Zinca.

LXXXVI.

Entonces me arrepentí de mi confesion al papa, de mis penitencias; de haber contraído el orden sacerdotal.

Ardió en mi alma la tentacion terrible de arrojar lejos de mí los hábitos; de correr al Cáucaso; de presentarme en medio de mi tribu á caballo y armado, y reclamar su obediencia: venir con mis indomables tártaros á Corfú, y apoderarme de Zinca.

Pero tuve miedo al rayo de Dios.

Porque la justicia de Dios es infinita, y dá siempre un castigo igual á lo horrendo de los crímenes de los hombres.

Pero no pude lanzar de mí el amor maldito que aquella inocente me inspiraba.

Y, sin embargo, tuve valor para sepultar en el fondo de mi alma aquel amor horrible.

Tuve valor para convertirme en padre de Zinca.

Para protegerla con el prestigio que me habian dado en la isla de Corfú mi aspecto penitente y ascético, lo consolador de mis palabras, y la caridad hipócrita con que acudia á los socorros de los pobres y de los desventurados.

LXXXVII.

Tal variacion habian operado en mí los terribles sufrimientos de nueve años, desde que fui tenido por muerto, hasta que volví á Corfú como misionero católico, que á pesar de haber sido gobernador de la isla, no me reconoció nadie: ni aun el mismo Nossur que habia estado á mi servicio como jefe de la guardia tártara de Krasna, y que era entonces gobernador de la isla á nombre de su señora María Zinca Karuk.

Además de eso, yo habia ocultado mi nombre: solo se me conocia bajo el nombre del padre Giusseppe.

LXXXVIII.

De tiempo en tiempo, yo volvia á Venecia y á mi convento, llevando á él la noticia de la conversion al catolicismo de algunos griegos cismáticos.

Esto aumentaba la veneracion con que me miraban los monjes mis compañeros, que propalaban mis triunfos por la fé, y aumentaban en Venecia mi loa de santidad.

Permanecia en Venecia algunos meses, y luego volvia á Corfú al lado de Zinca.

LXXXIX.

Asi pasaron algunos años, hasta que Zinca cumplió quince, creciendo de año en año en hermosura, y creciendo mi infernal pasion por ella; pero siempre oculta, y cuanto más oculta más terrible y más corroedora para mí.

Parecia que el cielo daba fuerzas á mi alma y á mi cuerpo, para que la locura no se apoderase de la una, ó el dolor insoprible no destruyese el otro.

Parecia imposible que mis sufrimientos creciesen, y crecieron sin embargo.

No bastaba que yo amase á Krasna muerta, en Zinca viva.

No bastaba la rabia de que Zinea fuese hija del hombre amado por Krasna.

Era preciso que yo sufriese en silencio los celos del amor de Zinea á otro hombre.

LXL.

Acababa de cumplir Zinea sus catorcé años, cuando se presentó una almadía náufraga arrastrada por las olas, en direccion á las rocas de Corfú.

Se acudió de tierra á su socorro, y todos corrimos hácia la playa, para llegar á ella antes de que la almadía se estrellase en las rocas.

La mar estaba brava, y era de temer que no pudiese salvarse á los náufragos.

Yo veia con placer aquel buque arrastrado por la furia del mar, impelido por el huracan, que se acercaba rápidamente á las rocas.

Yo no siento la caridad, yo no la he sentido nunca.

Me impingó su práctica como un tormento; como el que herido de muerte, desesperado, se desgarrá las heridas con las manos, pretendiendo morir más pronto.

Arrojé mis hábitos, y trepé á la carrera á lo alto de las rocas.

Al llegar yo á la punta saliente de una de ellas, la almadía se estrelló en los peñascos inferiores.

Un golpe de mar arrastró consigo á la tripulacion, y yo me arrojé á las olas, así á uno de aquellos náufragos, que sin mi socorro hubiera perecido, porque los tripulantes venian aterrados y fatigados por su lucha con la tempestad; nadé vigorosamente, y logré ganar una peña, á cuya parte superior no llegaban las olas.

Yo debí perecer con el náufrago que habia salvado, y nuestra comun salvacion fué tenida á milagro, lo que aumentó la loa de santidad en que se me tenia.

Pero salí del mar magullado, ensangrentado, destrozado; porque varias veces las olas me habian arrojado sobre las rocas, arrebatándome de nuevo.

Fué necesario esperar á que la tempestad se calmase, y que descendiese la mar, para que pudiesen llegar á nosotros los que habian asistido impotentes al salvamento de aquel náufrago por mí.

XCI.

Entre los que acudieron, acudió Zinca.

Yo ví su primera mirada de amor consagrada al náufrago, que estaba tendido é inmóvil desmayado junto á mí.

Yo ví que Zinca palidecia, temblaba, y que su mirada ansiosa permanecia fija, inmóvil, aterrada, desesperada, sobre el hermoso semblante del jóven náufrago.

XCII.

Porque Estéban Zante era un jóven hermosísimo, que apenas contaba veinticinco años, y hacia ya cinco que era un terrible capitan corsario.

Yo senti una rabia imponderable, al verme salvador del hombre que habia causado el primer latido de amor del corazon de Zinca.

Yo aborrecí con toda mi alma á Estéban Zante, y, sin embargo, él me amó, porque yo no le he dejado ver mi ódio; porque yo absorví aquel nuevo dolor, como habia absorbido otros tantos dolores.

Porque yo era una esponja llena de hiel, que absorbía y seguia absorbiendo hiel sin que saliese de ella una sola gota.

XCIII.

Zinca mandó conducir á su misma casa á Estéban Zante, el único de los náufragos que se habia salvado; porque yo no habia podido salvar más que á uno.

Zinca le prodigó por sí misma los más ardientes cuidados,

como vela la mujer que ama por la vida de su amor, cuando esta mujer tiene en las venas, como Zinca, en vez de sangre fuego.

Estéban Zante volvió muy pronto á su salud y á sus fuerzas.

Amó con su alma á Zinca, y á mí me amó con su agradecimiento.

Llamaba á Zinca su vida, y á mí me llamaba su padre.

XCIV.

Pero Zinca no podia ser su esposa.

Los tártaros, que habian sufrido muy mal el segundo casamiento de Krasna con un extranjero, no estaban dispuestos á que la hija de Krasna les diese por señor otro extranjero, y así lo manifestó á Zinca Nossur, en nombre de la tribu entera de Karuk.

Al mismo tiempo, se mandó á Estéban Zante que saliese de la isla, y Zinca, por mi mano, porque estaba muy vigilada por los tártaros, dió á Zante una fuerte cantidad en oro para que comprase una nueva almadía y la tripulase.

XCV.

Algunos dias despues, Zante se despidió de mí y me dijo:
—Padre, parto para no volver.

Y Zante partió.

Yo ví perderse en el horizonte las blancas velas de su almadía.

Pero no creí en la sinceridad de la despedida de Zante.

—Tú volverás, dije, tú volverás durante una noche oscura, cuando nadie pueda ver tu vela apareciendo en el horizonte.

XCVI.

Y Zante volvió, como lo habian temido mis celos.

Volvió, y yo, oculto en las inmediaciones de la casa, vi entrar en ella una y otra noche á un hombre, por la misma ventana por donde yo habia entrado quince años antes para exterminar á Krasna y á Kanmo.

Aquello me fué insoportable.

Nada dije á Zinca, y temiéndolo todo de los celos que se revolvan en mi alma, me despedí de Zinca, y me volví á Venecia, resuelto á no tornar á la isla de Corfú.

¿Y para qué? Zinca habia decidido su destino.

XCVII.

Pero yo me habia propuesto lo que no podia cumplir.

Zinca me atraia á sí con una fuerza invencible.

Resistí algunos meses, y al fin, no pudiendo defenderme ya más, volví de nuevo á Corfú.

Llegué, y aquella misma noche fuí á ponerme en acecho de la casa de Zinca, que aún no sabia mi llegada, porque yo habia aportado á la isla por su parte oriental, y Zinca no habia podido ver el barco en que yo habia hecho el viaje.

A la hora de costumbre, apareció un hombre junto á la casa, se abrió la ventana, se dibujó en ella la sombra de una mujer que arrojó fuera una escala, por la que subió el hombre que acababa de llegar, entrando por la ventana y desapareciendo en el interior de la habitacion con la mujer.

Aquella mujer no podia ser otra que Zinca.

Aquel hombre no podia ser otro que Zante.

Me retiré más irritado y más combatido que nunca por terribles tentaciones.

A la mañana siguiente, á la salida del sol, me encaminé á casa de Zinca para visitarla.

XCVIII.

Pero antes de llegar, desde una gran distancia, ví que Zinca montaba en uno de los caballos que tenia fuera de la casa

un esclavo, el esclavo montaba en otro, y que ambos se dirigian hácia la montaña.

Yo marché rápidamente, los alcancé sin dejarme ver, y les seguí desde lejos y con poca fatiga, porque los caballos iban al paso.

A una legua de su casa, Zinca se detuvo en un pequeño valle, á la puerta de una casita pintorescamente situada.

¿A qué iba Zinca allí?

Yo no lo sabia; no podia adivinarlo.

Zinca permaneció dos horas en la casita, despues de lo cual salió de ella, montó á caballo, y acompañada del esclavo tomó la direccion de su casa.

Cuando hubieron desaparecido Zinca y el esclavo, yo me dirigí á la casita blanca.

Los monjes son muy bien recibidos por los campesinos, y la mujer que encontré en la casita, que era jóven, robusta, y bastante hermosa, me recibió con las mayores muestras de deferencia.

Me invitó á que descansara, y me dió un refrigerio de leche y frutas.

En un ángulo de la pobre estancia, habia en una misma cuna dos niños de muy pocos meses, que dormian profundamente.

—Dios que ha negado la riqueza á los pobres, dije á la jóven, les ha dado una prodigiosa fecundidad para aumentar la familia: por lo que veo, hace poco tiempo habeis tenido dos gemelos.

—No, no señor, dijo la campesina poniéndose vivamente encendida, lo que me indicó que se preparaba á mentir; uno de esos dos niños no es mio; es de una buena vecina que tiene la desgracia de no poder amamantarle, y me le ha dado para que le crie.

—Dios os premiará vuestra buena accion, mujer, la dije: ¿y cuál de esos niños no es vuestro?

—El de la derecha, me contestó la campesina.

Me acerqué y examiné al niño que estaba á la derecha en la cuna.

Era en todo lo posible en su corta edad, un admirable retrato de Zinca.

Mi mirada debía ser tal y tan terrible, que sin duda influyó sobre el niño, que despertó, me vió, y al verme rompió á llorar.

El inocente debió comprender por instinto la mirada de ódio que yo fijaba en él.

La campesina acudió para acallarle, y yo me volví para componer mi semblante y que la campesina no viese la terrible expresion que sin duda se habia pintado en él.

—Vuestra barba y vuestros hábitos negros le han asustado, padre, dijo la campesina que habia tomado el niño en brazos y le acariciaba; pero si volveis algunas veces por mi pobre casa, acabará por sonreiros y por extender hácia vos sus bracitos; porque tiene muy buena índole.

—Volveré, la dije sin dejarla ver mi semblante, porque yo no habia logrado dominar mi conmocion: ahora me es forzoso seguir mi camino. Adios.

Y salí sin aguardar la respuesta de la campesina.

XCIX.

Mi frente ardía; mis ojos se nublaban; mis piés, débiles, apenas me dejaban andar.

Yo moria de una muerte horrible.

Zinca era madre, y este solo pensamiento me volvia loco y engendraba en mí un furor inconcebible.

Todo el dia estuve andando sin objeto por entre las quebraduras.

El estado en que yo me encontraba era incomprendible.

El pensamiento de matar, de exterminar, se revolvía siniestro en mi pensamiento.

Una decision horrible se apoderó de mí.

Dí la vuelta hácia la parte del mar ya bien entrada la noche, y me puse en el sitio de costumbre en observacion de la casa de Zinca.

No llevaba armas; ¿pero á qué más armas que mi furor?

C.

Llegó la media noche; la hora en que Zante acudia á las misteriosas citas de Zinca.

Era una noche lóbrega y fria.

En el cielo no se veia una sola estrella.

En la tierra nada se veia á dos pasos de distancia.

Yo, solo distinguia á un tiro de arcabuz la ventana abierta de la casa de Zinca, á través de la que lucía el reflejo de la lámpara que ardía en la habitacion.

Un fuerte nordeste impedía con el rugido que hacia lanzar al mar y con sus roncós silbidos, que yo pudiese conocer por el ruido de sus pasos la llegada de Zante.

Me acerqué, pues, seguro de no ser sentido, hasta colocarme bajo la ventana abierta, pegado al muro de la casa.

Cuando Zinca arrojase la escala y Zante fuese á subir por ella, debía perecer á mis manos.

Despues amparado por la noche y por el viento, penetraría en la casita blanca de la montaña, y haría perecer al hijo del amor de Zinca, que de tal manera habia ennegrecido mis celos y lanzado otra vez al crimen mi alma.

Pero Dios lo habia dispuesto de otro modo: un crimen menos horrible debía salvar á Zante y á su hijo.

CI.

Nada se veía, nada se oía más que el rugido del mar y el zumbido del viento.

De repente oí cerca de mí, y gracias á la atencion con que escuchaba, las pisadas de un hombre, y poco despues un silbido.

Un objeto desprendido sobre mí, cayó á mis piés.

Era la escala que Zinca arrojaba fuera al escuchar la seña de la llegada de su amante.

Estaba ya preparado para lanzarme sobre Zante en el mo-

mento en que pusiese el pié en la escala, cuando de improviso oí cerca el ruido de una lucha.

Ruido que cesó muy pronto, que se apagó, que se perdió entre el zumbido de la tempestad.

Me lancé hácia el sitio donde la lucha habia resonado, y nada hallé.

Pero mi pié sintió bajo sí un objeto duro.

Me bajé y le tomé.

Era un puñal.

Le retuve y esperé.

Zinca estaba en la ventana, y en su actitud comprendia su ansiedad.

Zinca no podia verme, porque la oscuridad era densa.

Zinca en la ventana y yo al pié del muro, esperamos en vano un largo espacio.

Nadie aparecia.

Nadie se acercaba á la escala, que aún no habia sido recogida.

Tuve impulsos de subir por ella, de que Zinca se encontrase frente á frente de mí, y oyese de mi boca y viese en mis ojos, lo que nunca habia visto ni oido.

La expresion desesperada de mi amor.

Pero esto era descabellado: nada podia obtener de Zinca, que no lo debiese á la violencia ó al terror.

Porque lo que yo ansiaba hasta enloquecer, era el amor de Zinca.

Desistí pues.

Comprendí que Zante habia sido sorprendido y arrebatado, acaso por un rival celoso, y que era inútil esperarle.

Pero quedaba allá en la casita blanca del valle de la montaña el pequeño hijo de Zinca, y ya que no habia podido destruir al padre, podia destruir al hijo.

El infierno parecia excitarme poniéndome en las manos un puñal, y partí á paso rápido hácia la casita del valle.

CII.

Pero apenas habia llegado junto á ella, se abrió violentamente la puerta, se oyó el paso precipitado de algunos hombres, y entre ellos el llanto de un niño, que se alejó, se perdió en el silencio y en la distancia.

Otra vez la casualidad me arrancaba una víctima de entre las manos.

No tenia ya nada que esperar.

Como antes Zante, me habia sido arrebatado su hijo, no sabia por quién; no podia adivinar por quién.

Esto aumentaba mi cólera.

Mi deseo estaba siempre contrariado.

Habia querido volverme al bien, y no me habia sido posible conseguirlo.

Habia querido volver á entregarme al mal, y no me era posible ejecutar el mal.

Parecia como que un poder superior se habia propuesto reducirme á la impotencia.

CIII.

El dia siguiente y dos dias despues, me vi obligado á guardar el lecho en el convento de franciscanos.

Las duras agitaciones que habia sufrido me habian causado una fiebre terrible.

Al cuarto dia pude levantarme, y fuí á ver á Zinca.

Estaba llorosa, pálida, acongojada; pero ni me reveló su secreto, ni nada le pregunté yo.

Algunos dias despues, Zinca me dijo;

—Voy á hacer un viaje: el primer viaje de mi vida.

—¿Y á dónde vas? la pregunté.

—A Venecia, me contestó.

—¡A Venecia! exclamé admirado.

—Sí, me contestó con acento sombrío, la raza de los Karuk

se extingue: voy á ser la esposa de un patricio veneciano.

—¡De un patricio veneciano! exclamé.

—Sí, de Salvator Conti, me respondió Zinca con acento sombrío.

—¿Te ama?

—Sí.

—¿Te conoce?

—Sí.

—¿Y cómo te conoce? tú no has estado en Venecia.

—Él ha venido á Corfú.

—¡Y tú consientes en ser su esposa! exclamé con asombro.

—Sí, me contestó friamente Zinca: dicen que Venecia es magnífica, que las patricias gozan allí mucho; yo quiero gozar; estoy cansada de la soledad de esta casa en donde todos los dias son iguales, donde el tiempo se desliza siempre con la misma lentitud.

—Tú me engañas: en tu resolucion hay un misterio, la dije.

—Ninguno, me contestó: me caso con Salvator Conti, porque le amo.

—Me revelas tu amor á ese hombre de una manera muy sombría y muy lúgubre.

—Es que para ser esposa de Conti, me veo obligada á alejarme tal vez para siempre de la tierra donde he nacido, en la que reposan las cenizas de mis desgraciados padres; de mi hermosa Grecia.

—Que hace poco encontrabas triste, incomparable con la rica y bulliciosa Venecia.

Zinca, que se habia ido conmoviendo, acabó por llorar de una manera desesperada.

—El destino me arrastra, dijo, no me preguntes más, porque tus preguntas me atormentan.

Inútilmente procuré me revelase lo que ya sabia yo, y no quise decirla, porque para Zinca era yo cobarde y tímido como un niño.

Ella guardaba su secreto, de que yo solo conocia una parte, y me separé de ella más desesperado, más irritado, más enamorado que nunca.

CIV.

Pasaron quince días, sin que durante ellos pudiese yo recabar ni una sola palabra de su secreto á Zinca, cuando me anunció que al día siguiente emprendía su viaje.

—¿Decididamente? la pregunté.

—Irremisiblemente, me contestó: Dios lo quiere.

—¿Y quién te acompaña?

—Kraus, me contestó.

—¿Quién, ese viejo tigre del mar, ese terrible corsario?

—Que para mí es un buen amigo, dijo de una manera singular Zinca, con una intencion que no pude comprender hasta algun tiempo despues.

—Ese hombre es terrible, dije.

—Por lo mismo, me contestó Zinca, su bandera roja es el terror de los mares, y con nadie mejor puedo pasar por entre los corsarios del archipiélago.

—¿Y no te acompañará nadie más?

—Nadie más: ya he tenido hoy por lo mismo una seria disputa con Nossur, y me he visto obligada á recordarle, que aunque gobierna á mi nombre, á nombre de los Karuk la isla de Corfú, yo soy su señora; él es mi esclavo.

—Pero yo que no soy tu esclavo, la contesté, iré á tu lado mal que te pese.

—No, padre, me dijo Zinca; tú te quedarás aquí; te necesito aquí; tú velarás por mis derechos mientras yo esté ausente; y si por acaso muriese en Venecia, cumplirás aquí mi última voluntad.

Zinca sacó de su seno un pliego cerrado y sellado.

—Mi última voluntad cuando muera será que se ejecute lo que en este pliego cerrado se contiene: tú eres un santo, padre, tú no faltarás al encargo que te hago: que no abras este pliego, sino despues que yo haya muerto.

—Este pliego, dije á Zinca, tomándole y guardándole bajo mi hábito, permanecerá cerrado mientras tú vivieres; y si yo muriese antes que tú, lo que naturalmente debe suceder, este

pliego será entregado por mí á una persona de confianza, que te le devolverá cerrado; ¿pero por qué no me revelas el misterio que encuentro en tu conducta?

—El destino me arrastra á ser esposa de Salvator Conti.

Y Zinca se obstinó en no aclarar el doble sentido de estas palabras, tras las cuales yo veía revolverse una solución oscura, que no me presentaba ningún punto seguro de partida.

Y, sin embargo, fué necesario resignarse; porque, lo repito: para con Zinca, mi terrible firmeza se deshacía: cuando hablaba con ella era débil y cobarde.

CV.

Zinca partió al día siguiente, embarcándose en la terrible almadía corsaria de Kraus, que la acompañaba tranquilo y jovial, y parecía el mejor hombre del mundo.

Hasta la playa la acompañamos Nossur, sus leales soldados tártaros, sus esclavos que se despidieron llorando de ella, y yo que la veía alejarse en el esquife con un terror instintivo.

CVI.

Ninguno de nosotros se separó de la playa, hasta que la almadía se perdió en el horizonte.

Entonces nos volvimos hácia la casa que tal vez para siempre habia abandonado Zinca, y que tenia para mí tan lúgubres, tan sombríos recuerdos.

—Esto es terrible, decia Nossur; la raza de los Karuk se extingue: en mal hora vino hace algunos meses con ese infame de Kraus el señor veneciano con quien vá á casarse Zinca.

—¿Cuánto tiempo hace que vino á la isla Salvator Conti? pregunté á Nossur.

—Hace cerca de un año; y desde entonces Zinca está triste, pensativa, completamente transformada.

—Es extraño, dije; yo creía que Zinca amaba á Estéban Zante, el náufrago que yo salvé.

—Estéban Zante no ha vuelto á Corfú: poco despues de su partida vino á la isla el magnate veneciano.

Yo acabé de embrollarme: es verdad que yo habia visto entrar de noche un hombre en la habitacion de Zinca: que habia creido que aquel hombre era Estéban Zante, porque sabia que Zinca y él se amaban.

Pero estos antecedentes podian haberme engañado; podian haberme hecho creer que aquel hombre á quien Zinca recibia de noche era Estéban Zante.

Pero yo nunca le habia visto de cerca.

Podia ser muy bien que aquel hombre hubiese sido Salvador Conti: que el hijo de Zinca fuese hijo del veneciano; no del corsario.

Que para obligar á Zinca, Salvador Conti la hubiese arrebatado su hijo para imponerla condiciones.

Pero al mismo tiempo yo no podia comprender que Salvador se hubiese hecho arrebatar á sí mismo.

Además, el puñal que yo habia encontrado aquella noche, era un puñal puramente griego.

Esto, sin embargo, nada probaba; porque aquel puñal podia ser de uno de los raptos.

Yo me aturdia más y más.

—Hace seis meses, dije á Nossur, partiste de Corfú, y solo hace dos meses que has vuelto.

—Veia demasiado triste á Zinca; comprendia la causa de su tristeza ó creia comprenderla; me parecia que era la tristeza que produce en las vírgenes la necesidad misteriosa del amor: ¿por qué no te casas? pregunté un dia á Zinca.

—¿Y con quién? me contestó: solo ha habido un hombre por el cual mi corazon ha sentido algo, y ha habido tales dificultades para que me una con él, que ha partido para no volver más.

—¡Zante! dije.

—Sí, me contestó friamente; pero ya le he olvidado: no era amor lo que yo sentia por él: era compasion; pero se salvó; no habia por qué compadecerle: partió, y cuando le recuerdo me es completamente indiferente.

—¿Amas acaso á ese veneciano que ha venido con Kraus?

—¡Oh, qué horror! me contestó; parece un espectro: yo mo-

riría de frío en el alma si viviese algun tiempo junto á él.

—¿Por qué no haces un viaje á Constantinopla, ya que no quieres ir á las montañas de tus padres? allí tal vez encontrarías un hombre que te inspirase amor.

—Dejemos al cielo que me presente al hombre á quien he de amar: el amor no se busca: se le encuentra sin buscarle cuando menos le esperamos.

Pasaron algunos dias, y no volvimos á hablar de esto.

Yo notaba algo extraño en la palidez, en el cansancio, en la languidez en la lucidez de la mirada de Zinca.

Si yo hubiera visto á su lado ó cerca de ella un hombre á quien ella hubiera amado, hubiera sospechado.....

Nossur se detuvo.

Yo fijé en sus ojos una mirada penetrante, pero me convencí de que Nossur nada sabia: de que no habia pasado de hacer una suposicion acerca del estado fisico en que Zinca se encontraba por el tiempo á que se refería.

Yo me abstuve de pronunciar ni una sola palabra que hiciese recaer en sus sospechas á Nossur.

—Algunos dias despues, continuó el tártaro, Zinca me llamó y me dijo:

—Nossur, yo quisiera que descansaras; tú no eres ambicioso, y conozco que tienes aversion al gobierno de la isla; que quisieras vivir sin cuidados; pero no puedes dejar de tenerlos mientras yo no tome esposo.

—¿Te decides al fin á ir á nuestras montañas, dije con alegría, ó por lo menos á Constantinopla? La tribu Karuk es la predilecta de nuestro magnifico señor el sultan Ostman: él te procurará un esposo digno de tí, sino es que embriagado por tu hermosura, te tome él mismo por esposa.

—La raza Karuk, me contestó, es cristiana: no se ha mezclado con los degenerados tártaros que hoy se llaman turcos, que han sido absorbidos por la raza conquistada por ellos, que les ha dado su religion y sus costumbres: la nieta de las águilas del Cáucaso, no puede partir el hombre de su amor con otras mujeres, y verse obligada á tener plegadas las alas por falta de espacio en el encierro del haren: no, yo no iré á Constantinopla, yo no me expondré á que el sultan me encuentre hermosa y pu-

ra, y me imponga su tiránica voluntad: yo no iré al Cáucaso donde los eunucos del haren rebuscan esclavas para el sultan: yo no saldré de mi escondrijo de Corfú: irás tú; partirás dentro de algunos días; buscarás entre los hombres de mi tribu, entre mis vasallos, un mancebo que valga lo que yo necesito en un hombre para hacerle mi esposo, y le traerás contigo.

—¿Y qué cualidades debe tener el hombre destinado á la felicidad de ser tu esposo?

—Una ascendencia clara de padres á abuelos, de guerreros sin tacha que no hayan incurrido en bajeza ni en traicion: que sea valiente como un héroe, sin crueldad y sin falsia; que sea hermoso y jóven; afable é inteligente; que tenga trofeos ganados en tres batallas, y que no haya amado á ninguna mujer.

—Me pides en un hombre solo, cualidades que solo pueden encontrarse divididas en muchos, y mi viaje es inútil; porque un hombre tal como el que deseas para esposo, no existe.

—El corazon me dice, me contestó con la terquedad de una niña, Zinca, que ese hombre se encuentra en nuestras montañas.

Zinca se obstinó en que yo fuera á buscar un hombre soñado, y partí; porque es mi señora, y no puedo dejar de obedecerla.

Pero aconteció lo que yo esperaba.

En la tribu Karuk hay muchos hombres hermosos, robustos, fuertes; pero crueles; lobos de la montaña que no se hartan nunca de sangre, ni saben vencer sin ennegrecer con una feroz crueldad los laureles de la victoria: montañeses rudos y bravíos, pedir á los cuales afabilidad, es lo mismo que pedir suavidad á un espino, y blandura á una roca.

Yo me abstuve cuidadosamente de decir que iba con el encargo de buscar esposo para Zinca Karuk, señora de la tribu, porque todos aquellos terribles guerreros se hubieran declarado pretendientes, y se hubieran hecho una guerra á muerte.

Pero como tenia que justificar mi ida á la montaña pátria, les dije que en vez de enviar á otro por el impuesto que todos debian como vasallos á su señor, iba yo: porque Zinca Karuk habia quedado descontenta de los que los años anteriores habian dese mpeñado aquel encargo.

—¿Y por qué no viene á conocernos la hija de Karuk? decían: ¿nos desdeña acaso? ¿la parecen mejores que nosotros los degradados griegos? hace mucho tiempo que nuestro señor no nos lleva al combate: la tribu Karuk, y la tribu Kaivar, que se habian unido en Kaivar y Krasna: están huérfanas: ¿por qué Zinca Karuk no elige entre nosotros un esposo que desplegue unidas en una, las banderas de Karuk y Kaivar?

Yo veía con sumo cuidado estas muestras de descontento de los tártaros, y contestaba:

—Zinca Karuk aun no tiene quince años; es muy jóven: pero ella no tomará esposo sino en las tribus de Karuk ó Kaivar, y entre sus parientes inmediatos, para lo cual vendrá dentro de algun tiempo; el año que viene acaso. Entretanto, sus parientes más próximos tienen el gobierno de las dos tribus, y no podeis razonablemente quejaros.

La promesa de que Zinca iria á la vuelta de un año, calmó el descontento de aquellos bravíos guerreros, y después de cuatro meses, en que busqué en vano entre ellos un hombre tal como Zinca le queria, me volví trayéndome un cargamento de pieles, de telas, de miel y de cera, y una enorme cantidad de dinero; parte como impuesto, y parte como el quinto de las presas, que corresponden al señor de las tribus de Karuk y Kaivar.

CVIII.

Nossur hablaba conmigo de mí mismo y de mi tribu, como si hubiera hablado con el padre Giuseppe, y no con José Kaivar, que habia sido su señor, á quien tanto habia conocido.

Tal me habian desfigurado las pasiones, las desgracias, las rudas penitencias, los sombríos remordimientos y el fuego infernal que ardia en mi alma.

Me convencí de que Nossur nada sabia de los secretos de Zinca: de que esta le habia enviado al Cáucaso, no para que le eligiese esposo, sino para alejarle de Corfú á fin de que no se apercibiese de su estado, y la fuese más fácil ocultar el nacimiento de su hijo.

Zinca lo había logrado, y en cuanto á mí, estaba completamente desorientado acerca de quién pudiera ser su amante, de los dos hombres únicos que habían ejercido su influencia sobre ella.

Tenia un medio: ir á la Jónia, buscar á Estéban Zante y descubrir la verdad, ó por su revelacion, ó por la manera con que contestase á mis preguntas.

CIX.

Me era urgentísimo salir de dudas, y partí inmediatamente para la Jónia.

Encontré á los padres, á los hermanos, á los parientes de Zante; pero no le encontré á él, ni sus parientes pudieron decirme otra cosa, sino que Zante había partido un año antes, que no había vuelto, y que en todo aquel tiempo no se habían tenido noticias suyas.

Entonces no pude dudar de que el amante de Zinca, el padre de su hijo, era Estéban Zante.

Que el hombre á quien una noche había sentido arrebatarse cuando yo le esperaba junto á la escala por la cual debía penetrar en las habitaciones de Zinca, era Zante.

Pero no podía comprender quién había robado á Zinca su hijo, ni por qué razón Zinca que debía estar enamorada con toda su alma de Zante, había ido á Venecia á ser esposa del patricio Salvator Conti.

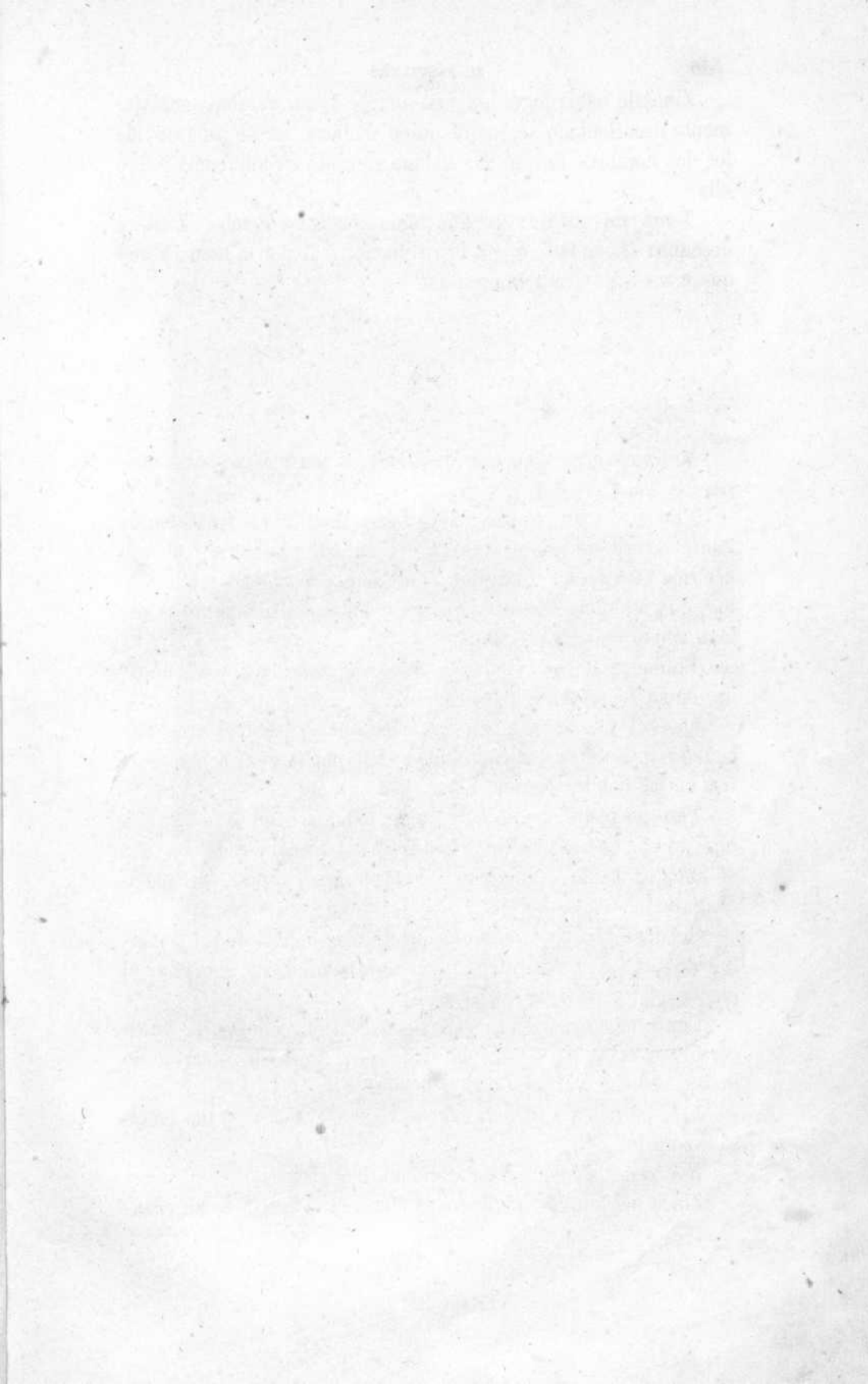
Siempre que me hacia estas preguntas dentro de mi pensamiento, una voz instintiva y misteriosa me hacia escuchar el nombre del corsario Juan Kraus.

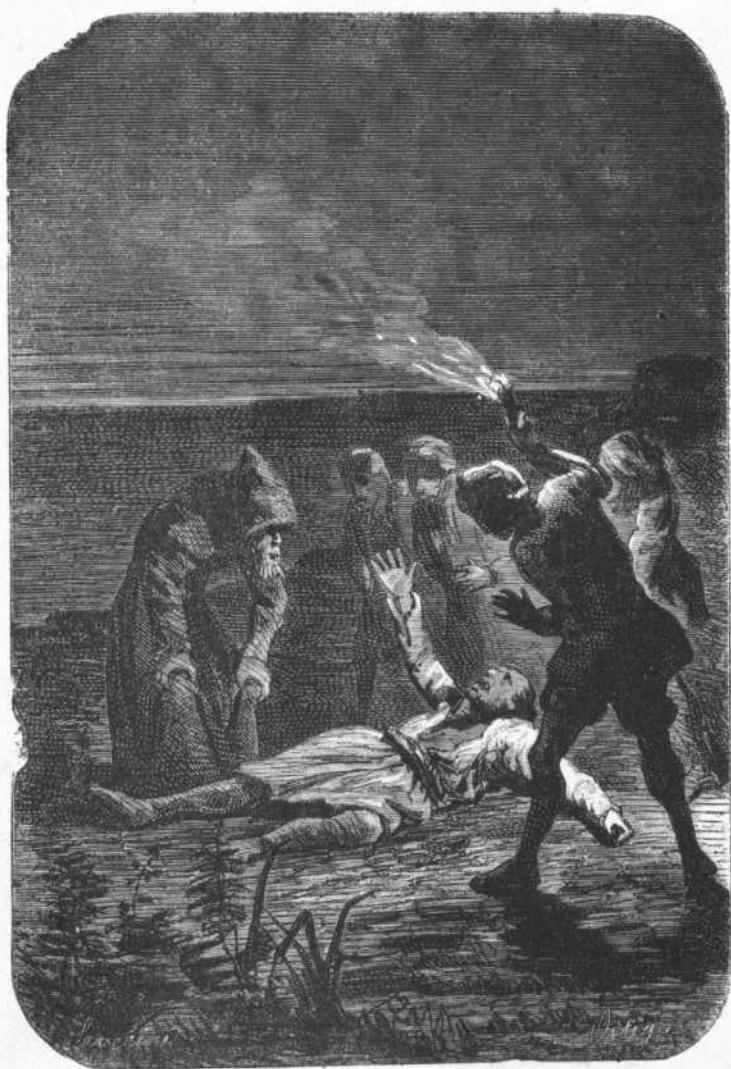
Con tanta insistencia, en fin, pensé en él, como en la única persona que yo, sin saber por qué, creia capaz de sacarme de dudas, que me volví á Corfú y busqué á Kraus.

Este no había vuelto aun de su viaje á Venecia, y me precisó esperarle.

Ir á Venecia, me hubiera sido inútil.

Zinca me hubiera ocultado en Venecia la causa de su casa-





ESTABA HECHO PEDAZOS.

miento con Salvator Conti, como me la habia ocultado en Corfú, tanto más, cuanto que aquel casamiento debia haberse consumado ya.

CX.

Juan Kraus tardó aún un mes en volver, y en cuanto á mí, supe su vuelta de una manera terrible.

CXI.

Una noche llamaron precipitadamente á la portería del convento de franciscanos, donde yo me aposentaba constantemente mientras estaba en Corfú.

Los que llamaban eran unos pescadores de la cercana playa, que venian á buscarme para que auxiliase á un hombre á quien habian asesinado, y que sabiendo que el padre Giuseppe el Santo, estaba á la sazón en el convento de franciscanos de Corfú, pedia con instancia que yo le escuchase en confesion.

Me trasladé rápidamente al lugar donde aquel hombre se encontraba, y á la luz de un hachon que llevaba uno de los pescadores, ví con sorpresa y con terror, porque se me presentaba una nueva prueba de la providencia de Dios, que aquel hombre era el tremendo corsario Juan Kraus.

CXII.

Estaba materialmente hecho pedazos; rasgado por profundas heridas hechas por una mano terrible.

Causaba maravilla el que viviese aún.

Hice apartar á los pescadores, y me quedé solo con Juan Kraus, para escuchar su confesion.

El desdichado comprendió que no tenia mucho tiempo de que disponer, y que le era de todo punto necesario abreviar su confesion.

—Yo tenia un gran interés, me dijo, en que Zinca Karuk fuese esposa del patricio veneciano Salvator Conti, que se habia enamorado ciegame de ella: yo sabia, no importa ahora cómo, que Zinca era amante de Estéban Zante, y que tenia de él un hijo que se criaba secretamente en la montaña.

Una noche, ayudado por mis corsarios, me apoderé de Estéban Zante y de Manuel Karuk, hijo de Zinca.

Los conduje al castillo que tengo aquí cerca entre las rocas, encerré á Zante en la mazmorra en que guardo los cautivos que hago, para exigirles rescate ó venderlos, y la querida de uno de mis corsarios pasó á vivir al castillo para criar al pequeño Manuel Karuk.

Mi castillo está puesto al borde de una roca avanzada sobre el mar, y yo anuncié á Zinca que si no consentia en ser esposa de Salvator Conti y en trasladarse para ello á Venecia, su amante y su hijo serian muertos, y que si pretendia salvarlos por la fuerza, mis corsarios defenderian mi castillo, y que en último caso, arrojarian al mar, muertos á puñaladas, á Zante y á su hijo.

Zinca comprendió que, ó los sentenciaba á muerte, ó consentia en su casamiento con Conti, y consintió: partió conmigo; ya lo sabes, porque tú la acompañaste hasta la playa: llegó á Venecia, y poco despues fué esposa de Conti.

Pero yo habia contraido una obligacion: la de poner en libertad á Zante, y entregarle su hijo en el momento en que volviese á Corfú despues de haberse celebrado el casamiento de Conti y Zinca.

Esta noche he llegado, y cumpliendo mi promesa, he sacado de su mazmorra á Zante; pero queria quedarme algun tiempo más con su hijo en rehenes, y sin revelarle que el niño estaba en el castillo, le saqué de él, y tomamos la direccion de tu convento, porque él queria verte si por acaso estabas en Corfú.

Zante se me habia presentado tranquilo y manso, iba además desarmado, y yo no tenia cuidado alguno, cuando de repente se echó sobre mí, y sin darme tiempo para usar de mis armas, me arrojó por tierra, me arrancó el puñal, y me puso una rodilla sobre el pecho, y me preguntó lo que era de Zinca.

Yo me aterró y se lo revelé todo.

Cuando le dije que Zinca era ya esposa de Conti, rugió de furor y me despedazó á puñaladas, dejándome tal como me ves.

A mis gritos desesperados acudieron los pescadores de la ribera y fueron á buscarte, y te han traído: Dios se lo pague. Ten compasion de mí, y ruega á Dios porque mi alma no se pierda.

—¿Dónde está el hijo de Zinca? le pregunté.

—En mi castillo, me contestó.

—Entrégamelo.

—No puedo moverme de aquí; mi vida se apaga.

—¿Dónde están tus corsarios?

—En el castillo: no han podido oír mis voces: yo no los he llamado, porque de nada podían servirme, y lo que más necesitaba era un sacerdote que me escuchase en confesion.

CXIII.

Yo llamé á un pescador que se acercó.

—Vé al castillo de Kraus, le dije, y dí á sus corsarios que su capitan ha sido asesinado; que está moribundo, y que los llama.

El pescador partió.

—Cuando lleguen tus corsarios, dije á Kraus, ocúltales el nombre de quien te ha asesinado, para evitar venganzas, si quieres que te perdone Dios: díles que no has conocido al asesino: si sospechasen que ha podido ser Zante, desvanece sus sospechas.

—Lo haré: lo haré: no quiero dejar tras de mí sangre: bastante he vertido, y harto pesa sobre mi conciencia.

—Mándales además que me entreguen el niño que se cria en tu castillo.

—¡Oh, sí! ellos obedecerán lo que les mande su capitan moribundo, y te entregarán el muchacho. Pero escúchame en confesion, yo muero.

CXIV.

No habia tiempo para la larga confesion de los crímenes del feroz corsario, se lo indiqué, y le dije que bastaba su arrepentimiento.

Kraus rezó estremecido de miedo algunas oraciones, y yo me dí por satisfecho, y murmuré las palabras de la absolucion con el pensamiento no en el cielo, sino en la tierra, á donde me apegaban mis pasiones.

Dios hacia que un mónstruo tuviese al morir á su lado, no á un santo, sino á un demonio.

CXV.

Habia terminado apenas aquella escena sacrilega, cuando llegaron rugiendo de rabia los corsarios de Kraus.

Éste cumplió lo que me habia prometido: ocultó el nombre de su asesino, les mandó que me entregasen el niño, y añadió:

—Ved de qué manera ha castigado Dios mis crímenes; escarmentad en mí, y abandonad la vida de perdición en que os encontráis: no me sepulteis; dejadme aquí para que los buitres devoren mi cadáver en expiacion de mis crímenes.

Murmuró algunas palabras más que se fueron haciendo roncacas é ininteligibles, y espiró algunos momentos despues.

¿Se habrá salvado aquel hombre?

CXVI.

Los corsarios me entregaron el hijo de Zinca, que yo reconocí por su completo parecido con su madre.

En el instante, acompañado por los pescadores, le llevé á la casita blanca de la montaña, y le entregué á la pobre campesina que habia empezado á criarle.

Al dia siguiente fué encontrado sobre las rocas el cadáver

de Juan Kraus, que á pesar de su encargo de que no se le sepultase, fué enterrado en el cementerio de los franciscanos.

CXVII.

Busqué á Zante y no pude encontrarle.

Habia desaparecido.

Inmediatamente habia ido á Venecia en busca de Zinca.

Despues de dejar dinero á la nodriza de Manuel Karuk, y de recomendarle un gran cuidado, me despedí de Nossur y partí á Venecia, presentándome inmediatamente en el palacio Conti.

CXVIII.

Ya se conoce lo que sucedió en la entrevista entre Conti y el padre Giuseppe Kaivar.

De qué manera fué el asesinato de Zante y de Zinca ejecutado por Conti con el auxilio de sus parientes.

CXIX.

El padre Giuseppe concluyó de tal manera su declaracion.

—Cuanto amaba en el mundo ha terminado para mí con la muerte de Zinca.

Solo me queda un encargo que cumplir, y una venganza que tomar.

Dar á conocer á los tártaros como hijo de Zinca Karuk, á su hijo Manuel Karuk, y despedazar á Conti: no os lo ocultó: vosotros habeis encontrado justa la venganza de Conti, y no le habeis castigado más que con un destierro.

Yo necesito toda la sangre de ese hombre, que me ha robado con Zinca cuanto amaba.

Si no quereis que extermine á Conti, exterminarme á mí en vuestros profundos calabozos.

Os ruego que decidais cuanto antes lo que ha de suceder.

CXX.

Reunido el Consejo de los Diez, y minuciosamente enterado de todas las partes de este proceso, se pidió al padre Giuseppe el pliego cerrado que le habia entregado Zinca el dia antes de su partida á Venecia.

El padre Giuseppe entregó aquel pliego que decia así :

CXXI.

«María Zinca Karuk, hija de José Kaivar, y de Magdalena Krasna Karuk, señora de la tribu tártara Karuk, á los leales tártaros de su tribu, salud y amor.

Sabed, mis valientes, que existe de mí y de mi esposo del corazon Estéban Zante, noble griego de las islas Jónicas, un hijo que hasta ahora vive desconocido, y que se llama Manuel Karuk: por él he sufrido todas mis desgracias: por él he muerto; y yo os pido para él la lealtad que habeis jurado á la generosa y valiente sangre de Karuk. Vosotros no querreis que el nieto de vuestros antiguos señores deje de ser vuestro señor, porque su padre no haya sido tártaro; basta con que lo haya sido su madre: la sangre tártara no puede degenerar aunque se mezcle con sangre de los vencidos: en mi hijo renacerá la indomable águila del Cáucaso nunca vencida, nunca dominada. Os expreso mi voluntad, confiando tranquilamente en vuestra lealtad y en vuestro amor. Reconocereis á mi hijo por su parecido conmigo, con mi madre y con su abuelo Cristian Karuk, el invencible de los invencibles. Reconocereis además á mi hijo, por una cruz roja que yo he abierto con mi puñal en su espalda. Adios, mis valientes: cuando leais este escrito mio, signado con mi sello, ya no existiré; pero si la misericordia de Dios me concede la salvacion de mi alma, estaré rogando por vosotros al Altísimo.

CXXII.

El Consejo de los Diez teniendo en cuenta el terrible estado del alma del padre Giuseppe Kaivar, que la muerte era para él un beneficio en vez de un castigo, y respetando el decreto pontificio, por el cual se mandaba á los reyes y potestades de la tierra dejar la vida al padre Giuseppe Kaivar, como la mayor pena que podia imponerse á sus crímenes, sobreyó en este proceso, mandando se guardase en el archivo secreto del Consejo de los Diez.

Considerando la situacion en que Giuseppe Kaivar se habia encontrado respecto á Magdalena Krasna Karuk, y á su hija María Zinca Karuk, que nadie como él se interesaria por la suerte de Elena Conti, hija de Zinca y nieta de Krasna, el Consejo de los Diez encargó la tutela de Elena á Giuseppe Kaivar durante el destierro de Salvator Conti.

La República auxilió á Giuseppe Kaivar para que hiciese reconocer al pequeño Manuel Karuk, que habia quedado en Corfú, por señor de la tribu tártara Karuk, como hijo de Zinca y nieto de Krasna, y biznieto de Cristian Karuk, cuyo reconocimiento se obtuvo, quedando Manuel Karuk bajo la tutela de Giuseppe Kaivar, y la guarda de Nossur.

CXXIII.

Resulta, pues, del proceso instruido por el asesinato de Estéban Zante y María Zinca Karuk, que tú, Elena Karuk, llamada Conti, no eres hija de Salvator Conti, asesino de tus padres.

Y como Salvator Conti y sus parientes y deudos son reos de alta traicion contra el Estado, y tú, Elena Karuk, te ves obligada contra tu voluntad, á contraer matrimonio con Andrea Piézzolo como eres hija adoptiva de la República, y á la República interesa la destruccion secreta de esos traidores, por la seguridad de la República, y porque no caiga un feo borron

sobre el patriciado de Venecia, el Consejo de los Diez te manda dar muerte á Conti y á sus cómplices, todos lo cuales fueron asesinos de tus padres.

CXXIV.

Aquí terminaba el manuscrito que estaba signado por dos secretarios de Estado, y sellado con el sello secreto del Consejo de los Diez.

CAPITULO XV.

En que se sabe por qué hizo leer Aben-Shariar á Manuel Karuk el manuscrito anterior.

I.

Manuel Karuk habia leído aquel proceso con un gran interés, y dejando ver todas sus enérgicas pasiones durante su lectura.

Cuando la terminó, permaneció por algun tiempo profundamente pensativo, y luego se volvió bruscamente á Aben-Shariar.

El corsario tunecino estaba tendido á la larga sobre el divan, y al parecer adormecido; pero fijando sus miradas por entre sus medio cerrados párpados en Manuel Karuk.

—Despierta y contéstame, dijo el tártaro-griego.

—¿Has acabado ya tu lectura? dijo incorporándose y con acento perezoso Aben-Shariar.

—¿Para qué me has hecho tú conocer tantos crímenes y tantas desgracias en mi familia?

—¿Tú ignorabas que tenias una hermana en Venecia?

—Sí.

—¿Y qué piensas ahora que sabes que la tienes?

—Pienso que el hombre es ciego y se engaña con suma facilidad: hace muchos años que me llamas tu amigo; más que tu amigo, tu hermano: mi almadía y tu galeota han dado mu-

chas veces caza juntas á los barcos cristianos: hemos partido muchas veces el peligro primero, despues la presa: yo no esperaba, y no no podia esperar que me hicieses traicion: tú sabias que yo tengo una hermana, y no me lo has dicho.

—Ya te he dicho que solo hace ocho dias que ese manuscrito está en mi poder, y por lo mismo no he podido decirte lo que ignoraba.

—Elena sabe que tiene un hermano en la isla de Corfú, y no ha enviado un mensagero en busca mia.

—Tu hermana es una mujer terrible.

—Pero valiente.

—Demasiado acaso.

—¿Es hermosa?

—Como un arcángel caido.

—Es necesario que yo vaya á Venecia.

—Para eso he venido á buscarte: yo no puedo pisar el territorio veneciano, y es necesario que un hombre fuerte y audaz proteja á séres queridos que yo he dejado allí: escúchame.

Manuel Karuk se reclinó en el divan en la actitud de la mayor atencion, y Aben-Shariar le refirió todo lo que concernia á la situacion en que se encontraban en Venecia Gabriel de Espinosa y la sultana Sayda Mirian.

II.

Cuando acabó de hablar Aben-Shariar, Manuel Karuk se levantó y dijo al corsario que se levantó tambien:

—Yo habia ensillado un solo caballo, y es necesario ensillar otro: vamos á ir á algunas leguas de aquí, á un castillo rojo como la sangre, donde vive un hombre lúgubre como la muerte.

—¡Kaivar! dijo Aben-Shariar, ¿vive todavía Kaivar?

—Yo creo que José Kaivar ha muerto ya dos veces, y no puede morir ta tercera.

—¡Debe estar muy viejo!

—Nadie puede decir la edad que tiene, contestó Karuk saliendo al patio donde desde por la mañana esperaba ensillado

su caballo, y dirigiéndose á una puerta situada en un ángulo: José Kaivar tiene hoy el mismo aspecto que ha tenido siempre, por lo que he visto en esta historia manuscrita que me has dado, y que por cierto me he guardado sin preguntarte si puedo quedarme con ella.

—Sí, dijo Aben-Shariar, es la historia de tu familia, y á nadie como á tí importa tenerla.

En aquel momento entraron en una gran cuadra en que habia unos cien caballos.

Algunos hombres bravíos habian salido á la puerta al acercarse los dos corsarios.

Aquellos hombres eran tártaros.

—Una silla de guerra, dijo Karuk dirigiéndose á un magnífico caballo que estaba cerca de la puerta, llegando á él y acariciándole.

Poco despues uno de los esclavos ponía un pesado caparazon de acero sobre el animal, y otro esclavo le enfrenaba.

Karuk entretanto le apretaba la cincha.

—Es cosa que jamás deajo hacer á nadie, dijo Karuk; me gusta saber si la cincha está en buen estado y vá bien puesta: esta es la seguridad del ginete: una cincha floja ó vieja puede causar en un lance dado una desgracia.

Despues de esto sacó por sí mismo fuera el caballo y lo entregó á Aben-Shariar, yendo á tomar el suyo.

Los amigos montaron, y un esclavo abrió un ancho portalon del patio, por el cual salieron al campo los dos ginetes.

El portalon se volvió á cerrar.

—Vives tú solo, por lo que veo, en esta casa, dijo Aben-Shariar.

—Esta es la casa que construyó Cristian Karuk cuando el sultan le dió el gobierno de Corfú, para él y para su familia. Aquí han nacido y han vivido Magdalena Krasna y María Zinca. Aquella ventana es la que servia de entrada á mi padre Estéban Zante, añadió deteniéndose un momento Karuk y señalando un ángulo del blanco edificio, iluminado por la luna llena.

—Entonces, dijo Aben-Shariar, por aquella ventana entró tambien Kaivar para dar muerte á Estanislao Kanmo y á Magdalena Krasna.

—Kaivar hizo bien, dijo sombríamente Karuk: Krasna era su esposa: Krasna, viuda del tártaro, que tal se creía, no debió unirse con un griego que había sido el matador de su esposo: Kaivar fué para ella y para él, lo que hubiera sido un esposo injuriado: un tártaro tiene derecho á que su esposa le sea fiel hasta despues de la muerte.

—Sepamos á qué atenernos, dijo Aben-Shariar arrepintiéndose de haber entablado aquella conversacion y procurando distraer de ella á Karuk: ¿tú eres tártaro ó griego? si eres tártaro, ¿por qué vistes el traje de los vencidos y hablas su idioma? si eres griego, ¿por qué desprecias á los griegos?

—La sangre tártara no puede mezclarse con ninguna otra sangre, como decia muy bien mi madre: contestó con altivez Karuk: importa poco que mi abuelo y mi padre fuesen griegos: yo soy tártaro: visto el traje griego cuando soy corsario: cuando soy gobernador de Corfú, visto el traje tártaro. Soy corsario porque necesito la lucha, y me veo obligado á ir á buscarla; porque en Corfú nadie se opone á mi mandato; pero no quiero que nadie vea que un tártaro es corsario, y me disfrazo para combatir con el traje griego.

—Yo soy uno de los siete emires de Africa, y no me avergüenzo de hacer el corso, dijo Aben-Shariar.

—No hablemos de esto: yo no pretendo deprimirte: yo no creo que un tártaro sea superior á un mauritano: nuestras dos razas son nobles, valientes y tenaces, y valen tanto la una como la otra: las costumbres y las leyes tártaras, sin embargo, se han conservado puras entre los montañeses del Cáucaso: los tártaros bastardos, los que hoy se llaman turcos, los que se han hecho musulmanes, los que se han degradado, se entregan sin reparo á la piratería, que siempre ha sido una costumbre de la raza mauritana; pero el tártaro de raza pura, nunca tiene más botín que el que arranca como guerrero á un enemigo poderoso en batalla.

—La batalla más gloriosa es la que se alcanza entre dos abismos: el mar bajo los piés; sobre la frente el cielo: dijo con orgullo Aben-Shariar.

—Tienes razon, dijo Karuk, y por eso yo amo la presa que hago con peligro sobre el abismo de agua y bajo el abismo de

aire; y es, que, aunque yo soy tártaro, dígame lo que se quiera, soy también griego.

—¿Y tu esposa, Manuel, es también tártara?

—No, dijo suspirando Karuk, es la hada de la Grecia, en cuyos ojos arde la luz del cielo. Grecia ha perdido su poder y su grandeza; pero las hijas de su hermoso suelo, conservan el imperio del amor.

Y el jefe tártaro mestizo, calló y apretó las espuelas á su caballo, que adelantó un poco al de Aben-Shariar, junto al cual galopaba.

Aben-Shariar dió un espolazo al suyo, y se volvió á poner á nivel de su amigo.

III.

Corrian por un estrecho camino, á cuyos dos lados se veían los hermosos viñedos de una suave loma.

A la derecha se extendía el mar tranquilo y argentado por la luna.

A la izquierda se alzaban las masas oscuras de montes bellamente accidentados.

Al frente, una loma seguía á otra loma, perdiéndose en la vaguedad de aquella hermosa noche, en cuyo cielo despejado, ni un solo lucero se perdía por la interposición de la más pequeña nube, de la más ligera ráfaga.

Acá y allá se oía por todas partes el canto incesante del velador grillo, y de tiempo en tiempo, de entre las enramadas de los naranjos y de los limoneros, salía el melancólico canto de un ruiseñor.

Grupos de elegantes palmeras se levantaban gigantescas de trecho en trecho, dejando oír el suave zumbido que producía en sus corvas palmas el viento de la noche; y el mar tranquilo dejaba oír sin cesar su quejido dulce y sonoro.

Todo era bello y poético: todo melancólico, puro y encantador.

IV.

Los dos amigos continuaron por un largo espacio galopando con ardor y en silencio.

Sobre ellos ninguna influencia tenia la tranquila belleza que los rodeaba.

Sus almas estaban dominadas por graves y penosos pensamientos.

Como sabén nuestros lectores, la situacion de ambos personajes era fuertemente excepcional.

Por eso callaban y corrían.

V.

Habian corrido ya dos leguas, cuando de repente, al trasmontar una loma, apareció á lo lejos ante sus ojos una altura escarpada, sobre la cual se veia una fuerte torre.

—Hé allí el castillo del Resucitado, dijo Manuel Karuk, y apretó las espuelas á su caballo, adelantando á Aben-Shariar, que ganó de un par de espolazos el avance del caballo de Karuk.

—En el manuscrito que te he dado, dijo Aben-Shariar, no se sabe lo que fué del padre Giuseppe: es un hombre que se pierde: en Venecia solo se sabe que el padre Giuseppe el Santo ó el Diablo, desapareció hace diez años.

—Hace diez años, un dia, el monge misterioso que me habia criado, á quien siempre habia visto con sus negros hábitos, se presentó de repente en mi casa completamente transformado en el traje, y acompañado, como nunca le habia visto.

En vez de la capucha del hábito, cubría su cabeza un fuerte casco de acero: en vez de la túnica, llevaba una armadura, y sobre la armadura un ropon negro con una águila roja sobre el pecho, y un puñal y una espada á la cintura.

Otras veces habia llegado á pié y cansado, cubiertas de polvo las sandalias: entonces cabalgaba en un fuerte y magnífico caballo negro con cobertura de batalla.

En otras ocasiones, me habia dejado ver su semblante triste; y entonces su cabeza estaba erguida, y en sus ojos brillaba una mirada fiera.

Antes, siempre que se habia presentado ante mí, habia venido solo y cansado: entonces le acompañaban cien tártaros á caballo, armados hasta los dientes, con largas lanzas en las manos, entre las cuales ondeaba una bandera negra con una águila roja.

—¿Qué es esto? le pregunté.

—Esto es, me dijo, que ya he cumplido mi encargo: que tú eres hombre y bravo, y que una mujer de cuya tutela estaba encargado, no necesita ya de mi tutela.

—¿Y qué mujer es esa, padre mio? le pregunté.

—Nada te importa quién esa mujer sea, me contestó.

Yo no insistí, ni he vuelto á preguntarle más acerca de esto, porque á José Kaivar no puede hacérsele dos veces una pregunta sobre una misma cosa.

—Me he cansado de la humildad inútil, de la penitencia inútil, del convento lóbrego y de la vida solitaria: he ido á mi montaña, y he dicho á los de mi tribu: «Hé aquí que vuestro antiguo señor no ha muerto, y que aún puede blandir la lanza en batalla: que el que hoy se llama vuestro gefe, deje de serlo, y me reconozca por su señor.» Los jóvenes de la tribu no me conocian; pero me conocian los hombres provecos y los ancianos. La tribu estaba á punto de ser absorbida por los turcos: turco era el gefe de la tribu puesto á su cabeza por la influencia del sultan: Soliman Bey, pariente del sultan, se atrevió á llamarme impostor, y quiso hacerme víctima de su cólera; pero la mitad de la tribu estuvo á mi lado; y la otra mitad, con Soliman Bey, fué vencida en un dia de batalla. La cabeza de Soliman y las de cien rebeldes, alzadas en las lanzas de los leales, pusieron otra vez á la tribu bajo la obediencia de su señor. Hé aquí que José Kaivar es lo que siempre ha debido ser. Los cuarenta años que han pasado desde el día en que amó á la hija de Cristian Karuk, su compañero de armas, han sido cuarenta años de un sueño terrible: de un sueño que pesará siempre sobre mi corazon y sobre mi razon, como pesaría un mar de sangre: he aquí que el dos veces resucitado, vuelve á

resucitar; vuelve á ser lo que era antes de su sombrío sueño de amor.

—¿Y al abandonar tus montañas, le dije, no temes que tu tribu vuelva á rebelarse?

—Aún asombran á los vivos las horribles cabezas de los muertos clavadas en torno de las habitaciones de mis tártaros, dijo Kaivar; mi destino y mi corazón me traen á Corfú, donde viviré la mitad del año, yendo á vivir durante la otra mitad á mis montañas. He venido á verte, para saber si eres mi amigo ó mi enemigo: si he de ayudarte á sostener tu dominio en Corfú, ó si te he de despojar de él. Entremos.

Y Kaivar que habia desmontado al salirle yo al encuentro, dejó su caballo á uno de sus tártaros y entró conmigo en la casa.

VI.

—Para saber si he de continuar mirándote como hijo, ó he de empezar á tratarte como enemigo, solo tengo que hacerte algunas preguntas.

—Pregunta lo que quisieres, padre, que yo te contestaré con lealtad, le respondí.

—Tu familia, durante tres generaciones, ha estado fuera de la tierra natal; se ha mezclado con la raza vencida: tú mismo acabas de casarte con la hermosa Zanna, griega de origen.

—Zanna, señor, se ha apoderado de mi alma y la ha vencido.

—Los pueblos conquistados acaban por absorver al conquistador, dijo Kaivar, y le absorven, por las alianzas que forma el amor: tú, tu madre y tu abuela, os habeis enlazado con la raza griega vencida; y tú, Karuk, puede decirse que ya no eres tártaro, sino griego.

—Yo conozco en mi alma, en mis costumbres, la pureza de la raza tártara, le respondí.

—Voy á saberlo muy pronto, dijo Kaivar; supongamos que un tártaro se enlaza con una doncella de su raza; que esta doncella tiene amores antes de su casamiento con un extranjero, con un vencido, con un griego: que un día, este griego, el anti-

guo amante, busca al marido, le reta, le vence en duelo, y le cree muerto: que muerto le cree tambien la esposa; ¿qué debe hacer la viuda tártara?

—Vengar al marido con la muerte del amante á quien no ha debido amar despues de casada.

—Eso es; así piensa un tártaro: pero, supongamos que la viuda en vez de vengar al marido se casa con el matador; que el marido no ha muerto, que ha sido misteriosamente salvado, y que cuando vuelve á buscar á su esposa, la encuentra casada con su enemigo ¿qué debe hacer en tal situacion un tártaro?

—Exterminar á la tártara viuda que ha contraido un nuevo matrimonio, y con mucha más razon, si el marido que ha tomado es su antiguo amante, el que creia matador de su esposo.

—Tú eres tártaro, me dijo Kaivar, tú no te has degenerado: la sangre de tu raza arde en tí, á pesar de la impureza de tu abuela, y de las desgracias de tu madre.

—¡Ah! exclamé por la primera vez, al aparecer de nuevo y transformado ante mí, no te has llamado el padre Giuseppe, sino Kaivar: un Kaivar, fué esposo de mi abuela del cual se creyó viuda: ese Kaivar desapareció: ¿eres tú ese Kaivar?

—Yo soy, me respondió.

—¿Eres tú, el que saliendo de tu tumba, mataste una noche en su tálamo, á mis abuelos Estanislao Kanmo, y Magdalena Krasna?

—Yo soy: ¿eres mi amigo ó mi enemigo, despues de esta revelacion?

—Tú has hecho lo que yo hubiera hecho, le contesté.

—La sangre que yo he vertido, es sangre de tus venas, me dijo.

—Yo exterminaria á mi madre ó á mi hija, en el momento en que se hicieran indignas de nuestra raza, exclamé.

—¡Oh! tú eres tártaro, tú eres Karuk, tú eres mi hijo: me contestó Kaivar estrechando mi mano, con su fria mano de cadáver.

—Tú eres mi padre, respondí: á tí debo lo que soy: tú me ayudarás cuando necesite ayuda: yo iré con mi tribu al socorro tuyo cuando le necesitares.

Desde entonces, Kaivar y yo somos los mejores amigos del mundo, á pesar de la sangre de mis abuelos.

Manuel Karuk calló y apretó las espuelas á su caballo.

VII.

No hablaron ni una palabra más los dos corsarios, y así llegaron hasta la puerta del rojo castillo de Kaivar.

—¡Ah del castillo! gritó Manuel Karuk.

Una voz robusta contestó desde las almenas del muro del recinto de una manera instantánea, que demostraba que en el castillo se ejercía una vigilancia verdaderamente militar.

—¿Qué gente llama?

—El gobernador tártaro de Corfú.

—Mi señor duerme, dijo con más blandura la voz que resonaba en las almenas.

—No importa: despiértale, y entretanto abre.

—Solo abre las puertas del castillo el señor.

—Pues vé y dile que su hijo Manuel Karuk espera.

VIII.

Pocos minutos despues, se oyó una voz vibrante y que tenia algo de sepulcral en las almenas.

—¿Eres tú, hijo mio? dijo.

—Yo soy, mi valiente padre, que vengo á verte con un compañero de combate.

—Bien venido sea tu compañero, como siempre eres tú bien venido á mi castillo.

IX.

Y poco despues se abrió la profunda puerta de hierro, y apareció un hombre alto, pálido, demacrado, con un birrete negro en la cabeza, con un ropon negro, que tenia sobre el pecho una águila roja.

Un soldado tártaro, armado de todas armas, tenía en la mano una linterna.

Manuel Karuk y Aben Shariar, entraron el uno tras el otro, y llevando de la mano sus magníficos caballos.

José Kaivar estrechó una mano que extendió hácia él Manuel Karuk, y fijó una mirada profundamente investigadora en Aben-Shariar.

El emir africano sintió algo semejante al frío de la muerte ante el aspecto y la mirada de José Kaivar.

Aquel hombre era un cadáver: un sér que vivía, y en el cual se encontraba toda la palidez, todo el horror del sér muerto.

Aben-Shariar se estremeció bajo la influencia de un terror nuevo; de un terror desconocido.

—Dejad vuestros caballos y seguidme, dijo Kaivar.

Aben-Shariar y Manuel Karuk entregaron sus caballos á los soldados tártaros de la guardia, y siguieron á Kaivar que marchaba lenta y rígidamente delante de ellos, acompañado del esclavo que llevaba la linterna.

Kaivar pasó deslizándose junto al muro de la torre que se levantaba dentro del recinto murado, y llegó á la torrecilla angular del norte, en la cual entró, subiendo unas escaleras abiertas al aire.

El soldado que hasta allí les había alumbrado el camino, se volvió.

X.

La torrecilla presentaba un aspecto pobre y desconsolador.

En un ángulo un lecho humilde, en el centro una gran mesa de roble, junto á ella sillones sencillos y fieramente tallados: hé aquí los únicos muebles de esta habitacion, cuya gran chimenea estaba apagada, porque habia pasado hacia ya mucho tiempo la estacion del invierno.

José Kaivar presentó á sus huéspedes sillones, en los cuales se sentaron, sentóse él mismo, y dijo:

—¿Qué asunto tan grave te trae, que así me despiertas á la media noche? dijo Kaivar.

—No hay tiempo que perder: padre, óyete y juzga.

XI.

Aben-Shariar contó de nuevo para que lo oyese Kaivar, la historia de Gabriel de Espinosa, y sus últimas aventuras en Venecia.

Kaivar escuchó frio, inmóvil é impassible la relacion de Aben-Shariar, y cuando éste hubo concluido, dijo á Manuel Karuk:

—¿Te interesas tú verdaderamente, hijo mio, por los asuntos de tu amigo?

—Sí, padre, contestó Manuel Karuk, y estoy resuelto á servirle con todo mi poder. Además de eso, y permíteme que por ello me muestre quejoso contigo, él me ha revelado por un proceso del Consejo de los Diez que tengo en mi poder, que existe una hermana mia, á quien yo no conozco, á quien tú no me has dado á conocer.

—¡Elena! murmuró de una manera gutural aquel cadáver viviente, y se estremeció: ¿conoces tú la historia de Elena, por la copia de un proceso que debe estar reservado en el archivo secreto del Consejo de los Diez! ¿Conoces, pues, la historia de mi corazon! ¡Oh! ¡gracias al cielo ó al infierno! ¡el dia de mi muerte se acerca, porque se acerca el término de mi mision sobre la tierra! ¡escucha, emir de Tunez! yo he oido la amarga historia de tu hermana: yo bajo mi fria impassibilidad, he sentido todo lo doloroso del amor de Sayda Mirian; porque yo, como ella, he amado tambien sin premio y sin ventura; yo te juro como santo por el cielo, como demonio por el infierno, reducir á polvo todo lo que se opone á la suerte de esa mi compañera de desventura. No hablemos ni una palabra más: el cadáver tres veces resucitado, ha dejado ver por un momento que tiene corazon, y un corazon al que hace latir una sangre de fuego.

Dejadme solo y reposad en mi castillo: cuando salga el sol, partid: ya no nos volveremos á ver hasta que nos veamos en Venecia. Idos.

Sin contestar una palabra, porque la manera con que habia hablado Kaivar, cerraba el camino á toda contestacion, Manuel Karuk y Yayhe-ben-Shariar, salieron.

XII.

—¡Señor! ¡Señor! dijo Kaivar en cuanto se quedó solo, cayendo de rodillas y presentándose con una faz bajo la que no le hemos visto hasta ahora; yo acepto la terrible expiacion que me presentas: que se cumpla tu voluntad, y que se abran para mí los raudales de tu infinita misericordia.

Y el cadáver animado, el terrible jefe tártaro, dobló la cabeza sobre el pecho, y rezó como un penitente, y lloró como una mujer.

Sin contestar una palabra, porque la manera con que había hablado Káiser, escrita el camino a toda velocidad, salieron Kárik y Tápá-don-Shávis, salieron.

XII

— ¡Eh! señor! ¿por qué Káiser en cuanto se puso solo, se quedó de rodillas y presentándose con una lámpara en la mano no se le veía hasta ahora? y después la terrible explosión que me hicieron, que se cumplió en volutas, y que se abren para mí los tendidos de su tienda en el camino.

Y el Káiser, mirando el terrible jaco, volvió la cabeza sobre el pecho y cayó como un pedregajo, y todo esto una mujer.



